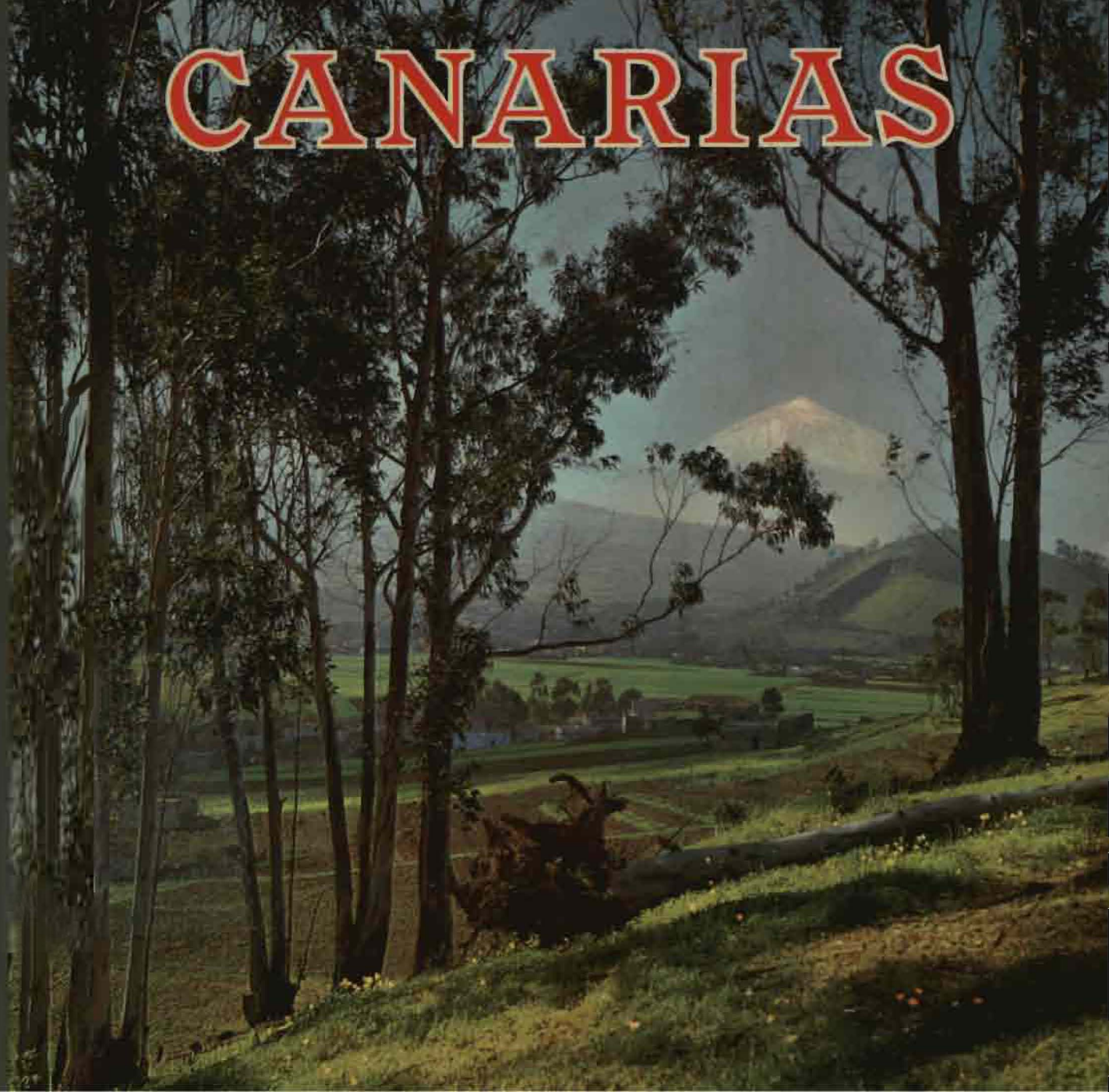


CANARIAS



CANARIAS



CANARIAS

CLAUDE
DERVENN

120 FOTOGRAFIAS
8 DE ELLAS
FUERA DE TEXTO
EN COLOR



ROMERMAN
EDICIONES



Canarias P.R.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento <u>80176</u>
N.º Copia <u>792088</u>

DEL MISMO AUTOR:

Ediciones HORIZONS DE FRANCE, París.

Les Baléares

Les Açores

Madère

Iles Grecques: de Corfou à Santorin

La Crête Vivante

Rhodes et le Dodécanèse

De otros editores:

La Bretagne

Hommes et Cités de Bretagne

Quiberon, presqu'île

La Terre Ecartelée. Novela. Premio France-Allemagne

© Romerman Ediciones 1970
Impreso en Litografía A. Romero, S. A.
Tenerife - Islas Canarias
Depósito Legal: TF. N.º 245 - 1970

I. LAS ISLAS AFORTUNADAS

Aquí está el archipiélago fabuloso que ha señalado durante tanto tiempo en las leyendas antiguas, el fin del mundo conocido, tras del cual se abría el Mar Tenebroso. *Islas Afortunadas*. Jardines de las Hespérides donde la primavera dura todo el año. Son siete. Las siete cimas de una cadena de volcanes submarinos, surgidos del fondo del abismo por la fuerza del fuego, frente a las costas de Africa. Siete, dibujando una constelación marina en el infinito donde se confunde el cielo con el mar. Desde muy lejos, el triángulo del Pico de Tenerife, emergiendo de la bruma atlántica, las anuncia a los aviones, a los navíos.

Sin duda les bastaría con ser islas para ejercer sobre nosotros su poder de atracción. En realidad, su belleza no se parece a ninguna otra y entre ellas mismas son diferentes; - las que llaman Orientales: Lanzarote, Fuerteventura, Gran Canaria; y las de Occidente: Tenerife, La Palma, La Gomera, Hierro. Son africanas por su situación, españolas por su bandera; no *colonias*, sino *provincias*, y también «continentes en miniatura», con montañas y playas, arenas saharianas y valles suizos, extendidas sobre más de 300 millas marinas y contando cerca de un millón de habitantes.

A causa del sonido exótico de su nombre: *Canarias*, o por error geográfico, algunos esperan ver aquí negros semi-desnudos, monos en los cocoteros y desembarcan en Las Palmas con casco colonial. ¡Lamentable! Este tipismo no es el del archipiélago. Otros piensan encontrar aquí unas islas mediterráneas semejantes a las Baleares. Y también se equivocan.

Estas son tierras de contrastes. Hay aquí un

Norte con tupidas y verdes plataneras cuya opulencia cuando el cielo está nublado, se tiñe de una sutil melancolía. Y un *Sur* erizado de euforbias, cuya sequedad ardiente resplandece de luz. Abajo, un camello se aleja hacia las palmas de un oasis; arriba un pastor envuelto en su *manta* de lana blanca camina entre las nubes que inclinan la hierba verde de la meseta. Al pie del Pico coronado de nieve, se bebe un vino que quema como la lava; el alba está llena del perfume de los lirios en la profusión de los jardines, y el canto de las guitarras se arrastra en las callejuelas de los puertos nocturnos. Cristos sangrantes y Vírgenes con mantos de terciopelo pasan sobre las alfombras de flores del Corpus Christi y, sin embargo, ni las danzas, ni los trajes, ni el alma de los hombres que bajan de las montañas se parecen a los de Sevilla.

Esto no es ya la España peninsular y su herencia islámica de mezquitas-catedrales. No es tampoco la España colonial de las Américas y su substrato de pueblo indio o esclavos negros. Es una España de piel blanca y tostada, mezclada, esencialmente marítima, el pilar de un puente invisible tendido de una a otra ribera del Océano. Son unas islas *atlánticas*; por la franja de espuma y brumazón que cierne a sus acantilados; por el viento que no tiene los caprichos del mistral o de la tramontana, sino la tibieza del aliento, la gran respiración constante de los *alistas*, y, alguna vez, la tempestad brutal del sureste o la quemadura del *levante* mauritano. Sus inviernos ignoran el frío, y sin embargo sus veranos no son tórridos. Las mareas no dejan nunca al descubierto los espacios de arena y fango que son las entradas habituales de

las costas francesas, el declive de lava es demasiado violento, los fondos demasiado próximos, para que se noten los reflujos; pero el gran oleaje que levanta las barcas es el del océano.

Tierras forestales, pero que no conocen la crujiente caída de hojas secas como nuestros bosques al llegar el invierno. El extremo otoño de diciembre no se nota más que en las viñas rojas que se arrastran por las cenizas, los almendros desnudos y los castaños de los altos valles. Los eucaliptos plantados a lo largo de las carreteras, los bosques de laureles gigantes, de follaje denso y brillante, se quedan eternamente verdes como los poderosos pinos de las cumbres, como los *árboles-dragos* de lanzas agudas. Ciertos paisajes interiores tienen el dulzor y la suavidad de un paraje de Francia o Italia; otros la desnudez del desierto. La mayoría no se parecen más que a ellos mismos. Yo no sé nada que se les pueda comparar.

Su riqueza no es, hasta el presente, ni de oro, ni de bauxitas, ni de petróleo o carbón. Está hecha de sol y de agua, y de voluntad humana. Las viejas lavas metamorfoseadas por erosiones milenarias, dan la tierra más fértil del mundo, con la sola condición de que el agua vital, captada en plena roca en el seno mismo de la montaña, la riegue día y noche, que sigan perforando galerías en busca del agua subterránea, o que en las islas sin manantiales, una capa de cenizas porosas retenga la humedad de las noches. Nunca se dirá bastante de la tenacidad, ingeniosidad y labor perseverante de este pueblo insular, para recoger cada gota de agua, cada puñado de tierra cultivable en los vertientes salvajes de los barrancos. Diez veces en cinco siglos, a pesar de las

erupciones y tormentas, a despecho de la ruina ocasionada por las circunstancias económicas, ha cambiado de métodos agrícolas.

Después de la caña de azúcar que, desde el siglo XVI hizo la fortuna de las islas, después de la viña cuyos caldos, famosos en Inglaterra, fueron celebrados por Shakespeare y Perrault, después del *boom* de la cochinilla y el ensayo del tabaco, el plátano es el rey desde principios de siglo sobre todas las tierras que ha conquistado. Rey sobre las planicies costeras donde el paso de las nubes difunde una tibieza húmeda de invernadero. Pero rey porque el hombre ha cavado el suelo de las plantaciones y tamizado, sobre los lechos de piedras la tierra regada, dragada con cuidado, y ha plantado esos troncos leñosos y duros con largas hojas de seda verde de los que habla como de una familia: el «abuelo» que dió la *piña* (el racimo con hileras de plátanos) el «hijo» que tiene la flor monstruosa de una violeta salvaje, cuyos estambres llegarán a ser frutos, el «nieto», joven brote que comienza a desenrollar sus cucuruchos de hojas por encima de las atarjeas donde cada día corre el agua.

A su vez, el tomate y la patata empiezan a invadir las tierras quemadas de las vertientes orientales, durante largos tiempos estériles y abandonadas a las matas de euforbios, *cardones* y *tabaybas*; el murmullo del agua en las canalizaciones desciende ahora de terraza en terraza en donde el verde crudo de los cultivos dibuja escalones monumentales.

Dejaremos a las estadísticas evaluar en millones de toneladas las pilas de racimos y de cestos que los barcos cargan todo el año para los países nórdicos: Suecia, Noruega, Inglaterra, Francia y tam-

bién la Península; calcular en millones de pesetas el valor creciente de la hectárea y del litro-minuto que la riega; enumerar los hombres que se arruinaron al barrear las montañas para buscar un agua inalcanzable, o de los que la hicieron surgir con fortuna. Las cifras cambian.

Lo que perdura es el esfuerzo de este campesino canario, la paciencia del hombre que, habiendo pasado todo el calor del día, ha de refrescar el suelo con esa agua, remonta lentamente por un sendero montañoso, hacia su casita blanca oculta en un verjel donde el sol que descende aviva el oro de una naranja. El se sentará todavía con los suyos delante del mismo alimento de sus antepasados Guanches y Canarios anteriores a la Historia, la papilla de *gofío*, donde la harina tostada de trigo, maíz o cebada se mezclan con la leche de cabra. Y la paz estará con él, mientras contempla el ocaso en el mar, más allá de los volcanes adormecidos.

Mas la transformación sorprendente que se opera actualmente ante sus ojos es la que trae aquí el desarrollo increíble del turismo. Para el pequeño pueblo de este archipiélago sin minerales, cuya economía quedaba limitada a las producciones agrícolas y al tránsito portuario, el turismo es esta *industria* que valoriza hasta las rocas estériles y hace surgir entre dos plantaciones de plataneras, al igual que al pie de un acantilado abrupto, esas «torres», esos *rascacielos* cuyos quince y veinte pisos lanzan a los ojos de los recién llegados la tentación de sus terrazas, sus jardines y sus piscinas de lujo. Cada invierno, el Dios-Sol fascina y atrae aquí a los pueblos nórdicos sedientos de luz; sobre el caos negro de las lavas costeras, pueblos enteros de bungalows

floridos han nacido ya para los suecos, alemanes, belgas, ingleses; los franceses prefieren venir más en primavera o verano a descubrir un exotismo sin peligros, un confort todo nuevo, y donde los viejos y encantadores caminos, bordeados de matas de geranios van dejando su lugar, día a día, a la *autopista*.

Paralelamente, sobre las lavas del sur, en Tenerife como en Gran Canaria, el tractor empieza a reemplazar al camello y al viejo arado de madera; en las soledades áridas donde *nada* crecía, grandes invernaderos de plástico, adonde llega el agua captada, dan milagrosas cosechas de fresas o pepinos, claveles y rosas que enviarán por avión hacia el Norte de Europa.

El contraste es incesante entre el dinámico hoy y el más primitivo ayer. En Gando, al pie de un santuario de la Edad de Piedra, aterrizan los aviones transoceánicos y los que unen las islas entre sí en menos de una hora. El archipiélago habla castellano como en los tiempos de Isabel la Católica, pero se trata de *export-import* en todas las lenguas del mundo; el menor pueblo tiene sus poetas, desbordantes de lirismo y unas rivalidades casi épicas enfrentan una isla a la otra, cada una orgullosa del menor trozo de lava como del más opulento de sus jardines.

Si tuviera que resumir aquí la «geografía de colores, perfumes y sonidos» (1), yo diría que las Canarias son de oro negro y esmeralda, que el viento lleva aromas de eucaliptos, resina, azahar, heliotropo, y que el silencio de sus noches está lleno del murmullo de aguas prisioneras y del rumor infinito del Océano.

(1) André Siegfried.

MISTERIO E HISTORIA DE CANARIAS

Apasionante como un relato de aventuras, irri- tante como una novela policíaca que no tiene clave, así es la historia de Canarias, y hay que tomar aquí la palabra Historia en su sentido más extenso, profun- dizando a los orígenes del suelo.

Nuestros continentes, sus civilizaciones, nos dan un pasado tan antiguamente conocido que es tran- quilizante. En el tiempo en que nuestros antepasados de Eyzies o Altamira pintaban sus bisontes en las cuevas, hace unos 25.000 años, sus territorios ten- ían ya la forma de Francia o de España. ¿Pero aquí?

Aquí, todo lo que se sabe en el plano histórico es lo que descubrieron en el siglo XV los franceses y españoles que decidieron conquistar las islas y cristianizarlas. Se sabe que encontraron unos hom- bres de raza blanca, a menudo rubios de ojos claros, de alta talla, de una agilidad y fuerza sorprendentes, y cuyo modo de vida, -en el tiempo en que el lujo medie- val se extendía por Europa- seguía siendo el de las eda- des neolíticas. Unos hombres que no disponían más que de utensilios de piedra y hueso, venablos de ma- dera endurecidos al fuego, vestían con pieles de ca- bras o juncos trenzados y vivían en cuevas. Un pue- blo sin metales, ni escritura, sin otra arquitectura que las piedras toscas, sin otro ganado que cabras, y que se creía «el último pueblo del mundo, ha- biendo perecido todos los demás en un cataclismo».

Como los egipcios, 4.000 años antes, este pue- blo momificaba sus muertos antes de depositarlos en las cavernas funerarias. Pero se tatuaban el cuerpo con unos sellos de tierra cocida parecidos a los que se descubrirían más tarde en Méjico. Sus nombres, su lenguaje, por lo poco que se ha conservado, pare- cen emparentados con los dialectos del Atlas béber

y algunas veces, a ciertos vocablos de la América pre-Colombina. Pueblo pastor, labrador, que pesca a mano en la costa, que sabe nadar pero no sabe construir la más rudimentaria piragua, ni nave- gar de una isla a otra. Y no obstante, los hombres de las siete islas acusaban un común origen de costumbres, lengua y raza, poco diferenciadas entre ellos por la aportación de sangre extranjera, debida a al- gún naufragio antiguo o a la piratería berberisca.

Insulares aislados, cuyos sacerdotes ofrecían todavía, hace seis siglos, libaciones de leche y miel al Ser Supremo, «terriblemente grande», Achahurahán, cuyos jefes practicaban una moral alimentada con tan altas nociones de honor, independencia, valor, fidelidad a la palabra dada y respeto a las mujeres, que más de una vez sobrepasarían a las de los cris- tianos conquistadores. ¿De dónde venían ellos? No se sabe.

La ciencia de hoy, que juzga sobre piezas, ha estudiado y comparado, los centenares de cráneos hallados en las cavernas sepulcrales. El tipo más generalizado tiene un índice cefálico parecido al fa- moso cráneo de Cro-Magnon. Otros acusan una influencia beréber, que la proximidad de Africa explica. Las recientes excavaciones confirmarían: «una conexión antigua de aborígenes con las vie- jas culturas nómadas, y con los pueblos del Sahara occidental, de grandes túmulos circulares...»

Los cronistas del siglo XV, ignoraban la lin- güística y la etnología. Los Conquistadores, lejos de querer conservar los dialectos milenarios, los cultos y las tradiciones, no tuvieron otra preocupación que hispanizar y cristianizar su conquista; sólo han so- brevivido antiguos nombres de lugares, y los de los



El archipiélago fabuloso





Viejo balcón

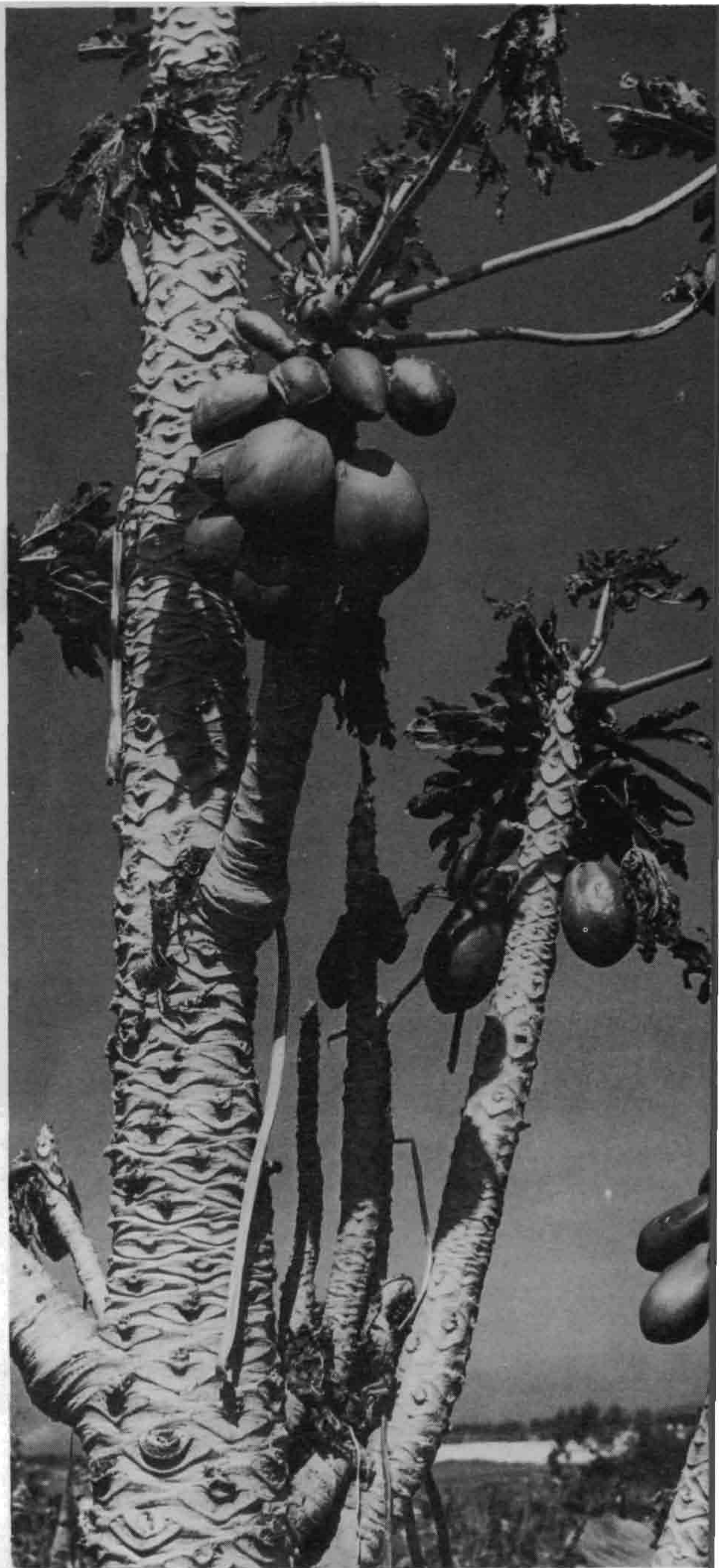




*Indígenas de Canarias
(siglo XVI)*

Flor de plátano

Papayo





Mirador de Arona

jefes sometidos y cristianamente bautizados. La raza que sobrevivió a los combates adoptó la manera de vivir de los vencedores. Sin embargo, no se puede decir, como ciertos periodistas apresurados, que el archipiélago está «totalmente poblado hoy de pura raza castellana». En las aldeas trogloditas perdidas en plena montaña, apostaríamos que los campesinos de ojos azules, fijos allí de padre en hijo, son descendientes de los insulares de antaño. ¿Pero ellos? ¿De qué cataclismo podrían ser los supervivientes? ¿Y sobre qué zócalo único las islas hermanas hubieran podido ser fragmentadas?

Llegados aquí, es fácil caer en la tentación del nombre, que desde Platón ha atormentado a los sabios y ha hecho soñar a los poetas, la Atlántida, el más turbador de los cuentos antiguos, propagado por los diálogos *Timeo*, y *Critias*, que citan las palabras que un sacerdote egipcio de Sais había dicho a Solón 600 años antes de J.C. «... Esto que voy a decirte se remonta a 9.000 años... Nuestros fastos cuentan que vuestro país ha resistido las violencias de un ejército salido del mar atlántico... Pues entonces este mar era navegable y allí había, más allá del estrecho que vosotros llamáis las Columnas de Hércules, una isla más grande que Libia y Asia, y desde donde se podía pasar fácilmente a las islas adyacentes y al continente...En esta isla Atlántica reinaban unos reyes cuyo poder se extendía sobre las islas y una parte del continente...Pero grandes terremotos e inundaciones sumergieron todo lo que allí había de guerreros...y en una noche la Atlántida desapareció bajo el mar».

Evidentemente, ¡todo parece simple! aquí están las «islas adyacentes» que pudieron sobrevi-

vir al continente, recoger también sus fugitivos que, tras haber perdido toda su riqueza pasada, desprovistas de metales, debieron volver a una vida primitiva. En pleno siglo XVIII, el «way of life» de Robinson, en su isla no implicaba que jamás hubiese conocido otra. Y si, separado de todo, hubiera podido fundar una familia, uno se pregunta qué recuerdo de Inglaterra hubiera guardado la tribu, *al cabo de 10.000 años?* Los fosos que separan las islas son tan hondos que la cima del Pico está a más de 7.000 metros de los fondos; cuando el gran cataclismo que hizo hundir su reino, ¿no hubieran podido plegarse como los «valles» longitudinales trazados en las cartas submarinas? Y se evoca a Herodoto, hablando de unos campos de hierbas cenagosas «parecidas a riveras sumergidas» que los navegantes encontraban en el Atlántico; se cita también uno de los más grandes geólogos franceses, Pierre Termier, escribiendo: «No solamente la ciencia no condenará a los enamorados de bellas leyendas por creer en la Atlántida de Platón, sino que la ciencia misma, por mi voz, les invita...»

Sí, pero el *quid* está en que otros sabios dicen lo contrario. Y comenzando con Verneau, otro gran francés que, después de varios años de investigaciones en las islas, escribía estas frases desesperantes: «La Atlántida de Platón es un mito... Este archipiélago es totalmente volcánico, la hipótesis del hundimiento de una tierra antigua ha sido contrarrestada por las observaciones». A golpes de geología, zoología y botánica, los especialistas asestan sus argumentos sobre el espíritu que vacila. «Ni un fósil de animal o de hombre (¿no estarán bajo la lava?). Si un continente fue sumergido tuvo que ser antes de

la aparición del hombre, etc, etc...» Puede ser que un descubrimiento fortuito ponga de nuevo todo en cuestión.

Que dejen a los poetas soñar con el palacio de auriscalco del diálogo platónico. El reposa bajo las olas, a lo largo de las islas. Yo lo he visto brillar una noche, a través del oleaje acribillado de fosforescencias, cuando millares de luces glaucas se encendían en las profundidades de la estela.

*

Los testimonios mezclados con fábulas de los primeros navegantes que los vientos habían desviado hacia el archipiélago, se unen curiosamente a esos orígenes de la Historia. Algunos dijeron haber visto a Tenerife escupiendo fuego como un dragón monstruoso; otros habían desembarcado en los fértiles valles en los que reinaba una eterna primavera, donde las jóvenes huían de ellos. Del piloto fenicio al marinero cretense, griego o cartaginés, debieron, si me atrevo a decir, pasarse las mismas noticias. Así, en la *Odisea* que está llena de detalles geográficos, Homero recuerda que las naves de Sesostris descubrieron «más allá de las Columnas de Hércules, la Isla a donde eran conducidas las almas de los héroes muertos...» y él la llama Elysio: en otra parte hace decir al viejo Proteo, heredero de la tradición marítima egipcia, que los dioses llevarían al rey Menelao «al final de la tierra, a los Campos Elíseos donde el rubio Radamanto vive, donde no hay ni nieves, ni gran invierno, sino céfiros que suben del Océano». Hesiodo también afirma que Zeus envía a los héroes «a las Islas Afortunadas que están en medio del

Océano»... y Herodoto añade: «El mundo termina allí donde el mar ya no es navegable, donde están los Jardines de las Hespérides, donde el gigante Atlas sostiene el cielo sobre una montaña cónica...» ¿Se puede mirar el Pico bajo su fardo de nubes, sin pensar que aquí está el guardián de las Hijas de la Noche, de que habla la leyenda de Hércules? Y también los viajeros: tripulaciones que el faraón Nechao envía a dar la vuelta a Africa; periplo del cartaginés Hannon que costea «unas tierras cubiertas de lavas incandescentes»; navíos de Juba, rey de Mauritania, que, en el tiempo en que César invadía la Galia, vienen a reconocer este archipiélago visible desde la costa. Ellos se llevaron dos perros, ¿de donde viene quizás este nombre, *Canaria*?- y la descripción inmutable de estas islas emplazadas «en los extremos del mundo y envueltas en fuego». Ya Ptolomeo, geógrafo de Egipto, había colocado el primer meridiano de su universo en la última tierra conocida: Hierro.

Sin embargo, un hecho está claro; protegido por no se sabe qué *tabú*, o por su pueblo, jamás este archipiélago apercibido por tantos navíos antiguos ha sido colonizado ni conquistado, por ellos. No hay rastro de factorías; ni ruinas ni cerámica. La única ánfora romana recientemente sacada del agua debía provenir de una nave hundida. Escalas o naufragios no han dejado vestigios.

Hacia el año Mil, los navegantes árabes volvieron a encontrar las islas largo tiempo olvidadas. Su leyenda resucitará en Europa donde los Cruzados desmovilizados soñaban con tierras que conquistar e infieles que bautizar. Se sabe que los genoveses las abordaron, que una nave francesa volvió

a descubrirlas, que los berberiscos raptos de esclavos para sus mercados, propalaban relatos asombrosos, que la Religión tuvo que intervenir y que un nieto español de San Luis, Luis de la Cerda, se hizo coronar por el Papa de Aviñón «Rey de las Islas Afortunadas» —a donde él no iría jamás. (Se sabe incluso que en esta coronación llovía y Petrarca la presencié...).

Mientras tanto, los «comandos» mallorquines o andaluces hacen allí sus incursiones fructuosas, llevándose a isleños para venderlos, pero dejando a veces a algunos prisioneros. El cerco se estrecha con naves más poderosas, pilotos más audaces. A cada vela amenazadora sobre el horizonte, el pobre pueblo insular se refugia en el fondo de sus cuevas o en los más altos lugares, con sus Vestales pastoras.

Este pueblo ignora, que unas leguas al norte, mientras la lluvia de invierno helaba los tejados del París de Carlos VI alrededor de su Hostal de Saint-Paul, un hombre, con mirada lejana, olvida su oficio de Chambelán real, olvida al mismo rey, la Corte, las damas, su joven esposa, sus dominios en Normandía, su tierra de Béthencourt, todo lo que no sea estas palabras que le obsesionan: «Las Islas Afortunadas, frente a la Tierra del Preste Juan»...

¿Quién le habló de ellas? Quizás su tío Robin de Bracquemont, casado en Sevilla y Grande en España. Para partir, Juan de Béthencourt, «baron de Saint-Martin-le-Gaillard, señor de Grainville-la-Teinturière y otros lugares», abandonará todo. Cederá a Robin una parte de sus tierras, hipotecará otras, venderá su casa de París, calle Beaubourg y, reuniendo un equipo de normandos, bretones, vendeanos y gascones, dispuestos a correr la aventura, se embarcará en

La Rochelle y fondeará delante de Lanzarote en junio de 1402 con cincuenta y tres compañeros.

La Historia comienza para Canarias.

*

Esta Historia, hace falta varios volúmenes para relatarla (1). Apenas podré yo evocarla, de paso, de isla en isla, delante del barranco, la bahía, la pista donde se atropellan los fantasmas del tiempo de la Conquista. Se debe recordar, sin embargo, que la aventura francesa, bastante breve, debuta pacíficamente: los capellanes de Béthencourt han contado cómo el buen Señor «venido para convertir a la fe el pueblo de estas extrañas comarcas», vio avanzar hacia él, al joven rey de Lanzarote, coronado de conchas como un jefe de los Tuamotu. La isla, des poblada por un saqueo reciente, no estaba en condiciones de rechazar una invasión armada. Por mediación de dos esclavos «canarios» traídos por los franceses, el rey les dijo que les ofrecía su amistad, que se ponía, él y su pueblo, bajo la protección del extranjero pero, tan orgulloso como pobre, declara que él no podría nunca «reconocerse *vasallo*, porque había nacido *Señor*». Tal es el tono de toda la historia canaria.

Béthencourt le abrazó «como príncipe independiente y aliado». Se sabe lo que ocurrió después: las costumbres de aquel tiempo eran tales que, aún la alta figura del normando, «padre del pueblo», administrador inteligente, igual que la de su segundo, Gadefer de la Salle, caballero valiente, se destacan sobre un trasfondo de sediciones y querellas co-

(1) Ver Viera y Clavijo. *Historia de las Islas Canarias*.

mo de heroísmo, por donde pasan las rudas figuras de sus compañeros, poco preocupados quizás de la palabra dada. Por el solo amor de la aventura, soportarán mil pruebas sin ningún beneficio. Gadifer se irá con las «manos vacías». Béthencourt, finalmente se arruinará. Pero, fueron los primeros que abrieron el archipiélago a lo que hay que llamar civilización europea. No obteniendo nada del pobre rey de Francia, Carlos VI, Béthencourt había tenido que pedir al rey de España, Enrique III de Castilla, naves, víveres, y hombres, aceptando rendirle homenaje por sus conquistas. Cuando al cabo de cuatro años deja a su sobrino Maciot el gobierno de las islas sometidas por él, -Lanzarote, Fuerteventura, Hierro y La Gomera, -para volver a Europa, sin duda sería acogido como *Rey de Canarias* por la Corte de España, y por el Papa a quien él reclama un Obispo «para la salvación de las almas»: en Francia le esperaban el duelo, la guerra, la enfermedad, la muerte.

Quedará de él en la Historia la estela atrevida de un francés que fue, al alba del siglo XV, de los primeros «descubridores» de tierras atlánticas; perdura el título de Grande que la historia canaria le ha dado, y el eco de este nombre que se encuentra todavía en todo el archipiélago: *Béthencourt* en las ciudades. *Betancor* en los campos, descendientes de sus sobrinos que unidos a las jóvenes guanches crearon una familia aquí, todos reclaman esa vieja sangre de Normandía.

La gran *Conquista* española iba a proseguirse cerca de cien años en todo el archipiélago, como un romancero dramático, pleno de combates, emboscadas, sangre, amores, fe ardiente, desesperación, apaguamiento.

La Providencia tiene misterios crueles: este pueblo sencillo que no tenía en el mundo más que su tierra y su libertad, se ve obligado a abdicar sus nombres, sus leyes milenarias, su dios que brilla en las cumbres, para adorar otro Dios martirizado del que le dicen que le ama como un hermano,—pero al nombre del que él se ve, sin comprender, perseguido y acosado de refugio en refugio hasta que su derrota final le obliga a aceptar el Soberano de los vencedores y el bautismo de Cristo. Si él se somete, honradamente, es reclamando un estatuto de hombre libre. El historiador oficial de Canarias, Viera y Clavijó, describiendo esos tiempos trágicos y la «la lamentable extinción de la raza guanche», confesará que el desprecio demasiado frecuente de este compromiso empujaba a estos seres simples y orgullosos a una incurable tristeza y les inclinaba hacia la muerte.

El milagro está en que, instruidos y bautizados, llegaban a ser cristianos convencidos, sujetos leales y ardientes en combatir bajo el estandarte de los Reyes Católicos. Siguen siéndolo. Esta vieja raza insular, fuerte, sana, trabajadora y «de entendimiento agular, fuerte, sana, trabajadora, y de «entendimiento agudo», ha unido ciertamente sus cromosomas a los de sus colonizadores en todo el archipiélago, ya fueran españoles, portugueses o normandos. El pueblo originario, no ha conocido jamás la derrota o la invasión. Almirantes y corsarios de toda bandera fracasaron aquí.

La emocionante conclusión de la Conquista, es el doble culto que los canarios de hoy guardan por sus padres enemigos, consagrando una gloria igual y fraternal a aquéllos que se mataron por el amor de las Islas Afortunadas.



Puerto de La Luz (Las Palmas de Gran Canaria)

II. GRAN CANARIA

Tiene la forma perfecta de una concha casi redonda cuyas ranuras profundas son los *barrancos* que descienden de las cumbres al mar. Una concha que se inscribiría en un cuadrado de 50 kilómetros de lado, se elevaría hasta cerca de 2.000 metros en su centro y abrigaría a más de 400.000 habitantes.

Concha, ella opone a los visitantes la defensa de su primer aspecto. Cuando hacen una escala rápida en Las Palmas, no ven aquí más que un puerto populoso, una ciudad en plena mutación, atestada de obras bajo unas pendientes áridas y reseca. Hacen una mueca, como el niño cuyas uñas chocan contra una cáscara cerrada y la rechaza con desdén, sin buscar la belleza de la perla que allí se esconde. Pues, hay que llegar al corazón de su refugio, penetrar en la misma carne de esta isla, en lo más secreto de la montaña y de su alma, en los *barrancos* grandiosos de Tirajana o de Mogán, y los *pinares* vertiginosos de Tamadaba.

No es la mayor del archipiélago, por más que sea tan rica y casi igual poblada como su hermana rival Tenerife; con sus satélites del Este, Fuerteventura, Lanzarote, y los islotes que las prolongan, ella forma la *provincia de Gran Canaria*, una de las más extrañas del imperio español.

LAS PALMAS

Curiosa ciudad, tendida a todo lo largo del istmo que une a la Gran Canaria el macizo tostado de

la Isleta. Estirada como una chica al sol, brillante y desnuda, unida al mar que la salpica de espuma sobre ocho kilómetros de costa. Compleja, yendo desde las callejuelas del siglo XVI a los muelles donde se hablan todas las lenguas del universo, y de los palacios para turistas de lujo a las últimas cuevas donde moran los miserables. Erizada de *buildings* nuevos, pero con villas entre flores, plataneras y arenas africanas que escalan los barrios populares. Noble y polvorienta como España, pero teniendo más *aficionados* a las peleas de gallos y luchas canarias que a los toros, y más todavía a los campeones de fútbol. Viva, bulliciosa, moderna, con trazos de costumbres medievales. Además, puerto franco desde 1852 y primero de España por su tráfico y el valor de las exportaciones.

Este Puerto de la Luz, es aquél, según dicen, donde Colón hizo reparar el timón partido de una de sus naves. Para entrar en la bahía, los barcos contornean la Isleta, islote-montaña que el istmo de Guanarteme liga a la orilla como un navío al ancla. Se la vuelve a ver desde todas las cumbres, antiguo lugar santo y necrópolis de los canarios, hoy punto estratégico rigurosamente defendido. Ella vela sobre los muelles inmensos donde *pipes* de petróleo alimentan día y noche a los barcos de tránsito. En la vasta superficie líquida del puerto se cruzan las estelas, torpederos de la base naval, petroleros, cargos, chalupas, correos, yates, trasatlánticos de casco imponente. Uno llega del Cabo, el otro de Buenos Aires, el siguiente apareja para Ber-

gen; seis pesqueros japoneses están en el muelle. Todos los pabellones coloreados flotan en el aire tibio que riza el mar. Al costado de la Isleta sube una marea de casas cúbicas, blancas y amarillas, casi árabes; al llegar la noche, en el umbral de las bodegas que huelen a vino y aceite, altos mozos bronceados, cargadores, marineros, pescadores, echan un piropo a las jóvenes como en la Puerta del Sol: «¡Adiós *guapa*, *Dios te guarde!*»

Al otro lado del istmo de Guanarteme, la gran playa de Las Canteras se llena de parasoles multicolores, de cuerpos tendidos. El mar forma aquí un lago tranquilo detrás del cordón de arrecifes negros que la protege de los vientos del Noroeste. Aquí se bañan todo el año. Algunos de los hoteles más lujosos abren sus terrazas sobre su *paseo* florido, hacia el sol poniente. La bahía, Confital, se redondea bajo las cabalgaduras lejanas de los acantilados, las mesetas verdes, las cimas donde las nubes se desmeleñan sobre el azul luminoso del cielo, —la esencia misma del paisaje canario—.

*

La ciudad mira hacia el Este y cambia diez veces de alma y de nombre entre las atalayas del Castillo de la Luz que vela sobre el Puerto, y las torres negras de la Catedral por encima de las callejas de Vegueta. Estira de Norte a Sur sus barrios nuevos, escolonados en las pendientes secas de la meseta, su playa de Alcaravaneras donde comienza la inmensa Avenida Marítima contra la cual el mar despliega sus oleajes verdes y, —paralela, interminable,— esa Calle de León y Castillo de cinco kilóme-

tros de largo que le sirve de espina dorsal; pero que tiene sus jardines, sus lugares de descanso. El más pintoresco es el *Pueblo Canario* que creó Néstor de la Torre, gran artista que en los años 30, se hizo el salvador del folklore insular, sus trajes, de su arquitectura cuyos grandes balcones de pino barnizado tienen tanta gracia y fuerza. Bajo las arcadas del Patio, en las *fiestas típicas*, los *magos* y *magas* vestidos de blanco cruzan sus cuadrillas, sus viejas rondas, cantando las *isas* maliciosas, las *folías* nostálgicas, al son alegre de los *timples*, las pequeñas guitarras canarias. Entre los cactus gigantes y las palmeras aparece el decorado «colonial» del hotel Santa Catalina. El charloteo de los papagayos del zoo vecino, responde a las risas jóvenes que saltan del jardín infantil.

A lo largo de la calle donde todavía uno se cruza con unas cabras abozaladas, arrastrando las ubres y con ojos globulosos, pasan los autobuses amarillos que todo buen canario llama, con un vocablo cubano, las *guaguas*.

Triana

A la entrada de Triana, centro del comercio, han rellenado el antiguo puertecillo de pescadores delante de la capilla dedicada al patrón de los marineros, San Telmo, cuyo terraplén era batido por las olas. La bruma llega a vaporizar algunos días las adelfas rosas y las grandes araucarias que tienden sus brazos negros sobre el jardín. Al alba, cuando tañe el sonido cascado de la campana, el sol nace del mar y hace brillar la espuma a lo largo del dique que defiende la ciudad. Por la noche, el rumor sordo del oleaje se hace en la sombra un redoble poderoso que oprimi-

me el alma. Del extremo del antiguo muelle se ve la risa continua de las olas hendir la bahía oscura y deshacer a lo lejos el reflejo chispeante de las luces del *Puerto de la Luz*.

La capilla, que cierra su puerta después de la misa matinal, la vuelve a abrir al crepúsculo. Las llamas movedizas de los cirios, hacen resaltar las rosetas del techo mudejar, el oro esculpido de los retablos, los ojos de los santos, delante de los cuales unas mujeres con mantillas están de rodillas, oscuras y susurrantes.

Es la hora en que el lenguaje de Babel resuena en todos los bares de Las Palmas. La hora, quizás, en que dialogan bajo los árboles dos fantasmas de poetas canarios, Morales, que murió joven en el tiempo de Moreás, y que murmura:

El mar es como un viejo camarada de infancia—

y Quesada le responde:

En San Telmo ha sonado la oración—

Triana, cada tarde, recibe la multitud del *paseo*, las jóvenes son finas, bonitas, bien peinadas y vestidas de colores vivos. Entre las últimas fachadas adornadas de lava negra de las mansiones de armadores, banqueros y negociantes del siglo pasado, la antigua ha dejado sus decorados barrocos y nuestro tiempo levanta aquí sus edificios de vidrio, de acero, de hormigón. Crisis de crecimiento.

Si las boutiques elegantes y las zapaterías son todavía españolas, los escaparates de «plásticos» anuncian ya los *drug-stores* de América, y los baza-

res indios de todas las escalas del mundo amontonan en las vitrinas, todo lo que es *made in Japan* o *USA.*, transistores, cámaras fotográficas, nylons italianos, *pulls* ingleses, cerca de los mas bonitos *calados* en manteles de fina tela. En la casa de discos, cuyo vendedor me ofrece una *malagueña* canaria, un moro pálido, llegado en el avión de Ifni, sueña, atento a la música; los dos tienen el mismo color, mismos ojos, mismo perfil. El árabe se llevará a su tienda del desierto el disco por donde pasa el indefinible ritmo común a Fez y a Granada.

A veces, ya tarde, yo sigo por Triana hasta el viejo puente de madera, conmovedor y anticuado, cuyos puestos de flores atraviesan, en el corazón de la ciudad, el lecho seco del *barranco* de Guinigada (seco, pero si viene la tormenta el torrente puede arrastrar todo). Un estrecho jardín lo rodea hasta la plazoleta sombreada donde un chorro de agua se despliega. Enfrente, bajo los proyectores, se anima el mercado nocturno a donde los campesinos traen los productos de sus tierras para la venta al por mayor. Montañas de maíz, batatas, rojizas patatas, cuyas cosechas se suceden todo el año; cestos de naranjas, mangos, aguacates, uvas, almendras, según la estación. Los mejores tomates parten en cajas hacia Londres o París. Las piñas de plátanos están envueltas en paja. Del suelo sembrado de verduras aplastadas sube el olor de hinojos y de cáscaras de frutas. En diciembre, cuando las noches, a veces son frescas, los vendedores de castañas encienden, como en Europa, sus braseros de tierra de los que el viento arranca la humareda y unas viejás abrigadas tienden hacia el fuego sus manos nudosas.

Vegueta

Más alto sobre este barranco que corta en dos la ciudad y desciende de la montaña próxima, el puente de piedra abre la vieja ciudad *real*. La catedral Santa Ana es su alma, blanca y negra, coronada de balaustradas y pináculos, nunca acabada en cinco siglos. Quedan en sus gruesos muros piedras talladas del siglo XV; su fachada sombría es de una severidad clásica, sin concesiones a lo gracioso o a lo sentimental, bajo dos torres con linternones que dominan la ciudad. De espaldas al mar, mira la plaza oblonga, rodeada de palacios antiguos, donde hay palmas, palomas, perros de bronce de los que cada uno tiene un nombre, viejos sentados y que piensan:

*Va el repique en paloma jubilosa
Al cristal de la plaza patriciana...*(1)

Al atardecer, cuando se apaga el oficio de las vísperas, la penumbra llena la nave donde mueren los salmos. Una lámpara brilla ante la Virgen, unas formas con sobrepelliz o capa negra se deslizan con paso furtivo, como en un grabado antiguo, entre los pilares que sostienen las bóvedas labradas; la luz avara cae de lo alto y revela el gran retablo dorado de Santa Ana, la plata de las lámparas, del altar, de sus ornamentos. Riqueza que anuncia, ya, la de las menores iglesias del archipiélago, las profusiones de metal precioso, brillante, repujado, cincelado, cubriendo los altares y las cruces, el amontonamiento de custodias y cálices, en los cofres y armarios desde el retorno de los galeones cargados, hasta irse a pique, del oro y la plata de las Américas.

Hay aquí, en el tesoro del Cabildo, joyas cuyo origen añade a su belleza singulares reminiscencias, —el inestimable portapaz cincelado por Benvenuto Cellini, la pesada lámpara pagada en Génova con el precio del azúcar y del vino, los ornamentos y el facistol rescatados de Saint-Paul de Londres «en el tiempo de Cromwell»...En el muro de la Sala Capitular, expira uno de los célebres Cristos con que el escultor canario, Luján Pérez, pobló las islas en el siglo XVIII, consagrando su vida a erigir ante la fe popular estos Cristos demasiado divinos, esas *Dolorosas*, esos Santos en lágrimas que, en los días de Semana Santa, recorren las calles sobre alfombras de flores.

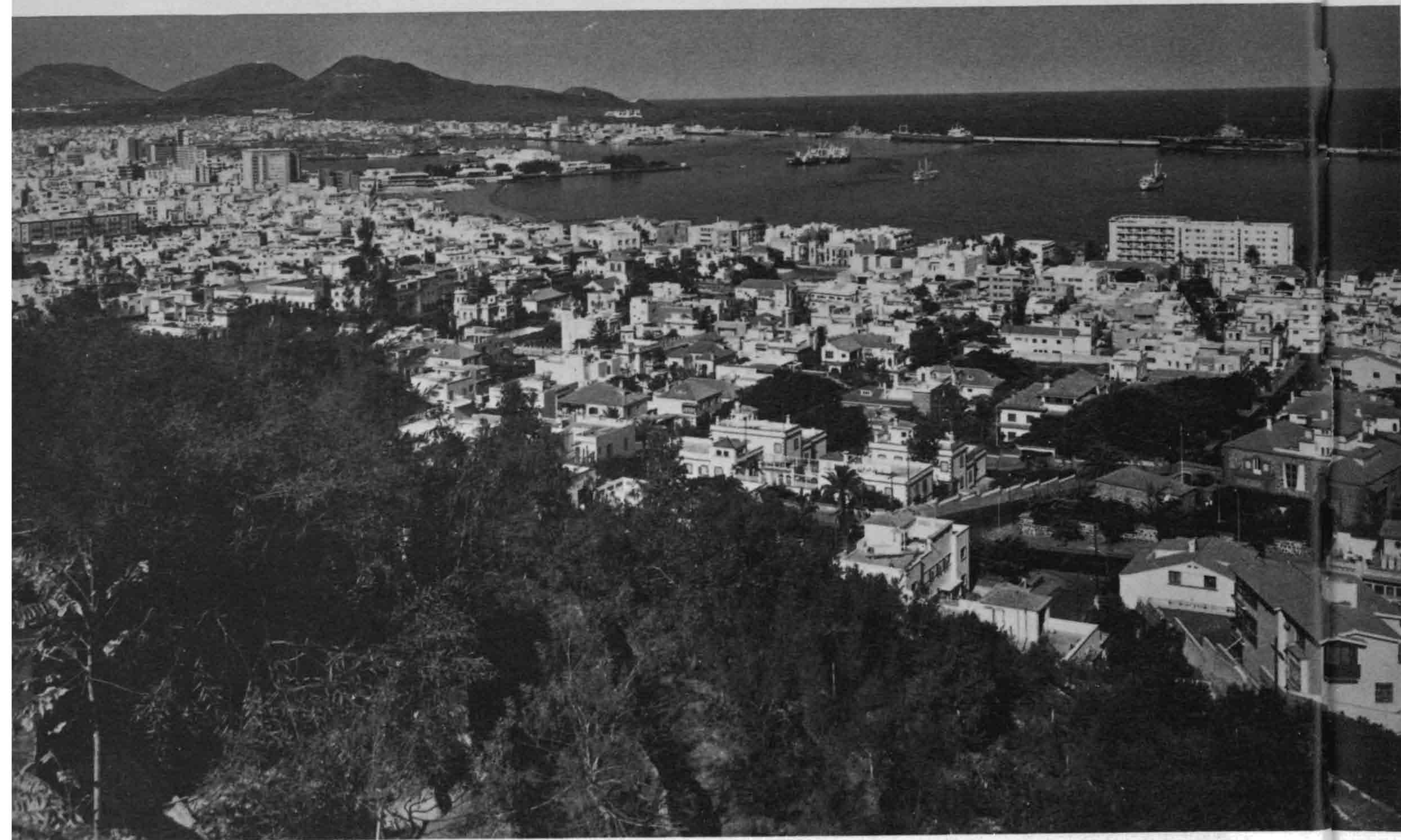
La austera catedral, donde los señores tenían sus bancos y los servidores su pavimento, ha resonado no obstante, de palabras explosivas los domingos en que el obispo, recientemente retirado, Monseñor Pildain, gran figura de apóstol, lanzaba desde lo alto de su púlpito dorado sus atronadoras *Pastorales Sociales*, recordando a los magnates del plátano y del tránsito, a los ricos hacendados de la isla, que, detrás de los Cristos sangrantes venerados por los devotos, estaba la realidad de la miseria, los parados del campo o del puerto, las *cuevas* del barranco donde vivían los pobres.

A la derecha de la nave se abre el Patio de los Naranjos. Bajo sus galerías de madera oscura, se atraviesa un espacio de sombra antes de alcanzar la calle,—y ya está aquí *Vegueta*—. Todo este viejo barrio que rodea el santuario es la «pequeña planicie» donde acamparon, en un atardecer de 1478, el conquistador Juan Rejón y sus hombres. Las naves españolas, al abordar la

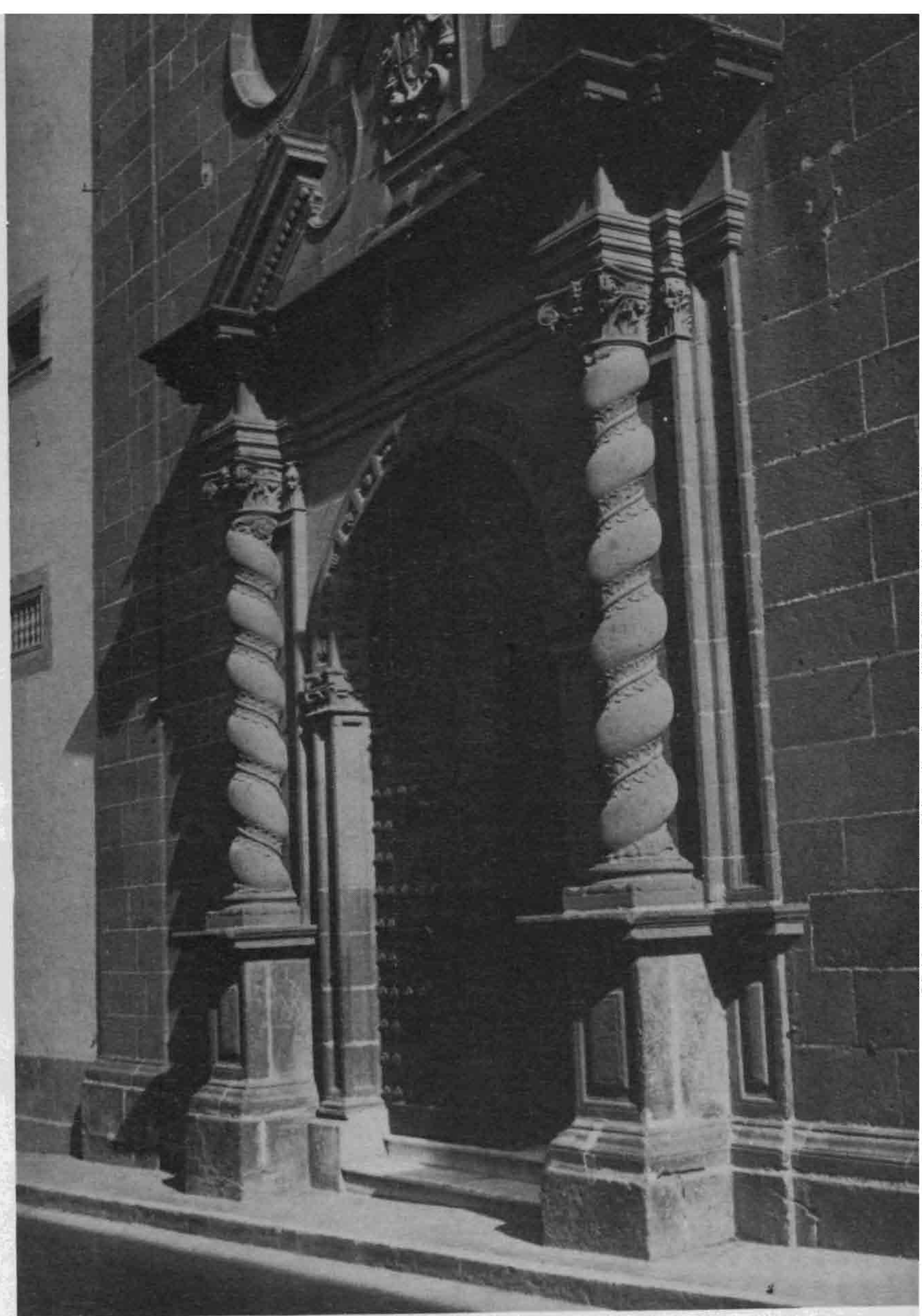
(1) Luis Doreste Silva.



*Las Palmas.
Playa de Las Canteras*



*Las Palmas.
Vista general del Puerto*



*Entrada del
Seminario*

*Las Palmas
Castillo de San Cristóbal
visto desde el mirador de El Paso*



*Las Palmas
Patio de la Catedral*



*Las Palmas
Fiesta folklórica*





Capilla de Colón



Gran Canaria
La Caldera de Vandama



Montaña de las Cuatro Puertas

isla que rehusaba la invasión desde hacía tres cuartos de siglo, habían fondeado bajo La Isleta, y los caballeros avanzaban a lo largo del mar, creyendo llegar a la bahía de Gando, donde otros habían varado antes que ellos. La noche llegaba. Al borde del arroyo de Guinguada, una anciana les informa: Gando estaba lejos y los canarios vigilaban. Rejón atravesó el riachuelo y examinó el lugar, un pequeño llano, una *vegueta* donde brotaban altas palmeras. El hizo cortar troncos con que rodeó el campamento que bautizó «Real de Las Palmas». Así nació esta población; y porque, algunos pensaron que la anciana no podía ser más que la madre de María, Santa Ana fue la patrona de la ciudad.

En una plaza pequeña en el centro de la antigua Real, la *Casa Colón* y la ermita de San Antonio Abad son vecinas. Todas la leyenda canaria de Cristóbal Colón está aquí, entre la capilla donde él habrá oído misa antes de hacer rumbo hacia el oeste y la mansión que habrá habitado. Se sabe bien que el enlosado de la ermita, reconstruida en el siglo XVIII, ya no es el que vio arrodillar al Almirante y que la bella morada que fue la de los Gobernadores no es quizás aquella en que el durmió. No importa. Estos balcones de madera tallada, estas puertas cinceladas, estos patios, el temblor de la fuente, los manuscritos preciosos, los grabados y retratos, todo esto es digno de acoger el recuerdo errante del Navegante y de sus escalas en la ruta del Nuevo Mundo. Se respira aquí un aire de grandeza marítima, que conviene perfectamente a la ciudad. De aquí, Colón partió en septiembre 1492 para su gran aventura, de aquí, en su segundo viaje, se llevó las primeras plantas de caña de azúcar que fueron aclimatadas en las islas del mar Caribe

que él llamó las *Nuevas Canarias de las Indias*.

Me gustan estas calles de Vegueta, estas casas que fueron señoriales y, en sus fachadas enjalbegadas de cal, los balcones con sus celosías, la piedra sombría de las puertas blasonadas, los escudos de armas, las gárgolas en forma de cañones puntiagudos bajo el techo en terraza. Tan pronto la calle corre, derecha, hasta el mar, como se pierde en un laberinto, o se ensancha entre unos puestos desde donde salen los trinos de pájaros enjaulados. Aquí vivió, en el alba del siglo XVII, la asombrosa sociedad nacida de la Conquista, caballeros y sus esposas, monjes, cronistas, inquisidores, hombres de ley, artesanos, judíos opulentos, piratas de todos mares, como ese Juan de Alarcón «que no respetaba nada ni a nadie y se daba a la astrología...»

Mi viejo amigo, don Luis, se hace mi guía, a veces, en las calles donde se extiende una franja de sol. Sus patios no tienen la grandeza altiva de los palacios de Mallorca; entre las finas columnas de lava que sostienen las galerías, ellos son como pozos de frescor, estremecidos de helechos llozosos, de mil plantas acostumbradas a la sombra y que el sol de mediodía atraviesa con flechas de oro. Unos escalones de piedra suben a las habitaciones; en un rincón gotea la *pila*, el filtro de piedra porosa bajo las hojas de culantrillo. Las muselinas almidonadas en las ventanas de los grandes salones, el brillo de maderas y cobres, hablan del cuidado de generaciones de esposas casi enclaustradas, reinando en la cocina cubierta de azulejos antiguos, en la despensa donde se alinean las vajillas, los frutos y el vino procedentes de la finca familiar. Cerca de un jardín escondido y de

antiguas cuadras, está el apeadero donde antaño se subía para montarse en la mula. Pero es el avión que toma para Madrid la Señora de hoy.

A través de toda Vegueta, así como la plaza triangular del Espíritu Santo, el tañido de las campanas del convento alterna con el repique del carrilón de la catedral. Campanas de Las Palmas, cuyas armonías anotó Saint-Saëns. *Seminario* con su portada maciza cuyas tribunas enrejadas parecen siempre contener murmullos piadosos, *San Martín*, cuyo «torno» recibía los bebés abandonados, *San José* que fue parroquia de esclavos, *Santo Domingo*, que fue hospital de leprosos.

De un pasado cruel, quedó largo tiempo en el costado pelado del barranco una zona como las de nuestras grandes ciudades; los huecos negros al sol, rojizos de noche, las cuevas, que ponen en la planicie su decorado de cajas de juguetes. En su palacio moderno, el *Cabildo Insular* prosigue un plan resueltamente social, construye, prevee, pero, ¡por Dios!, que conserve a Vegueta la unidad de su encanto antiguo.

Saint-Saëns en Las Palmas.

Cerca de Triana, bajo los árboles de la plazuela, don Eduardo me contó hace tiempo sus recuerdos de Saint-Saëns. Aquí también, unas mansiones antiguas encuadran el follaje de la Alameda, delante del portal de San Francisco. Lugar histórico: de los jardines de este convento, cuya iglesia conserva los preciosos techos artesonados, partieron antiguamente las primeras plataneras enviadas a las Antillas, y los abuelos de esas mismas plantas habían llegado aquí desde Tonkin, donde las misiones de la ori-

lla izquierda del Río Rojo eran españolas desde el siglo XVI.

Un pequeño hotel del barrio vio llegar, un día de 1895, un cierto M. Sinnois que decía ser comisionista de vinos. De vinos o de comisión, nada. El supuesto corredor sólo pensaba en «tocar el piano» y recorrer los senderos de la montaña. Alegre, jovial, excéntrico en la pequeña ciudad de entonces donde todos se conocían, y donde las mujeres llevaban todavía como un velo monacal la gran mantilla blanca, se hizo pronto una buena reputación de loco, así como algunas amistades.

El *Maestro* Valle dirigía la temporada de Opera en el Teatro, del cual M. Sinnois, abonado fiel, seguía los ensayos. Una noche, el timbalero falta. ¡Qué drama! Sin timbal, la ópera italiana sería sosa. Valle se lamenta en voz alta, y riñe al alegre Sinnois que se ofrece para reemplazar al ausente. ¡Qué escándalo si se reconociera al extravagante comisionista! La semana siguiente, otra preocupación, el tenor está resfriado. Sinnois salta proponiendo cantar el papel. Nueva regañina, mientras los asistentes se burlan de las ocurrencias del *loco*.

En París, la Opera acaba de estrenar *Ascanio*. El autor no asistió. Nadie sabe dónde está, ni aún su propia familia que estaba inquieta, la prensa habla del caso. *L'Illustration* llega a Las Palmas a casa del relojero suizo que es un amigo de Sinnois. En primera página se extiende un retrato. No hay duda, es el corredor de vinos.

Por la noche, en el primer entreacto, los abonados se refrescan con el *Maestro* Valle en el café vecino al Teatro. Se comentan las noticias. Sinnois se calla. No conteniéndose más, el relojero pone bajo sus ojos

la foto reveladora. Valle diría más tarde que hubiera dado todo lo de este mundo para que le tragara la tierra y así esconder su vergüenza. Saint-Saëns confiesa. Pero, mientras que su historia corría como la pólvora y que la concurrencia jubilosa se disponía a aclamarlo, él se escabulle por una puerta, se encierra en su cuarto, haciéndose sordo a los gritos que suben de la calle, hace su maleta, y, antes del amanecer, escapa al puerto embarcándose en un barco inglés que salía para Tenerife.

Reconocido allí también, vuelve a Las Palmas que a él le gustaba, poniendo como condición que le dejaran en paz. Se le volvió a ver aquí cuatro o cinco inviernos, respetado, adorado, pero bravamente independiente, liberando el lado fantástico de su naturaleza por cien excentricidades. Siguió fiel a los hoteles modestos de la Alameda, levantándose temprano para escuchar el sonido de las campanas, trabajando en la composición de *Barbares*, del ballet de *Javotte*, dedicando a una joven pianista de la ciudad su *Vals Canario* y haciendo a veces reír a carcajadas a sus amigos en el viejo salón del hotel con sus parodias macarrónicas del *Barbero*. Rechazó ostentosamente el ofrecimiento de los canónigos de tener el órgano, entonces asmático, de la catedral, pero más de una vez puso su talento al servicio de la caridad, interpretando sus obras con la orquesta y el fiel Valle. Para todos él era *Don Camilo*, proclamado «Hijo adoptivo de Las Palmas». Cuando la vieja ópera incendiada, fue magníficamente reemplazada por el bonito Teatro Pérez Galdós, decorado con frescos por Néstor de la Torre, —parisién por adopción— el nombre de Saint-Saëns fue dado a su «foyer».

Museo de Cráneos

Las Palmas tiene otro hijo francés: el gran antropólogo Verneau, que escrutó largamente aquí los orígenes del pueblo canario y guanche. Su memoria está ligada al museo, del cual fue el primer organizador. Cuando uno se deja llevar por la curiosidad apasionada del misterio canario, se detiene en este viejo edificio de Vegueta donde están expuestos, con los vestigios de su civilización, los cuerpos momificados que han sido encontrados en las cuevas funerarias bajo su séxtuplo lienzo de pieles de cabra. Piel y no pelaje. Ningún guantero podrá mostrar un guante más fino, más delicadamente cosido, que los sudarios y algunas túnicas canarias. El hilo era una fibra de tripa. La aguja, una espina. Hace falta una lupa para poder contar los puntos. A veces los labrados le dan la apariencia del terciopelo encastrado.

«Bellas gentes», decían los cronistas, «altos, fuertes, y bien formados». Algunos en su desecamiento, tienen el perfil alucinante del viejo Ramsés del Cairo. Aquí están sus diademas de conchas, sus taparrabos de finos juncos trenzados, sus cuchillos de obsidiana, las hachas de lava, la alfarería cuyas formas, hechas a mano, sin torno, no se encuentran en ninguna otra parte. En una vitrina, las *pintaderas*, pequeños sellos de barro cocido, de un arte singularmente moderno, que servían a los guerreros canarios para tatuarse el torso. En otra, unos sellos parecidos, encontrados en Méjico en la otra orilla del Atlántico. Se conocen otros similares hasta en el lejano Japón...

Por centenares, los cráneos se alinean en las paredes de la sala, fijando sobre la gente la mirada vacía de la muerte. «Cro-Magnon», dice Verneau. Otros etnólogos precisan: «Iberos dolicocefalos, emparentados con vascos y celtas de Europa, con ciertas aportaciones bereberes y —raramente— negroides». La mayoría tienen frentes rectas, altas, abombadas, las de una raza noble, inteligente, la raza cuya generosidad y grandeza de alma fueron un hecho humano que sobrepasó el archipiélago perdido.

La Montaña-de-las-cuatro-puertas.

Estos reyes-pastores, estas jóvenes con collares de conchas, de los que yo interrogaba los despojos angustiosos bajo las vitrinas del museo, los he buscado en la Montaña-de-las-cuatro-puertas, a unos kilómetros al sureste de Las Palmas.

Por contraste, es la gran carretera de Gando, la del aeropuerto, la de la base aérea, de las partidas fulgurantes hacia el mundo, la que conduce a la montaña santa. En la pendiente desecada por la luz de Africa, se divisa desde lejos su cono con la cima tabular donde se abren cuatro bocas de sombra, y que hay que escalar entre las matas de euforbios, *tabayba*.

Cuatro huecos, anchos, bajos, tallados con el hacha de piedra en la vieja lava grumosa, se abren en la sala subterránea que no cobija ahora más que a unas cabras. Desde la plataforma arreglada delante de las «puertas», hacia el norte, se descubre la cima lejana de La Isleta, igualmente sagrada, destacarse de la costa brumosa. Al parecer este templo rústico sirvió a los funerales de los jefes. El cortejo subía hasta su atrio orientado hacia la necrópolis y una ceremonia tenía lugar aquí delante del pueblo que lanzaba sus invocaciones hacia *Alcorac*,

Dios Todopoderoso. Después el cuerpo era llevado por el sendero que rodea la cima, hacia la otra ladera vertiginosa de la montaña, donde lo esperaban los embalsamadores.

El sendero está aquí, estrecho, mostrando en sus revueltas una vista incomparable, el gran perfil despedazado de las cumbres nubosas de la isla. Los altos lugares donde los sacerdotes ofrecían las libaciones de leche y los frutos de la tierra al Señor, como los hijos de Adán; y al final de la pendiente pedregosa donde los hombres se esfuerzan por cosechar escasas verduras, la bahía azul de Gando que vio acercarse las velas de Egipto y las de España, antes que los aviones de hoy.

Al reverso de la montaña, aparece la fachada oculta del templo, una pared rocosa, a pico, horadada como una colmena de toscas habitaciones cada una de las cuales debía tener su destinación; la piedra, a veces, está ahuecada como para recibir un líquido. Todo es de un ocre ardiente que flamea al sol. Decenas de cabritos con pelaje de gacela, brincan en el sendero; las aves de rapiña con alas desflecadas revolotean en busca de una presa.

Aquí, cuando el cadáver había desaparecido de la vista del pueblo, era depositado en el suelo y lavado cuidadosamente. El carnicero, casta despreciada como en Egipto, cortaba la piel con una hoja de obsidiana, vaciaba el cerebro, las entrañas, reduciéndolos a cenizas. El sacerdote-médico llenaba el cuerpo de un bálsamo hecho de resina, de «sangre de dragón», azúcar de euforbios, miel, hierbas machacadas, manteca de cabra largamente conservada en jarros hundidos en la tierra, y que formaba la base de la farmacopea canaria.



Jardín del hotel de Santa Catalina. Las Palmas

Tres fosas en forma de féretros cuyos pies convergen, entallan la roca. Aquí acostaban los cuerpos embadurnados de bálsamo. Durante quince días, el sol y la luna fundían sus aromas, impregnando el cadáver. Desecado como un haz de hierbas, era envuelto en seis o siete lienzos de piel de cabra, finos como tela. Solamente entonces, el muerto era llevado hacia la necrópolis, o izado hasta una gruta en lo más alto del barranco.

En la pared escarpada, una serie de alveolos redondeados, ennegrecidos por el fuego de los pastores, sirve de establo a las cabras. Aquí, se cree, vivían las *Harimaguadas*, vestales guanches, vírgenes sagradas, hijas de jefes, confiadas a una mujer mayor, institutriz y guardiana. Innegablemente ellas son el origen de la leyenda de las Hespérides. Se sabe que unas leyes terribles velaban sobre su castidad y que no salían de su retiro más que para descender a bañarse en el mar. Si un hombre tenía la desgracia de acercárceles o dirigirles la palabra, era condenado a muerte y lapidado. La torre que, desde 1466, habían edificado los españoles en Gando, fue varias

veces demolida por los canarios para castigar a los soldados por haber perseguido a las *Harimaguadas*. Eran ellas las que curtían la piel de los cabritos para hacer los sudarios, las que componían los bálsamos fúnebres y lavaban a los recién nacidos con un agua lustral; eran las que, en los días de peligro público, de sequía o epidemia, iban, los cabellos sueltos, llevando palmas, levantando los brazos al cielo con suplicas frenéticas y danzas convulsivas, fustigar el mar e implorar el poder de Dios.

La cima de la montaña donde la piedra forma unos toscos asientos, parece haber sido un *Tagoror*, lugar de consejo para los ancianos, puesto de vigilancia quizás, desde donde se descubre toda la extensión de la costa hacia las soledades del sur, las llanuras pedregosas que han arrojado hacia el mar los torrentes descendidos de las Cumbres por el gran corte del barranco de Tirajana. Aquí uno se siente muy lejos de nuestro tiempo, hasta el instante en que la sombra de un ala rugiente vira por encima de las cuevas, descende hacia los cipreses de Gando, y se inmoviliza sobre la pista.

EN EL CORAZON DE LA ISLA

En el corazón de la isla, primero está el *Monte*, — el *Monte* y Tejada. Es lo que las gentes de Las Palmas enseñan a sus huéspedes antes que nada. Es verdad que la sorpresa es agradable al salir de las tierras áridas que cercan la capital.

El Monte Lentiscal.

En menos de un cuarto de hora se sube a los verjeles de Tafira. Los eucaliptos que bordean la carretera por encima del barranco de Guiniguada se hacen cada vez más altos, más poderosos bajo el enrollado de sus cortezas; sus ramas flotando al viento exhalan el aroma violento, salubre, que es el perfume mismo de las mañanas de Canarias. Una densa cinta de plataneras verdea en el fondo de un barranco, bajo las palmas. Se sube, y las cisternas brillan al sol, y las hermosas *fincas* engalanadas con bougainvilleas rojas. Los bungalows más modestos se multiplican en las largas lomas de terreno que suben hacia Santa Brígida. Raros son los ciudadanos que no tienen aquí su residencia veraniega, una viña, un jardín; raros los extranjeros que resisten a su atractivo. Viejas parejas suecas o británicas eternizan sus bridges en los sillones de cretona del Gran Hotel, donde todo es «cosy» y respetablemente conforme a los gustos anglo—sajones. En su terraza, se da la espalda al mar, que no es más que un recorte azul entre dos colinas. Más allá de los cipreses, pinos y palmeras, el macizo de las *cumbres* lejanas raya al cielo; sobre la más alta, en el punto culminante de la isla, se discernen los mamelones gemelos que el pueblo llama *Los Pechos*.

Toda esta región plantada con bellos árboles, viñedos y parques que dejan desbordar sus franjas de flores, es de una gracia infinita, susurrante del rumor líquido que corre en las canalizaciones. Cuando el agua salta al aire libre, las muchachas vienen aquí a lavar, risueñas y charlatanas bajo sus grandes sombreros de paja. Entre las altas paredes de lava del barranco de Angostura, la pequeña carretera de San Lorenzo, llena de geranios en flor, va siguiendo el delicioso *Jardín Canario*; aquí están reunidas, aclimatadas, todas las especies vegetales del archipiélago, árboles, flores, euforbios, cactus que se agarran a las escarpas; los pájaros de la isla también están aquí, canarios cantores, pequeños capirotos melodiosos, a lo largo del arroyo que refleja las piedras.

En la meseta, una larga avenida de palmeras simula un decorado de oasis. Por encima del pueblo donde cada casita está locamente adornada de plantas verdes, el pequeño cementerio con sus cipreses negros es un lugar luminoso y melancólico desde donde es agradable contemplar la montaña.

En el siglo XVIII, las últimas erupciones no habían dejado aquí más que un *mal país* recubierto de ceniza y a la merced de los lentiscos. Ceniza preciosa, ceniza nutritiva. Las cepas han brotado en hileras y sus follajes, en noviembre, salpican de oro rojo la arena negra; el *Vino del Monte* les debe su fuego ligero, las viñas moscateles dan aquí un licor ardiente.

En frente de los viñedos de Tafira, el cono quemado del volcán de Bandama da testimonio de los cataclismos; del mirador que corona su cima, se descubren a la vez su cráter perfecto al fondo del cual una pequeña granja está asentada, solitaria,

fuera del tiempo, y los céspedes recortados del Golf entre las viñas. Más allá, sobre la cresta de La Atalaya, los alfareros amasan todavía el barro para modelar a la mano, sin torno, los cántaros parecidos a los de sus antepasados.

*

Una mañana, en el camino que sube a Santa Brígida, me crucé con el vendedor de *¡Pescado vivo!* soplando en una concha marina, como un tritón. La lechera le seguía, llevando sobre su sombrero de paja un andamiaje de cacharros. (Si sólo tuviera que llevar un plátano o una caja de fósforos, una canaria lo pondría sobre su cabeza). Una fila de cabras trotaba en busca de un pasto escarpado. En el barranco donde el sol exaltaba el perfume de las naranjas, unos chicos regaban por medio de las atarjeas pacientemente los plátanos y las tomateras, otro recogía guayabos maduros y, porque yo había perdido mi camino, él me dio por guía a Candelaria, —de seis años, con los ojos azules y los cabellos rubios de sus abuelas canarias; ella me condujo por lo más hondo del barranco, encontrando allí la vibración de un bosque de álamos en el frescor de un valle de Europa; pero, en la otra vertiente, la ceniza negra rodaba bajo nuestros pies entre las cepas y las raquetas espinosas de los nopales. Así es el Monte...

Tejeda

Desde que se sube en grandes curvas al costado

de la montaña por San Marco y Las Lagunetas, el decorado cambia todavía más. Unos cultivos en terrazas se escalonan bajo el ramaje de las higueras, entre los blancos pueblecitos con tejados rojizos. Al final del invierno, la hermosa tierra morena por donde brincan los corderos y los cabritos, se cubre de un terciopelo de verdor, cebada o trigo, mientras estalla la floración de los almendros. Más alto aún, los bosques de castaños hacen creer en una Suiza donde las lanzas azules de las piteras serían un error geográfico. En los taludes ocres, unas cuevas sirven de silos, de establos y refugio a los pastores. A menudo, por encima de la cuenca húmeda de Las Lagunetas, las enormes nubes invaden la garganta del desfiladero. Ellas forman parte del paisaje. Cuando se separan, se divisa, encaramado en la arista a cerca de 1.500 metros de altitud, una especie de castillo, el *Parador Nacional* de la Cruz de Tejeda.

Yo he conocido la garganta que se abre entre las más altas cimas de la isla, cuando sólo la Cruz señalaba el paso de los muleros, delante de la modesta tienda donde se compartía con ellos el queso y el pan. Apenas se distinguían, entre las nubes removidas por el viento, unas siluetas arcaicas de pastores descendiendo de las cumbres, envueltos en su manta blanca. En menos de una hora, los autocares y coches traen ahora hasta aquí su cargamento de turistas. Los más hastiados no escapan a la fascinación de este lugar apocalíptico.

Al pie del desfiladero, un enorme valle se ahonda. Lo que fue sin duda un cráter se abre en barrancos sal-

vajes, entre murallas ruinosas y teñidas de ocre, cuyos huecos de sombra tienen a veces todos los azules imaginables. Unos monolitos de basalto, el Roque Nublo y el de Bentayga, clavan aquí sus altas formas, bravías, el barranco se va profundizando hacia el oeste, hasta el mar lejano y centelleante, que lleva en su lecho de bruma el triángulo de Tenerife. Es de una belleza tan extraña que recuerda los decorados dramáticos inventados por un Jerónimo Bosch, y sin embargo hay aquí la indecible serenidad de la montaña y la mar unidas.

El Parador es una especie de claustro aéreo a donde se viene para escapar a los ruidos de la ciudad, a la humedad del puerto. Hay veces que en invierno la nieve confiere a las pendientes vecinas un sabor de viaje al Norte. En la tefraza, parecen las «Cumbres Borrascosas» en el galope de las nubes; pero de noche, cuando las estrellas nacen sobre la espaldilla del Roque Nublo, éstas tienen su destello sahariano, más grande y más puro que en Europa.

Del desfiladero, una carretera nueva se eleva hacia la *cumbre* del Pozo de las Nieves... Cada viraje revela una visión más amplia del corazón de la isla, de sus abismos, de sus *roques* gigantes, el *Nublo* que es el más alto monolito conocido(1) — o el *Fraille* cuya silueta petrificada en un hábito de lava parece vigilar todos los caminos de la montaña.

Una plantación de pequeños pinos cubre la meseta, la primavera pone aquí su floración de retamas, de gamones y pequeñas alelías malvas. En la cima, el Observatorio militar. marca el punto culminante de la *Gran Canaria*, alt. 1950.

*

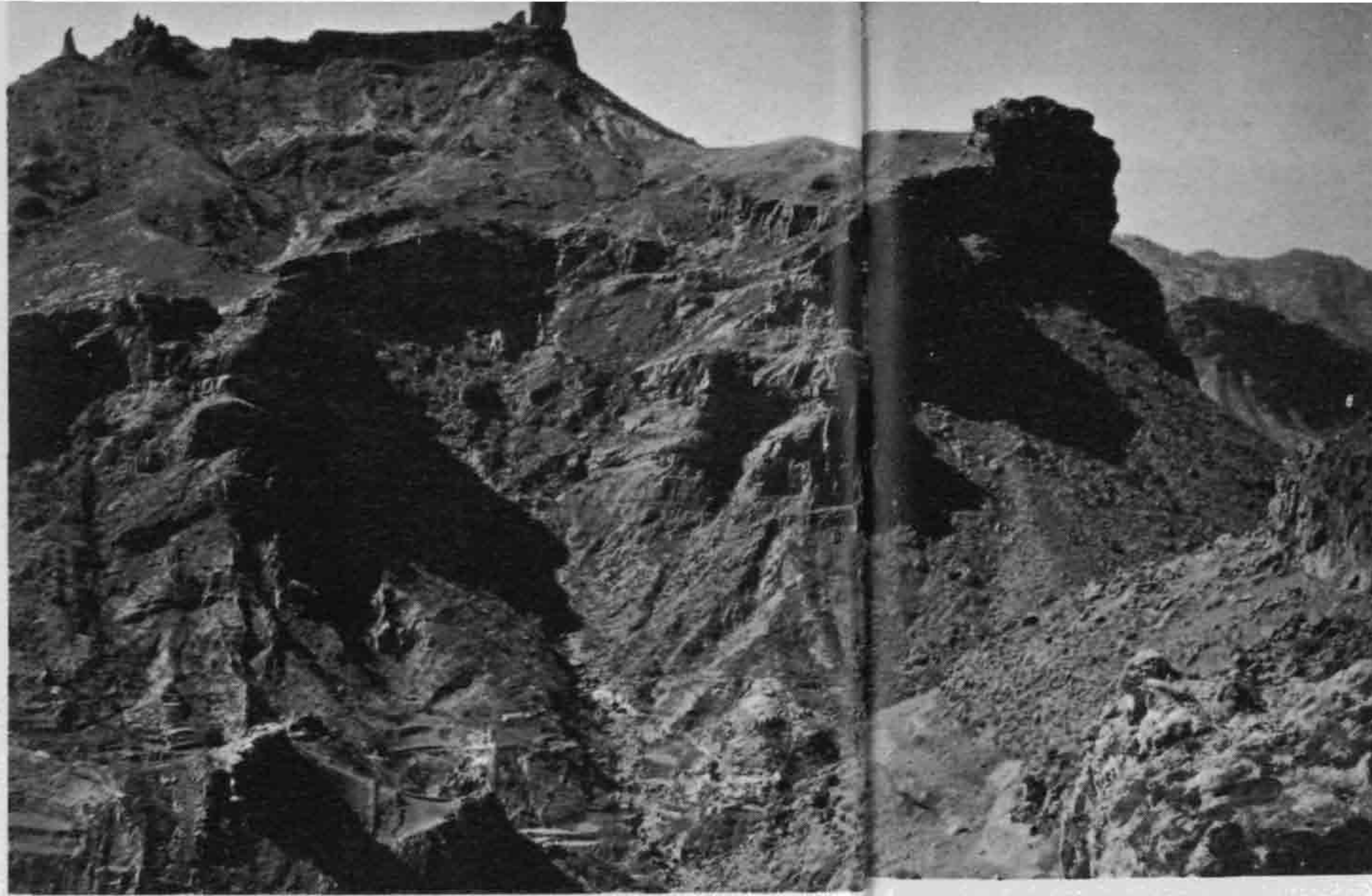
Bajo el *Parador*, la carretera se hunde en revueltas vertiginosas hacia la aldea de Tejada, apretada contra el espolón que domina un torreón de basalto; después gira en el círculo dantesco que rodea el monolito del Nublo. Aún en este caos pétreo la paciencia campesina, en todas partes donde puede, se agarra a su tierra descolorida. Bajo el amparo abrumador de la montaña volcánica, unas casuchas aisladas están pegadas en bloques dispersos, y se ven en los ínfimos cercados cavar al hombre y moverse las cabras. Todo parece sin medida, primitivo, casi religioso. Entre las paredes donde se abren las bocas oscuras de las cuevas, se adivinan a lo lejos las grandes mesetas del sur de la isla, las masas negras de los pinares de Pajonal y el brillo del lago de Chira, la más grande y más alta de las presas que retienen el agua de los barrancos.

(1) 65 m. de alto.

Las palmeras de Santa Brígida

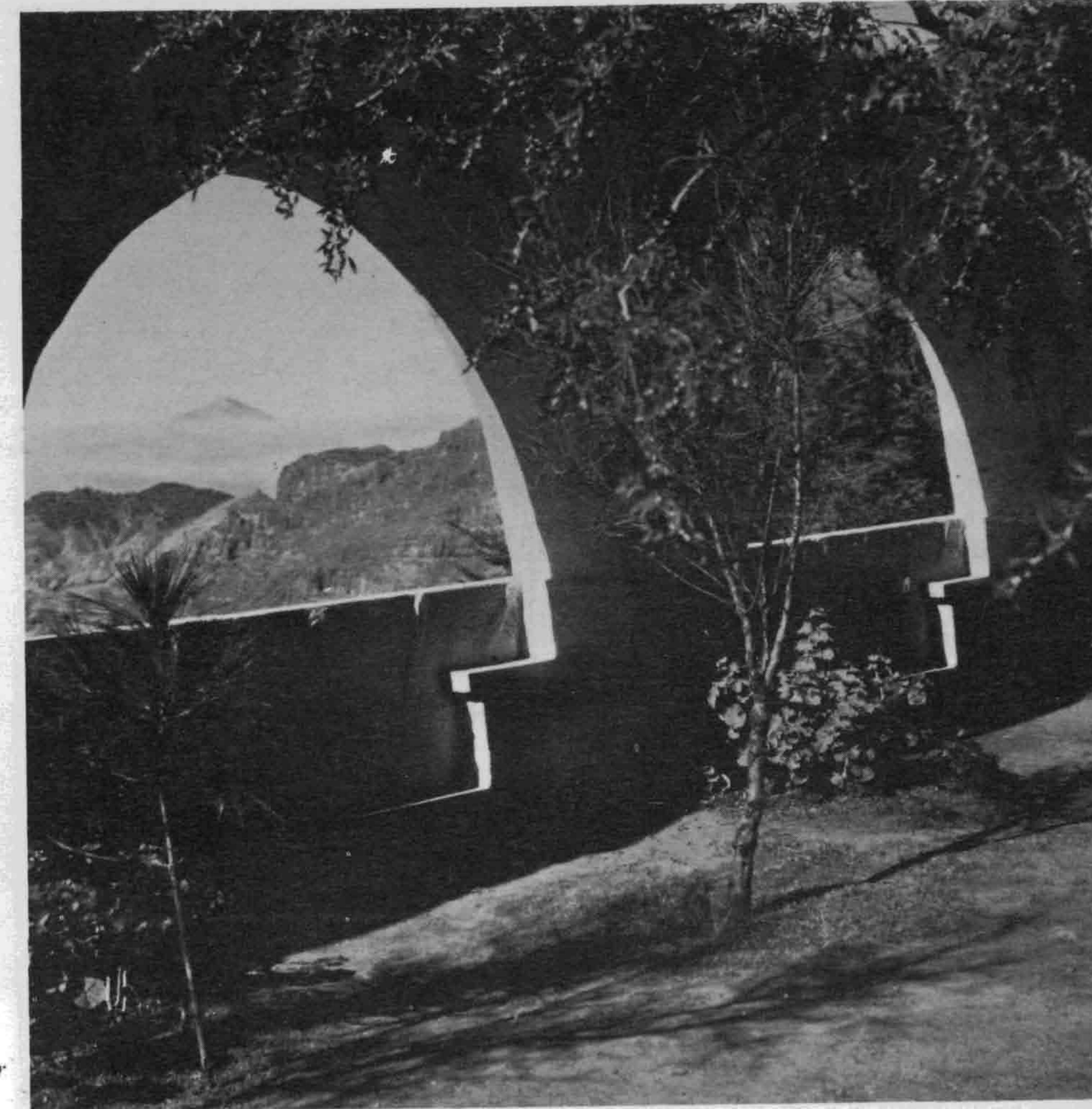


Paisaje de las cumbres



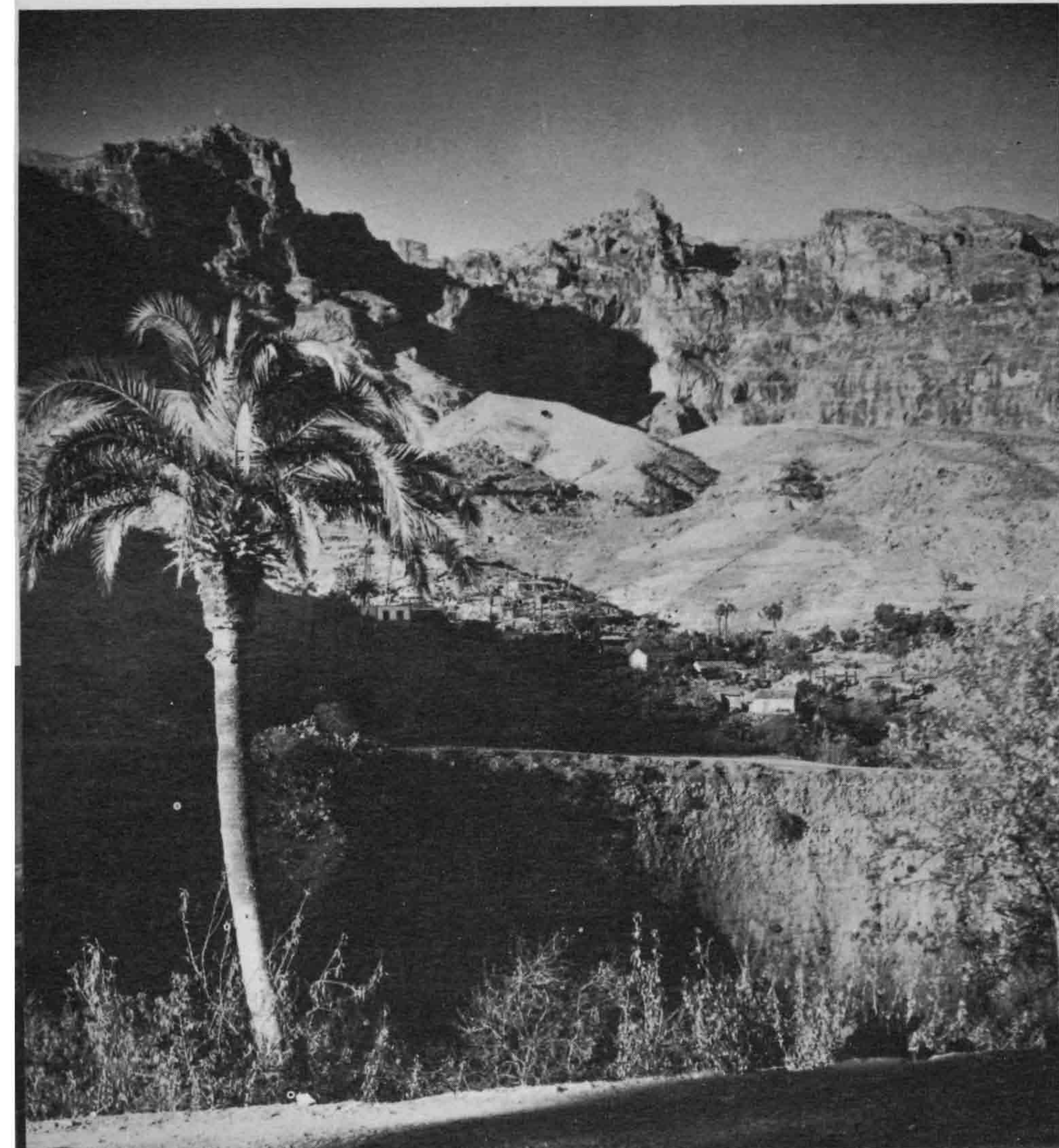
... en todas partes donde puede ser
... de desolación. Bajo el abrigo abru-
... con cascadas de
... y se le
... al hombre y a su
... y a su
... y a su
... y a su

*El Teide visto desde el Parador
de Tejada*

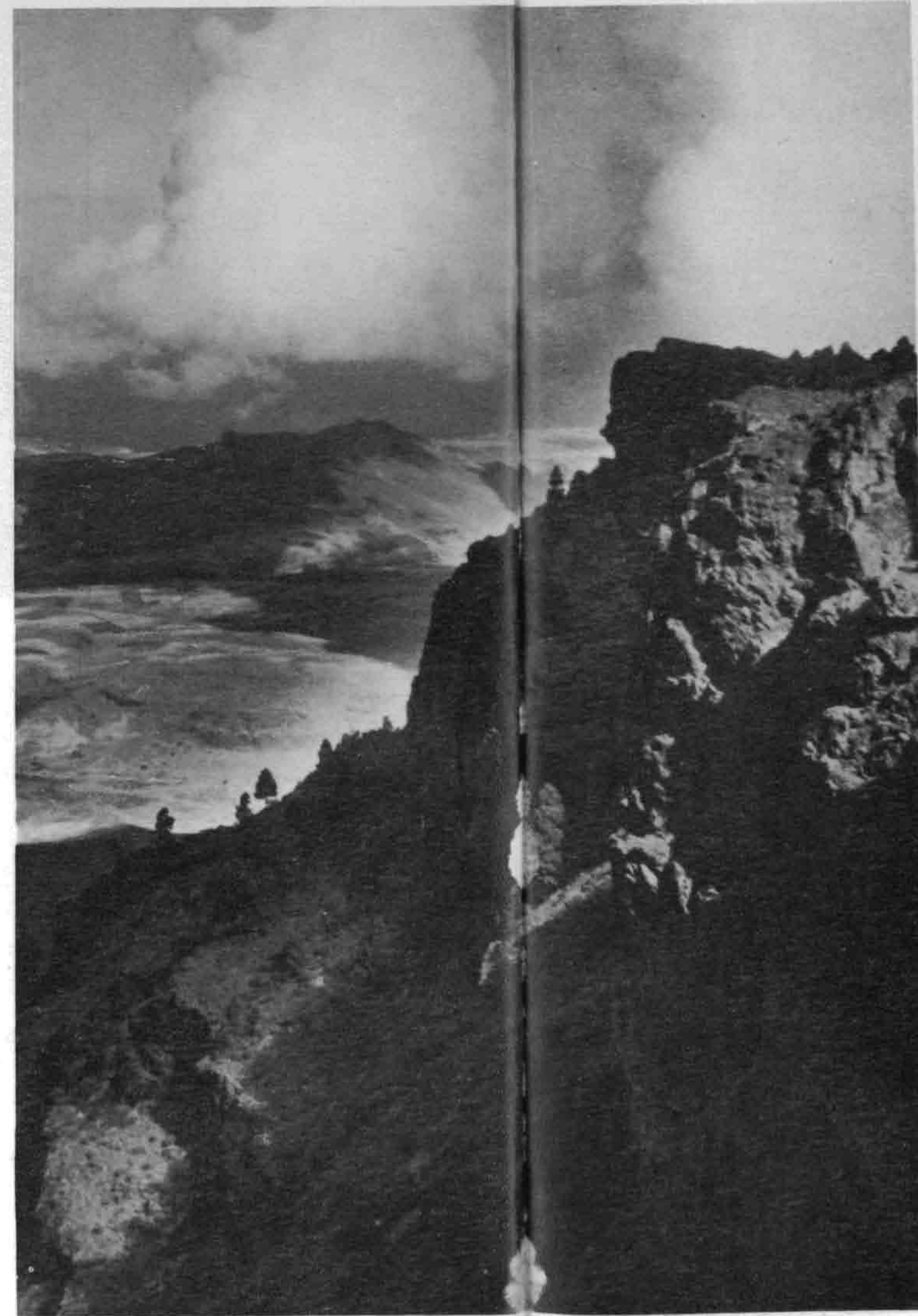


El Parador de Tejada

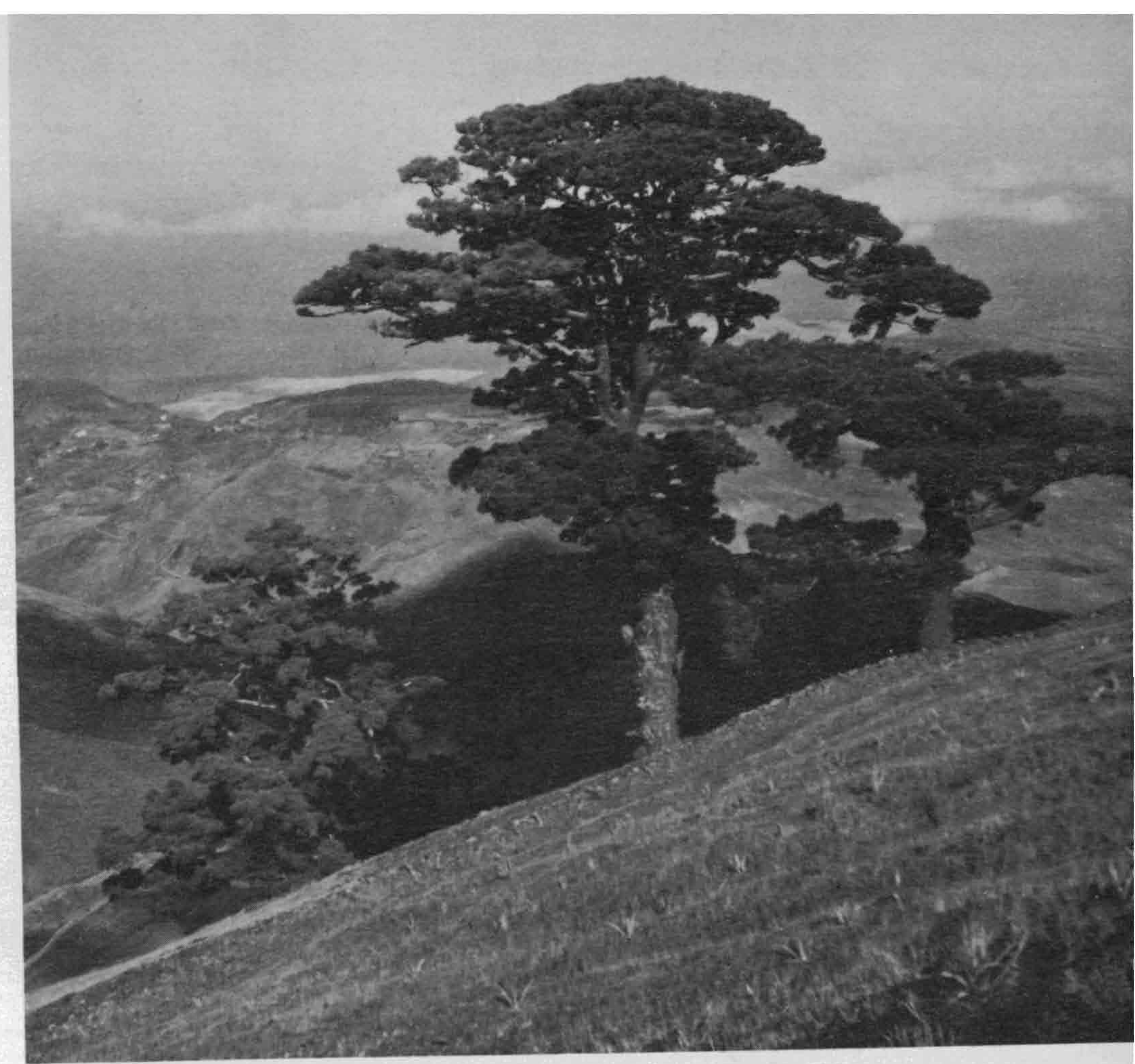




San Bartolomé de Tirajana



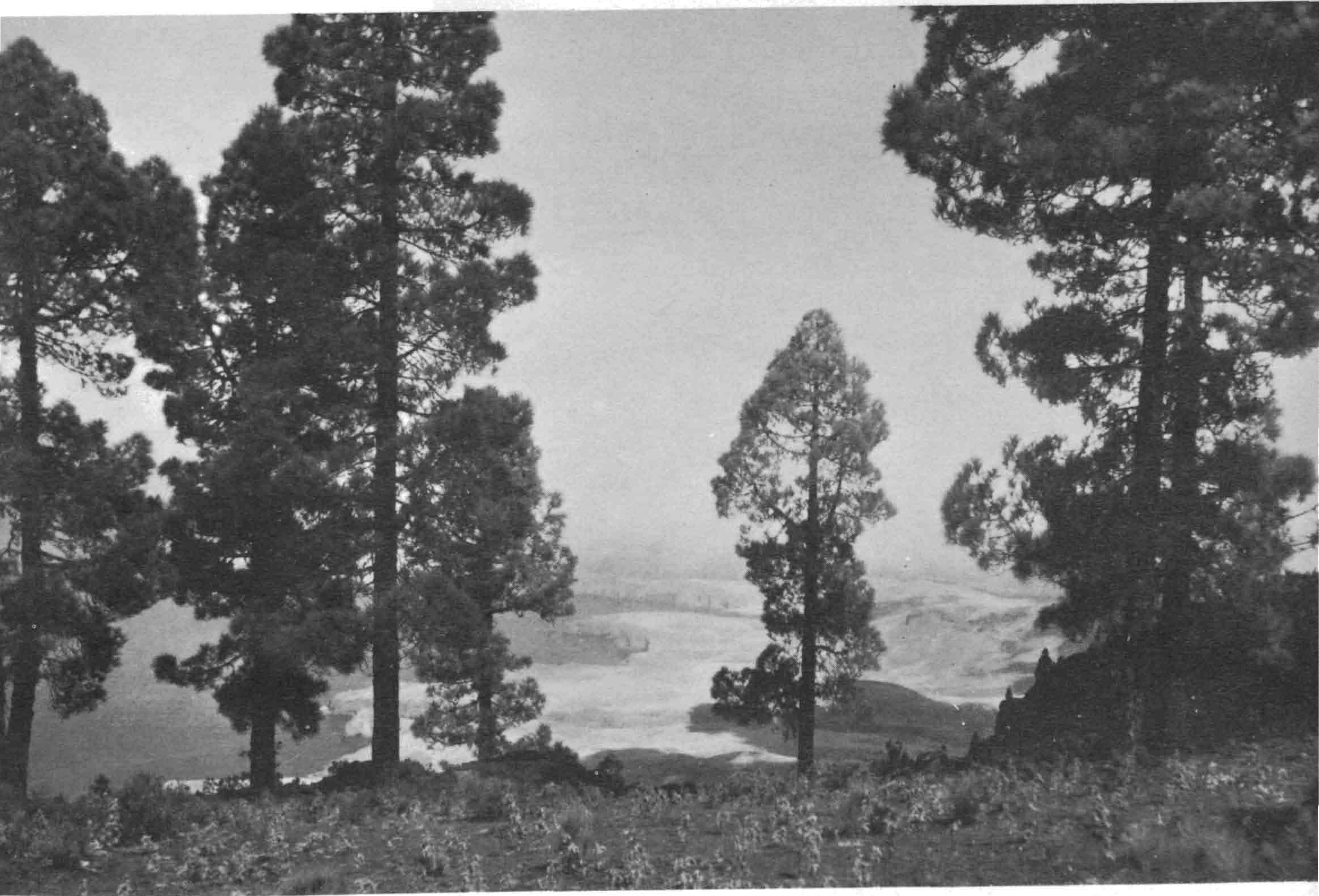
Tamadaba



Los pinos de Gáldar



Agaete visto desde Tamadaba



Tamadaba



Valle de Mogán

Tirajana

Cuando se sube al fin el umbral rocoso que da paso a la carretera hacía la vertiente oriental, otro cráter hundido, el inmenso barranco de Tirajana aparece como un reino de otro mundo, un jardín de Edén donde los finales de invierno estallan en ramilletes de almendros en flor en el caos de los bloques caídos de las cimas, y donde en verano, los higos, los albaricoques, pesan en las ramas, alrededor de las pequeñas aldeas que muchos viejos no han abandonado jamás.

Un acantilado abrupto, gigantesco, parecido a los asientos de un templo y llevando en su cresta el símbolo de Los Pechos, envuelve el anfiteatro donde las palmas brotan en medio de los verjeles. Al final del día, cuando el azul intenso del cielo vibra por mil flechas solares, y unos trozos de ultramar cortan cada pináculo de oro rosa, esto es inefablemente bello. Un lienzo de sombra cubre ya los viejos tejados de San Bartolomé y sus humaredas que tiemblan entre los pinos y las palmeras; al otro lado del circo la luz da todavía en las casitas de Santa Lucía esparcidas entre los árboles frutales. Lejos, en la huida del barranco, el mar inscribe un triángulo azul, casi malva.

Puede ocurrir que los elementos se desencadenen y una lluvia torrencial devaste las pendientes. Yo he visto ya aquí el gran autobús amarillo del correo buscar penosamente su paso en la carretera cubierta de charcos fangosos y avalanchas de piedras. Después las nubes se alejan, y el dios-sol bendice de nuevo los cultivos donde los cerezos vuelven a florecer.

El aspecto del barranco es distinto cuando se sube por la parte oriental, por encima de los deltas

pedregosos que las aguas arrancaron antaño de las pendientes. De mañana, el sol entra con fuerza, inundando de claridad el profundo cañón basáltico al fondo del cual brilla el verde vivo de los cultivos. Pero es el crepúsculo el que le confiere una grandeza casi bíblica, y que hace que este paraíso escondido se recuerde desde el corazón de las ciudades.

La carretera que sube desde el mar, por Agüimes o Sardina, alcanza la garganta cerca del extraño macizo de la Era del Cardón. Cuando se llega aquí tarde, la sombra se eleva ya de las profundidades azuladas en el caos de rocas que sobresalen del abismo, hacia unas columnas de basalto. Se sorprende a los lagartos huyendo entre las piedras todavía tibias y el vuelo de los cuervos y gavilanes hacia las crestas todavía ribeteadas de luz. Y he aquí que, en medio del barranco, surge una especie de triple ciudadela de roca viva, sombría, ciega, cerrando el paso de un verjel prohibido, el Castillo, la Fortaleza, Tagayda. Más alto, muy lejos detrás, la muralla de la montaña-templo se baña en la última claridad del día. Y se tiene la tentación de decir al chófer: «Pare. Vuelva a la ciudad. Déjeme aquí, que quiero subir andando este camino, lentamente, recostarme en un tronco de palmera para ver nacer una a una en lo más alto del circo ensombrecido, las débiles lucecitas de los hombres y por encima de ellas, las estrellas; respirar en este vasto silencio el perfume oscuro de los jardines, y afrontar como Jacob al ángel nocturno del valle».

El crepúsculo descendía sobre la Fortaleza, la tarde en que don Vicente nos condujo hacia la gruta de Ansite. El sendero milenario subía hasta el arco profundo y largo, que perfora la ciudadela de lava en-

tre dos barrancos. Ella fué, hace quinientos años, el refugio de los canarios sitiados y perseguidos por los españoles. Aquí, en 1482, vencidos por el destino después de más de medio siglo de resistencia desesperada, tuvieron que aceptar la integración a la Corona de Castilla. Eso que fue la victoria de unos, la derrota de otros, se conmemora bajo el arco de Ansite, en una conmovedora fraternidad, por aquéllos que son sus descendientes. Y yo escuchaba con emoción a Vicente evocar, como si se hubiera tratado de su propio abuelo, al Príncipe prisionero y su niña, «Guayrmina la del bello rostro», cuyo nombre ha dado a una de sus hijas.

Para compartir con otros la pasión que siente por su tierra, él ha hecho de su casa de Santa Lucía, un museo ingenuo y, de su antigua cuadra, un bar rústico rodeado de viejos arados de madera; el huerto está lleno del canto de pájaros y animales mansos; entre los patos, los conejos, los perros y el asno, Vicente sueña con edificar aquí un hotel... Haga el Todopoderoso Señor de Tirajana, que la grandeza y la paz del lugar no sean profanados...

El Barranco de la Virgen

Cada uno de los grandes valles hundidos que surcan el corazón de la isla, fue uno de esos reinos cerrados, compartimentados, tales como conoció la Antigua Grecia — pero aquí no se encuentran acrópolis ni castillos. Sólo las Iglesias, blancas o rosas, reinan sobre los pueblos y los campos, Dios sólo es aquí el amo, Dios y la Virgen.

Entre Tejeda y la costa norte, la red de cañadas y barranquillos que se cruzan de una y otra parte del

Barranco de la Virgen tienen la gracia casi alpestre que es el encanto del Monte. El verano les da la tierra desnuda y seca, pero el invierno y la primavera los tapiza de fino césped, de trigos tiernos cuyas pendientes oblicuas dominan el río verde de las plataneras que ocupan el fondo de las vaguadas. Entonces, los finos chorrillos de agua escapados a la captación intensiva corren por los acantilados, entre las peñas desmoronadas. Por todas partes también los manantiales minerales cuya fuerza radioactiva está apenas valorada, brotan de las lavas, *fuentes santas* donde el pueblo continua yendo, cerca de Azuaje, de Teror, de Firgas, cuya agua chispeante y fresca es el «Perrier» canario.

La melena danzante de los eucaliptos acompaña estas carreteras sinuosas, que saltan un barranco, se encaraman por encima de los estanques cuyo espejo refleja el cielo, vagan por delante de uno de los últimos molinos de *gofio* cuyo aroma frumentáceo flota en el suelo empolvado de harina. Se cruza uno con el camión matinal cargado de cántaros de leche y los campesinos sobre su asno o su mula. Grandes pueblos claros están colocados como en un decorado de Belén en las lomas que separan los valles; tienen amplias iglesias de cúpulas rojas o blancas; algunas, desde hace cuatro o cinco siglos, acumulan sorprendentes riquezas.

Así es la de Teror. Desde los tiempos de la Conquista, en 1481 la Virgen apareció en un pino. Enfrente del árbol, en honor de *Nuestra Señora del Pino*, fue construída la iglesia. Una fina torrecilla del siglo XV en piedra amarilla ha escapado a las clásicas «reconstrucciones», y un bestiario de gárgolas hace muecas bajo el techo. Al fondo de la nave, en-

tre los dorados altares, la Virgen se yergue sobre su trono de plata, bajo su manto de oro, centelleante de alhajas. Ella es la Reina, la Patrona, el ídolo bienamado de los canarios que la han colmado de joyas, pedrería, vestiduras bordadas, coronas, orfebrería religiosa y ornamentos sin precio que llenan las vitrinas del Tesoro. Dicen que hasta tiene su cuenta bancaria. Por su fiesta, en septiembre, una muchedumbre alegre se desborda en la plaza, bajo los árboles, esparciéndose entre las viejas casas blasonadas con balcones de madera obscura, que bordean la calle.

Cerca de Moya, el barranco de las Tilos se abre a un lado de la carretera. Un torrente de agua saltarina corre entre gruesas raíces de las cuales todavía brotan algunos retoños. Del gran bosque que existió aquí en el siglo XVI, quedan estos hermosos árboles de follaje oscuro, el césped sembrado de peñascos, la soledad y el silencio del lugar. Más alto aún, en un jardín abandonado, está la Finca Corvo rodeada de castaños y eucaliptos gigantes sobre una terraza que domina uno de los más vastos panoramas de la isla, el correr de las colinas hacia el mar donde se encorva, a lo lejos, el istmo blanco de la Isleta.

Tamadaba

Todo esto, no obstante, queda dentro de la medida humana y unido a su vida rústica; Tamadaba al occidente de las Cumbres es otra cosa, una réplica sorprendente a la grandeza de Tirajana.

Se va por la carretera alta que sube por encima de Teror, a través de las tierras rojas, por Valleseco cuya iglesia de cúpulas y los cipreses parecen salir de

una miniatura persa. Las matas de retamas blancas se agarran a las paredes del barranco de la Virgen, donde unas ovejas se esparcen entre los castaños. En un recodo una corriente de lava ampulosa recuerda el origen de este suelo, pero entre los conos cenicientos que parecen haber nacido ayer, un plantel regular aparece en el infinito; la extensión desolada, antaño cubierta de bosques, ha sido repoblada por millones de pequeños pinos canarios. Sus antepasados están aquí, un último grupo aislado de árboles poderosos, perfilados como los pinos de las estampas japonesas en la pendiente inmensa que desciende hacia la orilla pálida de Galdar.

La carretera no se desvía más que para atravesar el más alto pueblo troglodita de la isla, Artenara, donde las casas muestran sus fachadas talladas en plena roca como los templos de Petra. Un túnel de lava se acaba en un arco abierto, a pico sobre el formidable paisaje del barranco de Tejeda y el Roque Nublo inmutable. Unas franjas de follaje y flores penden de las paredes rocosas de la gruta, — que un arte ingenioso ha transformado en restaurante—. Yo he probado aquí, sin poder quitar los ojos del paisaje, un conejo en adobo regado con un ligero *vino del monte*, cuyo recuerdo queda ligado al de esta terraza aérea, resonante del piar de los pájaros.

Una última escapada sobre las fantasmagorías de Tejeda y el Nublo alzado, negro bajo el sol, después comienza el pinar, denso, verde, cuya sombra es azulada sobre las peñas rosas y negras que descienden las pendientes. El pino de Canarias es uno de los más bellos del mundo, tan alto y tan derecho como el *laricio* de Córcega, con un tronco vigoroso de corteza púrpura, de agujas triples y ramas brillantes y largas.

El pinar de Tamadaba, como los de Pajonal, atestiguan lo que fue el bosque milenario que abastecía a los canarios de las únicas armas que conocieron, la maza, la jabalina, el venablo, cuya madera, la *tea*, pasada por el fuego que endurecía su resina, se volvía transparente, imputrescible y dura como un hierro de lanza.

Alrededor de la *Casa Forestal* y de su fuente helada, no se ve primero más que la solemne arboleda sombreando la planicie que parece infinita; los árboles brillantes de sol se alzan en un horizonte lineal en donde el mar parece lejano; se avanza indolentemente entre los troncos menos tupidos, y los grandes bloques esparcidos entre las hierbas. Y cuando se iba a saltar la última losa rocosa, brutalmente, se retrocede sobrecogido hasta las entrañas por un vértigo, una especie de terror animal: no hay nada más

allá, que el vacío. A 1.400 metros sobre el nivel del mar, la meseta está cortada a pico, despedazada en resaltos inaccesibles.

Abajo de su muralla, en una bruma luminosa, aparece toda la costa del noroeste, —los últimos derrumbamientos del macizo hacia el cerco espumoso del Puerto de las Nieves, el barranco verde de Agaete, y la extensión de tierras cenicientas que van a morir hacia el cono rosa de la *Montaña* de Gáldar. Ningún paisaje canario estremece de tal manera, ni ejerce una fascinación más extraña. Todas las imaginaciones alocadas de un pintor romántico quedan sobrepasadas cuando el juego de nubes y del viento desgarran los cúmulos ingladados con las agujas de las rocas, lanzando los reflejos violetas o negros sobre las tierras bajas, o revela de pronto, en el horizonte, el perfil obsesionante del Teide de Tenerife.

LA RUTA DE LOS PLATANOS

De hecho, no hay rincón aquí donde no se hayan podido plantar plátanos. A fuerza de cuidados, trabajo, agua y dinero, el menor terraplén irrigado, la menor franja de tierra a lo largo de las olas, pueden tener sus grandes hojas verdes que el sol atraviesa con transparencias doradas, que el viento desfleca y que ennoblecen la mayor de las flores de pétalos violáceos y el racimo más pesado del mundo.

¡Pero a qué precio! Hay que pensar en el suelo cavado hasta un metro de profundidad o más, y el lecho así descubrito sembrado de guijarros, relleno con tierra tamizada, donde se planta el tronco que será el primero de una dinastía, de la cual hablan los que la cuidan como de una raza humana: el abuelo, el padre, el hijo... Pensar en el agua vital que hay que ir a captar en lo más profundo de la montaña y retener en las *presas* que atraviesan casi todos los barrancos, o en cisternas cuyas placas de jade brillan en todos los valles. El primer estupor del canario que visita Europa, son los arroyos, los ríos que corren libremente hacia el mar. Aquí el agua es la vida. ¿Se dejaría perder la vida? Ella se paga cara, según minuciosos contratos que regulan las bendiciones diarias, fijando el precio de coste, el valor del litro-segundo.

Si un ciclón pasa furiosamente por las tierras, tumbando los troncos con sus flores maltrechas, asolando las tierras y las atarjeas, todo está perdido. Hará falta varios meses para reconstruir la Trinidad platanera, y que dé su piña anual. Por el contrario, recogida ésta, todo se utiliza; las hojas frescas alimentarán al ganado o le servirán de lecho,

mientras que las fibras del tronco leñoso se usarán para sostener las plantas de tomates.

¿Plantaciones? Las hay todavía entre las casas de Las Palmas, y en los oasis del Sur; pero las tierras del Norte, húmedas, vaporizadas por los brumazones atlánticos, son su reino de elección. La carretera de Arucas y Gáldar, con sus múltiples ramificaciones es verdaderamente la *ruta de los plátanos*. Se ve en los cobertizos donde se embalan con paja las *piñas*, en el paso de los camiones llevando los racimos al Puerto. Aún entre las pendientes rugosas de Tamaraiceite y Tenoya, el lecho de los barrancos abraja un raudal verde, espeso, de donde resaltan los penachos de las palmeras.

Arucas.

Arucas es la capital del plátano, como lo fue antes de la caña de azúcar y la cochinilla. Cuando se la contempla desde lo alto de un pequeño cono volcánico, la *montaña de Cardones*, por donde sube una carretera en caracol, se ve el tapiz verde de las plantaciones extenderse sobre una fértil llanura, rodeando las fincas de los ricos propietarios o de Sociedades de producción, las casitas de los campesinos, los estanques brillando al sol.

En esta marea de verdura resalta la blancura de la villa, que no se parece a ninguna otra, a causa de su iglesia negra, alta, cincelada como un relicario gótico, con sus tres agujas caladas, pronto cuatro, dignas de una catedral, y cuya lava obscura se ha dejado trabajar como un encaje. Se sabe bien que no es una obra antigua, que nació de la prosperidad del

negocio y fue pagada por el azúcar y los frutos. Tal como es, su silueta singular da a Arucas una nobleza que atrae desde lejos y seduce. Ella atestigua, como los jardines y los parques de rejas señoriales, (hay todavía Marqueses de Arucas...) una riqueza, una aristocracia de terratenientes que no abdica a pesar de las dificultades crecientes; ya que la demanda de obreros en las construcciones de Las Palmas disminuye la mano de obra agrícola, y faltan hombres para regular el juego delicado del regadío sobre el que reposa el valor de esta tierra. Sin embargo, hay que resistir. En la hermosa *finca del Toro*, el dueño del lugar me ha enseñado el «nudo» de las tuberías que conducen el agua corriente, de parcela en parcela, hasta el final de las plantaciones y también cerca de la vieja mansión escondida entre las flores y los árboles, el establo donde enormes vacas y un toro gigante con cuernos en forma de lira, rumían las tiernas hojas de plataneras.

Dejemos la red de caminos que cubren el norte de la isla para remontar hacia el interior, hasta las tierras altas donde se asombra uno de ver los rebaños pacer a la sombra de un tronco de palmera en medio de los cactus. La ruta-de-los-plátanos vuelve a descender de Arucas al mar; las plantas se pegan a la orilla misma de las olas que las rocían de espuma, entre una playa de guijarros y el reborde vertical de la meseta. ¿Será por eso que pasan por dar los mejores frutos del archipiélago? Unos pueblecitos desgranados aquí sus casas. Cuando se atraviesa Bañaderos al caer la tarde a la hora del *paseo*, todo el mundo está fuera, invierno como verano, y los grupos de muchachas risueñas, cogidas del brazo, ocupan la calzada: Más lejos el espolón rocoso de Parador

afronta el oleaje como un navío llevando el cargamento de una aldea de pescadores; acrópolis bárbara, dorada de sol, aureolada de brumazón y hacia la cual, cada vez que paso, todavía me vuelvo.

Pronto la carretera florida de geranios se aparta de la costa platanera, sube, traza un lazo agudo en una brecha de la meseta y penetra en la roca. Justo por encima, el acantilado deja ver el arco de una gruta que cobija, como la de *Cuatro Puertas*, múltiples alveolos, el *Cenobio de Valeron*. Un sendero lo escala y os deja perplejos delante de esta colmena para seres humanos; algunos huecos son tan bajos que no se puede estar en ellos más que agachado, otros tan oscuros que sólo se podría entrar para dormir. Los especialistas en etnología guanche han ejercitado aquí su sagacidad. ¡Qué será lo que no han supuesto! ¿Sepulcros, celdas de cenobitas, refugios de Vírgenes sagradas? Puede que tengan razón los que piensan con buen sentido en una especie de silo colectivo donde una tribu almacenaba sus reservas bajo la vigilancia de alguien que se hacía responsable. Y del cual, el pirata que dejó su nombre al Roque del Moro, trataba quizás de apoderarse.

La Cuesta de Silva.

Lo que se sabe, en cambio, es por qué el acantilado salvaje que la carretera remonta a la vista del mar se llama *La Cuesta de Silva* y pertenece a la Historia,- una historia tan bella como una leyenda. Parad, dejad vuestra mirada errar por las profundidades del barranco y por la franja de espuma de la orilla, escuchad.

Hace cinco siglos, tres carabelas habían cos-

teado durante la noche esta costa norte de la isla y fondeado bajo las alturas de Gáldar. Sin ruido, doscientos soldados armados desembarcaron con su jefe. Este era un caballero portugués, joven, valiente, que se llamaba Diego de Silva. En este tiempo (1467), Portugal disputaba a España sus derechos sobre las Islas. El Papa hubo de intervenir. Pero Silva había resuelto la querrela por su cuenta esposando en Lanzarote a la hija del español Herrera, poseedor de los antiguos reinos de Béthencourt. Los dos gentilhombres habían intentado juntos, con una pequeña armada, establecer una nueva «cabeza de puente» en Gando, donde los canarios continuaban oponiéndose a toda invasión. Habiendo sido cercado Herrera por los insulares, Silva intentó una división por el norte. Más desde el amanecer, sus naves habían sido descubiertas, y los montañeses habían visto la pequeña tropa prosiguiendo su penosa escalada.

Una llamada corrió rápidamente de roca en roca. El joven rey del valle de Gáldar, Tenesor Semidán, reúne seiscientos de sus mejores hombres y se lanza sobre el rastro de Silva. ¡Que se incendien los árboles de la orilla para cortar a los invasores toda retirada hacia los navíos! Silva, viéndose cercado, consigue alcanzar con los suyos una pequeña planicie a la vista de Gáldar: atacados con furia se refugian en uno de esos *Tagoros* cuyo recinto de piedras toscas servían de lugar de consejo y tribunal de justicia. Durante dos días, resisten, agotados de hambre, de sed, de fatiga; después, viendo toda lucha imposible, «para escapar a la muerte o la esclavitud», Silva se decide a enviar a dos de sus tenientes que conocían el lenguaje canario para solicitar una capitulación

«tolerable» al que parecía ser el jefe de los asaltantes. Unos alaridos les responden, y están a punto de ser muertos cuando Tenesor, vestido de pieles de animales como un Tarzán de Hollywood, tan joven, guapo y valiente como Silva, avanza hacia el recinto.

Se dice que había aprendido el español con unos misioneros prisioneros en la corte de su padre, el *Guanarteme* (1) de Gáldar; se dice también que una joven princesa había intercedido por los cristianos. Cuando Silva le pide que les deje volver a embarcarse libremente, es en castellano que Tenesor le contesta: «¡Europeo! Tú y los tuyos habéis venido voluntariamente a encerraros en este lugar de malhechores. Ninguno de vosotros evitará el castigo...» . Y le muestra la multitud que grita venganza alrededor de él. Pero su mirada está fija en las facciones descompuestas de Silva, —su enemigo, su igual. Y de pronto le hace esta proposición inaudita, inimaginable: «Si fuéseis canarios, yo tendría confianza en vos, y os propondría una estratagema para salvaros del peligro...» ¡Que Silva ponga la mano sobre él, le sujete, y finja estar dispuesto a quitarle la vida si sus vasallos no dejan a los españoles retirarse!

Los cronistas relatan que a estas palabras de su vencedor, Silva estupefacto, con lágrimas en los ojos, cae a sus pies, le besa las manos, y jura por su honor que él no podría hacer tal cosa. Ya los canarios están dispuestos a lanzarse al asalto del recinto, «obscurciendo el aire» con sus lanzas, mazas y piedras. El joven *guanarteme* les hace frente y con voz firme intenta calmar el tumulto: «...Los cristianos no han querido ofenderle; si se les deja libres, volverán a su país». Y como algunos pro-

(1) Rey.

testan, a su vez él amenaza: el que tire todavía piedra o lanza, perderá la vida. Que se deje salir a los extranjeros y que se les trate como se trata a los amigos.

Durante dos días, Silva y sus soldados fueron acogidos en la corte rústica de Gáldar, confortados, alimentados con carne, frutas, gofio. Un golpe de viento súbito había obligado a las naves a cambiar su fordeadero por otro, al que había de llegar por unos senderos escabrosos. La fila de españoles, escoltada por los hombres de Gáldar, se estiró por la montaña detrás de Silva y Tenesor. Nos gustaría saber lo que se dijeron entonces, y qué preguntas haría Silva al joven príncipe.

Así llegaron a esta cuesta pendiente, este abrupto acantilado que domina el barranco donde el caminar se hizo tan terrible, tan vertiginoso, que Silva cambió de color. Sus hombres tropezaban, agarrados a las paredes donde los canarios saltaban como sus cabras. Un pensamiento le oprimía: ¿no les habrían liberado para precipitarlos en el abismo? Tenesor vio su turbación, su mirada; sonrió, con ironía quizás, y le rogó que se cogiera de su brazo. La orden corrió de un lado al otro de la columna, cada europeo descendió la Cuesta agarrado a las capas de pieles ondeantes que cubrían solas la espalda desnuda de los guanches.

Cuando hubieron de nuevo encontrado las naves que se habían guarecido del lado de Bañaderos, Silva y sus compañeros entregaron sus espadas a Tenesor y a sus *guayres*(1) «no queriendo combatir en lo sucesivo a tan generosos adversarios». La His-

toria precisa que el Príncipe recibió «una espada sobredorada y una caperuza escarlata» y sus tenientes «unos trajes que ellos apreciaron excesivamente».. Su recuerdo deja en este barranco bravío el eco de voces caballerescas que todavía nos conmueven.

Gáldar.

Desde el remate de la *Cuesta*, se percibe la Montaña de Gáldar. Por irrisión algo celosa las gentes de aquí la llaman «el Teide de bolsillo». En reducción, es la misma pirámide perfecta, perfilada entre cielo y mar, formada por un montón de cenizas descoloridas y fango seco, donde el capricho de las nubes pasea unas sombras púrpuras o malvas. No hay ni un árbol sobre sus laderas desnudas de donde se extraen los bloques de piedra pómez con que se hacen las pilas, los viejos filtros de agua de los patios canarios. A sus pies, los pequeños cubos blancos o azules de un barrio popular abre sus ojos de sombra entre unas cuevas habitadas.

Por contraste, los extensos terrenos en declive que conducen a la Montaña, están cubiertos de cultivos intensos. Tierras de trigo, cebada, caña de azúcar, a los que se añaden también los nuevos lechos de plantaneras. Dos pequeñas ciudades están asentadas aquí, Guía y Gáldar, blancas, sonrientes, felices. A la entrada de Guía el gran colegio moderno de los Salesianos es una escuela profesional de agricultores; la tierra hace vivir, aquí. En Gáldar, una avenida de grandes laureles lleva a la iglesia. En la barra rocosa donde está construida, su cúpula roja y sus muros blancos le dan un aire de palacio bárbaro.

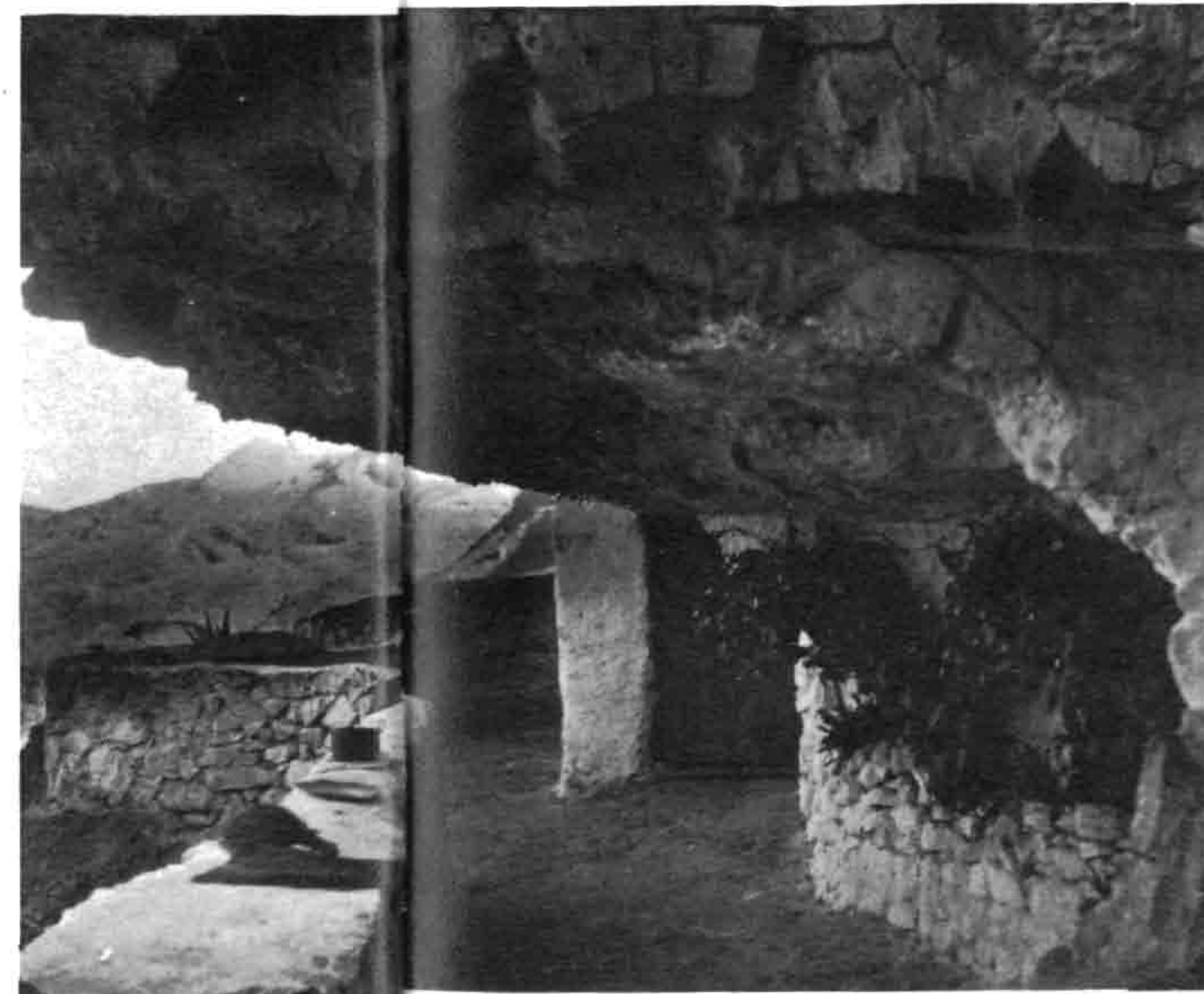
(1) Señores.



Arucas
Las plataneras



Puerto de Las Nieves



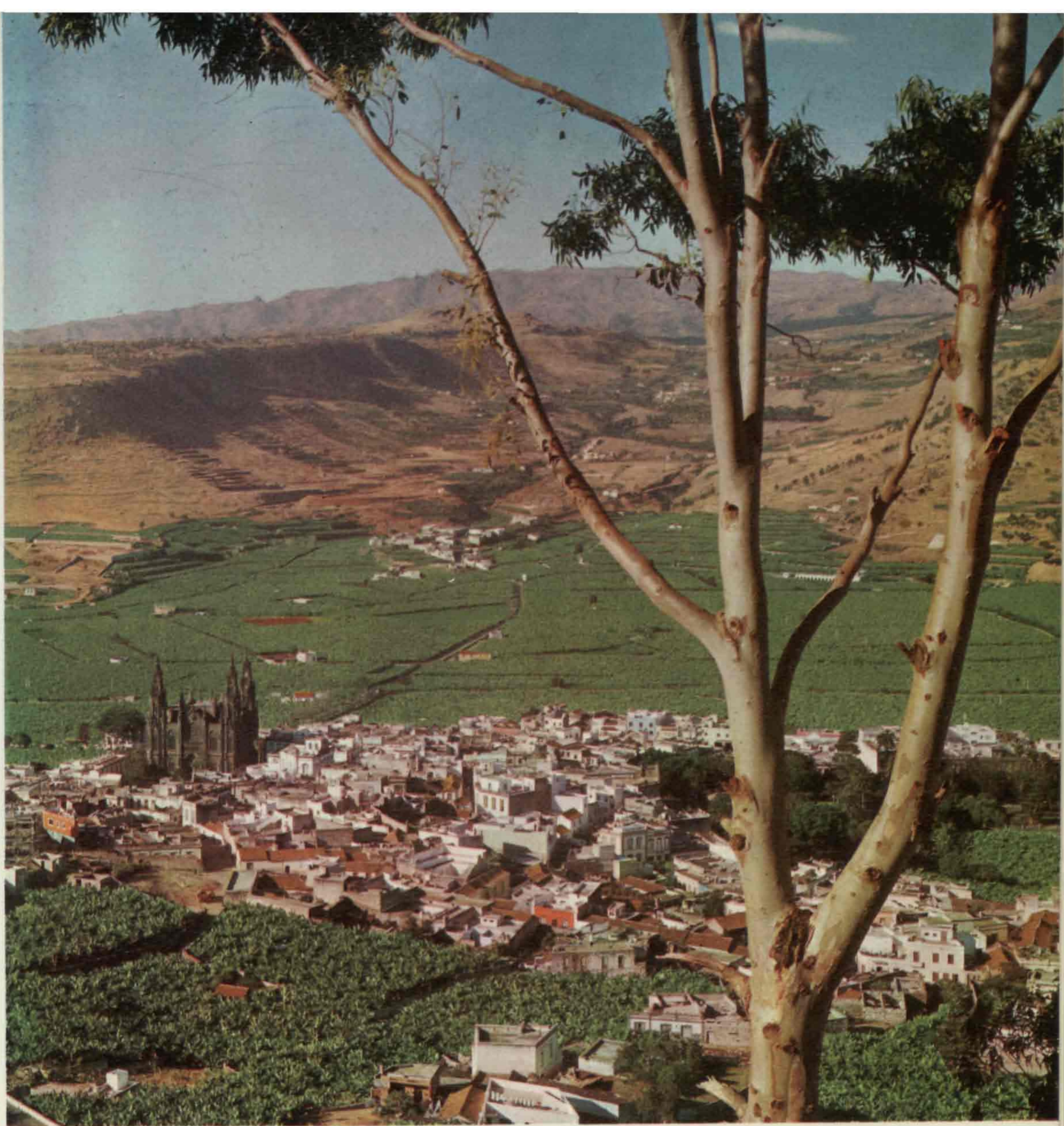
Pueblo troglodita



Plátanos



El Cenobio de Valerón



Arucas (Gran Canaria)

En el santuario se ven todavía las antiguas pilas donde los canarios convertidos habían recibido el bautismo.

Este nombre sonoro, Gáldar, no ha cambiado desde el reinado de Tenesor. Los *guanartemes* tenían aquí su corte pastoral, y esta corte no era sin duda otra cosa que un corral de piedras apenas pulidas. La iglesia de lava ocre ocuparía su mismo lugar. Cerca de ella se descubrió una cueva tallada cuyos muros estaban pintados con signos geométricos. Unos lechos de piel de cabras y juncos trenzados, el balido de las ovejas en el umbral, —¿sería acaso otra cosa la gruta del porquerizo Eumeo en Itaca? Aquí, antes de la Conquista, vivió Andamana de Gáldar, la extraña joven «cuya elocuencia, personalidad y talento para los asuntos políticos la habían hecho el oráculo del pueblo», y que habiendo esposado el Guanarteme de entonces y sometido con él a todos los jefes de la isla, llegó a ser la reina legendaria que fue abuela de Tenesor.

Lo poco que se sabe de estas tradiciones canarias, parece siempre digno de una *Odisea* o de una *Iliada*.

*

El lecho de guijarros del antiguo torrente, que desciende de la ciudad al mar entre plataneras, llega a una playa pedregosa donde rompen las olas. A derecha, un mal sendero escala el acantilado. Se ha sacado a la luz, aquí, lo que fue sin duda un pueblo neolítico y su necrópoli. En la arena negra, unas murallas espesas de grandes piedras dibujan la tosca planta cruciforme de las habitaciones, a veces gemelas. El suelo era excavado en su interior, el techo debió ser

de palmas, de cañas. (Unas chozas idénticas terriblemente primitivas, subsisten en las playas del sur donde los pescadores viven todavía en la misma arena.)

Más alto, un verdadero túmulo expone en toda su desnudez sus recintos concéntricos y sus tumbas cubiertas de piedras planas. Nada de grandes losas, la lava se presta poco. Pero es el mismo plano ritual que una vieja raza desconocida ha dejado a través del mundo, en Africa bereber, como en Dinamarca o Armórica.

El primer atardecer que yo vine a errar por este *Túmulo de la Guancha*, la hora y el lugar añadían su romanticismo al misterio de los orígenes. El sol había desaparecido detrás de los peñascos del oeste y un mar verde rompía violentamente contra la playa negra con penachos de espuma como en los arenales de Ouessant. Delante de estas tumbas enigmáticas, me volvía el mismo deseo de saber, la misma emoción tantas veces resentida delante de las de Carnac. Antes de que existieran los países y los pueblos, quizás la misma raza errante había abordado aquí. Puede ser que haya en el fondo de mis más profundas células, algo que recuerda un parentesco milenar con los muertos de esta ribera.

Después de Gáldar, todo cambia. Un suelo de barro seco, antes desierto, pero donde la obstinación de los hombres produce, a fuerza de cañerías, el milagro de los tomates. En estas soledades lívidas se ve nacer el esmalte verde de las nuevas plantas, y a los hombres y mujeres, encorvarse sobre las atarjeas que el agua llena a horas fijas. Paisaje duro, como ciertas tierras de Castilla, pero limitado por estas dos potencias: el mar donde se incrusta el promontorio bajo de Sardinia, y la montaña cuyo muro vertical va a

quebrarse en la costa del oeste. Los estratos regulares de las cenizas y de las lavas duras le dan este aspecto de fortaleza que sorprende ya en el corazón de la isla, y sus bases superpuestas llevan hacia el cielo la franja negra de los pinares.

El Valle de Agaete.

En esta ciudadela hay una brecha; el valle de promisión donde está asentado Agaete, a distancia del mar, pues todos estos viejos pueblos temían demasiado a los piratas para ocupar las playas. Entre muros blancos, árboles densos y una gran iglesia, la calle sube y se hace carretera en el costado izquierdo del valle.

Ninguno muestra más variación de cultivos. No obstante, por encima de la villa, una granulación negra de escorias recientes, -1910-, atestigua que el fuego sólo está adormecido. Pero ¿qué le importa a este suelo pródigo?; todo brota aquí, los plátanos, la viña, el café, los huertos de naranjos, almendros, nísperos con su fruta amarilla, los terrenos de habas, tomates, las palmeras de cabeza redonda, los grandes algarrobos... Para regar todo esto, se ha captado hasta la última gota de las fuentes que antaño hacían reverdecer las paredes de los barrancos que sólo mojan ahora las lluvias. Unas aldeas de ocre rosa están pegadas a los espolones que estrechan el valle. Mil metros por encima de ellos, el formidable acantilado de Tamadaba toca el cielo con sus pinos que arañan las nubes.

Al fondo del circo, a media pendiente, se escalonan las terrazas blancas del Hotel y el pequeño Establecimiento Termal de Berrazales, donde se uti-

lizan unas aguas tan ricas en gases y minerales de todas clases, tan fuertemente radioactivas sobre todo, que apenas comienzan a sospecharse sus posibilidades para establecer una posología prudente. Cierta profesor de la Facultad de París envió, no hace mucho, un asistente para estudiar este agua afortunada. Las gentes de la montaña no buscan tan lejos; saben que han visto salir andando a reumáticos que habían llegado en sillas. ¡Qué será lo que no cure! la piel, la sangre, la anemia. Yo añadiría también la fatiga nerviosa que todos padecemos, ya que basta la paz del lugar, tan alejado del mundo, para sumirse en el reposo.

Desde estas terrazas bañadas de sol, se contempla el oasis en la abertura rocosa del valle, donde la tarde descubre a lo lejos, sobre el mar, la forma aérea de Tenerife. Recuerdo unas noches de luna llena, cuando el paisaje alcanzaba una grandeza casi opresiva. Salía al balcón que mira a la montaña, tan cercana que se hubiera creído tocarla, después de medianoche cuando la claridad violenta traspasaba la cresta y resplandecía en el barranco acusando como en una máscara cada uno de los trazos del acantilado, sus contornos, la órbita inquietante de sus cuevas; aquello llegaba a ser el rostro inmóvil de una fuerza sin edad y sin nombre, ante la cual una especie de angustia sagrada me invadía. El aroma de las plantas salvajes y de los verjeles impregnaba el aire de la noche como un incienso; y el sordo rumor de las aguas captadas que no se oye de día, llenaba el silencio con un zumbido de oración.

Detrás del Balneario, un sendero escala en curvas agudas el espolón que corta el barranco. Por las losas pulidas del paso de las mulas, se sube entre los

almendros, las chumberas y las pitas. Toda la pared, por la mañana, está todavía ahogada en sombra. En la cima del espolón se levanta al sol, dejando tras de sí, de un golpe, el valle abierto sobre el mar, la carretera, el hotel, los coches, y el último ruido de motor. No hay nada, en el nuevo anfiteatro donde se avanza, salvo este sendero de tierra apisonada y de roca gastada por millones de pasos, un mundo, «otro», sin edad.

El acantilado abrumador domina la vaguada y las parcelas estrechas de trigo, cebada, y habas, que alimentan este mundo aislado. Más alto que el vuelo de los gavilanes, se discernen en la enorme pared vertical unos estratos blanqueados de cal, abiertos por negras puertas. Pueblos trogloditas. Unas gentes viven allí en lo alto, aquellos con los que uno se cruza, muleros con su animal cargado de sacos de granos. Sobre un salidizo cubierto de verjeles frondosos, una aldea blanca se ofrece al sol, El Sao. Once casas, once familias. Todas parientes viviendo aquí, ¿desde cuántas generaciones? —en una especie de comunidad donde el patriarca primitivo, el primero que plantó su hogar en este trozo de tierra, vio crecer su descendencia. La más alta de estas casitas, encaramada como un nido en una maraña de ramas, es la casa de Sebastián.

La casa de Sebastián.

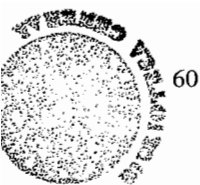
La primera vez que llegué a Sao, después de dos horas de subida, era pleno día, un radiante mediodía. Entre las casas bajas al fondo de los establos de piedra seca, las vacas rumiaban, echadas sobre unas hojas de plátanos. En la garganta que limita la pequeña planicie, unas muchachas reían de sorpresa

al ver nuestras figuras desconocidas, después se escondieron en uno de los viejos molinos de *gofio*, cuya agua rugiente salpicaba las ruedas de madera antes de descender a regar los cultivos.

Dos niños, con ojos color de uva verde, nos acechaban a la entrada de la aldea, los hijos de Sebastián y él mismo con la estatura, el rostro tranquilo, la frente del tipo de Cro-Magnon, y la mirada clara de un guanche. Con dignidad, él acogió a estos extranjeros que habían deseado hacer un alto en su verjel. Racimos de naranjas maduras doblaban las ramas por encima de nuestras cabezas. Habíamos llevado una ligera comida y estábamos terminando cuando los dos músicos del pueblo vinieron a sentarse cerca de nosotros y preludiaron sobre sus guitarras. Uno tenía un agudo perfil de moro con ojos ardientes; el otro, un adolescente de pupilas verdes, se puso a cantar con voz ronca, tensa, vibrante, las viejas *folías* canarias.

El muro de cal de la casita desaparecía bajo una confusión de plantas y flores, rosas, orquídeas, begoñas, helechos de hojas anchas. Entre los naranjos, unas palomas se arrullaban. En un almendro acribillado de sol, una piel de cabrito tendida terminaba de secarse y el rebaño gris de cabras balaba dulcemente cerca del establo. Más abajo, el humo subía de un nicho medio excavado de la roca, donde, sobre un trípode al aire libre, una olla de barro ronroneaba. Se estaba allí en un minúsculo paraíso de paz, perdido en la montaña, bendecido por el sol hoy, mañana amenazado por una tormenta.

Me fui hacia las mujeres que no se habían atrevido a acercarse y estaban apartadas, partiendo las



cáscaras secas de unas almendras para ofrecérnoslas. Bajo su pañuelo negro, la madre anciana tenía un bello rostro regular como el de Sebastián y, cuando yo le dije que me gustaba el *gofio* típico de los canarios, su sonrisa se iluminó; tuve que sentarme en la habitación donde su nuera me trajo leche recién ordeñada, todavía tibia y espumosa, y la harina dorada que huele a trigo tostado. Sus preguntas estaban llenas de una curiosidad amistosa, asombradas que se pudiera venir de la gran Europa lejana y amar su valle salvaje.

Una joven bella, fresca y morena, había aparecido en el umbral vecino. Me hubiera gustado fotografiarla; pero hurañamente rehusó. Estaba prometida y dejar a unos extranjeros que lleven su imagen hubiera sido robar a su novio algo de ella, una especie de doble, quizás. Bajo el naranjo, el arpegio burlón de la guitarras sostenía la canción:

*Como ese Teide gigante
Todas las canarias son:
Mucha nieve en el semblante
Y fuego en el corazón...*

Las palomas se habían dormido en las ramas, por encima del cantor. Era hora de descender. La anciana me tomó por los hombros para decirme la frase consagrada: ¡«Mi casa es tu casa!» Pero yo sentí algo más que una cortesía campesina en los deseos que me dirigió: «¡Buena suerte! ¡Que vuelva pronto!»

No pensaba volver a verla pronto, pero el recuerdo de la pared fantástica en que había diviso tan alto y tan lejos por encima del circo, el pueblo troglodita, me perseguía en Las Palmas. Dos

días antes de regresar en avión a Europa, volví una tarde hacia Agaete. Los pueblos del valle dormían ya, el chófer llamó a la puerta, un hombre adormilado, de rostro seco y liso, puramente español salió a recibirnos.

Al alba, don Feliciano me esperaba con traje de domingo, sombrero de fieltro negro echado sobre los ojos y su vieja mula blanca que posaba con precaución sus cascos sobre las losas resbaladizas. Desde la aldea encaramada, unos ojos agudos habían reparado en unas siluetas insólitas; ellos seguían nuestra subida y, cuando el sendero pasó bajo los verjeles, ante la fuente cuyo hilo de agua se escurría por una hoja en cucurucho, los niños de Sebastián estaban ahí, risueños, sentados en un paredón de piedras; su padre emergió de un campo, con una carga de hierba al hombro, y tuve que prometerles pararme al regreso en la casita bajo las flores.

Mientras tanto subíamos en lentas curvas por el costado de la garganta, y yo miraba por encima de mí con estupor creciente esta pared desnuda, donde, entre dos espesores de lava y cenizas, unos humanos vivían como águilas. Debajo, cada pulgada de suelo sostenido por un estrecho murito da su cosecha y sus frutos. Aun al pie del muro abrupto de Tamadaba se discierne un cercado delante de una cueva abierta. ¿Pueden vivir ahí? Se vive; con unas cabras, una vaca y una mujer que, cada día, antes del alba, descende la pendiente escarpada para ir a vender su leche en Agaete.

Delante de nosotros, un viejecito escalaba tanteando las peñas: el *ciego* iba solo, por conocer desde su infancia las revueltas peligrosas del sendero. Feliciano me dijo moviendo la cabeza: «Sus hijas

son bellas...» En una última vuelta eché pie a tierra para seguir la silueta negra de una mujer en el laberinto de escalones, tallados en plena roca o hecho de piedras amontonadas, que suben hasta las cuevas. Es muy probable que antaño hubiera aquí un poblado guanche. En una vena de lava menos dura, sus hijos han cavado con esmero estas habitaciones cuadradas. Ellos han abierto en la roca, a plomo del despeñadero, un pasadizo aéreo para el servicio de las pobres viviendas que no tienen más luz que la que reciben por su puerta.

Las fachadas, las paredes, son blancas de cal; a veces un vacío forma alcoba al fondo de la entrada donde hay una cama de madera, y unos asientos rústicos y limpios. De un enrejado de bambú cuelgan los utensilios, vasijas de barro que no han cambiado al cabo de veinte siglos. Y por todas partes plantas, en botes viejos, en cacharros, tapizando el muro. En una de las cuevas está la minúscula tienda, donde unos muleros están apoyados en el mostrador; aquí se encuentra el humilde surtido habitual, aceite, vino, azúcar y velas, la cuerda para las mulas y el anís que alegra el corazón. En el umbral una mujer de negro remendaba una chaqueta y dos niñas me miraron con unos ojos tan azules, unos cabellos tan rubios, que tuve que sentarme cerca de su taburete de madera.

Yo estaba allí como en un nido de pájaro salvaje agarrado a la roca, teniendo solamente delante de mí el parapeto monolítico del balcón y encima de la cabeza, ese techo de cien metros de espesor a lo menos. Inclinandome hacia el abismo, yo veía el escalonamiento de los cultivos exigüos, la aldea blanca y después más lejos, en la cortadura de la montaña, la huida

azulada del valle, la mar. Cada uno de los seres que aquí vivían, habían vivido siempre aquí, con los suyos; no soñaban con vivir en otra parte, no se quejaban por descender tan bajo hacia el pedazo de tierra que los alimentaba, de volver a subir desde el molino de goffio con el pesado saco sobre su cabeza, por caminar durante horas para llegar al lejano mercado de donde las *guaguas* amarillas parten hacia la ciudad, que muchos de ellos no han visto nunca.

Sin duda, hay en otros lugares cuevas habitadas, —Francia tiene las suyas— ¿Pero aquí? Otra sucesión de covachas, máa pobres aún tiene este nombre, El Campanario. Aquí no hay ni campanario, ni capilla; cuando un ser muere, sus compañeros cargan el féretro a hombros y lo descenden hasta el fondo del valle, hacia la iglesia y el cementerio. En una cueva casi desnuda, una vieja agachada escogía grano; la hija, joven, todavía guapa, me miraba sin sonreír. La madre me la mostró diciéndome una palabra: «Viuda» y, señalándome la cama en el fondo de la cueva añadió: «Mira la niña». Un bebé de algunos meses lloriqueaba entre unas mantas. ¿Nacida aquí? Evidentemente. Hace falta que sea un caso muy urgente para que suba hasta aquí el médico. Y cuando la mujer se queda viuda, cuesta mucho trabajar esta tierra áspera, para que dé el pan de cada día.

Más alto aún, allí donde el desfiladero se acaba en meseta, he visitado un «apartamento». Tres pequeñas piezas, cuidadosamente encuadradas en la lava grumosa, abiertas sobre el vertiginoso abismo. Angelina, que subía del barranco con un cubo de agua fresca, me dijo: «Es mi abuelo quien excavó esta cueva, mi tío la vendió a mi padre, que me la dio cuando

me casé». Fresca en verano, tibia en invierno... Apenas si hace falta cubrir unas grietas por donde podrían pasar unos hilillos de agua. Cuando descendíamos, oí un murmullo de voces ligeras que salían de una casita blanca situada a lo largo del sendero, a media pendiente. Es la escuela. ¿No tenía que haber una para los niños del nido de águilas? Estaban limpios, morenos, risueños y una frágil maestra les hacía cantar, como en todas las escuelas del mundo.

Me esperaban en la casa de Sebastián, a la sombra del huerto de naranjos. Cuando la anciana madre me vio delante de ella, me cogió la cabeza entre sus manos y me abrazó como a uno de sus hijos. Sobre la mesa estaban colocados los tesoros de la montaña, la leche, el *gofio*, las almendras, higos secos y el pan moreno de gruesa corteza. Yo no podía ofrecerles nada a cambio, sin herir el orgullo de mis huéspedes. Nada más que la amistad que se anudaba en este verjel perdido, tan espontánea, sencilla y sincera, que nada podrá marchitar su recuerdo.

Aldea de San Nicolás.

A partir de Agaete, toda la costa occidental de Gran Canaria aparece increíblemente abrupta y alta por encima del mar. El relieve del macizo es tan revuelto, tan violentamente quebrado, corroído por erosiones milenarias, tantos vientos atlánticos y lluvias han abofeteado su faz, que ya no se distinguen, como antes, los cráteres antiguos y sus ríos de lava. Por todas partes es la acumulación ciclópea de los lechos de ceniza y escorias, en estratos espesos, que pasan del ocre amarillo al antracita, atravesado

por líneas pálidas o corrientes rojizas. Abajo, las rocas negras mojadas por las olas se hunden en una espuma que se abre y se cierra sin cesar sobre el zafiro oscuro del mar. Arriba en la meseta, la franja negra de los pinares se destaca sobre un cielo movedizo y romántico, salpicado de nubes que se forman en el azul brillante, deshaciéndose, hinchándose, en cúmulos que van desde los violetas de borrasca, al rosa del ocaso.

A la salida del valle de Agaete, bajo el acantilado de Tamadaba, el puertecillo de *Nuestra Señora de las Nieves* mira un pináculo de basalto, «*El Dedo de Dios*». Del muelle donde los pescadores remiendan sus redes, se descubren hacia el sur los perfiles sucesivos de diez cabos escalonados uno detrás de otro. Es por allí que habrá que pasar para llegar a la aldea de San Nicolás.

Estos grandes valles, que se abren desde las cumbres hasta el mar, apenas tienen entre ellos pasos naturales. Cada uno continúa siendo el reino aislado donde vivió desde sus orígenes alguna tribu en la cual se identifican poco a poco sus lugares de culto, de vivienda, de inhumación. Se comunicaban por estos altos senderos montañosos que hay que subir y bajar durante horas, de un pueblo a otro. Después llegaron los barcos, veleros anclando a la orilla de cada barranco y pequeños barcos fruteros que van de puerto en puerto, desde Las Nieves a San Nicolás, a Mogán, a Arguineguin, cargando los plátanos y tomates que llevarán a Las Palmas y uniendo entre ellas estas minúsculas comunidades humanas.

Sin embargo, día tras día, la carretera atacó a la montaña y la de Agaete a San Nicolás es tan

temeraria que muchos me habían hablado de ella con temor, otros cierran los ojos al seguirla.

Mientras rodea la base del macizo de Tamadaba, queda a la medida de las que ya conocíamos en otras partes, sostenida por la pendiente de ceniza donde brotan los cirios verdes de los cardones o bien hundiéndose en el barranco bajo una loca arquitectura petrificada de torres, torreones y parapetos, entre los cuales revolotea un gavián.

Pero después del corte profundo de El Risco, aquí ya no hay más ladera; es en el mismo acantilado vertical donde se tuvo que tallar esta cornisa, a quinientos o seiscientos metros a pico sobre el mar, con los obreros atados por las axilas para colocar los bloques que sostienen el borde de la calzada. Muy lejos, por debajo, un encaje de espuma se desgarró y se recompone; más lejos, en lo alto, se evapora una nube. Todo es de una belleza terrible que sobrecoge el corazón. Por delante, sin cesar, la visión fantástica de los grandes cabos perfilados sobre el mar atrae. Al borde del precipicio, como para señalar la frontera mortal, un peón planta esquejes de geranios rojos.

La cima más alta de esta pared titánica fue uno de los lugares sagrados de los aborígenes, la montaña de Tirma; ligada a unos relatos tan violentamente evocadores de costumbres heroicas y llenas de un desprecio por la vida, que nos asombra. Los canarios eran unos maravillosos atletas, no solamente ejercitados en la escalada de barrancos, sino también apasionados por una forma de lucha cortés, que todavía hoy se practica con entusiasmo (Lucha Canaria). Dos campeones, Guanhaven y Caitafa, habían luchado públicamente varias horas sin que ninguno quedara vencedor. Guanhaven, como un héroe de Homero, in-

terpela a su adversario: «Tú eres valiente, nadie puede negarlo. ¿Pero serías tú hombre para hacer todo lo que yo haga?» Caitafa recoge su desafío y los dos, «locos y poseídos de furor», corrieron hasta la Cumbre. Desde el más alto peñasco del peñón de Tirma, Guanhaven saltó al vacío. Sin vacilar, Caitafa se arrojó tras él. Mil metros más abajo el mar los recibió y la muerte los unió. Muchos de los vencidos de la Conquista, entre ellos una reina debían imitarlos aquí.

La *guagua* del correo sube lentamente la pendiente y los camiones jadeantes se paran para dejarle espacio, en los refugios practicados en plena roca. De pronto, una garganta rompe la pared, abriéndose sobre la visión de un extenso valle interior, rodeado de murallas volcánicas. Hay aquí, para un pintor, unas tonalidades asombrosas, grises pálidos, ocre que se hacen de fuego, afloramientos de verdes cobrizos, opuestos al verde azulado de los cultivos. Por decenas, las ruedas eólicas dan vueltas en el viento como flores blancas por encima del lecho pedregoso del antiguo torrente, para absorber el agua de sus más profundos manantiales. El pueblo de San Nicolás de Tolentino está plantado en la horquilla donde se juntan los dos brazos del valle. Uno, entre sus contrafuertes poderosos, desciende de Tejeda, el otro viene de las soledades sin caminos que se hunden o se elevan en todo el suroeste de la isla.

Después del terrible paso de la carretera, este gran valle parece un paraíso. Cinco o seis mil almas viven aquí, en este suelo antes devastado por el raudal periódico de los torrentes y donde el empeño campesino ha logrado poner en cultivo cerca de setecientas hectáreas. Hay pocas sociedades plataneras grandes,

sólo pequeños propietarios independientes que hacen vivir las múltiples empresas de empaquetado de tomates y piñas que están alrededor del importante pueblo cuyas ferias de ganado son célebres.

El oasis se evade hacia el mar por una larga orla de arena. Un muelle para el atraque de lanchas, la huída de los acantilados y los cabos agudos perfilados en negro contra el mar resplandeciente. Más allá, sólo hay las pistas acrobáticas que se adentran en la

montaña hasta Tasartico, Tasarte, Mogán, y sus playas secretas. Viejos pueblos, donde todo lo que se ha exhumado de las excavaciones, tumbas, casas, alfarería, talismanes, prueba su antigüedad.

De día en día, el camino se hace carretera. Con la obstinación naciente que aporta el canario al servicio de su tierra, pronto acabará la vuelta alrededor de su isla.

PRESTIGIOS DEL SUR

*Tierras de Gran Canaria, sin colores,
Secas, en mi niñez tan luminosas
...y el silencio
Aspero y rudo de estas soledades...*

Alonso Quesada (*Poemas Áridos*).

Este sur quemado, casi africano, comienza en las puertas de Las Palmas, más allá de las últimas plataneras, y su paradoja geográfica se proseguirá a lo largo de toda la costa oriental.

Las cañadas frescas del Monte, el césped y las aguas del barranco de Los Tilos, pertenecen a la otra vertiente. Esta tiene también sus oasis, pero es el viento del Sahara que le da al cielo su azul seco, y colorea o empalidece el suelo. Nada de acantilados escorados a pico sobre el mar; todo lo más, al salir de la ciudad, un último malecón rocoso donde rompen las olas y que atraviesa la carretera por un tunel. El paisaje del sur no fue durante siglos, más que estas largas pendientes donde la arena se mezcla a la vieja lava polvorienta y amarilla, la llanura de guijarros arrancados por los torrentes de antaño a la carne de los barrancos montañoses, y extendidos hasta la orilla marina. Más lejos aún, la silueta desgarrada de un camello de carga, aparece entre las matas de euforbios que yerguen sus monstruosos candelabros, de un verde venenoso, en las extensiones incultas. Y este sur de luz, de aspereza, ejerce sobre el alma que se entrega a él, el inexplicable poder del desierto.

Tierras áridas y no obstante fértiles, desde que el agua ha introducido su química sutil. El canario había removido ya toneladas de tierra y de roca al

norte para plantar allí los plátanos y buscar el agua hasta las entrañas de sus montañas. Para madurar sus tomates en las desnivelaciones pedregosas del sur, ha colocado una interminable red de cañerías. Cuando se desciende en avión hacia Gando, se ven incrustados en la tierra dorada los surcos trazados en arco, sus atarjeas ofreciendo el reflejo azul del cielo, sus brotes nuevos dibujando, como sobre un sarcófago de Egipto, un laminado de esmalte verde con aplicaciones de oro.

Telde

Telde es el primer alto en la ruta del sur. Telde, orgullo de la costa oriental, como Arucas es la del norte. Telde donde se conserva todavía el más puro tipo canario.

Se la descubre de lejos, blanca, perfilada en la montaña, por encima de un palmar y un barranco sin agua que desciende hacia el mar. Su prestigio nace de la riqueza antigua de la caña de azúcar y el vino. En el tiempo en que el héroe Tenesor reinaba en Gáldar, su hermano Bentayga poseía Telde; la primera aristocracia insular, nacida de las uniones entre hidalgos e hijas de jefes guanches, tuvo aquí su Escorial. Las viejas mansiones con blasones, de persianas cerradas y balcones pesados bordean las calles alrededor de San Francisco. Algunas *casas de piedra* pasan por ser antiguas moradas canarias.

En el mismo sitio que ocupó la primera torre de defensa, está construída la iglesia de San Juan Bautista. A pesar de las restauraciones lastimosas de su fachada, muchos detalles de ella me encantan.

El portal donde el artesano del siglo XV esculpíó entre ramajes un minúsculo bestiario, bichas y vampiros; después, en la nave, la lava en que están tallados los capiteles adornados, las dóvelas de las arcadas, de una lava que ya no es negra, sino de un rojo marchito, rosa lila, gris azulado, pintada de blanco, hecha para la alegría de un pintor. En el altar mayor, brillan las escenas doradas del célebre retablo de la Virgen, obra exquisita de finales del siglo XV, esculpida en Malines o Bruselas para algún mercader de Flandes que hacía comercio con las islas; traída aquí a petición quizás de una familia señorial, pues fue donada a la iglesia en 1515 por un hijo de conquistador, Cristóbal García del Castillo. Cada diminuto personaje, la sonrisa de un ángel, los gestos maternos de María, el drapeado de un vestido de mujer, todo es admirable. Sin embargo, me emociona menos que, clavado en su cruz de plata el Santo Cristo del Altar Mayor de Telde, su rostro torturado, su torso enflaquecido, distendido, con los surcos sangrantes, su cuerpo que alcanza la estatura humana y cuyo peso, sin embargo no llega a los siete kilos. ¡Y qué extraño por su origen!

*

Hacia la mitad del siglo XVI, el primer obispo español de Méjico, se enteró que los *tarascos*, artistas indígenas fabricaban ciertos ídolos con un procedimiento conocido solamente por ellos. Al parecer, formaban un simulacro antropomórfico con hojas y tallos de maíz, preparando una pasta espesa con

el corazón de los tallos reducidos a polvo mezclado a una substancia aglutinante, y de la que se servían para modelar unas figuras de un arte extraordinario. Secas, las pintaban y embadurnaban con una materia misteriosa que les daba la apariencia de la carne. De una carne sin pesadez, diez veces más ligera que la madera e imputrescible. El obispo ordenó a los escultores tarascos —cuyo secreto debía desaparecer con ellos— que moldearan para su diócesis, con la ayuda de artistas llegados de España, unas imágenes de Cristo en esta materia «tan fácil para llevar en procesión y no sujeta a variaciones atmosféricas...»

Así el Santo Cristo de Telde fue traído «de las Indias de Su Majestad», y pagado con la venta de los primeros vinos y azúcares canarios exportados a Méjico. Una leyenda plena de prodigios le envuelve y la fe que le tiene el pueblo es infinita. Es aquél cuyos ojos parecen abrirse o cerrarse, cuyo rostro muestra la sonrisa o las lágrimas, el que da la lluvia a la tierra, la salud a los enfermos; cuyo cuerpo llevado en procesión se oscurece al pasar por delante de la morada de los pecadores e irradia claridad delante de la de los puros; y las flores que han tocado sus llagas son un bálsamo milagroso para todos los sufrimientos.

El cura, antaño había formado un pequeño museo. Se veían piezas curiosas o conmovedoras, desde la *Virgen de la Encarnación*, cuyo fino semblante hundido en la gorguera, con la toca y el manto de María Estuardo, hasta el bétulo áspero encontrado en la montaña, con los célebres signos rupestres sacados del *Lomo de los Letreros* y cuyas formas humanas combatiendo recuerdan las pinturas saharianas de la prehistoria.

La ruta de los tomates.

Al sur de Telde se alarga la ruta de los tomates. Desde que se da la vuelta al santuario de las Cuatro Puertas y se desciende la costa de Gando, el suelo amarillo se cubre de una red de cañas que sostienen los tallos verdes y frondosos de las plantas cargadas de frutos rojos. Unas formas extrañamente vestidas están encorvadas, en fila, sobre los frutos que recogen y seleccionan bajo el peso del calor. Cuando se enderezan, se adivina a la sombra del gran sombrero de paja un rostro de mujer o de muchacha, semi-velado por un pañuelo, las piernas cubiertas hasta los tobillos para preservarlas de las quemaduras solares, y se piensa con ironía en las bellas extranjeras que se tuestan en la arena de Las Canteras.

La carretera se estira, desnuda, casi sin árboles, en estas tierras bajas donde la presencia humana, como la del mar, se hace poco a poco invisible: apenas si se notan, a media pendiente, unos grandes pueblos apretados, Ingenio, Agüimes. Por encima del enorme corte del barranco de Tirajana, la cadena de las Cumbres pasa a lo largo del día por todos los matices, todas las formas, según su perfil de amatista o de topacio se recorte sobre un cielo limpio o empenachado de nubes.

La planicie pedregosa, arrojada por el torrente, quedó mucho tiempo despojada, dura, como roída por la luz hasta las palmeras que el viento magulla en la finca señorial de Juan Grande. Pero estas tierras del sur, antes casi desiertas, abandonadas, pertenecen casi todas a un único propietario, el conde de la Vega Grande; él los ha vuelto a la vida y ahora las plantaciones de tomates alimentan aquí una mano de obra

creciente; unos pobres pueblos son ahora, como Sardinias y El Doctoral, centros semi-industriales para la producción y embalaje de frutos, con grandes barridas en hileras de construcciones nuevas.

Maspalomas.

Pasado Juan Grande, está el desierto. En un suelo pálido como el *reg* del Sous marroquí, no hay más que las matas gigantes de *cardones* espinosos, amenazantes, cuya leche venenosa quema la piel. Desde muy lejos, se veía venir por la carretera abrasada de sol, el camello que llevaba el doble canasto de madera donde se amontonaban los granos o los frutos, y a veces dos mujeres de negro; el hombre tenía el ronzal, avanzaba lentamente y, si no fuera por sus vestiduras, hubiera sido igual a sus hermanos de la costa morisca. Igualmente, el barranco de Fataga que desciende desde el desfiladero de Tirajan en el eje mismo del sur de la isla evoca irresistiblemente un *oued* del Atlas sureño: la misma prisión ardiente de los acantilados rocosos flameando en el cielo azul puro, y de golpe, el frescor de las espigas y palmas alrededor de una aldea solitaria. A la orilla del barranco, parecía que un espejismo hubiera surgido, esas dunas saharianas que, por encima del mar, trae aquí el viento de Africa, la arena rubia y fina, y, más allá del *oued*, este oasis: Maspalomas... El palmar tupido, su reflejo en la laguna inmóvil del charco, entre matas de tamarindos y adelfas; dos o tres tiendas de campaña de aficionados a la soledad, o cazadores de aves de paso; el Faro, cuyo cirio blanco marca el extremo sur de Gran Canaria, y kilómetros de playas doradas, de arena impalpable, rizada por el viento, sin una traza de paso hasta la orilla de las olas.

Hoy es otro espejismo el que se eleva, casi increíble, a lo largo de la brillante autopista, paralela al mar: la blancura de las urbanizaciones para turistas alrededor de las cuales han nacido los céspedes, las flores, las piscinas. En el espolón de lava de San Agustín, el balcón de una «suite de lujo» domina los fondos cerúleos del mar; más abajo, un pueblo de bungalows blancos espera a los suecos hambrientos de luz; más lejos, las terrazas de los grandes hoteles descienden hasta la arena donde se deshacen unas ondas transparentes. En el plan ambicioso de los «promotores» de San Agustín a la Playa del Inglés, de Maspalomas a Pasito Blanco, están inscritas las «villas de sol».

Al pie del Faro, los chalets floridos han brotado entre los jardines; en la playa se alinean las casetas de lona y los merenderos; el palmar «civilizado» tiene sus alamedas asfaltadas, sus luces—y sus discos de estacionamiento prohibido... En las dunas, un centro de helioterapia acoge a los enfermos para sumergirlos, desnudos, en la arena ardiente y magnética, y curarlos.

Todo ha cambiado. Y otros como yo, sin duda, guardarán la nostalgia de esas playas invioladas, sin hoteles, ni apartamentos, de las secretas comuniones entre el temblor de las palmas en el oasis desierto y su nombre lleno del arrullo de paloma: *Maspalomas*... ¿Se debe culpar a los que han querido ofrecer este mar, esa arena, ese lujo a los hombres ávidos de sol, de calor, de belleza? Resultará quizás algún bienestar para las pobres gentes que viven todavía, entre la costa y la montaña, en pueblos sin edad pegados a la tierra. Pues la tierra misma se transforma y se cubre hasta las primeras pendientes de surcos cultivados.

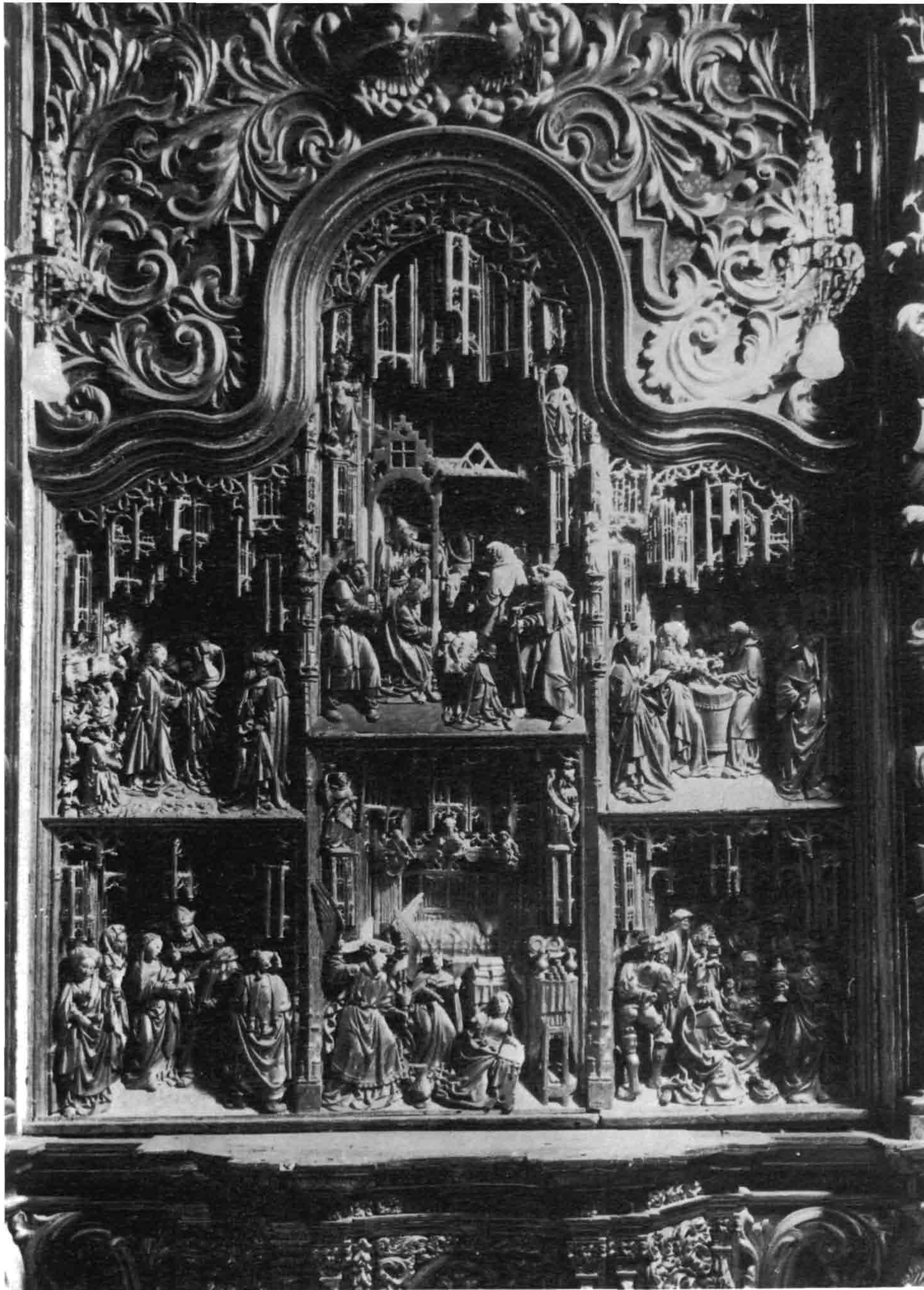
Me parece volver a ver, como antaño, en la arena desnuda más allá del Faro, las casuchas de piedras, igual de primitivas que las neolíticas de Gáldar, donde familias enteras de pescadores vivían y morían junto al mar; una tarde, de la casa más pobre salió a nuestra llegada una joven, casi niña, llevando en sus brazos un niño moreno, medio desnudo, cuyos ojos claros nos miraban fijamente. No, ellos no pedían nada. Pero formaban un grupo conmovedor que parecía salir del fondo de los tiempos, una *Nuestra Señora de los Guanches* que no he podido olvidar. Ahora, a corta distancia del faro, se elevan los poderosos radars de la Base Civil Americana, destinado a seguir la trayectoria de los cohetes espaciales hacia el Cosmos... Así van los tiempos.

Mogán.

Más lejos, en Arguineguin, —de donde Béthen-court fue rudamente rechazado en 1405 por la tribu cuyas tumbas han sido encontradas,— unos *guirres*, los buitres canarios, revolotean por encima de los dos islotes que protegen la ensenada. Un paraíso de frescor existe aquí todavía, la hermosa finca cuyos árboles, eucaliptos, laureles, mangos, aguacates, las franjas densas de plataneras, los parterres de tomates, contrastan con las crestas desnudas del barranco. Ya, la *urbanización* pone aquí sus bungalows y construcciones futuras.

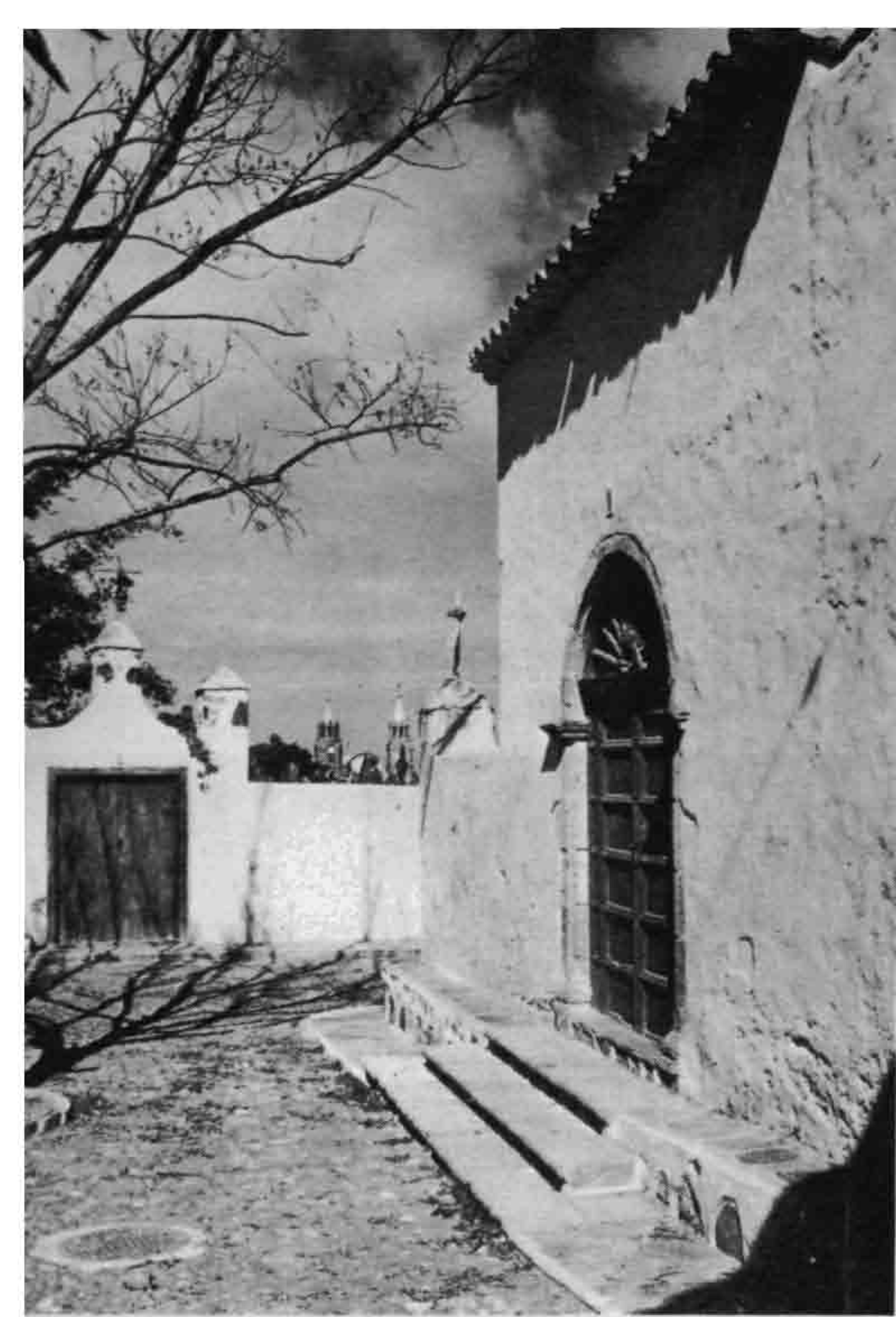
Más allá, una admirable cornisa marina, tallada en plena lava, sigue de barranco en barranco el capricho abrupto de los espolones que sobremonta, dejando hundir la mirada desde lo alto en el azul prúxico del mar. En el último viraje aparece el pueblo de pes-

Retablo de la iglesia de Telde



El Cristo de Telde





*Telde
Calle San Francisco*



Dunas de Maspalomas

Playa de San Agustín





Oasis de Maspalomas

cadores del Puerto de Mogán; la marea de plataneras bordeadas por geranios rosas corre hasta la arena donde las barcas son haladas a la sombra de los eucaliptos; unos hombres calafatean o repintan sus cascos multicolores; unos viejos sueñan; la vida es aquí «simple y tranquila», dedicada a lo verdadero.

Entre las formidables paredes del barranco, escarpadas en gradas de lava, la vieja carretera del valle sube hacia su capital rústica, Mogán, por encima de las plantaciones, los verjeles donde las papayas maduran en este calor tibio; las palmeras reales que el viento despeina se unen a los troncos poderosos de los pinos canarienses. Una impresión de fuerza,

de grandeza intacta, emana de todo el paisaje y fascina.

Esa noche, dejando las callejuelas de Mogán y la pista hundirse hacia el oeste por las soledades montañosas de Tazarte y San Nicolás, nosotros tomamos la que escala la cima del valle en curvas vertiginosas, entre las piedras púrpuras y verdes de los bloques gigantes desprendidos de las cumbres. A cada vuelta, intentaba grabar en mí esta visión de belleza salvaje. A lo lejos el azul del mar palidecía en la escotadura del barranco. El viento soplaba a través del desfiladero abierto sobre la meseta interior, húmeda y verde, entre sus majadas aisladas, sus pinos negros y el lago azul de la pequeña presa de *Las Niñas*, — como en otro mundo.

III FUERTEVENTURA

En el camino en que el viento abrasador levanta cestos; dos formas negras van veladas hasta los ojos bajo su sombrero de paja en forma de apagavelas. Unas palmas alocadas giran como hélices verdes; es el *bled*, desnudo, dorado, pedregoso, sin agua, al pie de una cadena de colinas ardientes. Trozo de Sáhara, a sesenta millas a lo largo de Cabo Juby, Fuerteventura, la isla mayor del archipiélago después de Tenerife, se estira en cien kilómetros pero cuenta menos de veinte mil habitantes.

Aquí, ya no hay brisas frescas, ni esas nubes caprichosas que se agarran a los pinos de los barrancos y guarda a las tierras del Oeste su verdor húmedo. Para regar los primeros brotes de trigo que los hombres se obstinan en hacer crecer, es necesario que caiga un fuerte aguacero sobre la isla y empape de humedad la ceniza negra repartida en el suelo y llene las cisternas después de seis meses de sequía, o que las ruedas eólicas de los molinos saquen del fondo de un valle el agua de pasadas tormentas. Entonces nacen, en la aridez del llano, esos prados de alfalfa que brillan como esmaltes.

El viento de arena llega a Africa, cargado de impalpables dunas que atraviesan la isla de un lado a otro. Algunas veces ese *levante* trae nubes compactas de langostas. A medio trayecto, cansadas, se posan sobre el mar, las de debajo, muertas, ahogadas, sostienen las otras; ocho o diez capas formando balsa que el viento impulsa. A la vista de la isla, la armada reanuda su vuelo, abatiéndose sobre los pobres campos de trigo, garbanzos, judías y tomates. Un año de labor perdido. El hombre coge su sombrero de fieltro descolorido y parte hacia las cañas de

azúcar de Venezuela, o las obras de Las Palmas.

Este desierto sembrado de conos volcánicos, donde las palmeras vueltas por el viento hacen en el cielo grandes signos como conjuros, ¡cuán inhumano parece! ¿Habrán en esta tierra sin dulzura, nacida del mar y del fuego, algún elemento esotérico? Todo lo que se sabe de ella es magia: primero, los altos lugares, esos grandes bancos votivos de piedras ciclópeas donde se reunían los Antiguos. Ahí vaticinaba la sibila Tamonante anunciando las revoluciones, allí la pitonisa Tibabrin arreglaba las ceremonias. ¿Dónde está el sepulcro de veinte pies de largo, del gigante Mohan? ¿Dónde es tribunal de jefes que condenaba a los homicidas a morir en la orilla del mar, la cabeza machacada bajo una roca, y a los ladrones a perder un ojo al primer robo, el otro al segundo?

En la aldea de Pájara, ese alminar blanco entre palmas no es una mezquita, sino la iglesia. El artista anónimo que esculpió la portada conocía los misterios de los aztecas; en él se encuentran los símbolos solares, la serpiente de cuatro cabezas, las cabezas leonadas de los pumas, los reyes coronados de plumas que un Padre surrealista había pintado antes de azul. Los granitos azules por los que sube la carretera, y que se dice son los más duros del mundo, son uno de los raros puntos donde sería visible el misterioso zócalo primitivo, recubierto en otras partes de cenizas y lavas. El Río de Las Palmas, cuyo lecho verde de cebada y palmeras desciende hacia una playa desierta, vio desembarcar, hace cinco siglos, los conquistadores franceses que parecían salir de un grabado medieval, y que veían huir delante de

ellos hacia los *tagoros* de piedras rústicas, «unas gentes que iban desnudos, salvo una capa de piel, entre millares de cabras salvajes».

Este lugar silencioso en un círculo de eminencias áridas fue una capital, Betancuria, «fundada el año 1404 por Messire Jean de Bethencourt». La gruta donde los capellanes de la expedición habrán dicho su primera misa, se ve todavía, al fondo de una capilla arcaica, enfrente de las ojivas abiertas del primer convento franciscano, otra vez presa de la soledad. Cuando la isla, después de numerosos obstáculos, fue sometida a la sombra del Fuerte de Rico-Roque, el normando hizo aquí una entrada triunfal, trayendo de Francia ciento sesenta artesanos «para civilizar su conquista». En esta maciza iglesia, promovida catedral, se bautizaba incansablemente a los indígenas de corazón puro. Bethencourt les ofreció un banquete. Fascinados por el brillo de las armaduras y las casacas bordadas, embrujados por los ministriles, «no pudieron comer de maravillados que estaban». Por los senderos cenicientos entre las matas de euforbios, el buen Señor, montado en su mula como un rey de Yvetot, recorría su «extraña comarca», haciendo justicia, distribuyendo tierras, haciendo venir de África los primeros camellos. Cuando invadido por algún presentimiento, decidió regresar a Normandía, el pueblo insular lloró «y hubo quien se adentró en el mar hasta los sobacos» para intentar retenerlo.

La iglesia, donde las palomas anidan bajo los techos artesonados, ha olvidado esos fastos efímeros, pero el tesoro de frutos exóticos sigue adornando sus retablos pintados y dorados. En una antigua mansión, cuyo parterre se encuadra de geranios gigantes, un pequeño museo conmovedor reúne los

antiguos utensilios populares, alfarería, vestiduras, las producciones tradicionales. Las viñas dan aquí un vino generoso, los higos son exquisitos, y este clima, seco y salubre en su desposeimiento, hace vivir largos años, sin enfermedades.

¿Extraña comarca? En el suelo negro se arrastran las plantas de barrilla cuyas cápsulas líquidas lavan mejor que el jabón. Los campos de nopales espinosos tienen como floración blanca las bolsitas de muselina donde nace la cochinilla, — y la tercera generación de insectos, transformada en polvo escarlata, irá a teñir las flores de una alfombra de Persia o pintar los labios de una lady del West End. El pobre trigo nacido en las mesetas pedregosas se corta todavía con la hoz y se trilla en la era, tostado por las mujeres agachadas alrededor de las cazuelas de barro, y triturado por los molinos de gofio.

«Extraña» más que ninguna otra, es la gran península de Jandía, al extremo sur, bajo un volcán desnudo que es el más alto de Fuerteventura. Se va por Gran Tarajal, cuyo puerto y el palmeral, son todavía unas imágenes risueñas; después la pista corre en un desierto caótico, lunar, mineral, inhumano, — salvo en la desembocadura de los barrancos estrechos donde algunos bungalows han brotado delante del azul violento del mar. Inmensas dunas, playas sin fin, arenas que el viento levanta, bordean esta costa quemada. Más extraño aún es descubrir la fascinación que su luz africana ejerce sobre los pueblos llegados de los inviernos sin sol: los hoteles con su piscina, sus céspedes, nacen aquí para los alemanes, los escandinavos. Mucho más allá del barranco árido que abraza el puertecillo de Morro Jable, unos suecos pien-

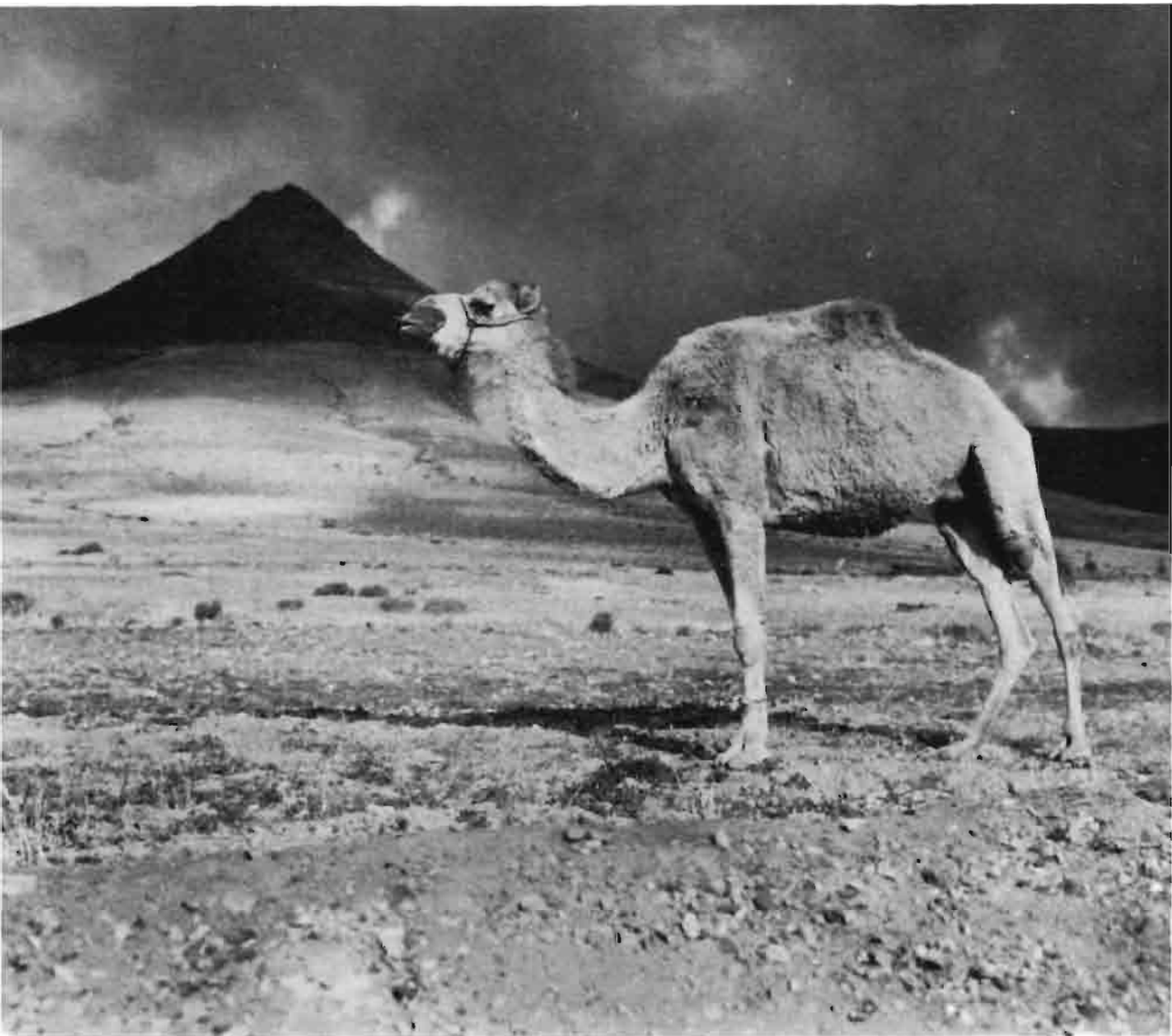
san implantar una villa, «una villa para 150.000 habitantes»; los pozos bombearán el agua subterránea para regar los jardines, y el reumatismo será aquí desconocido...

La misma ambición de acceder a la riqueza turística reina en el norte donde, después de hectáreas de lava petrificada, las playas infinitas de Corralejos hacen frente a la pequeña *Isla de Lobos* y la costa sur de Lanzarote. Algunas barcas fondeadas, lotes de villas nuevas que se pueblan de belgas y el esqueleto de una ballena en la arena. En el islote de Lobos donde los desgraciados compañeros de Béthencourt cazaban las focas para sobrevivir, un «complejo» residencial se prepara para pescadores submarinos...

Puerto Rosario, simple aldea llegada a ser capital insular, muerde el anzuelo también y se adorna con flores y agranda su puerto donde arriba el correo de Las Palmas. Del aeropuerto que recibe los aviones diarios, miro el cono de cenizas del volcán que llaman «la montaña de Unamuno», porque el gran

novelista que amaba esta tierra pobre y pura había deseado, si moría en la isla, ser enterrado allí.

Yo pienso en ese voto, y vuelvo a ver Oliva, en la carretera del norte, sus casas blancas, bajas, su inmensa plaza vacía cerrada por la severa fachada del «castillo de los Coroneles», dos torres cuadradas cercando el blasón verdecido de los antiguos Gobernadores. Detrás del portal de lava, el gran patio estaba lleno de palmas, flores y gorjeos de pájaros. Doña Josefa, la vieja intendenta, subió delante de mí la escalera de mármol con linternas de hierro forjado. Sus pesadas llaves abrían las salas donde ya no vive nadie. En los muros, la mirada muda de los Coroneles con chalecos encarnados brillaban por encima de los sofás para fantasmas en crinolina. La sangre de los Béthencourt se unió aquí a la de los Cabrera. Desde la terraza que tiene acceso al oratorio, la vista se extiende sobre el horizonte despojado que no tiene hasta el mar, más que piedras ígneas, cactus antropomorfos, algunas palmas abiertas, y esas pirámides de cenizas que tienen el aspecto de signos cabalísticos.



Paisaje de Fuerteventura



La Antigua (Fuerteventura)

La Casa de los Coroneles



Vista de Betancuria



Plantación de henequén

IV. LANZAROTE

*Tiene la forma de un caballo marino
en actitud de saltar un obstáculo.
El caballo Lanzarote mira hacia Africa...*

Agustín Espinosa.

En los viejos mapas, Lanzarote tiene ese perfil encabritado de caballito de mar saltando hacia el Africa. Desde el barco, cuando se la discierne en el horizonte en la claridad difusa del alba, parece un dragón; con el largo espinazo erizado de pústulas volcánicas, cortado por crestas piramidales, que la luz naciente matiza de malvas pálidos y verdes amarillos. En pleno día es tan africana como Fuerteventura, expuesta a los vientos que le soplan al rostro las arenas de Mauritania. Las mismas palmas girando locamente en el cielo claro, las mismas láminas de alfalfa o cebollas de un verde esmaltado, los mismos camellos de los pocos que van quedando, con su tristeza arrogante. Es mitad de larga que la otra isla pero doblemente poblada, a causa de un don secreto debido al poder del dragón: ¿Existe en alguna otra parte una tierra parecida, donde trescientos cráteres apagados mantienen un fuego invisible e inexplicable, y donde una tal dosificación de bello, horrible e insólito os oprime como un paisaje prehistórico o de fin de mundo? No se conquista de golpe este dragón; hay que pasar primero por la iniciación insular.

Son hermosos los amaneceres de Arrecife, cuando

el sol surge del mar, por la costa de Africa. Arrecife capital tiene un *parador*, tres puertos y dieciocho mil almas. En la terraza del parador, en que es agradable descansar al sol, se discute en lenguaje internacional de caza submarina y meros «así de grandes». Enfrente están unos yates anclados entre el muelle Nº 1 y el viejo fuerte de San Gabriel que está unido a la costa por los pórticos del *Puente de las Bolas*. Las dieciocho mil almas viven en esta orilla que se moderniza, se engalana y edifica; la Avenida tiene su Palace, el Club su piscina, las calles sus tiendas y bares. En el polvo de los barrios populosos, las casitas cúbicas y blancas tienen los postigos de un verde vivo, la chiquillería juega con gritos agudos entre los perros amarillos y los borriquitos que aguardan con una paciencia infinita irse a estacionar delante de las puertas del Mercado. El Mercado también forma parte de las mañanas de Arrecife; sus arcadas cobijan los puestos de cebollas de renombrada calidad, patatas, garbanzos, maíz, higos secos o chumbos, casi nada más: los plátanos y las naranjas vienen de Las Palmas. En un ángulo, el pescado fresco amontona sus escamas irisadas; en el otro unas campesinas en cucullas bajo su sombrero apagavelas vigilan grandes pollos atados. Un tañido de campana atraviesa el cielo, viniendo del campanil negro y blanco de la iglesia.

También son hermosos los atardeceres de Arrecife, en la laguna de San Ginés donde se inmoviliza el reflejo del barrio de pescadores; el olor violento de las fábricas de conservas y saladeros de pescado, los co-

bertizos abiertos en el amontonamiento de cordajes, ristra de aros y anzuelos, barriles de alquitrán o de aceite. Al final, está el Puerto de Naos, primer puerto de pesca del archipiélago. Vasto plan de agua que grandes obras van a agrandar aún más. Las goletas arqueadas de antaño han dejado lugar a los centenares de pesqueros achaparrados con la proa levantada, bien defendidos del oleaje, que hacen su campaña en las mismas aguas, escalan aquí para abastecerse de sal y de hielo en el frigorífico. Más al norte, el nuevo puerto comercial de Los Mármoles se equipa para el porvenir.

Enfrente de la Escuela de Náutica donde se forman las tripulaciones, las salinas flamean bajo el rosado poniente que invade de fuego sus espejos cuadrados, los montones de sal y las alas de los molinos de bombeo. Unos hombres que se retrasaban en el muelle se van con un pescado colgando de la mano. Es el momento en que las callejuelas de San Ginés huelen a fritos calientes, cuando, en el rincón de un pequeño bar, un hombre con su fieltro descolorido tañe una guitarra nostálgica, y el instante en que una estrella grande como las del desierto se enciende por encima de la iglesia donde vengo a sentarme. En la nave acolchada de penumbra se distingue el murmullo del rosario, el destello de los cirios hace resaltar la plata sagrada, los dorados y el manto bordado de la Virgen. Y yo me siento fuera del tiempo, para soñar en cosas pasadas.

En el fondo de estas cosas, está el pueblo misterioso que descubrió Béthencourt al desembarcar aquí. Sus capellanes describieron sus costumbres, las *casas hondas*, verdaderos *igloos* de piedras secas con la entrada tan baja que había que arrastrarse, el suelo ex-

cavado en su interior y el olor repugnante de la carne ahumada y seca que, cocida en leche de cabra, era con el *gofio* el único alimento indígena. Una singular costumbre atribuía a la mujer tres esposos; el marido *Uno* era el amo durante la primera luna, pero debía trabajar en los campos durante la segunda, y servir al marido *Dos* que reinaba a su vez; en la tercera luna quedaba libre y la cuarta le devolvía la soberanía, mientras que el esposo *Tres* tomaba a su vez el servicio. Por lo que las mujeres estaban consideradas como «muy honestas». Prometidas, debían dejarse cebar, durante treinta días, de carne y gofio para redondear sus formas (1) y someterse al antiguo derecho de prelibación que reservaba al jefe que honraba la boda las primicias conyugales. La esposa se afeaba pronto, ya que alimentaba al recién nacido dándole de comer con su boca, de tal manera que su labio inferior quedaba deformado y distendido de una manera horrible.

No obstante, más de un caballero se dejó turbar por estas pastoras desnudas bajo su túnica de piel y juncos trenzados. Así fue quizás como hacia 1312, ocurrió con Lancelot Malocello, de origen genovés, que vivió aquí y cuyo apellido dio su nombre a la isla. Cuarenta años antes de Béthencourt, un hidalgo de Vizcaya, Martín Ruiz de Avendaño, arrojado a la isla por una borrasca, había sido acogido con bondad por el rey Zonzamas, en su *castillo* de piedras toscas. Ahora bien, «la reina Fayna tenía buena figura y Martín Ruiz era joven, galante, y no iba vestido de pieles...» Nueve meses más tarde nació la infanta Ico, tan blanca y rosa que el pueblo le negó su filiación real. Según la costumbre insular, celosa de sangre real como en Egipto, casaron a Ico

(1) Todavía se hace esto en Tafílete.

con su hermano. Cuando él murió, poco después del terrible saqueo español, en 1393, su hijo, Guadaña, debía reinar. Pero la junta de los *guayres* (2) decretó que antes tenía que probar Ico su descendencia legítima por un verdadero Juicio de Dios: la *prueba del humo*; se la encerraría con tres muchachas de baja casta en un cuarto lleno de una humareda asfixiante. Si únicamente ella sobrevivía la prueba estaría hecha.

La tradición añade que una anciana, alguna nodriza como las de la Odisea, pudo en secreto dar a la inocente una gruesa esponja mojada que ella apretó contra su boca y nariz. Así se salvó. Su hijo fue el príncipe adolescente coronado de conchas que vino orgullosamente a ofrecerse a Béthencourt «como amigo, no como vasallo», con su pobre isla despoblada.

El milagro de la Ceniza.

Isla sin humus, isla sin agua, inscrita en la muerte de las lavas. Sin embargo, Lanzarote tiene a veces milagrosas cosechas de alfalfa, trigo, cebollas, tomates, garbanzos, con que alimentar a su pueblo, e incluso exportar. Gracias al *picón*.

El *picón*, es la ceniza grumosa y negra acumulada en los cráteres y sus laderas. Como la piedra pómez de Santorín, tiene el don de captar la humedad de las condensaciones nocturnas y conservar la de los chaparrones de tormenta que caen una o dos veces al año. En los canastos cargados en los camellos, ahora en camiones llenos, los hombres traen la ce-

niza y la extienden en el suelo en capas de veinte o treinta centímetros de espesor, renovada cada cuatro o cinco años. Las semillas serán en él enterradas. Una obscura química alimenta el grano que germina. Desde final de enero, un mosaico de verdes resplandecientes recorta el suelo negro, aplicándole su dibujo geométrico. Los pedriscos carbonosos, cuidadosamente quitados de los surcos, forman en cada campo un pequeño *cairn*, un mojón enigmático como se ven en las viejas tierras de Palestina. Más allá, las higueras rastreras y las viñas se extienden hasta la misma ceniza; al abrigo de los muritos de lava que las protegen del viento del norte o del *levante* que las reseca, los frutos se llenan aquí de azúcar y el vino toma un ligero sabor a humo. La yunta paciente del camello y del asno pasa todavía por los cultivos. Alrededor de las casitas cúbicas, las chumberas que llaman aquí *tuneras*, enredan sus raquetas carnosas, sustento de las cochinillas, y cargadas de higos chumbos, los *tunos*, festín del camello y humilde postre del hombre.

Las montañas de Lanzarote, como las de Fuerteventura, no son más que una sucesión de conos volcánicos que apenas sobrepasan los 600 metros, encuadrando cortas planicies y dilatados valles que se quiebran en acantilados sobre el mar occidental. Desde la carretera del norte, se ve a lo lejos, en el espinazo rojizo de la isla, la ruina cuadrada del castillo de Guanapay, en el mismo lugar donde antes existió la mansión ciclópea del rey Guadarfía. Su hija, la «bella Teguisse», descendió de allí para ser la amante, después la esposa, del sobrino de Béthencourt, Maciot. Su nombre ha quedado en la aldea silenciosa, Teguisse con sus conventos cerrados y sus casas

(2) Nobles.

señoriales, donde ella tuvo que aprender a ser una dama piadosa de larga saya.

En la pendiente de Los Valles, la paciencia campesina ha amontonado las terrazas, escalonando sus peldaños negros y verdes hasta los peñascos de la cresta por donde pasa la carretera. Al oeste el acantilado se desploma en la gran bahía de Famara donde una leyenda está unida a la pequeña ermita de Las Nieves, (siempre en estas Canarias de fuego, la obsesión de las cimas inmaculadas). Abriendo una mañana la puerta del santuario cerrado, el sacristán encontró el traje de la Virgen chorreando agua de mar. No hay duda de que debió salir de noche respondiendo a las llamadas de un navío en peligro...

Franqueada la garganta, aparece el oasis de Haría, al pie de un *Parador* rústico, en un círculo de sequedad mineral. Oasis de palmeras, árboles frutales, surcos verdes, bañando de frescor los muros blancos cubiertos de buganvillas. Aquí, bajo los laureles de la plazuela, he encontrado a Encarnita. La niña vivía en la gran casa llena de cofres de piratas con cerraduras complicadas, conchas desconocidas, dientes de cachalotes y una colección de guijarros. Su gesto había hecho engranar las ruedas de una caja de música agrete, que dormía bajo el polvo en el despacho de su padre. Después me regaló sonriendo un barco dentro de una botella y un canastillo de espigas trenzadas. Los conservo todavía. Así yo me acordaría de ella, y de Haría.

La gran *bodega* de su padre está al otro lado de la montaña que corona el circo. En la arena negra donde están tendidas las cepas, una alameda de algarrobos rastreros y cipreses enanos sube hacia la vivienda. En la sombra fresca de la bodega, el capataz

de los viñedos me sirvió un moscatel de miel y fuego. El pan moreno, el jamón serrano y el queso de cabra estaban dispuestos sobre un barrilete. Luego un muchacho trajo un cesto de *tunos* que acababa de recoger en los nopales vecinos. Con una cuchillada rompía la corteza punzante, verde pálido y rosa, los abría y me ofrecía como en un estuche su pulpa jugosa y dulce. En ninguna otra parte, los he comido semejantes.

En el extremo norte de la isla, en el reverso del volcán de la Corona, la carretera se agarra al suelo de un ocre torrentoso hasta la Batería que vigila la punta; todo está cortado netamente, en fractura vertiginosa por encima de las salinas del Río, ese canal que separa Lanzarote de los últimos islotes del septentrión. Tres fragmentos de lavas rosas y desnudas escalonadas en el azul marino, *Alegranza*, la primera que llamaron así los que la descubrieron viniendo de Europa, *Montaña Clara*, peñón desierto, *Graciosa*, la más próxima, la más grande, con sus largas dunas doradas y el plantel blanco de su aldea de pescadores. Graciosa, destinada también a un porvenir «residencial y turístico» para pescadores submarinos.

En este Río resguardado fondeó la nave *Tranchemar* que traía de Francia a Béthencourt y a sus compañeros... Pero se les olvida para no ver más que este grandioso paisaje cuya única belleza está hecha de rocas, cenizas, sal, arenas, agua, cielo, y que os llena de asombro y os conmueve al igual que los más dulces jardines de la tierra.

Cueva de Los Verdes.

En toda la ladera este del volcán, el *Malpaís* extiende hasta la orilla sus capas de escorias afiladas

y cortantes; su corteza hundida deja libre entrada a una inmensa galería subterránea dejada por una oleada de lava solidificada en la superficie y que se vació en el mar. Desde tiempo inmemorial, esta *Cueva de Los Verdes* fue para los insulares el refugio inviolable donde huían de las invasiones y saqueos. Se han encontrado aquí unos pobres collares, cerámica y algunas monedas hispánicas... En la parte recientemente arreglada para hacer posible su acceso, una iluminación velada, la música flotando en el silencio de las bóvedas, se añaden a la magia de un fantástico decorado, nacido del fuego, no del agua como tantas de nuestras grutas de Europa, con los oros, los negros, los rojos de óxido de hierro, los blancos algodonosos, la arquitectura torturada de las lavas en fusión, y hasta el espejismo engañoso de un pequeño lago... El suelo acolchado de lava ahoga el ruido de los pasos en la larga sala llamada *Auditorium*: la pureza de la acústica es tal que se han podido dar aquí conciertos excelentes.

Cerca de la costa, otro nuevo derrumbamiento, pero la bóveda se encorva en túnel por encima de un lago oblongo, *El Jameo del Agua*; una fisura secreta le comunica con el mar que ruge contra el acantilado; unos cangrejos ciegos viven en sus profundidades. Desde hace siglos, según la hora, los rayos verticales u oblicuos del sol iluminan el agua transparente; todos los azules, del aguamarina al zafiro centellean. Se podría soñar en las ruinas de una Atlántida.

Enterándome que Lanzarote había transformado el Jameo en *sala de fiestas*, yo temblé. Pero es un artista, César Manrique, que, con un gusto ingenioso, ha unido a las fantasmagorías del lugar las de los claros-oscuros, música, reflejos, plantas exóticas, es-

calones de piedras rústicas, pistas de baile cortadas de los mismos troncos de pinos, redes, velas suspendidas de los techos, — con que encantar por una noche a los pasajeros de un *charter* anglosajón o un crucero francés.

En el límite de este Mal País incultivable, me señalaron un pueblo nuevo de bungalows blancos: «Unos suecos construyen esto para su Seguridad Social que envía aquí a sus pensionados a pasar el invierno al sol...» *Sol, Turismo*. Para estas islas pobres donde, después de tres años de sequía los campesinos se cansan de remover sus campos y emigran, éstas son las palabras-clave, las palabras-esperanza. Lanzarote apuesta sobre ellas.

Camino del Sur.

En la carretera del sur, son negros los campos donde unas líneas de paja seca resguardan las tiernas plantas de tomates, negras las arenas que bordean el aeropuerto, negros los surcos donde picotean pequeños pájaros rosas de alas negras; y de un rojo negro de sangre coagulada, el río de lava que se atraviesa antes de Tías. Pero doradas son las playas de arena, preparadas para ser parceladas por unos belgas entre Arrecife y las casas de pescadores del Puerto del Carmen. Todo va a cambiar, todo cambia. Sobre los riscos negros que están cerca del *puerto*, un hotel blanco, una piscina azul, un jardín verde y bungalows rodeados de flores, hablan de la dulzura de vivir.

La cadena de volcanes barre la carretera que va desviándose hacia el extremo sur quemado y desnudo, al pie de la montaña de Femés. Dios sabe por qué

fué en estas tierras desoladas, cerca del estrecho de Bocayna desde donde se ve el islote de Lobos y la costa de Fuerteventura, que Béthencourt edificó su castillo de Rubicón y la primitiva catedral de San Marcial que fue la iglesia—madre de todo el archipiélago. Mientras se fue a pedir en Europa, dinero, víveres y soldados, fue aquí donde sus compañeros de aventuras, Gadifer de la Salle y Bertin de Berneval, acamparon «desde Navidad a San Juan, sin pan, ni vino, ni carne, ni agua...» en la miseria, el abandono y las querellas de una «expedición colonial», donde la traición de Bertin se opuso al *fair play* de Gadifer.

En la ausencia de Béthencourt, las relaciones se agriaron entre los indígenas y se luchó cerca de Arrecife en una guerra «tan dura que no se había podido labrar». Y en el horror de la falta de todo: Gadifer teniendo que cazar focas en Lobos para hacer calzados; Bertin, se apoderaría de los víveres traídos de Europa por un navío, y dando a cambio, a los marinos españoles mujeres francesas. Otros, creyéndose abandonados, llegarían hasta pensar matar a los habitantes y tomar sus mujeres para vivir a la manera canaria. Y este puñado de franceses pasará así dos años y medio, «acostándose en la tierra, sin sábanas, ni ropa, fuera del pobre traje roto que teníamos puesto...».

Nada queda en pie del Castillo ni de la Catedral. Su recuerdo mismo será exorcizado: las soledades de San Marcial de Rubicón son declaradas «zona de interés turístico»; del *Castillo de las Coloradas* a la *Punta del Papagayo*, las playas blancas tienen su plan de *urbanización*. El agua de las olas en la arena está a 18º en invierno...

El Malpaís.

En la cubeta donde se esparcen las casas de Uga y Yaiza, el verde de los cultivos se come el negro del suelo y las buganvillas estallan sobre los muros de algunas fincas prósperas. Llegué a contar más de diez hacinas de paja cerca de una casita de campesinos. ¿Esta tierra de desesperanza puede ser pródiga para quienes la poseen?

La historia de su fertilidad es dramática, como todo lo de esta isla. El primero de septiembre de 1730 al amanecer, la tierra se abrió brutalmente en Timanfaya. «Una enorme montaña se elevó del seno de la tierra, lanzando unas llamas que ardieron durante diez y nueve días». De semana en semana, de mes en mes, durante más de cinco años, el dragón de fuego devastó la isla, hinchando una detrás de otra sus pústulas monstruosas que estallaban en oleadas de lava con un ruido espantoso. Las corrientes avanzaban, torrentes de llamas, o viscosa melaza, sumergiendo los campos, las casas, más de veinte pueblos. La tierra se abría, se apaciguaba, después arrojaba otra vez la lava mortal que hacía hervir el mar bajo columnas de vapor; millares de peces muertos flotaban a lo largo de la orilla, las nubes de ceniza cubrían el cielo y llovían asfixiando a los que respetaban la lava «...Y los hombres se consumían de pavor...».

El cura de Yaiza anotaba las fases de cataclismo. Cuando todo parecía perdido sin esperanza ante la plaga que renacía sin cesar, decidió marcharse a la cabeza de sus fieles, emigrando a Gran Canaria. En 1736, un último espasmo sacudió Lanzarote. Y eso fue el fin. Entonces los que habían emigrado



La montaña de Fuego (Lanzarote)



Lanzarote
«El Desierto de las Cenizas»





Cráteres en Lanzarote



*Lanzarote
El Río con vista sobre La Graciosa*



La caravana de los visitantes

Finca en Lanzarote

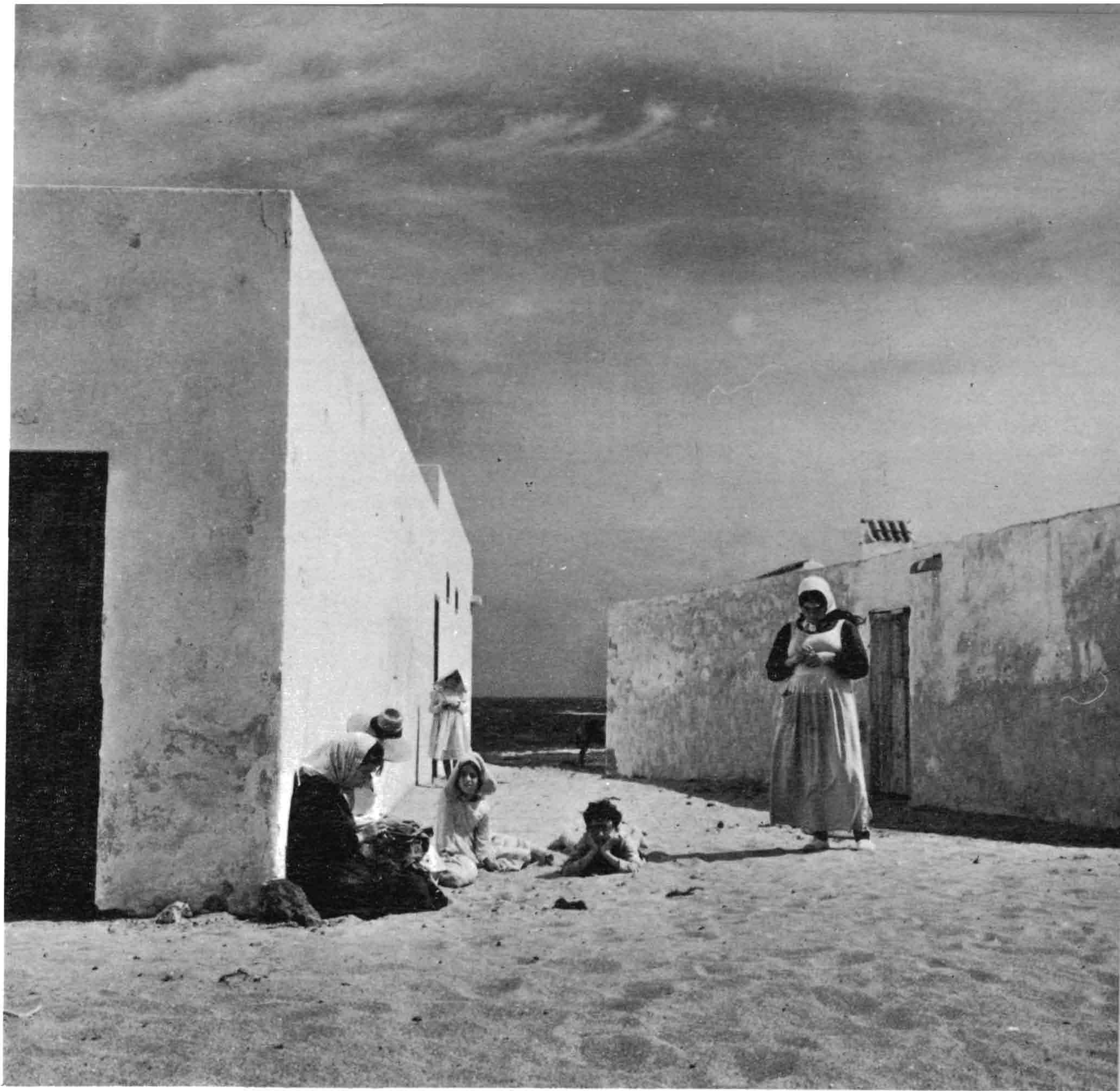




El pozo de las lavanderas



Tiro de camello

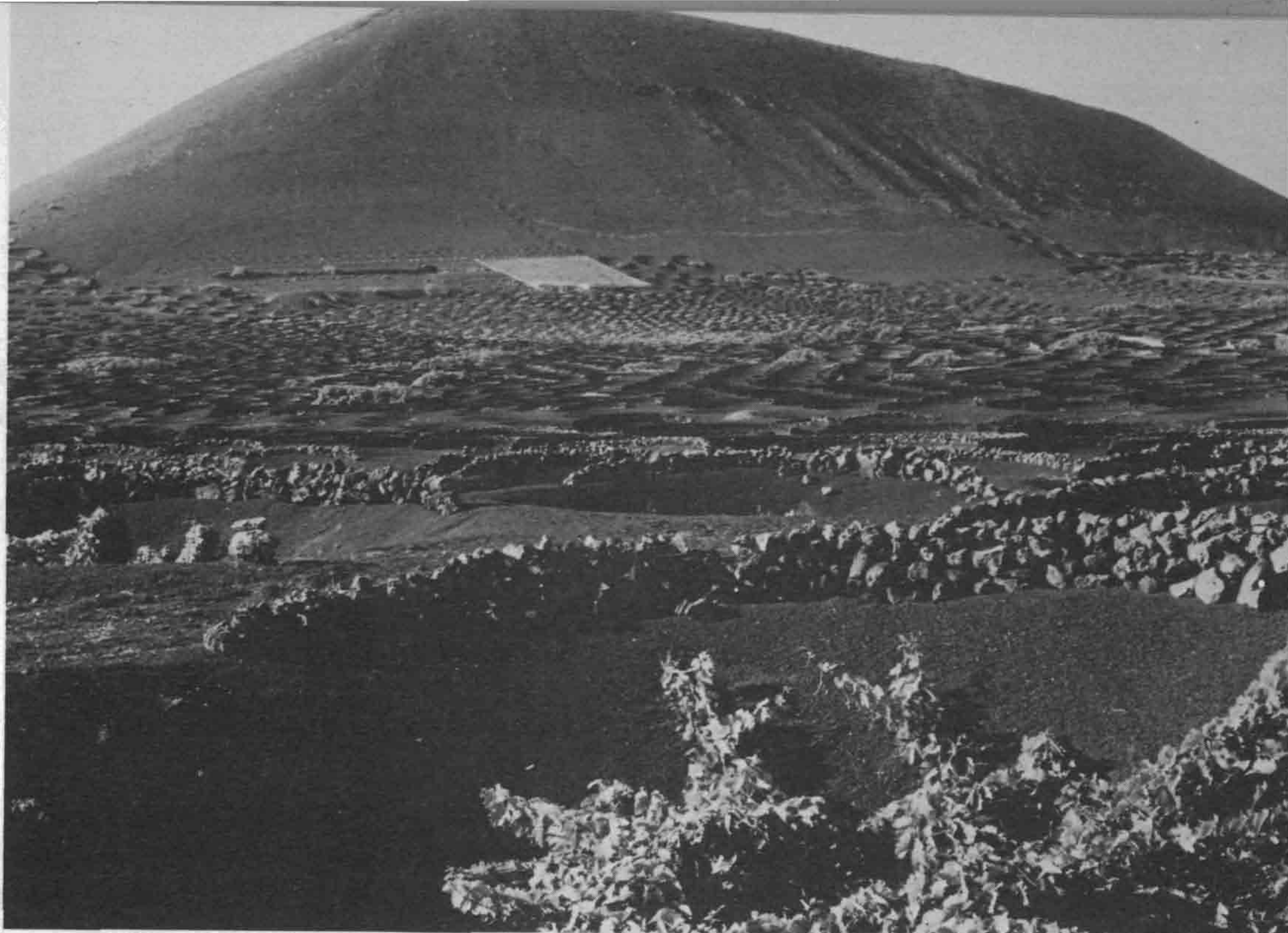


El pueblo bajo el sol



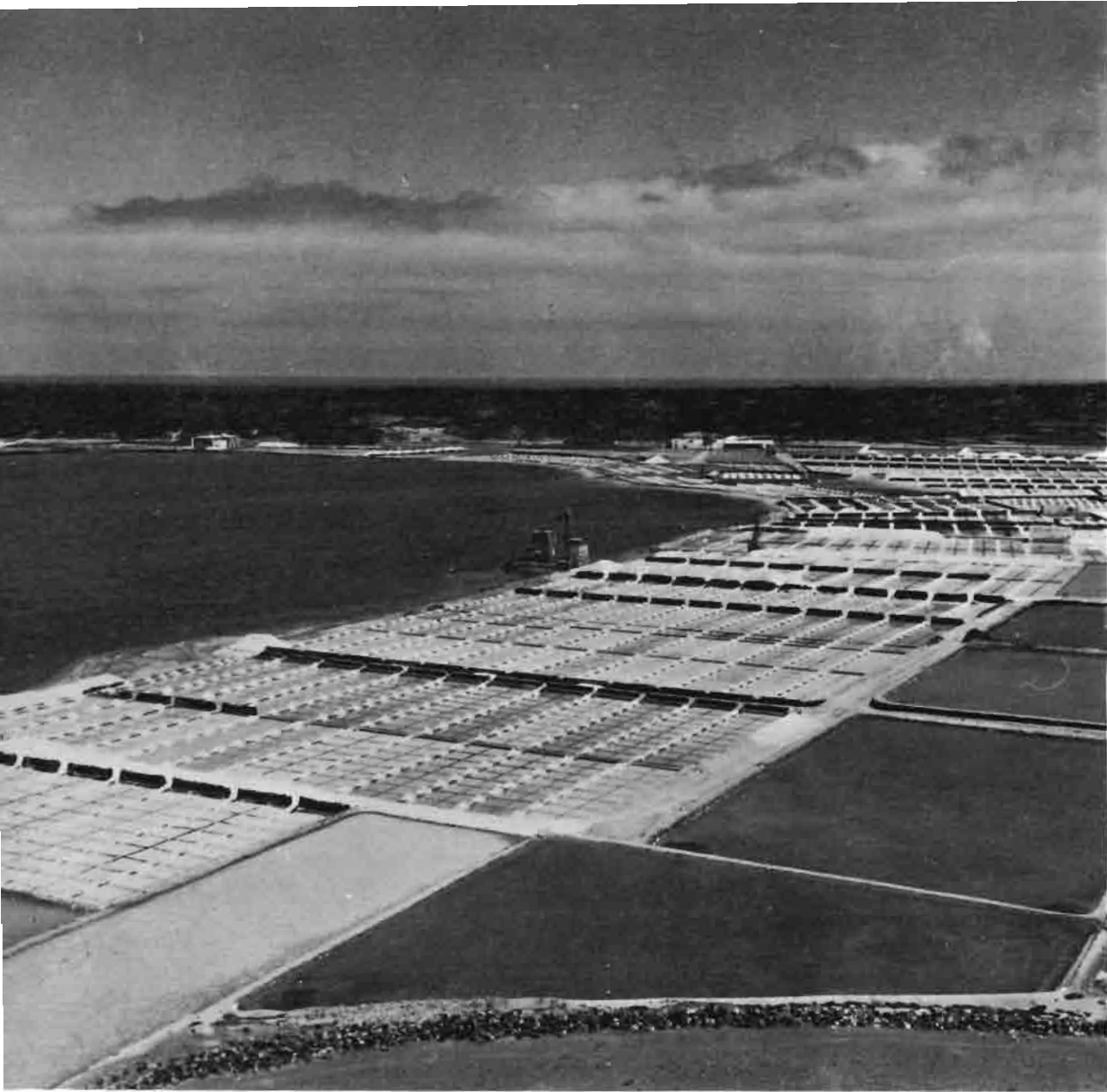
*Arrecife
El castillo de San Gabriel*

Viñedos entre las cenizas



La Playa Blanca





Las salinas de Janubio

y a pesar de los verdes valles de la gran isla, añoraban su tierra desnuda, volvieron; y el milagro se produjo. Las cenizas negras, extendidas por todas partes, se revelaron como un agente prodigioso de fertilización, absorbiendo, condensando cada noche una lluvia invisible sobre la tierra sedienta. Si ya nada podía arrancar la corteza excoriada que cubría el nuevo *Malpais*, al menos se podía, en ciertos lugares, romperla hasta el viejo suelo y plantar la higuera y la viña que crecerían en los huecos al abrigo del viento, invisibles para los ojos no prevenidos.

A través del raudal negro que sumergió todo, la calzada es a veces el único rastro humano. A derecha y a izquierda, la marea de escorias carbonosas tiene el oscuro brillo de la antracita o de las esponjosidades del cok; el alto horno infernal ha vaciado aquí su crisol. Una gallina blanca atravesando la carretera sorprende como un prodigio de vida en toda esta muerte. Y más todavía, como un desafío, la minúscula casita colocada entre sus muritos de lava donde, cerca de un campo desmontado, viven unas pobres gentes con su camello familiar, y una hija de quince años de rostro juvenil y que se llama *María de los Angeles*, o *Blanca Rosa*, o *María de las Nieves*, un nombre de blancura y dulzura.

La carretera desciende, también, hacia una blancura inesperada, blancura de la sal, nieve cristalina en pequeños montones que tienen la misma forma que los conos negros y rojos de la cadena volcánica. En esta laguna de Janubio, donde el vuelo de los patos salvajes se eleva sobre los cien espejos cuadrículando las salinas, el sol irradia todos sus fuegos de acero, azules por la mañana, blancos al mediodía,

rosas al atardecer. Paisaje para pintor abstracto, todo en líneas quebradas, en planos duros, de una transparencia y una precisión infinitas : las alas agudas de un molino, los hombres grises escoltando los carros llenos de cristales inmaculados, la playa negra, orlada de espuma.

Más al norte, otro río de lava tiene el aspecto de algo satánico, de vómito demoníaco, bajando hacia el mar, que domina el acantilado de un cráter abierto por las aguas : *El Golfo*. Los continuos azotes del viento, las salpicaduras del mar, las bofetadas de las olas, han roído la muralla cenicienta como un encaje de entrelazados delicados. Del amarillo al negro, gris, y naranja, los estratos se crispan por encima de una laguna interior cuya agua muerta y profunda, ya sea por química o refracción tiene el verde de los nuevos retoños.

Montañas de Fuego

Al borde del camino que viene de Yaiza, una grieta en el suelo ha quedado abierta, mostrando el aspecto horrible de una llaga viva, desgarrada, calcinada, con jirones sangrantes. Las *montañas de fuego* la dominan desde sus montones de cenizas que cede bajo el pie como una nieve negra. En un recodo que debe guardar algo de humedad, se recogen con sorpresa unas débiles matas de geranios aromáticos cuyas hojas dejan entre los dedos que las estrujan su perfume persistente, el último adiós de la vida vegetal.

Evidentemente, para los turistas, hay aquí por encargo, unos camellos y sus guías; algunos escalan

la pendiente cómicamente balanceados en su doble silla, antes de cocer el pollo del almuerzo en uno de los agujeros abiertos en el mismo suelo caliente de la cima. Yo también, he comido aquí huevos pasados enterrados durante unos minutos en la ceniza rojiza cuyo contacto quemaba mi mano; y he conocido en la cumbre del cono, la extraña impresión de un calor subterráneo que se siente subir a lo largo de sí, sin que ningún humo, ni vapor, sean visibles. Yo he sabido lo que es al amanecer la luz que pone en toda esta cadena unos matices inauditos de rosas violáceos y azules apagados. Pero no había visto todavía el verdadero rostro del Dragón de Lanzarote.

Una tarde en que nos habíamos retrasado al cruzar los pueblos, no alcanzamos sino al crepúsculo aquélla de las *Montañas de Fuego* que domina la extensión del indecible caos negro que desciende hacia la costa. El sol acababa de desaparecer, sólo quedaba luz en el mar, hasta ese punto del horizonte del norte donde las tres islas de nombres benditos, Alegranza, Montaña Clara y Graciosa, estaban todavía rosadas. Pero yo no veía a mis pies más que este universo ígneo hostil, y maldito como un astro muerto.

Uno de nosotros había traído un haz de maleza y trepando hacia una excavación, lo tiró dentro empujándolo con un palo, como dentro de un horno. El calor quemaba nuestros rostros inclinados sobre este agujero negro de apenas un metro de profundidad. Pasaron unos instantes de silencio; la sombra subía

hacia nosotros de los repliegues torcidos del suelo. Y de pronto, la llama surgió, violenta y clara, en altas lenguas de fuego que el viento asía al pasar y dividía entre nosotros, — el aliento del Dragón, que nos hizo retroceder unos pasos. Después de esto se extinguió. ¿Qué será ese fuego interior, constante, igual a él mismo, invisible, que, desde hace siglos, calienta sin agotarse? Nadie ha podido decirlo todavía. Los más sabios técnicos aquí se han quemado los dedos. No hay en todo este macizo ni lava en fusión, ni emanaciones de vapores sulfurosos, apenas si se nota cuando uno se inclina hacia el suelo, un poco de acritud como de una cerilla mal apagada. Se ha hablado de transformaciones químicas internas, de desintegración lenta; y esto haría de esta montaña la pila atómica natural más sorprendente del mundo. Se ha pensado en su utilización industrial, ¡pero al precio de cuántos trabajos! El enigma queda intacto.

Era de noche cuando regresamos, rodando con lentitud en la obscuridad del camino a través de esa profusión crispada de «cosas» alucinantes, de gestos amenazadores. Una noche para Goya, para Edgar Poë, llena del viento silbando en los agujeros de las escorias, plena de misterio intacto, y acribillada de estrellas. Y yo trataba de imaginarme que en toda la isla los cráteres se abrían uno detrás de otro, fuegos artificiales para el fin del mundo. ¿Hasta cuando el dragón de Lanzarote seguirá durmiendo?.

V. TENERIFE

Como se dice de una señora que es «una gran dama», Tenerife es una «gran» isla. No solamente la más vasta del archipiélago, —unos ochenta kilómetros de largo y poblada con 530.000 almas—, sino porque su paisaje alcanza una grandeza que sorprende los ojos y el espíritu.

En todo este sector atlántico, cielo y mar, eleva el pico nevado que le valió su nombre antiguo, *Nivaria*, volcán marino de cerca de 4.000 metros que se llama oficialmente Teide, pero que los canarios llamarán siempre *El Pico*.

Nada puede expresar el culto que le han dedicado, el orgullo y la ternura que contienen sus palabras cuando dicen: ¡*Mira el Pico!* ¡*Qué bonito!* Es lo primero que se oye, por todas partes donde puede verse su gran forma de pastor de las islas. Los campesinos lo observan para prever el tiempo y la cosecha. Ningún paseo es bello si no se le ve a lo lejos; si él está oculto, es una pena; descubierto, una alegría. Ha quedado como un Lugar Santo, el trono del dios que, alzado en esta puerta del Infierno guanche, impedía que el principio del mal sublevase las entrañas de la montaña.

Igual que Las Palmas reina sobre la provincia insular vuelta hacia Africa, Tenerife rige la de Occidente con La Palma, La Gomera, Hierro, cuyas últimas rocas afrontan las marejadas que llegan de las costas americanas.

Así como hay que descubrir la belleza oculta de las islas Orientales, Tenerife impone la suya a la

primera mirada. Es bonito llegar en avión, ver emerger de la bruma dorada que cubre el mar, la cima nevada del Pico, y adivinar desde muy alto el encaje de espuma cercado sus cabos de lava negra, antes de descender por la cumbre de la montaña, hacia las pistas de La Laguna. Pero también es bonito, abordar la isla de noche, inclinado sobre la borda de un navío, ver nacer a lo lejos, en su vertiente oscura la gran constelación de las luces de Santa Cruz y costear al amanecer el macizo de Anaga perfilado sobre unos nubarrones de Apocalipsis. De segundo en segundo, sus laderas desgarradas van revelándose, cubiertas de cactus y cardones, cortadas de barrancos de sombra en que están escondidas las aldeas. En el momento en que el disco solar aparece en el horizonte del este, las nubes se separan por encima de la isla malva, por encima de su poderoso espinazo de gigante arqueado, — y el Teide aparece, como un dios coronado de nieve, radiante, en plena claridad.

Bajo la última neblina agarrada a las pendientes, el puerto, todavía confuso en un cuadro indistinto de apárejos, palmas, ramas, y palacios, se asemeja por un instante, a los que pintaba en el siglo XVII, Claude le Lorrain. Después la ciudad se precisa, villa—anfiteatro. donde estalla el verdor oscuro de un parque, el verde pistacho o el azul de una fachada, con altos edificios claros entre los cuales se levanta una cruz gigante: Santa Cruz de Tenerife,—la Cruz plantada por los conquistadores sobre el reino del rey Tinerfe.

SANTA CRUZ DE TENERIFE

Este puerto en plena ciudad, con su vida diurna y nocturna, su movimiento incesante, es el corazón y el pulmón de Santa Cruz. Un corazón que late al ritmo de las hélices y un pulmón que respira a la llegada de cada navío el olor mezclado del mundo. Nada aquí, ni enrejados, ni depósitos, ni suburbios, se interpone entre los jardines de la Plaza de España y el largo muelle donde atracan los fruteros escandinavos, los *liners* de América, los correos de África o de la Península. Bebiendo un *jerez* en la terraza del Atlántico, se pueden ver ondear los pabellones de veinte naciones. Los ecos de las sirenas que nos sobresaltan, cubren las voces de los pequeños limpiabotas, los vendedores de almendras, de billetes de lotería y de periódicos. Quizás sea ésto el encanto esencial de Santa Cruz.

El lugar mismo, abierto al sur, es uno de los más bellos que yo conozco. Un cielo movedizo renueva a cada hora del día sus juegos de luz sobre los últimos planos de la sierra de Anaga, esa sucesión de cabos agudos, de pitones de lava formando pantalla a los vientos del norte. La Historia ha marcado el destino de este puerto. Tres ingleses, Nelson después de Blake y Gunning, han conocido aquí la amargura de la derrota. Franco partiría para reconquistar la España de 1936. Fernández de Lugo había desembarcado aquí en 1493, llevando en sus brazos la cruz de la Conquista.

Hay todavía a lo largo de la *Marina*, dos o tres viejos patios con galerías de madera, — tal es la del Consulado británico—, donde vinieron antaño a acumularse todas las riquezas del Nuevo Mundo, los lingotes del Río de la Plata, los troncos de jacaranda,

las simientes de plantas desconocidas. Bajo los hermosos árboles de la Alameda, durante mucho tiempo se ha discutido el enganche de los trabajadores, la cotización del agua en La Orotava, del tomate en Londres, del plátano en Oslo. Cuando no se posee ni agua, ni plátanos, ni tomates, y no se es aquí más que un viajero disponiendo de momentos de ocio, ese tesoro desperdiciado en otra parte, se puede vagar deliciosamente alrededor de este puerto en pleno progreso.

Frente al muelle, la Cruz monumental erigida en 1939 a la memoria de los Caídos, se ilumina de noche entre las figuras de los héroes que la encuadran. Más allá de los parterres, los palacios del Cabildo Insular y de Correos están aquí para atestiguar que esta ciudad es poderosa y rica. Igual que, en un piso del Palacio Insular, las vitrinas del Museo atestiguan la antigüedad y el misterio del pueblo guanche. Se puede meditar delante de largas formas momificadas, del cetro rústico de un Jefe, de la alfarería de asas verticales y los utensilios que servían para alimentar a los vivos y a inhumar a los muertos. Enigma de los orígenes de este pueblo, enigma de los cuatro cayados de madera descubiertos en La Palma y tan extrañamente parecidos al «boomerang» encontrado en la tumba de Tut—Ankamon, y a los «báculos» grabados hace 4.000 años en el dolmen de Gavr'inis en Bretaña (1).

En la plaza, la Virgen de la Candelaria, esculpida por Canova en un bloque de Carrara, fue el homenaje propiciatorio de los Conquistadores a los vencidos, y recuerda el culto que los guanches de

(1) Luis Diego Cuscoy. *Paletnología de las Islas Canarias*.

Tenerife rendían a una misteriosa imagen de mujer, arrojada por el mar en su costa mucho antes de que la Cruz la abordara. A sus pies la ciudad renueva cada día sus bodas con el Océano; una especie de estuario simbólico se ensancha entre los edificios oficiales, los hoteles, las casas de comercio o de tránsito, para que el raudal de sedentarios se una al de los viajeros. En las tardes de escala, a la hora del paseo se reúne aquí una multitud curiosa que va y viene incansable, delante de las luces de los escaparates, tabaquerías, bazares hindúes, donde, como en Triana de Las Palmas, se almacenan los elefantes de marfil, las radios U.S.A., cofrecitos de Zanzibar, kimonos bordados, cámaras alemanas, perfumes de París o de Barcelona. A la baratija de todos los puertos del mundo, se añaden, desplegados, los célebres calados manteles, pañuelos, en que las hijas de la montaña han tejido sus telas de araña.

Del muelle llega el resplandor de los proyectos, el rechinamiento de las grúas y plumas que girarán toda la noche, cargados de cestos de tomates que parten o de material moderno que desembarca. Esperando la hora tardía de la cena, se va a cualquier bar a tomar unas tapas, camarones, calamares fritos. La gente sería está en el Casino, cuyos balcones de columnas miran hacia la Candelaria. Néstor de la Torre y Aguilar han pintado en él unos frescos que van más allá de una decoración de club provincial. Se puede escuchar, algunas tardes, una Orquesta de Cámara que honraría muchas ciudades de Europa, — o la *Masa Coral Tinerfeña* que ha resucitado, en la juventud, el amor de las folías y malagueñas, las danzas alegres y los trajes abigarrados de la isla.

En los días de Carnaval y de romería, muchachos y chicas visten el traje típico y en carretas llenas de flores recorren la plaza.

*

Si los laureles frondosos forman una bóveda de sombra y frescor en la Plaza del Príncipe, a mediodía el sol cae de plano en las últimas calles con balcones velados por plantas verdes del barrio de San Francisco. Es todavía la vieja España colonial. Delante del antiguo convento, los cactus se yerguen como bestias espinosas entre el follaje y las palmas. En el muro blanco, bajo un arabesco de lava gris, el portal de columnas torneadas se abre en las misas del domingo, al paso de los notables. Se entra, todavía deslumbrado de claridad; los oros patinados de los retablos tornasolan en el fondo de la triple nave, — y yo pienso en el triple título de gloria que tiene la ciudad: Muy Noble, Muy Leal, Invicta, y las tres cabezas de leopardo que recuerdan en sus armas su triple victoria sobre la flota de Albión.

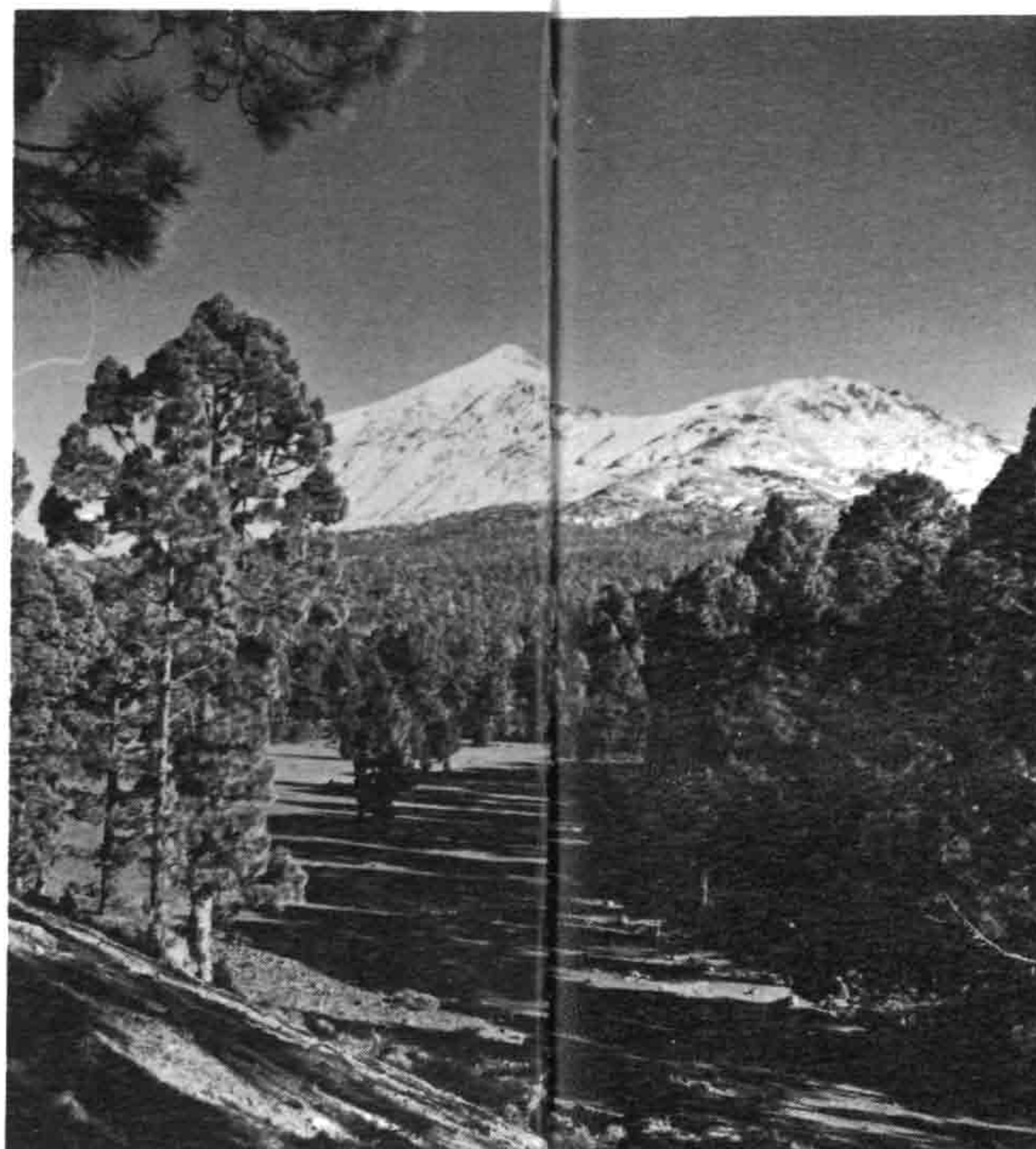
Pues el objeto de mayor orgullo para Santa Cruz es quizás, el cañón *Tigre* que, el 25 de julio de 1797, arrancó a Nelson su brazo derecho y obligó a los ocho navíos ingleses del invencible Almirante, sus 393 cañones y el cuerpo de desembarco a confesarse vencidos. Firmada ya esta declaración, se dejó a los británicos reembarcarse, no sin que las buenas gentes de Santa Cruz les hubieran ofrecido «un refresco de pan y vino». Mucho tiempo después, el poeta Estébanez, pasando por Trafalgar Square delante de la columna de Nelson, le dedicó este cuarteto:



Tenerife
Las retamas de Las Cañadas



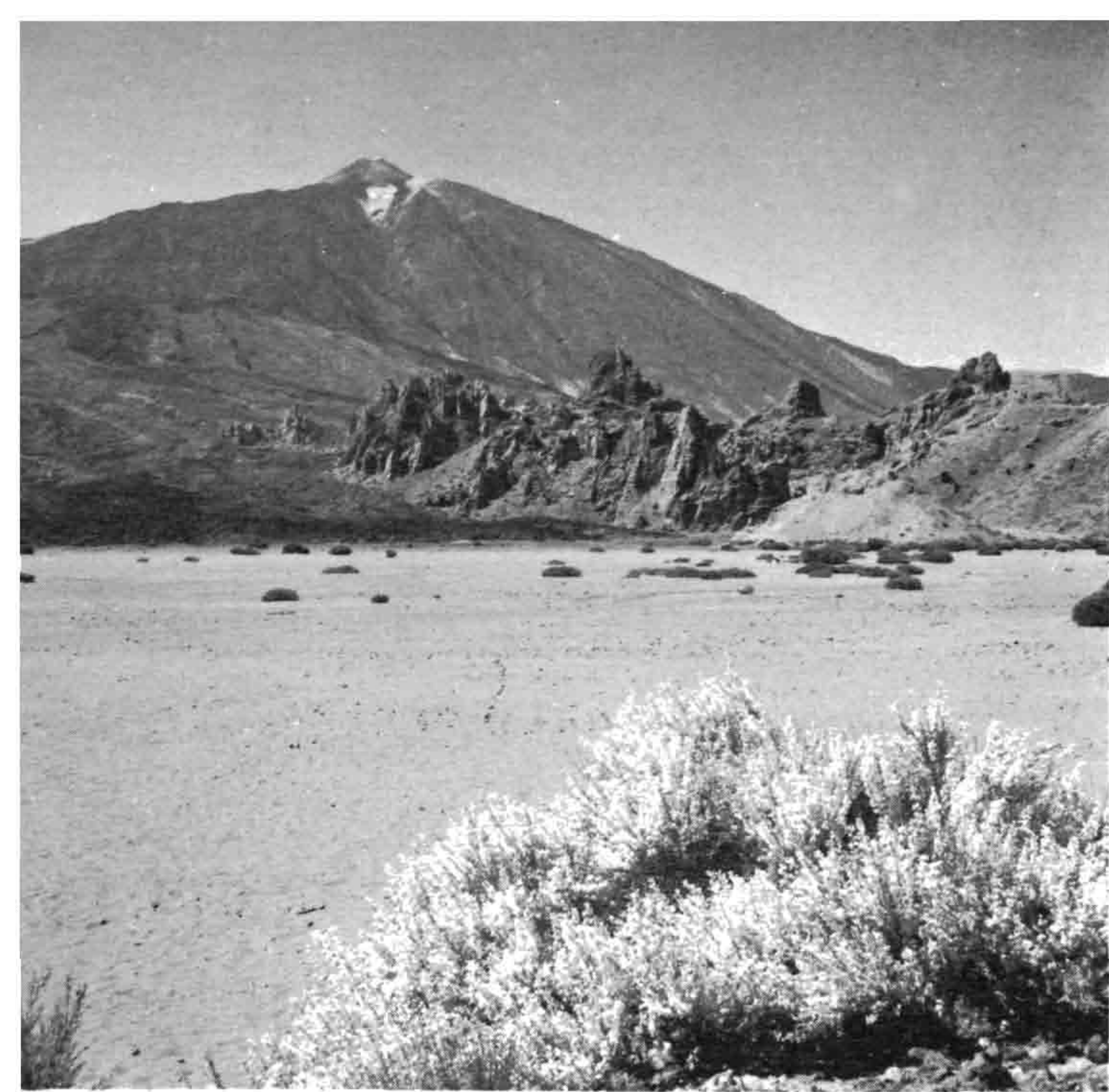
Reflejos del Teide



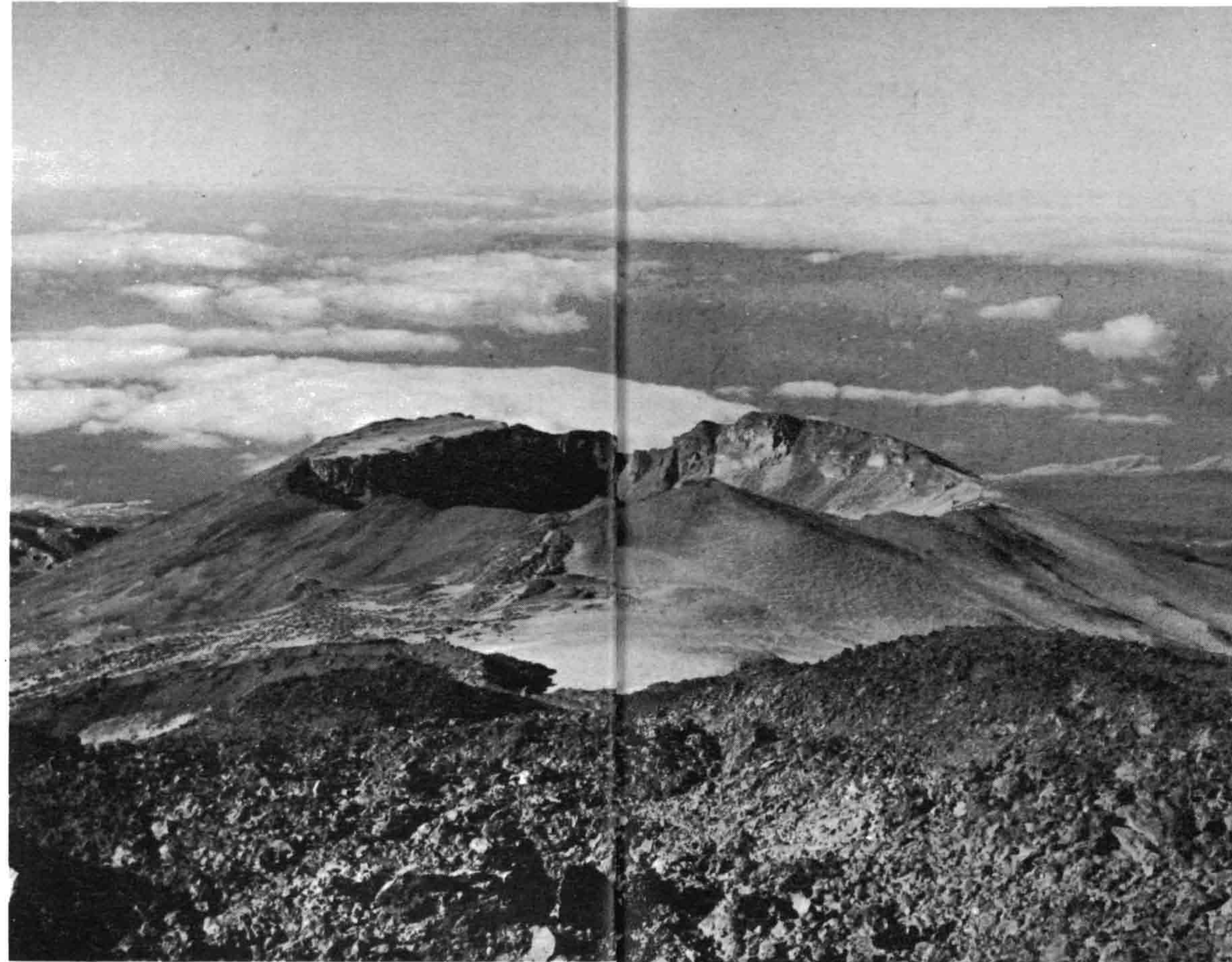
El pinar del Teide



Lavas

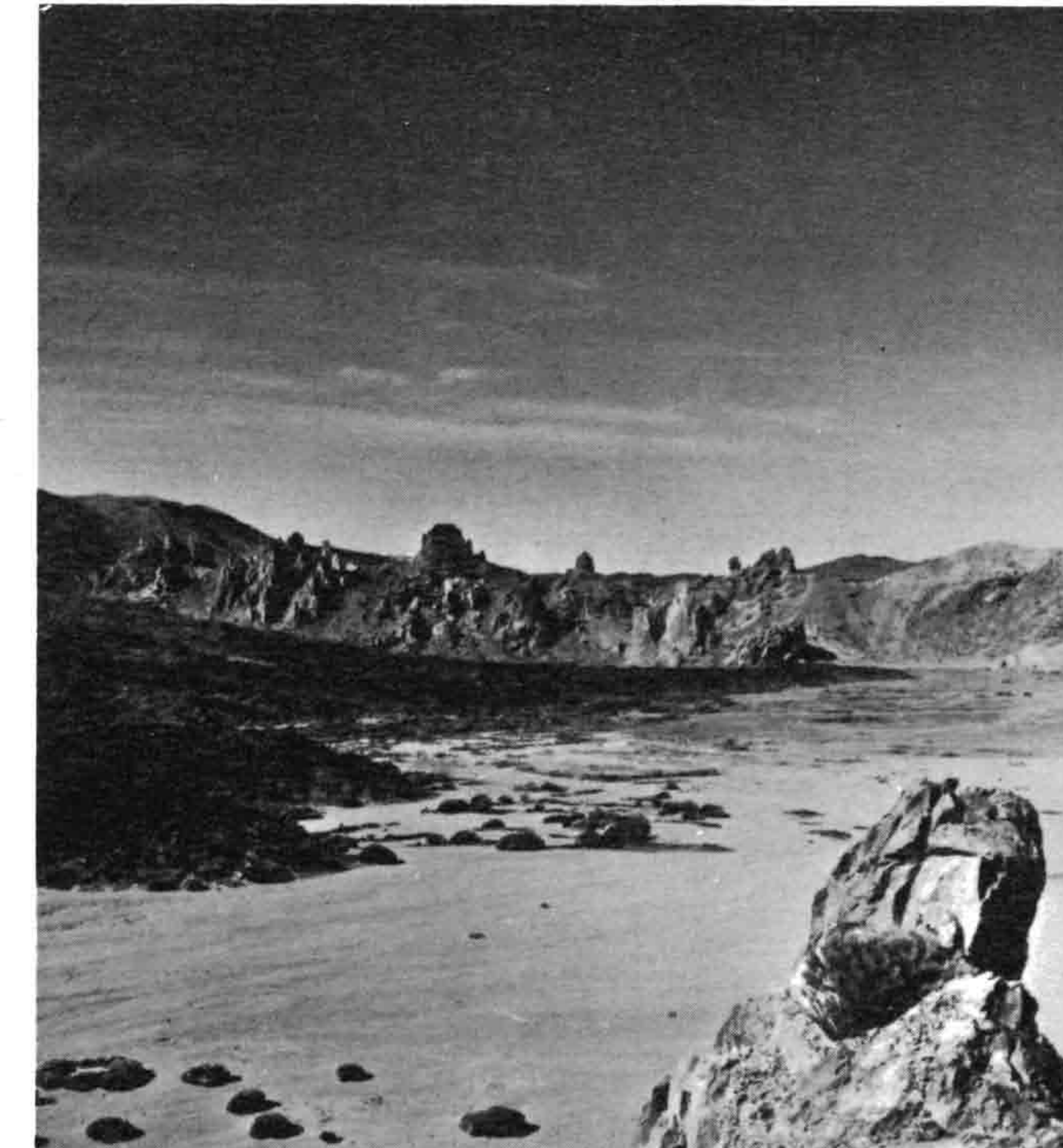


Flores de retama



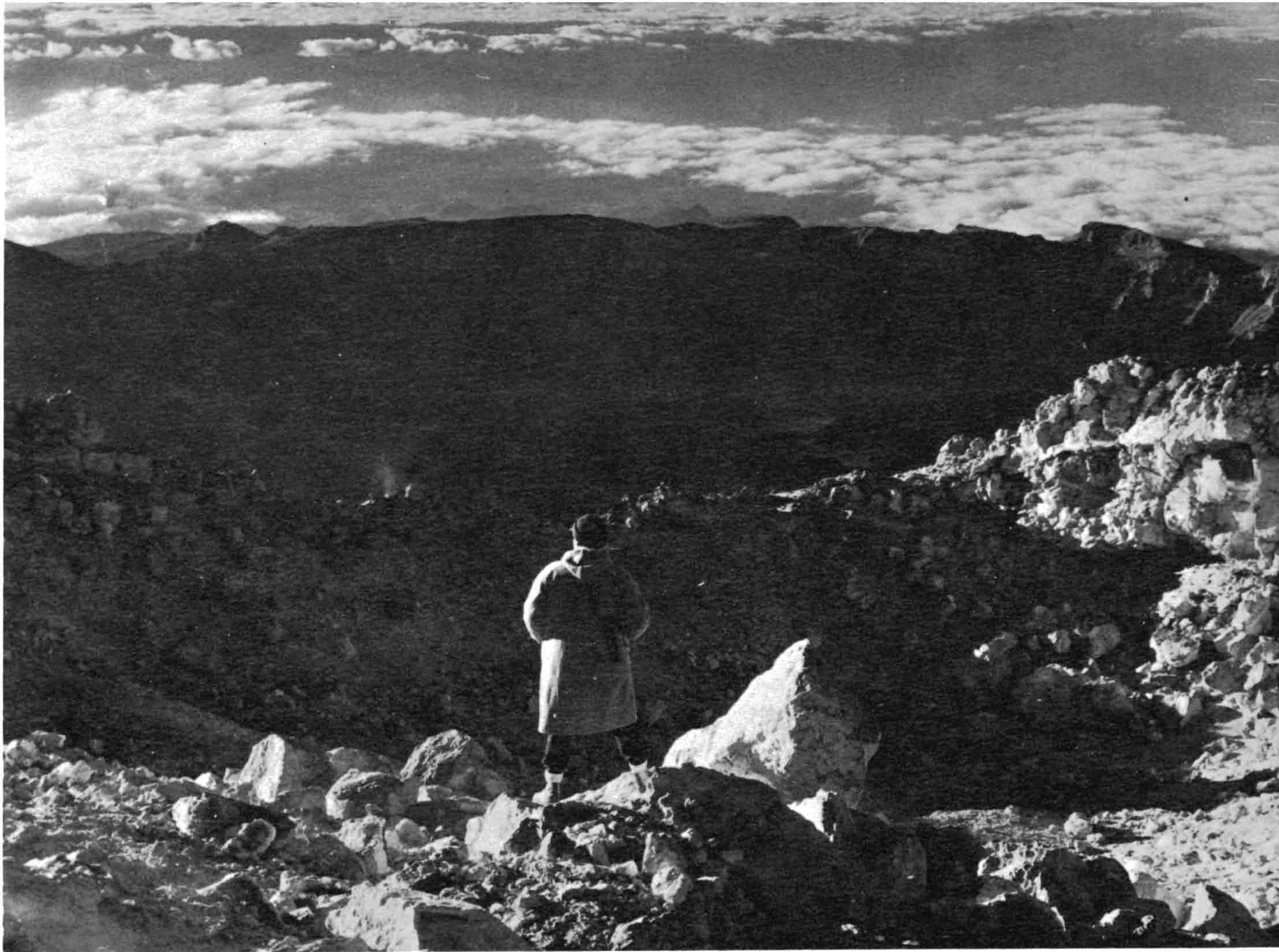
El cráter

Los Llanos de Ucanca





Los roques de Ucanca



El cráter del Teide



Rocas del Teide

*Cuánto más alta se ponga
de Horacio Nelson la estatua,
Más alto verán los siglos
el nombre de mi Nivaria.*

Lo que no impedirá nunca que los ingleses, ya sean negociantes o turistas, vuelvan a buscar el calor de los tibios inviernos de Tenerife y de hacer una peregrinación al cañón *Tigre*, al final de la Avenida de Anaga.

Anchas calles abiertas, con inmuebles de oficinas, y tiendas modernas, han comenzado a transformar la ciudad baja; pero todavía se sigue tropezando con la gente delante de los escaparates de la vieja Calle del Castillo, que sube en trinchera estrecha hacia la Plaza Weyler y los barrios residenciales, sus avenidas arboladas, la Rambla del Generalísimo y el follaje exótico del Parque. La armonía del decorado es de flores, jardines, chalets cuya arquitectura «canaria» pone en relieve los techos y balcones tradicionales. El *Mencey* abre al sol sus terrazas de columnitas donde los turistas escandinavos olvidan el invierno, y el patio franjeado por buganvillas que encuadra en sus arcadas, más allá del césped y la piscina, las primeras pendientes de la montaña.

Una vegetación casi tropical acaba la desorientación de las altas alamedas de algunos jardines, entre los troncos de los fenix, la vista de la bahía recuerda los célebres panoramas de Funchal y Cimiez. Pero si se vuelve la cabeza, un barranco de peñas rojizas sube bajo las plataneras, entre las raquetas de los nopales; éste es el verdadero paisaje guanche.

Al final de la Rambla, el Club Náutico es el polo de atracción de la sociedad local, un lugar de descanso, de recreo y de juventud. Allí se encuentran, se almuerza, se cena, se baila y se recibe mucho más que en casa, y claro está, allí se nada. Su reputación deportiva ha transpasado las fronteras de España. Yo he visto aquí la derrota de campeones de Francia y Holanda. El sol y el agua, en diciembre, son tibios como en nuestros veranos. Todo el año, se puede ejercitar el cuerpo que nuestros inviernos aprisionan; sin embargo, al pie de la piscina y de las canchas los navíos pasan, echan el ancla o se alejan, y unos veleros blancos se cruzan en sus regatas.

Detrás de Correos unas callejuelas descienden hacia el barrio de la Concepción, a lo largo del barranco de Santos; barrio que fue largo tiempo populoso, con sus chiquillos jugando en la calle, y donde el cariño a los pájaros y las plantas hace que cuelguen diez jaulas llenas de cantos y una cortina de lianas verdes hasta en el tenducho del zapatero. Algunas raras mansiones, antaño nobles, han guardado sus bellas portadas y sus postigos de madera labrada.

Un pequeño pórtico sostiene el campanario cuadrado de la iglesia Matriz de la Concepción. No tiene la amplitud de la Catedral de Las Palmas, pero menos severidad bajo sus techos de gruesas tejas, y donde se penetra por debajo de un viejo balcón típico de madera oscura. Las naves, poco elevadas, reedificadas en el siglo XVII sobre el primer santuario incendiado, se estiran en una sombra propicia a la meditación. Delante del altar mayor está incrustada la losa funeraria de un Cónsul de la Nación Francesa

del siglo XVII. Un marco de oro encierra la cruz de madera de la Conquista, la que plantó Fernández de Lugo al desembarcar en la playa que llegó a ser Santa Cruz. Los trofeos de banderas arrebatadas a Nelson se deshacen en dos vitrinas. A la hora del oficio, el viejo caballero que dormitaba en un largo banco despliega su pañuelo en el suelo en que pondrá sus secas rodillas; cuando él se va, la mirada de esmalte de la Virgen con manto de terciopelo parece seguirle de capilla en capilla.

Un rectángulo verde de plataneras rompe el decorado urbano en el barranco de Santos, que separa la vieja ciudad de los nuevos barrios industriales. Como todos los de las islas, el antiguo torrente no es más que un río seco y pedregoso, por donde corre, solamente en los días de grandes tormentas, un raudal rojizo y fangoso. Los grandes coches americanos pueden correr libremente por el puente que lo atraviesa, bajo el arco se ven hormiguar cabras, pollos y chiquillos que viven todavía en las cabañas y cuevas cavadas en las laderas de su ribazo. Al final del puente Serrador, por la mañana, paso bajo los arcos del mercado Nuestra Señora de Africa, delante de los puestos de flores, frutos, legumbres, los mostradores cargados de charcuterías, pescado, y baratijas importadas del Japón o de U.S.A. Las vendedoras del mercado, llevan aquí una cofia blanca como las nodrizas fuera, el aceite caliente humea en el perol del vendedor de churros cuya pasta cruje bajo mis dientes. Pero ya no se ve, a lo largo de las Ramblas, descender las lecheras de La Laguna, vivas y cimbreantes bajo sus pilas de cacharros sostenidos por su sombrero de paja y fondo plano.

La ciudad se extiende hacia el oeste, como lo

hacen todas, con barrios nuevos escalonados en La Cuesta, barriadas obreras para el personal de las nuevas fábricas, cervecerías, fábricas de harinas, de tabaco. A lo largo del mar, al final de la gran Avenida Marítima, está, humeante y enrojecida como una ciudad de fuego, el inmenso recinto de la *Cepsa* donde millones de toneladas de petróleo bruto son refinados anualmente para suministrar los aviones, los barcos, los petroleros, España y Africa, para hacer vivir centenares de obreros, pagar a la provincia las tasas que la enriquecen, y hacer de Santa Cruz el primer puerto de España por su tonelaje.

Han reprochado a menudo a la Península el no estar alineada en el plan social que empuja la Europa nueva. En esta ciudad de negocios y recreo, impregnada de la vieja fe española, donde los ricos ciudadanos que daban de rodillas la vuelta de las iglesias, implorando a Cristo, con los brazos en cruz, pero permaneciendo lejos de la miseria de los humildes, yo he encontrado, escalonados en La Cuesta que domina la ciudad, tres lugares de amor y de piedad.

A media pendiente, el barrio de García Escámez agrupa sus agradables casitas, alrededor de una pequeña iglesia en la cual su fundador reposa. Capitán General de Canarias, dedicó a su pueblo un amor eficaz y exigió casi agonizante, ser traído de Madrid a su puesto, para morir aquí. Los habitantes del barrio enviaron hasta el Papa una petición suplicando que se les dejara entre ellos el cuerpo de su benefactor. A causa de eso, el general Francisco García Escámez duerme delante del altar, bajo una losa donde yo he visto unas flores frescas, renovadas por el amor de las pobres gentes que él amó.

Más arriba, la Casa Cuna es el lugar donde el Cabildo Insular ha querido que los más desheredados de los niños, aquéllos cuyo padre fue quizás un marinero de paso y su cuna una cueva del barranco, sepan como unos niños ricos lo que es, no solamente la seguridad, el confort, la dulzura de un hogar, más la belleza, casi el lujo de los bonitos muebles, las alegres cretonas, la música suave, las flores y un patio desde donde se ven, muy abajo a lo largo del mar, las callejuelas estrechas donde la ciudad esconde sus secretos. Ellos no serán esos huérfanos de uniforme que llevan toda la vida su vergüenza, sino unos chicos bien vestidos, risueños, que mirarán a los otros sin complejos. Esto ya es bastante.

Más alto aún, el hospital de los Hermanos de San Juan de Dios, ve el interminable desfile de los jóvenes enfermos, paralíticos, poliomielíticos. Sin otro recurso que las limosnas, los hermanos los curan: su mismo superior fue cirujano. Cerca de él un médico de la ciudad, especialista en enfermedades óseas, opera, dando su tiempo, su abnegación. Por nada. Por la sola razón que Cristo, a sus ojos no es solamente la estatua trágica que conmueve el corazón de los devotos, sino el niño esquelético sobre el que yo le vi inclinado.

Anaga.

Al final de la tarde, cuando ya está agotado el inventario ciudadano, es el instante de ceder a la atracción que ejercen los cabos sombríos de Anaga, ir hacia San Andrés o Igueste. A veinte minutos

de las diversiones del Náutico, al final de la avenida bordeada de palmas y flores, se encuentra de nuevo, a despecho de las nuevas zonas industriales, la naturaleza primitiva.

De los barrancos que la carretera atraviesa viene el olor fuerte de los secaderos de pulpos, tal como eran en los primeros días cuando el hombre inventó el procedimiento. En la playa de San Andrés, el mar y el tiempo casi han derruído una gruesa torre redonda y rojiza; detrás de ella, el pueblo de pescadores aprieta sus casitas de todos los colores alrededor de una ermita pintada de cal blanca y azul. Yo he visto aquí las barcas descansar en las callejuelas delante de las puertas abiertas; cualquier domingo de fiesta es pretexto para un despliegue de banderolas y guirnaldas en la plazuela de laureles negros, que tiene como fondo de decorado las casitas nuevas escondidas entre las flores, —en la ladera de la montaña— y la huida del barranco hacia la cresta del macizo de Anaga.

Más lejos, la carretera se encarama por encima del mar, a lo largo de una pared acribillada de grutas entre matas de euforbios. En un corte, al borde de una playa estrecha la aldea de Igueste coloca sus tejados rosas, sus plataneras y sus canteros de legumbres en la poca tierra disponible. Se vuelve hacia Santa Cruz a la hora en que el sol, declinando a pico del acantilado, arrastra un reflejo rojo sobre el oleaje; esto sólo vale la pena de que se vaya a Igueste. Y que se retrase el regreso, hasta el minuto en que se ilumina todo Santa Cruz salpicado de luces alrededor de su Cruz Simbólica.

LA LAGUNA

En el lomo de Tenerife, a seiscientos metros por encima de Santa Cruz, se descubre sorprendido, una cuenca lacustre como en nuestra Europa; es la vieja *Laguna* verde del valle de Aguere, donde los combates del siglo XV se librarían en el pantano de cañas que los primeros monjes atravesarían todavía en barca y que ellos mismos comenzaron a desecar. Las colinas redondeadas tienen franjas de eucaliptos y el aire vivo, húmedo en los labios, huele a hierba, a bosques cercanos, a montaña, a nubes, a tierra fértil y negra. De lejos, al sol oblicuo de la mañana, dos campanarios con forma de minaretes dan a la ciudad antigua un aire de Oriente en un paisaje que bien podría ser de Auvernia.

Este valle de Aguere ha sido siempre el lugar de paso entre las dos vertientes de la isla. Los autobuses de Santa Cruz suben la cuesta durante todo el día, cruzándose con los camiones fruteros que vienen de La Orotava. Los correos aéreos se posan en el aeropuerto de Los Rodeos —salvo al día siguiente de una tormenta, cuando la bruma exhalada de los campos «cierra» el acceso del terreno e interrumpe las ida y vuelta que ponen Tenerife a una media hora de Gran Canaria. ¡Cuánta impaciencia, entonces, en este país donde el tiempo, sin embargo, cuenta tan poco! Pero en esta isla-montaña, un terreno llano para pista internacional no es tan fácil de encontrar...

Esta atmósfera particular de la copa lacustre — donde se precipitan las masas de aire marítimo que llegan del norte, los mantos de nubes que basta un soplo para disipar y que reformará una sutil diferencia de presión — es la que da al golf de Tacoronte unos

greens más *greens* que los de Escocia, con yo no sé qué exotismo en los matorrales de flores y el sabor del aire en que los viejos residentes ingleses olfatean un recuerdo del Océano Indico. Cuando la sombra llega al césped y los jugadores no ven ya la pelota, el Club-House, donde ahuma el aroma de un *British tea* reúne, con una sociedad escogida a los extranjeros que vinieron aquí para tres meses y permanecen desde hace tres lustros.

Guardando las distancias, La Laguna es el Versailles y el Oxford de Santa Cruz. Una ciudad noble, episcopal, una villa de conventos, sacerdotes, antiguas mansiones blasonadas y eruditos corteses y disertos, — descendientes de aquéllos que en el siglo XVIII hacían intercambio de cartas y de «esprit» con los enciclopedistas franceses. Este nudo de callejuelas ve desbordar ahora el raudal de la juventud estudiantil, que sale de la nueva Universidad. El antiguo monasterio de los Padres Agustinos que albergó el viejo Instituto de Enseñanza Media, entre su patio engalanado de lianas, su jardín que olía a heliotropo y rosas, y sus jaulas de pájaros cantores, fue largo tiempo un cuadro romántico para los rostros de jóvenes serios y aprendices de filósofos. Quedaba algo de los colegios medievales en las escaleras de madera gastada y las galerías vacilantes donde cada asignatura tenía sus discusiones. Una fantasía indolente se mezclaba aún a los más sabios estudios. Una mañana pregunté en vano por el joven profesor, a los estudiantes: ¡*Hombre!* desde hacía tres días se «saltaba» su clase. Nadie sabía dónde podía estar... Nadie se escandalizaba. El cielo era tan bello, tan azul, el profesor era deportista,

artista y quizá enamorado. Amigo de la Sabiduría, captaba la luz del día, en lugar de retener en la sombra de un techo a sus futuros émulos.

La Universidad moderna está próxima a la autopista y al aeropuerto, — ¿es esto un símbolo? Sus fachadas cercadas de lava gris miran al mar, por encima de La Cuesta. Muchas Facultades de Europa le envidiarían el sitio. Chicos y chicas aprenden aquí igual que el Derecho y las Ciencias Exactas, el amor de la Historia y la poesía. Se la respira ya en las alamedas de palmeras y mimosas que rodean la villa de un cinturón fresco; está impregnado a lo largo de las quietas calles, delante de sus fachadas con escudos historiados, — el Palacio del Obispo y sus blasones de mármol blanco y su verja que defiende la entrada de un patio verde... Se la vuelve a encontrar en todas las iglesias y capillas.

Bajo la bóveda de lava de la Catedral, reposan, después de diversas vicisitudes, los restos del Conquistador de Tenerife, Fernández de Lugo, el portador de la Cruz, el héroe que luchó tan duramente contra los jefes guanches en este mismo lugar de La Laguna. Delante del púlpito de Carrara esculpido, me han contado la historia del que lo encargó en 1787, al taller de Cánova:

Un tal José Jaime, después de no sé cuántas aventuras en el mar, había sido detenido como esclavo en Cuba. Liberado, enriquecido y de regreso a su patria, él solicitó su entrada en la noble Cofradía de cogulla roja de los «Esclavos de Cristo». Se le negó diciéndole que no se admitirán más que hombres libres, esclavos de Cristo solo, y no habiéndolo sido nunca de los hombres. Consultado, un Padre le aconsejó

que hiciera un importante don a la iglesia. Precisamente hacía falta un púlpito... José Jaime gastó una fortuna en traerlo de Italia. La tarde de la fiesta inaugural, cuando las edificantes palabras cayeron desde lo alto del púlpito de mármol blanco sobre la multitud de fieles, él renovó su humilde petición. Pero los muy nobles Cofrades rechazaron de nuevo al hombre que había llevado en sus pies la marca de la servidumbre. Puede ser que, en lo más secreto de su alma, prosternado delante del Cristo descarnado que opone su miseria a los oros pesados de los retablos barrocos, tal vez el pobre José Jaime sentiría que el Crucificado posaba en él una mirada compasiva.

¿Cómo verá el Señor estas rivalidades entre los fieles del otro *Cristo de La Laguna* venerado en el convento de San Francisco, por el que, en los días de Semana Santa grandes señoras hacen descalzas el camino y a cuyas fiestas el 14 de septiembre acude toda la isla, —aquéllos del Cristo de Tacoronte, unos kilómetros más lejos? Cada uno tiene sus milagros, sus prerrogativas, su romería y su procesión.

Los fieles de La Laguna tienen otros motivos de orgullo. Yo tengo debilidad por los angeles de plata cuyas alas brillan bajo los techos artesonados de la Concepción, la iglesia más antigua de la ciudad, por sus capiteles de lava roja, sus colgaduras de damasco, sus maderas esculpidas. Pero Santo Domingo, cuyo jardín rodea un drago que dicen es anterior a la Conquista, Santo Domingo me conmueve porque un joven artista pintó al fresco, en los muros de la nave donde rezan unos seminaristas ceñidos de encarnado, un Santo Domingo adolescente que tiene la formidable estatura, el rostro y los ojos verdes, de un pastor de las Islas Afortunadas. Está todavía, para

mi curiosidad, Santa Catalina cuyo mirador aéreo con celosías como de harén, vigila desde hace cuatro siglos la calle por la que pasa un caballero y el patio de las Clarisas reclusas. Su capilla es larga, estrecha, llena de oros, de plata, de un perfume disuelto de incienso y flores, y el misterio de su pesada verja forjada que cierra sin esperanza el coro de las monjas.

El bosque de Las Mercedes.

Paloma con las alas abiertas, La Laguna tiene dos bosques por una y otra parte de su nido verdeante. El de las Mercedes y el de la Esperanza. Este en las primeras gradas que suben al Teide (y volveremos a encontrarlo) y aquél cuyas masas verdes cubren los costados del macizo de Anaga, protegen al norte el nido lacustre y que tiene este nombre de misericordia : *Bosque de las Mercedes.*

Se sube a él por un círculo de colinas aterciopeladas de hierba que sugieren un Ardenne exótico. A los eucaliptos y palmeras suceden los álamos; a los geranios, los lirios azules y los brezos arborescentes. Después vienen las malezas y el follaje barnizado de los hermosos árboles: barbuzanos, viñátigos, laureles de la India. En el Llano de los Viejos la arboleda es tan densa que apenas se filtra el sol; en un claro rumorea una cascada. Los domingos, la gente viene aquí en pique-nique con guitarras y cantos. Las otras tardes, reina un silencio extraordinario, atravesado por el susurro del agua y de las hojas, las llamadas de los pájaros para dormir y el eco tenue de voces humanas en el valle. Se cree uno lejos, en el corazón de los bosques de la tierra.

Algunas curvas más y se emerge de los árboles

cerca de la Ermita del Carmen, en la línea de la cresta de la sierra de Anaga. Mil metros más abajo, el mar azulea, casi irreal. La carretera alta se desliza con un loco atrevimiento por encima de las tierras de brezos, rojas, en que contrastan el gris descolorido de las viejas lavas y el verde inesperado de un campito. De un mirador al otro, los precipicios se abren. Al norte, una costa desgarrada y negra, con islotes ahogados en remolinos de espuma, —una costa cuyo carácter salvaje no se puede apreciar, si no se ha seguido en barco el último acantilado que tiene el pequeño faro de Anaga. Es el más antiguo macizo volcánico de Tenerife, anterior, se cree, a la erección del Teide; un relieve confuso, una sierra con dientes agudos, tallados a golpes de hacha en pirámides basálticas, donde los cirios verdes de los cardones y las raquetas de los nopales erizan los estrechos barrancos, en el fondo de los cuales se estira la cinta de los cultivos.

Del último mirador, se ve todo el macizo tender hacia delante su espinazo de dragón cuya carne roja sangra bajo su pelaje de maleza. Los días en que una niebla opaca cubre el horizonte marino a los dos lados de la cresta, parece que se cabalga en el gran vacío sideral, una montura fabulosa, Osa o Aries.

Unas pistas de mulas descienden hacia las aldeas aisladas, unos barrancos del comienzo del mundo que han conservado sus nombres de reinados guanches. Me he cruzado aquí con chicas en pantalones, derechas bajo los haces de leña y los fardos de hierbas puestas sobre su gran sombrero de paja.

Bajo los helechos arborescentes de la garganta de El Bailadero, un camino en obras se hunde hacia el norte del barranco de Taganana cuyo romanticismo

recuerda los más bellos valles de La Madera; altas crestas oblicuas, erizadas con pitones de basalto, pináculos cuya piedra va del gris pálido al malva, de palmeras brotando alrededor de algunas aldeas en la corriente verde de las estrechas plataformas cultivadas; un drago se perfila por encima del pueblo estirado en la pendiente cuya iglesia de lava roja y de cal tiene el sitio justo entre dos barrancos; la callejuela rueda por un sendero acrobático hacia un espolón abrupto que se rompe en acantilado; un puñado de casas está sentado aquí como un nido de gaviotas; a lo lejos los últimos islotes parecen catedrales sumergidas de las que únicamente emergieran sus flechas. En el último pobre balcón escondido entre flores, dos niñas jugaban. La vieja mujer de luto a quien uno de nosotros dijo: «Pronto tendrán carretera, luz, teléfono...» sacudió la cabeza y contestó asperamente: «No nos hace falta. Se puede vivir con la luz de las velas. ¡Que nos dejen la paz que tenemos!» Y miraba el valle donde ella y los suyos habían vivido siempre.

Nos quedamos confusos. Sabiduría de vivir sin otros ruidos que el rumor de la atarjea montañesa y la resaca del mar en la playa.

El valle de Tegueste.

Entre las soledades de Anaga y las tierras prometidas de la ribera noroeste, el valle de Tegueste forma la transición. Al pie del monte de Las Mercedes, corre hacia el mar entre los alcornoques y eucaliptos de la carretera, los campos de maíz, algodón y caña de azúcar. Los domingos, los estudiantes de La Laguna vienen a sentarse en las mesas de los pequeños merenderos. Bajo una vieja escalera adornada con

plantas, he bebido un vino ligero, semi-seco, dorado, picoteando almendras y los pequeños dulces crujientes que llaman aquí rosquetes.

A través de pueblos felices, Tegueste, Tejina, la rápida pendiente llega hasta el Océano en Bajamar, a lo largo de una playa negra donde los arrecifes forman una piscina natural. No hacía falta más para que un pueblo de pescadores se convirtiera en lugar de veraneo, invadido los domingos por una multitud llegada de Santa Cruz,—23 kilómetros... Piscinas arregladas, barrios de bungalows, hoteles cuyos ventanales encuadran la belleza casi dramática del paisaje y sus contrastes inesperados: hacia el norte avanza la gran *Punta del Hidalgo Pobre*. «Pobre? Recortada en lavas negras, mordida por el oleaje de espuma, al pie de los grandes perfiles románticos de la Sierra, sí,—pero teniendo desde ahora la blancura lujosa de las Residencias cuyas vidrieras se iluminan de noche y lanzan sus reflejos sobre las olas.

*

Toda esta parte de una costa antaño sin valor utilizable, está siendo poco a poco «colonizada» en favor del turismo con una audacia, casi una imprudencia, sorprendente. Bajo las campiñas prósperas de Valle Guerra, la meseta volcánica está cortada a pico en estrecha orilla aparentemente inaccesible. Y sin embargo...

En Mesa del Mar, la carretera nueva deja esta planicie con villas risueñas, sus jardines, su supermercado y bruscamente, agarrada al acantilado vertical, queda suspendida en zigzag tallados en la roca, orlados de geranios, hasta la franja de guijarros, en la me-

sita de lava donde todo un equipo se prepara para los visitantes esperados: hoteles, apartamentos y la rampa que desciende hacia el futuro puerto de recreo. ¿Soñarán despiertos?... Puede ser. (Pero si el coche se avería no deben olvidar el pan y la sal...).

Aquí se inicia la inmensa curva que, de cabo en cabo, forma toda la costa septentrional de Tenerife. No hay nada menos parecido a nuestros litorales de Europa muriendo en las playas de arena dorada. Aquí, es todavía y siempre el caos negro, donde el raudal viscoso de las erupciones se ha fragmentado a su contacto con el mar. Un mar trabajando sin cesar, que ataca, roe y festonea eternamente de espuma al pie de los acantilados, que llegan en ciertos sitios a medir trescientos o cuatrocientos metros de altura. Pero desde que uno se aparta de esta franja salvaje, un verjel de Eden se ofrece a las miradas maravilladas.

JARDINES DE LAS HESPERIDES

En más de sesenta kilómetros, desde Punta del Viento a Punta de Buenavista, esta costa norte de Tenerife es una verdadera tierra de Promisión, el jardín bendito de las Hespérides. Las fuerzas plutónicas han hecho a los hombres este regalo: de las entrañas del volcán nacido de los fondos marinos, han desbordado las lavas cuya misteriosa alquimia ha formado el suelo más prodigioso del mundo. Y los hombres, inclinados sobre este don sin precio, no han dejado perder ni una pulgada de tierra, ni una sola gota de agua.

A lo largo de la carretera que sube de Tejina a Tacoronte por Valle Guerra, a una altitud media

de 400 metros, la variedad de los cultivos sorprende. Una verdadera campiña como las de Europa, en suave pendiente, cubierta de sembrados alternos, el trigo y la viña, el maíz, los verjeles cubiertos de flores o de frutos, conocen un invierno que deshoja los albaricqueros y las cepas y hace estallar a lo largo de los campos las hojas-flores escarlatas de las poinsetias. Los copos blancos de las plantas de algodón, las pitas y los nopales están aquí para recordarnos la tibieza del aire y también los campos de caña de azúcar donde el viento abre surcos susurrantes. En todo el distrito, numerosas plantaciones antiguas han conservado la actividad de siglos pasados y no han arrancado ni la caña ni la cepa para dejar sitio al plátano. Viejas fincas con los tejados rojizos pendientes que tienen un encanto infinito; o bellas mansiones modernas cuyos depósitos de agua son tan amplios como piscinas.

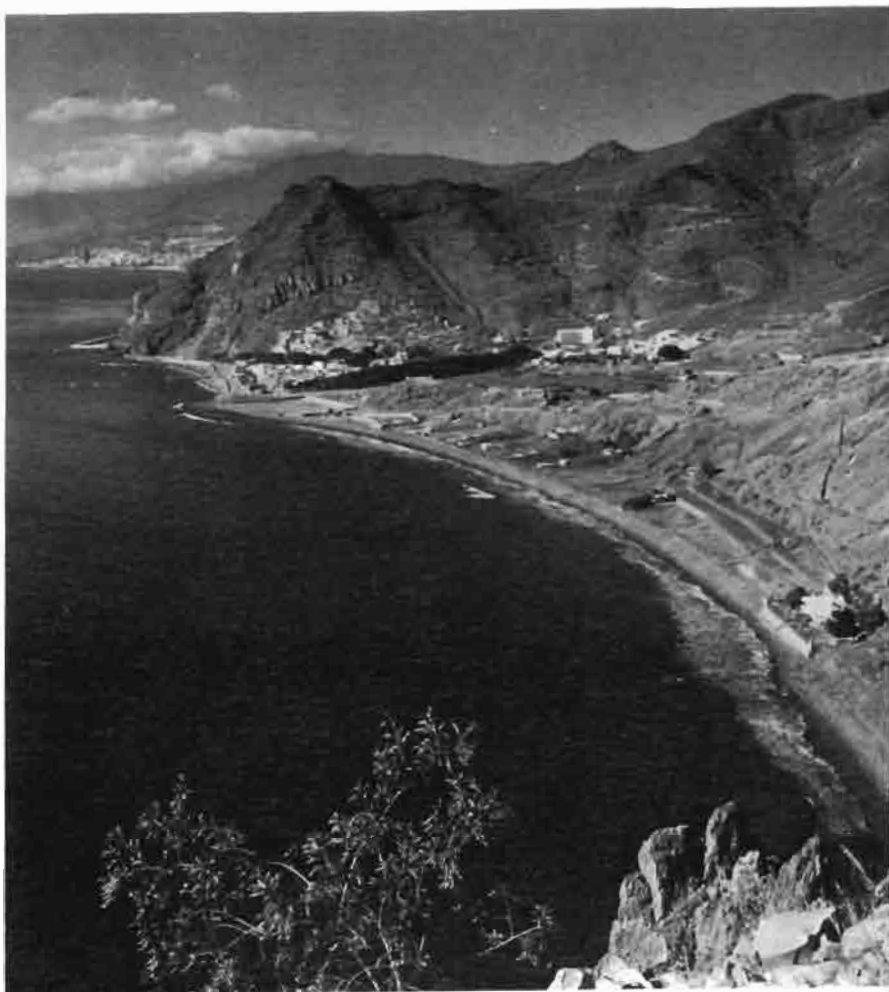
El azúcar, el vino (uno de los mejores caldos canarios de color oscuro y aroma casi pimentoso) hicieron la fortuna de Tacoronte. Ellos han pagado las ofrendas opulentas a las dos iglesias del pueblo; la parroquial, Santa Catalina, cuadrada, maciza, en una plaza verdeante, se enorgullece del más rico tesoro de Tenerife: los lingotes de plata de Nuevo Méjico, fundidos, forjados, labrados y cincelados que forman el altar, el facistol, los pesados candelabros, la custodia sobredorada, los cálices, las patenas y las cruces procesionales. La conventual de San Agustín, en el fondo de una explanada sombreada de plátanos, ostenta el escudo de los Castro en su portal de columnas salomónicas; en la nave pavimentada con losas de mármol negro y blanco como una iglesia de Italia, bajo los pesados techos de tea tallada, bañada



Puerto de Santa Cruz de Tenerife



Santa Cruz de Tenerife, cara al mar



*San Andrés y la playa de
Las Teresitas*





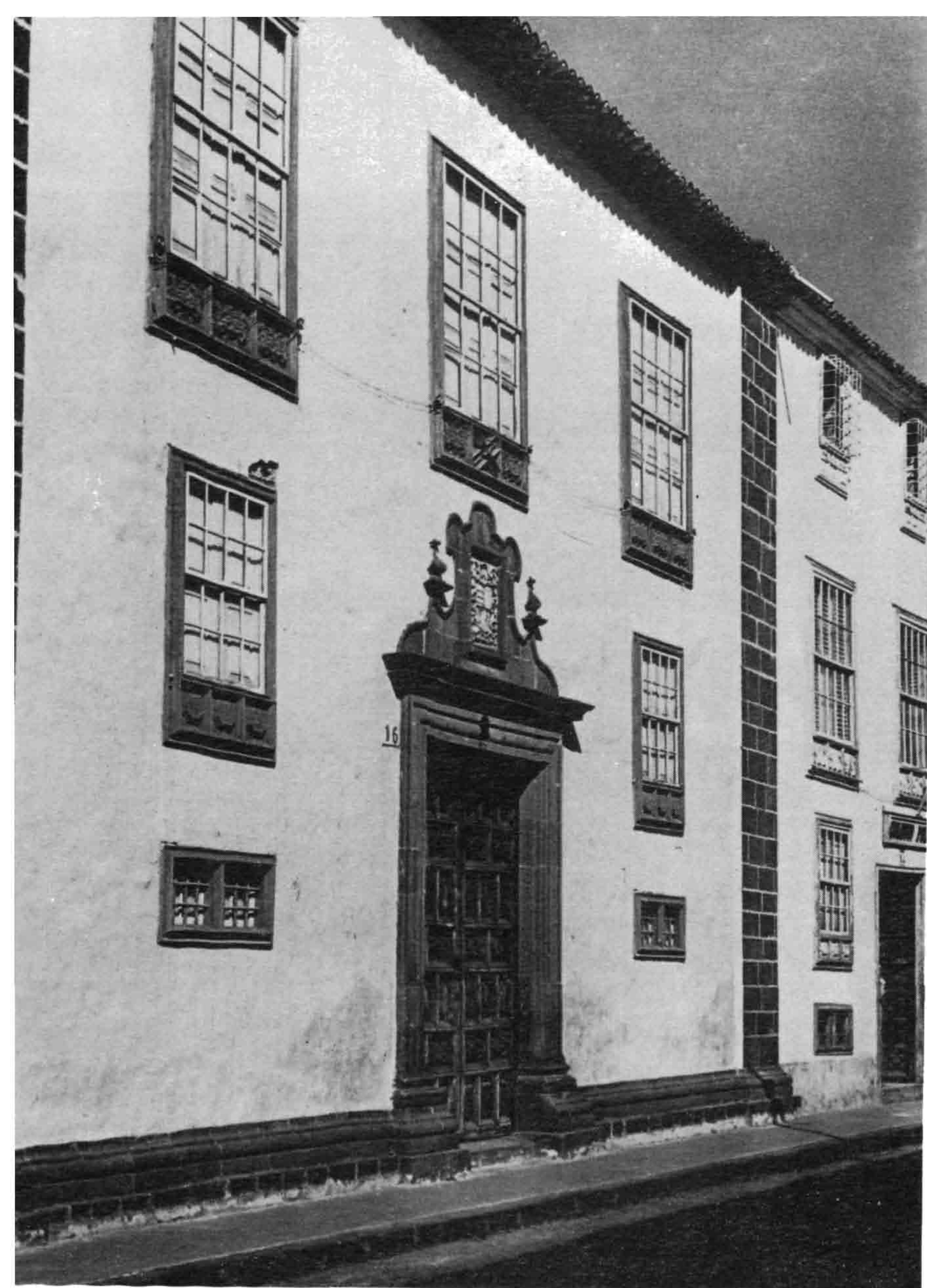
Un patio de Santa Cruz



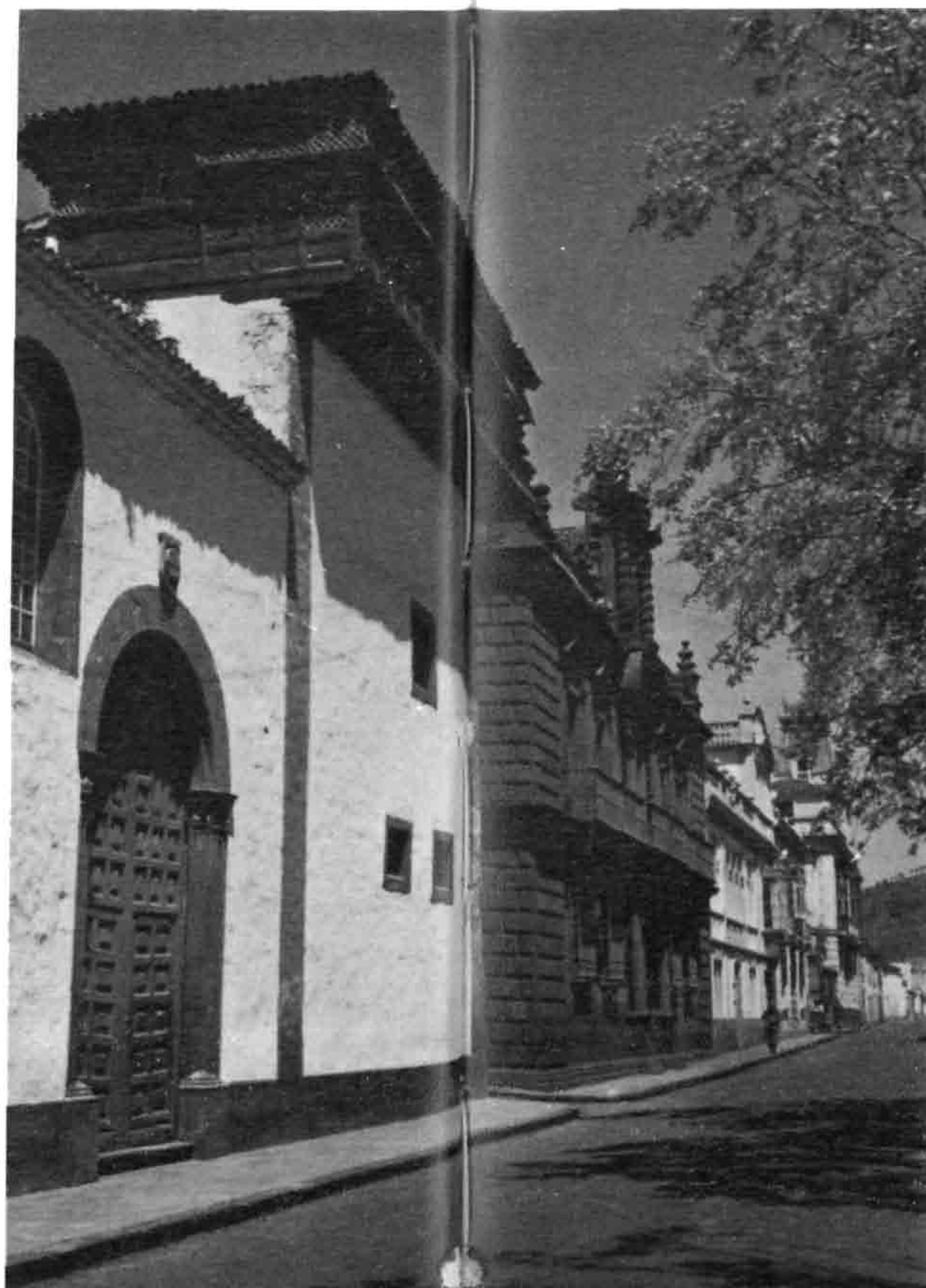
Iglesia de San Francisco



El parque municipal

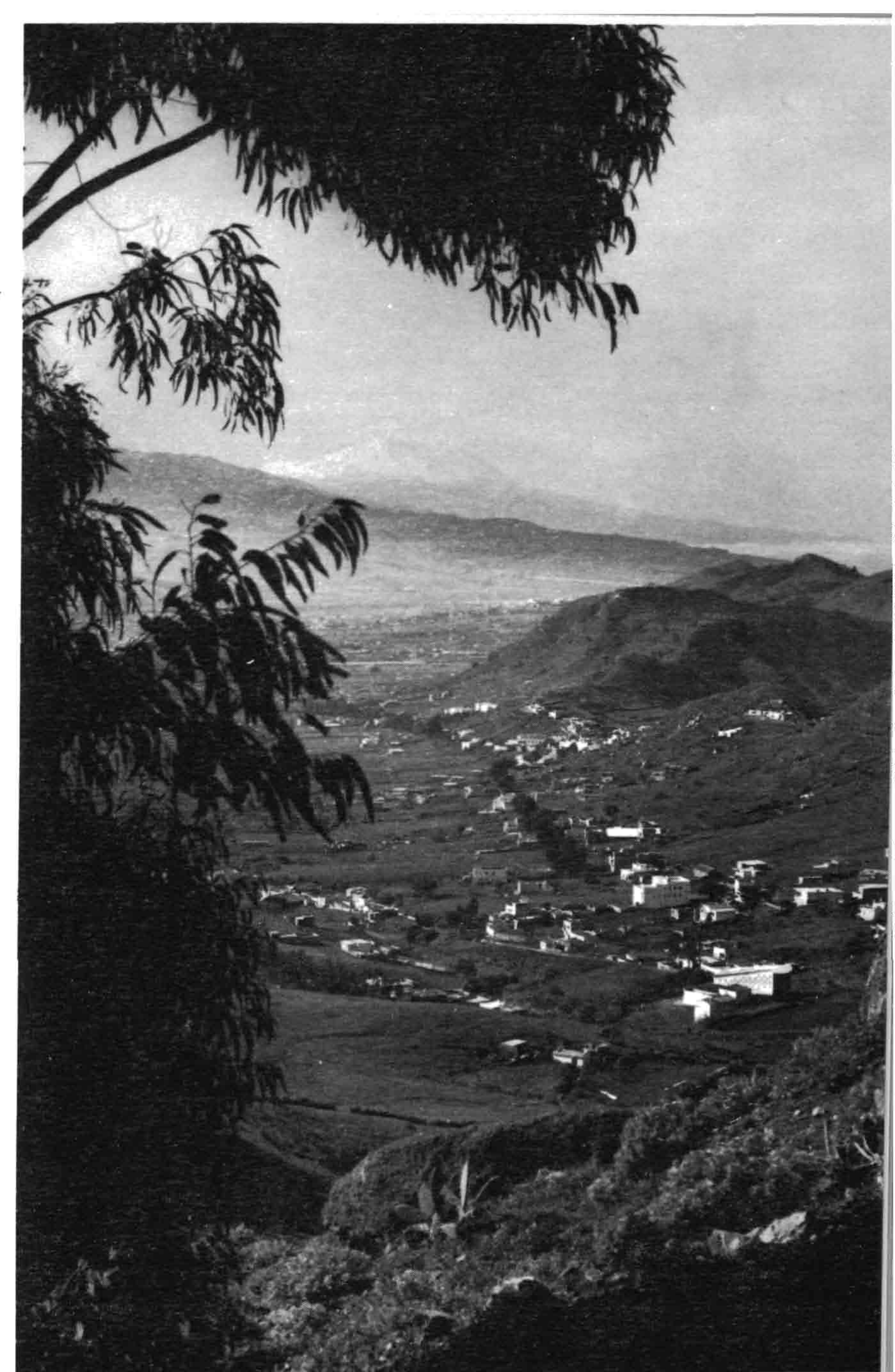


La Laguna
Casa antigua



Convento de Santa Catalina

La Laguna
Vista desde el monte de Las Mercedes





*Santa Cruz de Tenerife
Vista desde el monte de La Esperanza*

en la atmósfera que pide las ceremonias religiosas, el Santo Cristo rival del de La Laguna yergue su cuerpo atormentado, traído de Génova en el siglo XVII.

*

La nueva autopista que viene de Santa Cruz por La Laguna, prevista para dar, un día, la vuelta completa a la isla, corre alegremente por encima de la costa, en dirección de la base N^o del turismo de Tenerife, el Puerto de la Cruz. Sin embargo, la vieja carretera sinuosa que vaga de pueblo en pueblo, de barranco en barranco, bajo unas bóvedas de follajes, entre setos de flores, conserva bastante encanto. Uno de sus ramales desciende hacia las viñas, los techos rojizos, las palmas y el domo blanco del Sauzal, perfilados en un mar rizado que revela, más abajo, el nacimiento reciente de villas y jardines por encima de la piscina de Los Angeles, encaramada sobre un escarpado acantilado. La vista de los grandes cabos negros que se suceden hacia el oeste, es desde aquí, fascinante.

Más lejos un alegre pueblo lleva este terrible nombre: *La Matanza*. Aquí, los batallones españoles de Lugo, infantes y jinetes viniendo de La Laguna, afrontaron en un combate sin merced a los guanches de Bencomo de Taoro, uno de los nueve *menceyes* (1) de la isla. Yo trato de imaginarme, en este cuadro de paz dichosa, el tumulto y los gritos de la batalla, encarnizada, heroica; los montañeses semidesnudos subidos a los peñascos del barranco de Acentejo, haciendo llover con silbidos estridentes sus jabalinas y las piedras de sus hondas sobre los cascos de acero y los petos

(1) Reyes.

de cuero de la tropa. Lugo en jubón rojo intentando reagrupar sus hombre impedidos por las cabras espantadas, saqueadas de los pastos y que obstruían el camino... La matanza fue tal de una parte y de otra que, dos siglos más tarde, se encontraban aún, en el fondo del barranco, huesos humanos, armas y monedas de oro; 600 españoles y 300 guanches perecieron y la derrota de los Conquistadores, fue tal que los supervivientes, todos heridos, tuvieron que huir de noche por los senderos de la Esperanza, para volver a su campamento de Santa Cruz y reembarcarse.

Quando el verano pasó sobre los cadáveres putrefactos, un mal insidioso comenzó a esparcirse entre las tribus guanches. En otoño Lugo reanudó su conquista con nuevas fuerzas. Una batalla horrible había abatido ya en los campos de La Laguna a más de 1.700 insulares y las lluvias de un invierno de un rigor excepcional ayudaron a esa misteriosa pestilencia a diezmar el pueblo y hundirle en una especie de invencible abatimiento, la *modorra*, letárgica y mortal.

Hay algo emocionante en el retrato de esos últimos meses de resistencia. Se ha dicho : ningún adversario más noble, y de más alto valor, no podía ofrecerse a la España de Isabel, que este pueblo que prefería la muerte a la esclavitud. Como ese viejo de Tegueste a quien un grupo de españoles sorprendió en una cueva, ante el cadáver de su hija atacada por la modorra y, antes que ser llevado como esclavo con sus hijos, los mató con sus manos y se atravesó el vientre con un venablo de tea. En la Navidad de 1495, más allá de este barranco fatal de Acentejo, los últimos hombres libres de la isla libraron el com-

bate de la desesperación. Esta vez, las terribles armas españolas, ballestas, arcabuces, hicieron una matanza en las filas guanches y cuando, después de cinco horas de carnicería, Bencomo herido y los otros jefes supervivientes fueron obligados a retirarse hacia Taoro, dejando a 2.000 de los suyos esparcidos en las pendientes, los españoles hincándose de rodillas aclamaron la *Victoria de Acentejo*.

Lugo hizo levantar una iglesia dedicada a Nuestra Señora de los Angeles. Aquí está, blanca, recogida en la paz del pueblo que ha conservado su nombre de victoria. Cuando en diciembre se pasa junto a las matas de *Flores de Pascua*, las poinsetias de pétalos rojos y las daturas cuyas campanillas blancas cuelgan como lágrimas, no se puede dejar de pensar que si este suelo es tan pródigo en flores y frutos, es por haber sido abonado con toda esa carne sangrante. Y este recuerdo se une a la melancolía del paisaje, cuando las nubes pesan sobre él y los cipreses y pinos de Santa Ursula se destacan en negro sobre la mar nacarada.

La Orotava.

Desde Tacoronte, como un fondo de decorado, el perfil del Teide reaparece. En una vuelta de la carretera, de pronto, el inmenso panorama del valle de La Orotava se despliega sobre cerca de cien kilómetros cuadrados, desde el alto borde de lava rosa del cráter de Las Cañadas que sirve de pedestal al Pico, hasta la orilla negra y ribeteada de espuma del Puerto de la Cruz. Si no es el más bello paisaje del mundo, como lo proclamó en 1799 Humboldt cayendo de rodillas

por la emoción, es al menos uno de los que no tienen igual en la superficie de la tierra.

La majestad del Teide lo domina, ya surgiendo de una corona de nubes, ya, en el ocaso, idealmente puro y como tallado en una sola amatista. Desde las crestas de Las Cañadas hasta las olas, un tapiz se despliega, suntuoso, denso, donde el verde negro de los pinos, el verde gris de los montes se vuelven a media pendiente de un terciopelo azulado: es la lana espesa de las plataneras extendidas hasta el borde abrupto del mar. Centenares de estanques-espejos, millares de casitas claras esparcidas como granos de arroz o agrupadas en pueblos, encienden a la noche sus millares de luciérnagas. Y del alba al atardecer, del crepúsculo a la mañana, a lo largo de los senderos ahogados en el océano verde de las hojas, desde que se presta atención a la vida secreta de esta tierra, se percibe el sordo correr del agua nutritiva en las atarjeas y canalizaciones.

En ninguna parte del mundo, el agua es tan preciosa como aquí, medida, distribuida con más estricto rigor. Ya, hace siglos, los *Muy Nobles Señores del Agua de La Orotava* vigilaban sus reparticiones. Hoy, cuando la extensión máxima de los cultivos exige un caudal mayor, y cuando, no contentos con haber captado el menor rezumo, los modernos señores del agua han horadado galerías en la montaña para extraerla de las capas más ocultas, el «derecho al agua» se paga a precio de oro, se defiende como un derecho a la vida. Igualmente, las grandes plantaciones, las Sociedades poderosas tienen sus almacenes de embalaje, sus camiones, su flota frutera y han ganado terreno frente a la pequeña propiedad, frecuente en las otras regiones de la isla.



El Valle de La Orotava

Con todas sus terrazas, la Villa de La Orotava, reina sobre el valle. Sus callejas en pendiente encuadran en cada una de sus extremidades, un trozo de mar azul, un trozo de montaña rosa. Por el lado de sombra, una fina red de musgo verde engasta las piedras redondas que pavimentan el suelo como en Madera. Por sus jardines, sus balcones, sus anchos tejadillos, sus campanas que se contestan, la Villa de La Orotava continúa siendo una ciudad de Señores. Los de hoy son los jefes de unas veinte familias, con alianzas diez veces ramificadas con los Monteverde, Ascanio, Machado, Ponte. Algunos habitan todavía las mansiones nobles cuyo portal está adornado de un escudo de mármol y cuyo patio de columnas está lleno de un húmedo perfume de flores, de lianas, de helechos alrededor de una fuente. Las galerías del piso conducen a los grandes salones, cuyo parquet desigual tiene el olor resinoso de la vieja tea y los postigos macizos se abren sobre el verde infinito de las plantaciones. Inclinéndome desde un balcón hacia el jardín de donde sube el embriagante aroma de la tuberosa o heliotropo, yo escuché el bramido continuo de la atarjea. La dama de cabellos blancos que me hace el honor de acogerme conoce este rumor desde su infancia. Ya no lo oye; pero el silencio la despierta, cada vez que en lo más profundo de la noche el agua cesa de correr.

Hay todavía aquí viejas mansiones marquesales. Las bodas se celebran con un fasto en otras partes desaparecido; un cortejo avanza a través de salones espaciosos llenos de plata preciosa, muebles antiguos, servidores atentos, hacia la habitación donde espera la novia vestida con un lujo de Infanta. Las grandes casonas de este siglo continúan todavía estas tradiciones de

bienestar patriarcales y se rodean de terrazas, céspedes, naranjos cargados de frutos, arbustos de buganvillas, de un desorden esplendoroso de flores.

Las iglesias confirman esta riqueza que brilla con un orgullo casi ingenuo en la fachada de la Concepción, bajo sus gárgolas barrocas; en el mármol, el oro, la plata de la nave; en sus capiteles esculpidos, arrogantes por ser diferentes todos, hasta el pilar donde figura desde hace tres siglos el plátano de su fortuna. Ella ha pagado con buenas monedas, en lo más alto de la villa, en el viejo San Juan, un severo *Cristo en la Columna*, debido a Roldán, el escultor de Sevilla, y la dulce *Virgen de la Consolación*, que se atribuye a Murillo. En ninguna parte el contraste con esta opulencia es más emocionante que en la pequeña iglesia del convento de Santo Domingo, cuyo portal gótico se abre sobre un Crucificado sangrante, más lastimoso y desnudo que ningún otro.

Este gusto español se afirma en las célebres fiestas del *Corpus Christi*, cuando las calles y plazas se transforman en efímeros tapices de flores, en inimaginables alfombras donde las figuras simbólicas, angeles, monumentos, animales, trazados con pétalos han costado días de preparación y horas de minucioso trabajo de artista, para ofrecerlas al paso de la Procesión, al despliegue de su orfebrería sagrada, de su gentío de sacerdotes, coros y penitentes encapuchados. Al atardecer, un perfume de flores aplastadas, magulladas llena la villa y el viento que desciende del Teide echa torbellinos de pétalos sobre aquéllos que han seguido «el paso del Señor».

También hay que ver, atravesando la multitud entusiasta, la «romería» famosa de San Isidro, anti-

guo patrón de labradores y protector de la villa; el interminable cortejo avanza al paso de unos bueyes enormes, coronados de flores, con arneses de campanillas, tirando de las carretas rústicas llenas de chicas y chicos que llevan el traje típico de sus pueblos; entre ellos se paran los grupos de músicos bailando, cantando al compás de las guitarras, al ritmo arcaico de las cañas huecas raspadas con un arco de madera. Y las bandas de estudiantes, con gritos y risas, reclaman a las «chicas» inclinadas en los carros, a los pequeños montados en las mulas y camellos, los frutos, las patatas cocidas, los trozos de pan, de cordero asado y hasta de sardinas, que el cortejo ofrece a los que le aclaman. Fiesta de la naturaleza, con largas libaciones de vino, pasando de boca en boca por las botas y los grandes cuernos cercados de plata; fiesta ingenuamente pagana, que bendice sin embargo *in fine*, el paso de las imágenes santas, el clero, — y el orfeón.

El Botánico.

Jardín Botánico de nuestra infancia, que nos hacía soñar delante de sus etiquetas amarillas, tus cedrus, tus araucarias, tus fénix, no podrías luchar en igualdad con el Botánico de la Orotava. A medio camino entre la Villa y el Puerto, su laberinto frondoso es una selva virgen en miniatura; aquí viven en familia el árbol-pan y el árbol-del-viajero, el ylang-ylang y la jacaranda, los grandes ficus de franjas de raíces parecidos a los de los bosques encantados y el *peyotl* de poderes misteriosos que los hijos de los Incas llamaban la planta que hace los ojos asombrados.

Volviendo de las «Indias de Su Majestad», los

navíos de antaño no traían solamente lingotes de metales preciosos, sino granos y plantas de todas las especies. Los jardines reales de Madrid y de Aranjuez tenían inviernos demasiado rudos para ellas. Una orden de Carlos III, en 1788, encarga al Marqués de Villanueva de crear en Tenerife un jardín botánico para la aclimatación de «las plantas nuevas e útiles». Un descendiente de Lugo ofreció al rey este terreno «sin otra retribución que el honor de servirle». El Muy Noble Consejo de Señores del Agua lo regaba gratuitamente. Y aquí está, brillante de gotitas vaporizadas, colmado de humedad, con ese olor de humus que es él de los bosques tropicales y que se carga, a medida que se camina bajo el frondoso ramaje, del aroma a clavos y alcanforero. Las flores que parecen pájaros, y los pájaros que se encaraman para dormir sobre los enormes troncos satinados, los juegos de palmas contra un trozo de cielo y la mirada pensativa de algunos pequeños monos en exilio, todo esto bien vale un alto en el Botánico.

Puerto de la Cruz.

La sorpresa, esta vez, echaría de rodillas al viejo Humboldt si descubriera, en la avanzada negra de lavas, al pie del valle que lo maravilló, la silueta fantástica de una ciudad blanca, una villa de torres, torres-hoteles, torres-palaces, torres donde se acumulan diez, veinte pisos, (y más...) apartamentos a alquilar o a vender, torres con piscinas-espejos en su azotea o a sus pies, torres cuyos amplios ventanales iluminan las noches del Puerto de la Cruz, promovido al primer rango del turismo canario.

Largo tiempo, el Puerto ha sido la única salida

de la fortuna de Orotava, el lugar de embarque de sus producciones sucesivas, vino, cochinilla, plátanos. De estos siglos de negocio marítimo, ha conservado algunas nobles fachadas con balcones, mansiones de armadores o notables, un convento, tres iglesias una de las cuales se llamaba Nuestra Señora de la Peña de Francia y su vieja Aduana Real, al borde de la caleta donde las barcas de pesca se juntan todavía al abrigo de los arrecifes. Ahí atracaban los barcos fruteros.

Cuando la expedición de plátanos tomó ruta hacia Santa Cruz, el turismo se anexionó el Puerto. Un cierto turismo inglés primero, el anterior a las guerras, turismo para residentes, con *british doctor, chaplain, church, and pretty cemetery*...La guía Brown describía *the most widely-advertised health resort in Canary Islands* para personas mayores que no sabían ya vivir en otra parte. Este clima igual dulce, húmedo, convenía a sus gustos. La corona de nubes que, casi cada día se forma en la ladera del Teide y planea sobre La Orotava, deja el sol bañar la costa. En la primera grada de la planicie, la misma en que dicen que Bencomo de Arautapala llevaba su vida de rey-pastor, el hotel Taoro, con su decorado victoriano, figuraba ya como retirada principesca, con su parque de magníficas avenidas de palmeras.

El Puerto de hoy sorprendería a sus huéspedes de antaño, aunque no es todavía más que un *mini-Manhattan* con algo de *Saint-Trop*, abierto por construcciones entre sus últimas plataneras. Grandes hoteles, tiendas de lujo, agencias de viajes, bares con música, se suceden en la Avenida florida que bordea la orilla del mar, una costa irreconocible con sus piscinas escalonadas, azul sobre negro, y sus playas artificiales. Un jardincillo rodea la vieja Ermita de San

Telmo, encaramada en un arrecife espumoso. Los vendedores de calados y recuerdos de todas clases apoyan aquí sus puestos y los dos camellos de servicio, agachados en la plazuela, tienden su hocico desdeñoso hacia eventuales pasajeros. Restaurantes típicos y salas de fiestas se encuentran sobre todo en las callejuelas bajas que rodean la caleta de pescadores. El olor de la marejada es aquí auténtico, y todo este barrio, sus ventanitas de guillotina, sus tejados rojizos, sus transversales hacia el mar o el valle, guardan un cierto encanto. Todavía hay que hacer un alto bajo los árboles frondoso de la plaza Franco y, al final de la cornisa, en el recinto batido por el mar, del viejo Castillo de San Felipe. La vista del valle es desde aquí muy bella a la hora del poniente.

Los Realejos.

En toda la extensión de La Orotava, los caminos de cultivos se ramifican, ahogados en un mar de plataneras, ocultos por la marejada de hojas donde el sol de mediodía pone transparencias verdes. La carretera sigue el capricho de las pistas primitivas, curvas bruscas, y subidas en cornisas para saltar los barrancos.

Nada hay que sea menos mediterráneo, a despecho de las adelfas rosas, las palmeras y los geranios rojos; quizás a causa de la luz a menudo tamizada y filtrada del cielo nuboso hasta el nacarado del mar, o a causa del negro de las lavas convulsionadas, o desplomadas en arrecifes borrosos al pie de la costa. A menos de una milla, el cielo está limpio por encima de las olas de un azul fuerte.

Un gran lienzo de muralla basáltica, la Montaña de Tigayga que desciende oblicuamente de las alturas de Las Cañadas, cierra el occidente del valle. Este fue el último refugio guanche; a su sombra dos pueblos posados encuadran un barranco, Realejo Alto el lugar en que estuvo el campamento de los Conquistadores y Realejo Bajo en el que se reunieron para un último esfuerzo Bencomo y sus pares, en julio de 1496. El silencio de muerte que reinaba en el valle despoblado por la enfermedad y la guerra, había sorprendido y casi enternecido a los españoles. Estos pasaron en armas esta víspera de Santiago; y lo inevitable se cumplió. Después de horas de angustia, Bencomo, sobreponiéndose a su orgullo, expuso a los suyos la obligación que tenían de cesar una lucha desde entonces inútil: «...por más que el contagio, el hambre, la desertión y las disensiones, sean las verdaderas armas que nos han reducido a la necesidad de temer a los españoles...»

«Y —añade Viera y Clavijo— ese noble razonamiento conmovió las entrañas de esos hombres sinceros que no habían comprendido nunca bien sobre qué se fundaban los europeos para venir a trastornarlos, cautivarlos y darles muerte, persiguiéndolos con tanto tesón en los bosques de sus islas separadas del mundo...» Unos parlamentarios fueron enviados a Lugo para preguntarle «las condiciones capaces de hacer soportable la sumisión». Ellos fueron recibidos por los españoles con entusiasmo y «una extraordinaria afabilidad». A su vuelta, Bencomo y los tres *menceyes* de Anaga, de Tegueste, de Tacoronte y con Zebensui se decidieron a franquear el barranco y acercarse a los cristianos, «el rostro bañado

en llanto y temblando visiblemente por hacer algo tan contrario a su valor como era el abandonarse a la merced de unos extranjeros...» Lugo y sus caballeros los abrazaron cordialmente. Bencomo aceptaba las dos condiciones esenciales de la paz: reconocerse vasallo de los Reyes Católicos y convertirse al cristianismo; pero, de igual manera que el reyezuelo de Lanzarote rindiéndose a Bethencourt cerca de un siglo antes, él añade, con una voz cuyo eco emociona todavía a los que lo escuchan pasar al fondo de cuatro siglos de historia: «¡Nosotros os pedimos que nos juréis, por todas las cosas que tengáis por más santas, que ni nosotros, ni nuestros hijos seremos esclavos ni despojados de los derechos de nuestra libertad!» Y Lugo juró sobre el Evangelio.

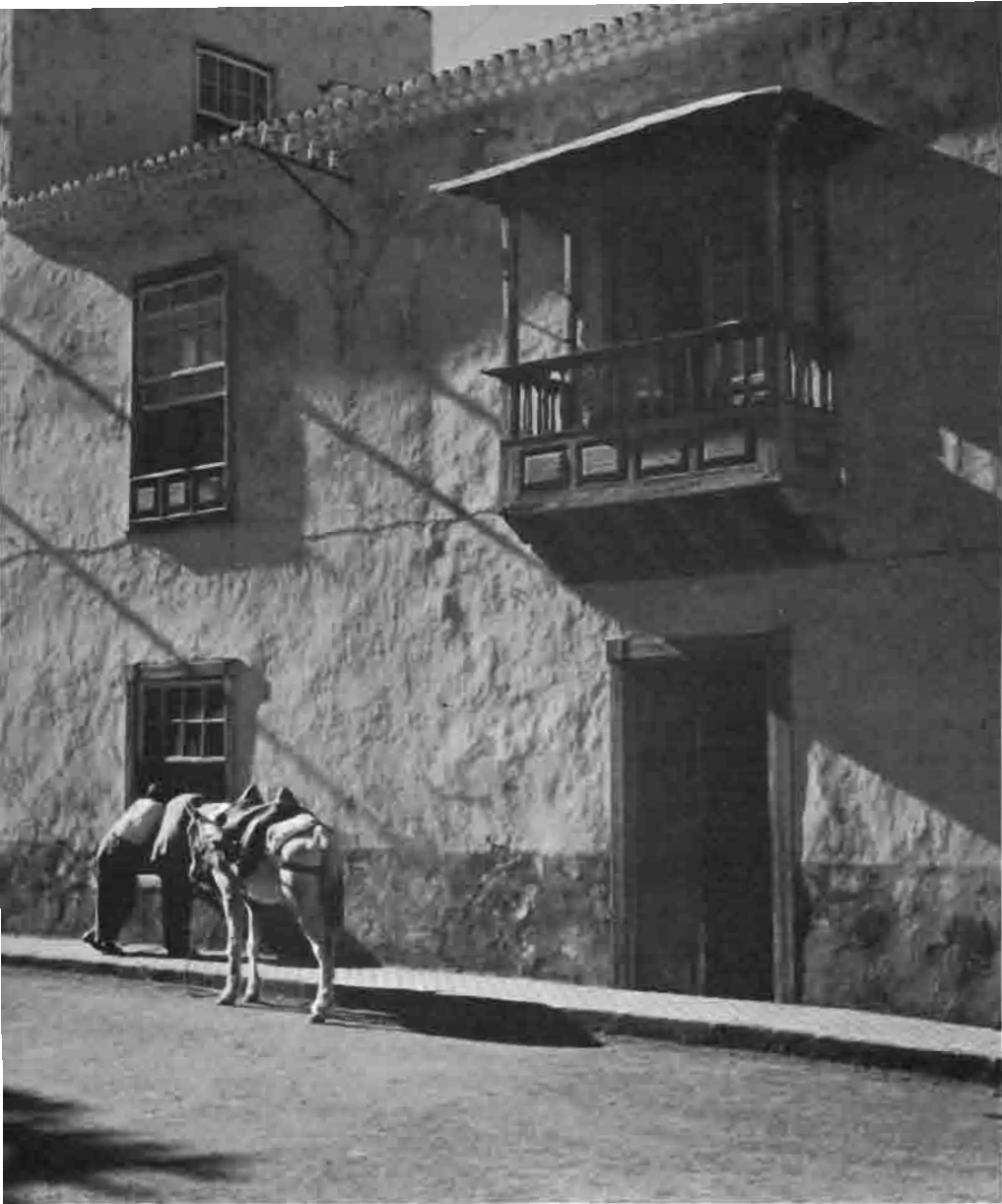
Del campo real subió el *Te Deum* de triunfo cantado por diez monjes en hábito de coro, delante de los príncipes guanches colmados de atenciones y regalos. Una iglesia consagrada a Santiago comenzó a levantarse en Relejo Alto para ser la primera parroquia donde los nuevos jefes sometidos recibieron con el agua del bautismo los nuevos nombres de Cristóbal, Diego, Fernando, Juan...; Y la hija de Bencomo, Dácil, de rostro encantador, llegó a ser doña Mencía, casándose con un caballero.

El barranco donde se perfila un drago, la doble espaldilla clara de dos pueblos, sus iglesias donde unos yacientes señalan todavía viejas tumbas, el abrumador acantilado de Tigayga que cambia de matiz a cada hora del día, todo es aquí digno del drama al que sólo le ha faltado un cantor épico para componer una gesta caballeresca.

En ninguna otra parte, la costa de Tenerife tiene más carácter que al pie de la muralla de Ti-



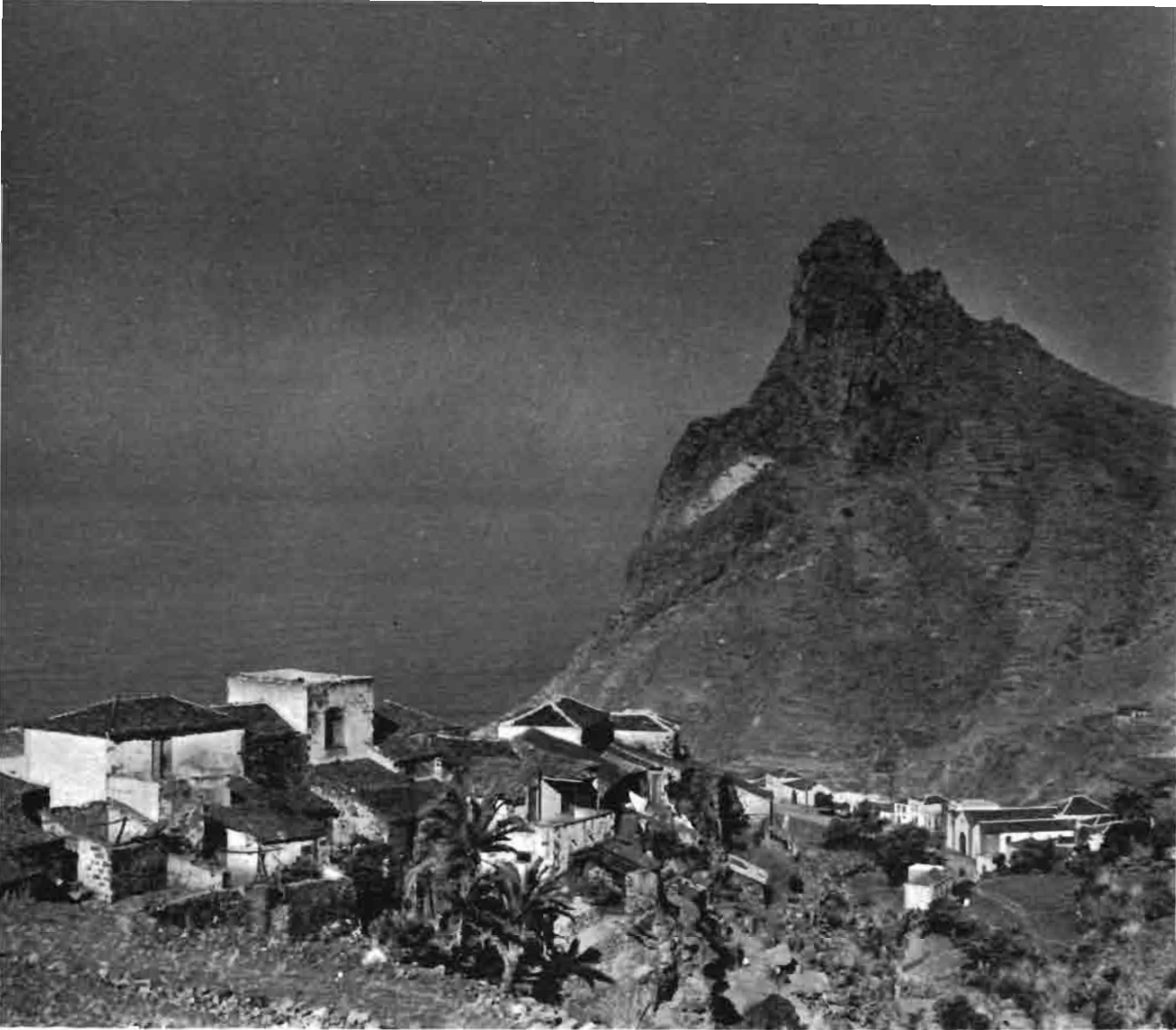
Iglesia de Tacoronte



*Puerto de la Cruz
Casa Antigua*

Costa Norte de Tenerife





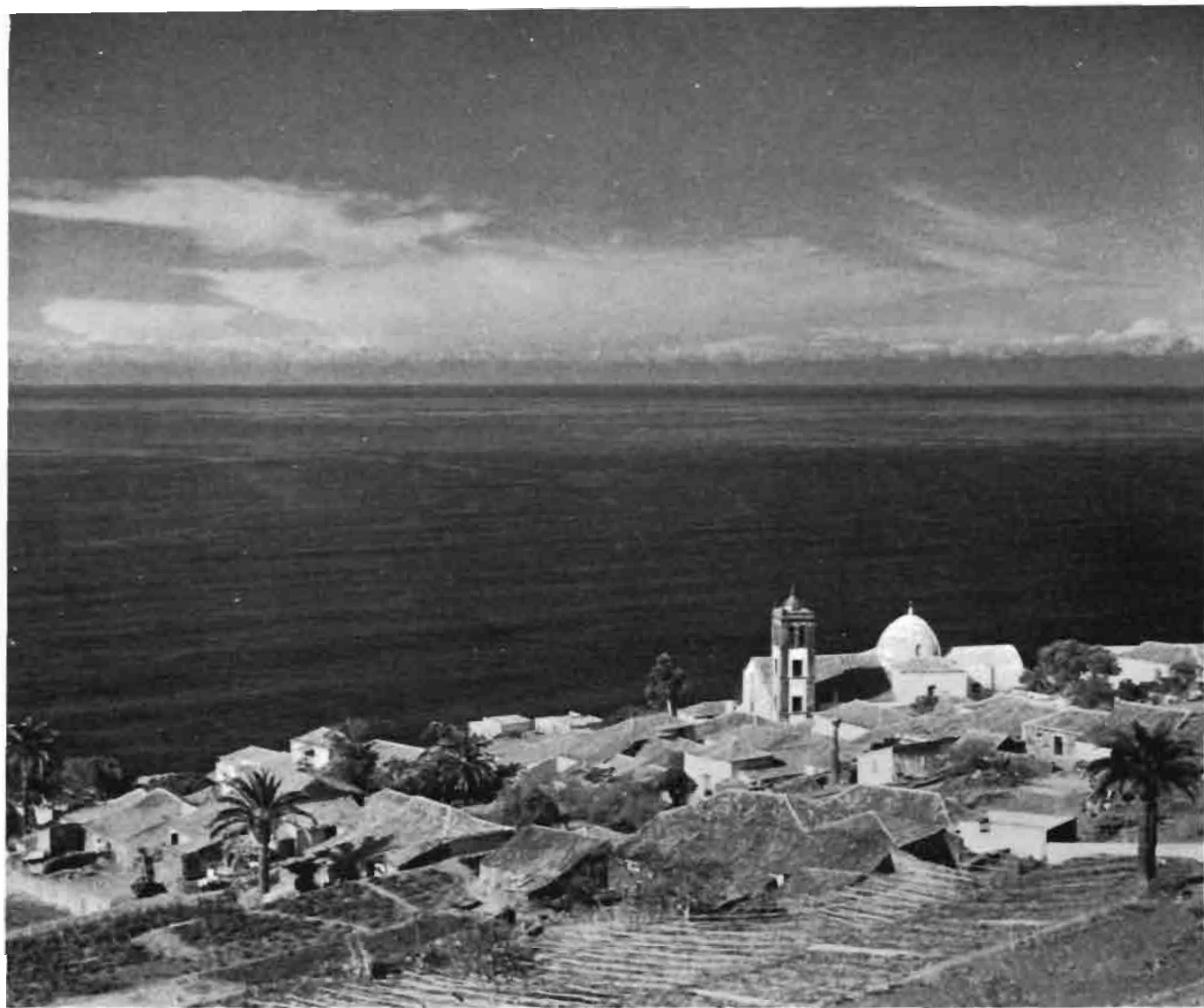
Taganana



El Puerto de la Cruz (Tenerife)

Al pie del Teide
Paisaje de la costa Norte





El Sauzal



El valle de La Orotava (Tenerife)



*El Teide y el Valle
de La Orotava*

gayga. La aldea blanca de Las Aguas, en su promontorio donde las lavas han formado un arco monumental, parece posar para un pintor y San Juan de la Rambla donde la hierba afelpa el empedrado de las callejas a la sombra de los balcones con travesaños que dan cara a la iglesia, podría tentar a un cineasta romántico.

Icod de los Vinos.

A media pendiente, todo cambia, hasta la forma del Teide descubierto de nuevo en último plano. En las lavas secas, reaparece el salpicado verde de las tomaterras, de las viñas sobre todo; pues esto es *Icod de los Vinos*, cuyo vino fue célebre, objeto de exportación fructuosa, hasta que el raudal de lava en 1705 lo arrasó todo menos el pueblo. Icod del Drago, donde se viene a ver el árbol a quien los guías generosos dan 3.000 años de edad y 15 metros de circunferencia. Arbol-monstruo, árbol-animal, levantado sobre un haz musculoso de patas, raíces y cuyo tronco de un gris paquidermo sostiene las gavillas agudas de sables verdes que son sus hojas. Su savia roja, la misteriosa «sangre de dragón» de los alquimistas medievales, servía para embalsamar los reyes guanches tendidos en la cueva hipogeo cercana al pueblo y a componer extraños ungüentos para las heridas. Nos gustaría que un milagro de la ciencia permitiera captar el testimonio pasivo de esta memoria vegetal, para que nos restituyera treinta siglos de contemplación. Una prótesis de cemento sostiene el deterioro del tronco hueco. Un jardincillo lo rodea, delante de la Cruz

de los Caídos apoyada en un viejo muro. Detrás del árbol, el Pico inscribe al fondo del cielo una cúpula rosa, un mamelón más oscuro, la forma exacta de un seno de mujer.

Las callejuelas de Icod suben entre anchos tejados franjeados por plantas carnosas, y ventanas sin cristales que se abren por unos postigos de madera labrada, levantados desde el interior sobre la penumbra de las salas. La vegetación densa de las jacarandas y los laureles vierte una sombra exótica sobre las alamedas del jardín en terraza que circunda la iglesia. Un campanario de pináculos, un bello portal clásico y en la nave, bajo los techos artesonados, la inagotable plata de las Indias resplandece sobre el altar.

Fuera, el aire tiene el olor húmedo y fino de los follajes; en un banco, cerca de una fuente que gotea entre los helechos, el viejo Padre viene a sentarse en silencio después del Oficio. En las barandas de la terraza donde uno se apoya y contemplaría indefinidamente, más allá de los techados marchitos que bajan la pendiente, la subida violeta del crepúsculo sobre el mar.

Cuatro kilómetros más abajo, los techos rosas de Garachico se juntan en corro entre lo que queda del puerto y la corriente de lava que cubrió la mitad del pueblo en 1706. En los «tiempos de las Indias», era el principal puerto de entrecambios comerciales de la costa norte, quizás de la isla entera, antes del desarrollo de Santa Cruz. Al abrigo del peñasco negro donde las olas rompen, se vio durante un siglo el trueque del vino contra la plata, las caravelas ancladas delante de con-

ventos y palacios, una prosperidad exigua pero orgullosa, con la que se encarnizó la mala suerte. El agua primero, el torrente de fango que se llevó un barrio, el fuego que devoró casas y monasterios, la lava finalmente que colmó el puerto, mató la prosperidad y no dejó aquí, bajo los últimos viejos tejados de

las casas señoriales y antiguos conventos, más que la esperanza de una resurrección.

El turismo, —siempre él— se ha ocupado y lleva ya la alegría de la vida a la pequeña playa negra de San Marcos, escondida bajo su muralla de lava.

LA VUELTA DE LA ISLA

Pocos visitantes van más allá de Icod; todavía menos se atreven a dar la vuelta completa a la isla. Hacen mal. Hay en toda la vertiente occidental que da la cara a la isla de La Gomera, unos paisajes grandiosos, intactos, llenos de un sabor antiguo.

Se sube en bruscas curvas por encima de Icod, a través de ríos de lava, adelantando un asno cargado con barriletes de vino o una fila de mujeres con mantones negros y un pesado haz de hierba sobre la cabeza, canéforas perfiladas en el vacío marino. Hacia los mil metros de altitud, cuando los árboles han dejado su lugar a un monte de brezos y pequeñas retamas, se está a menudo entre las nubes, en una bruma fría donde se distingue apenas un pueblo acurrucado bajo sus techados ribeteados de cal. Parece que no se saldrá nunca de este vapor de agua rebatido por el viento oblicuo. Después, subitamente, el velo se desgarrar sobre la tierra roja de la garganta de Erjos, que marca que se está saliendo de la vertiente brumosa.

En pleno sol donde el Teide reina sobre el azul puro del cielo, un alto valle se abre, rosa y desnudo en el otoño como un circo del Atlas, deslumbrante en la primavera de cebada verde y árboles frutales. Los cipreses se alzan por encima de las viñas rastreras y, en medio de los matorrales de nopales, cerca de una vieja finca, aparece una iglesia en forma de mezquita: Santiago del Teide. ¿Qué arquitecto de los países moros edificó esas cúpulas blancas, ese minarete ingenuo, acordados al alma africana del paisaje? Las estrechas ojivas dan luz al crucero de la iglesia; un Cristo arcaico como el que pintó Gauguin, era antes dueño del lugar; un lugar singular, fuera del

tiempo, envuelto en la soledad del anfiteatro, con sus murallas ruinosas y su luz.

Al final del pueblo, la bajada hacia el Puerto Santiago comienza a través de un caos de escorias salpicado de almendros e higueras. La última erupción de 1909 ha dejado este terrible vómito que la carretera serpenteante corta y recorta hasta el nivel del mar. Un milagro aconteció aquí; gracias a un incesante rodeo de camiones la tierra roja y fértil cargada en el desfiladero de Erjos, —1.100 metros de altitud— ha venido a formar sobre las lavas una prodigiosa escalera de terrazas sostenidas por unos muros calados; aquí se ven nacer en grandes rectángulos verdes las plantaciones de plátanos, de tomates, —que se volverán a encontrar en las bajas pendientes occidentales, antes áridas y estériles, a las que aporta la vida.

Muy abajo, a la derecha del puerto, un viraje revela el lugar impresionante que no era más que un nombre sobre el mapa: *Acantilado de los Gigantes*, visible solamente desde el mar. Los grandes cabos verticales del oeste se sumergen aquí en el oleaje y el saliente del último caudal de lavas estériles que no hubieran dado de comer a una cabra, ha tomado aquí, con la carretera, el valor de «terrenos para edificar» —jardines con flores, bungalows, hoteles, piscina, el habitual proceso de urbanización que transforma el archipiélago...

Todo este inmenso sur oeste de Tenerife, al reverso del Teide, está literalmente cortado por barrancos paralelos que descienden de las cumbres y cuyos minúsculos puertos fueron largo tiempo el único medio de comunicación entre ellos. Abajo,

son regadas ahora por unas atarjeas que bajan de las crestas. La carretera costera ve surgir aquí grandes invernaderos de plástico transparente; suizos o alemanes cultivan las flores raras o las fresas que serán enviadas por avión a Europa.

Se siente uno lejos de los fastos modernos del Puerto de la Cruz en la carretera alta que se desliza entre pinos y rocas. Por poco que las nubes bajen al atardecer, el paisaje se hace casi trágico. En la noche, desde las alturas de Arguayo, el mar aparece salpicado de lucitas tenues, luces de los barcos de pesca, luces de las islas occidentales, La Gomera próxima, Hierro lejana. Un anochecer en que tuve que hacer alto en Guía de Isora, hube de buscar entre un laberinto de callejas adormecidas la fonda en cuya puerta ya cerrada hube de golpear. Como en una España picaresca, la ventana se iluminó detrás de una sombra inquieta y de una voz que hubo que tranquilizar; una mujer de negro abrió a la luz de una vela, calentó la sopa en silencio, y frió un huevo. Acodados en la mesa, la pequeña maestra y el joven secretario del Ayuntamiento me miraban con amable curiosidad. Durante largo rato ellos me hablarían de su isla, cantando a voz alternas las folías en las que siem-habitación con cinco camas en fila donde yo pasé la noche, penetraba el resplandor de la luna creciente, y después, al amanecer, un sol rojo que abrazaba la mar.

Desde Guía a Adeje, a Granadilla, asombrosos virajes alternan sus imágenes contrastadas: en lo alto los pinares que coronan Las Cañadas, abajo el eterno movimiento de las olas; a lo lejos el perfil de las islas malvas o verdes, precisas o veladas de

bruma; en las pendientes el conmovedor empeño de las terrazas de cultivos. En Adeje, en un anfiteatro salvaje, los milanos revolotean por encima del barranco del Infierno que fractura la montaña, —aquí reinó el rey fabuloso, Tinerfe el Grande. Una torre cuadrada, los vestigios de la antigua *Casa Fuerte*, es todo lo que permanece de los Condes de la Gomera que fueron sus propietarios. Unos canarios de Venezuela han aportado aquí sus riquezas nuevas, fabricando casas y plantando plátanos. Unos camellos abozalados, con su campana al cuello, traían antes sobre su albarda la cal de los hornos que humeaban cerca del Puerto de los Cristianos. Pero Los Cristianos se ha transformado en estación veraniega llena de ambiciones. Se desciende hacia ella en largas curvas a través de singulares formaciones geológicas de arena petrificada en encaje. Después que los suecos han escogido esta costa comida por el sol para construir aquí su Hospital donde sus inválidos —polio o reumatismo— encuentran alivio a sus males, Los Cristianos siente una vocación salvadora. El pueblo se «urbaniza»; pisos de apartamentos modernos se levantan delante de la playa al final de una avenida de palmeras reales.

Tierras del Sur.

La *autopista* que unirá en dos horas a Santa Cruz con este ángulo extremo de Tenerife se prepara aquí, en estas pendientes calcinadas y bajas que se deslizan hacia la orilla. En el ancho llano del barranco de Guaza, unas plantaciones se cultivan gra-

cias a los estanques donde espejea el agua preciosa descendida de las captaciones. Un francés hace madurar aquí los pesados racimos de plátanos, los aguacates, los mangos, entre las cosechas de zanahorias, habichuelas, y melones sabrosos. Alrededor, el suelo terriblemente desecado está sembrado de piedras como por el diluvio de Deucalión, el viento y el calor levantan torbellinos de polvo que se remolinan y suben en humaredas hacia el cielo. Este es el sur, fértil a veces porque Dios lo quiso, más a menudo porque los hombres se obstinan en su labor.

Lo más extraño es que haya quien le dedique sus ocios... *Ten Bel*, Tenrife-Bélgica, es la sigla que designa, más allá de la aldea de pescadores de Las Galletas, una aparición que parece nacida del sueño de un dormido-despierto en este desierto de lavas inhumanas: céspedes, flores, casas pequeñas pero con todo confort, plantas extrañas que adornan el restaurante, el bar, un sendero que serpentea en el burbujeo cuajado de las escorias en la costa y el arco de lava negra, abierto sobre el mar transparente y azul donde pasa la estela de una lancha motora. Muy lejos y muy alto en el cielo, la cima del Teide centellea al sol invernal; las mañanas lluviosas de los estuarios brumosos de Flandes, está a cinco horas de avión de Tenerife. Este es el secreto de Canarias.

Más lejos, la carretera del sur vuelve a descender entre los conos de cenizas, matas de cardones y tabaybas, hasta el puerto de El Médano. Unas casas bajas, blancas, casi africanas, delante de la playa amarilla y negra donde se deshace una orla de espuma; por la noche, las olas reflejan las luces del hotel nuevo, colocado sobre pilotes en el agua. Yo he corrido con María Mercedes de once años por la arena dura y

mojada, sembrada de piedra pómez y conchas, hasta la *Montaña Roja* cuyo pitón desnudo protege la bahía. Unos camellos pacían en la luz ardiente y como descolorida que plateaba el mar inmóvil. Por detrás, unas nubes de tormenta comenzaban de nuevo a cabalgar sobre la masa verde o rosa de las altas pendientes donde los pueblos están salpicados bajo la cresta de Las Cañadas.

En lo alto, un paraíso secreto ha sido dado a los hombres con el valle de Granadilla; la carretera sube aquí hacia Vilaflor entre los verjeles de nísperos, almendros, mimosas; después de un chubasco, el sol impregna el aire de perfumes tan densos que se creería paladearlos y donde el aroma de los naranjos se junta al bálsamo resinoso de los grandes pinares. Cada viraje muestra a su vez la visión de los desfileros rosas de Las Cañadas y los de la mar azul y pura donde reaparece como un espejismo lejano, Gran Canaria. Vilaflor con sus callejas empedradas con guijarros, el pueblo más alto de Tenerife, está anidado a cerca de 1.500 metros de altitud en este oasis donde el cielo ha hecho brotar unos manantiales que curan y fortalecen. Más alto todavía, la brecha de la Boca de Tauce va a abrirse, como un umbral infernal en la muralla del cráter, al pie del Pico.

*

El sur está aquí, sin embargo, a pocos kilómetros debajo del oasis. El sur y sus estampas. En la tierra pálida como piedra pómez pulverizada, un hombre camina con el asno trotando a su lado. Al borde de un barranco salpicado de naranjas, la iglesia de Arico el Nuevo eleva sus torres-minaretes, los

arcos, almenas y cúpulas como en un manuscrito persa. Un camello rumia en el portal de una gran finca blanca cuya puerta abierta deja ver las flores del jardín; y siempre, incansable, corre el rumor del agua en la tarjea de la callejuela. Tres canales paralelos salvan de la sequedad esta vertiente meridional de Tenerife: canal del Estado en las tierras bajas, canal intermediario, y canal del Sur en lo más alto de las pendientes.

El Sur. Una fila de mujeres semi-veladas por un pañuelo bajo sus grandes pamelas de trabajo. Unas cabras con pelaje de gacela brincando en las laderas que se hubieran creído irremediabilmente estériles. Ahora han llegado a ser por la industria humana esos «castillos de tomates», esos «castillos de patatas», gradas monumentales, escaleras reales en donde toda la arquitectura de losas de toba rubia, ajustadas como claraboyas ojivales, sostienen esos jardines colgantes. Aquí también, estalla el verde brillante de los viñedos. Aspero sur, árido, seco, desheredado, pero donde, más que en otra parte, se mide el trabajo de las pobres gentes sobrias que viven en las minúsculas casitas salpicadas en la pendiente o en las milenarias cuevas de trogloditas cuidadosamente talladas y blanqueadas.

Cuando se viene así, del oeste hacia el este, no hay instante más sorprendente que aquél en que, pasado en ángulo de la gran pared vertical de Güimar, se descubre bajo el Mirador de don Martín, la amplitud del valle, uno de los más grandes de la isla, —enorme hundimiento volcánico, réplica meridional del de Orotava. El pinar negro de La Esperanza franjea sus crestas; más abajo, el ocre rojo de los barrancos contrasta con el verde mil veces variado

de los cultivos, donde el plantel blanco de las aldeas se esparce hasta los bancos de aluviones pedregosos que van a morir en el azul de la orilla. ¿Lo confesaré? Este Sur ardiente al que los hombres violentan para arrancarle su vida, este Sur de luz, me conmueve a veces más que la húmeda profusión del Norte. Güimar, pueblo importante en pleno crecimiento, que no tiene la riqueza de la Villa de La Orotava, me ha dejado el recuerdo de veladas pasadas en una casa encaramada por encima del pueblo que subía a través del monte de arbustos salvajes, cactus y lavandas, entre peñas desmoronadas, calientes todavía de sol, hasta el viejo acueducto en donde la canción del agua rompía sola el silencio...

Candelaria.

Después de Güimar, la toba rubia desaparece y la lava obscura, de nuevo, recuerda su amenaza por debajo del volcán de Arafo. Otra vez las cuevas —que más de una vez sirvieron de sepulcro—, abren sus fauces de sombra en las paredes de ocre negro que se acaban, muy alto, bajo el bosque; de nuevo, los barrancos con abundancia de euforbios descienden entre pirámides cenicientas hasta el mar donde se cierne la leyenda de la Candelaria.

Cerca de un siglo antes del comienzo de la Conquista, dos pastores guanches, sorprendidos de ver sus rebaños negarse a avanzar, descubrieron de lejos sobre una roca de la playa de Chimisay la silueta de una mujer llevando un niño en sus brazos. Fieles a la costumbre que prohibía a los hombres interpelar a una mujer aislada y siendo sus señas inútiles, uno de ellos intentó lanzar una piedra hacia la cria-

tura misteriosa. Su brazo quedó rígido, la articulación dislocada. Llenos de temor, subieron al Tagoror del rey de Güimar, Acaymo, describiéndole la aparición. Acaymo, «estimulado de curiosidad», descendió apresuradamente con los suyos hacia la playa donde sus ojos que no habían contemplado jamás una estatua se agrandaron de asombro, casi de terror, delante de esa figura parecida a una mujer viva, traída por el mar a la orilla de su reino. Quizás, con la antorcha que tenía en la mano, fuese el mascarón de proa de un navío perdido.

Para esos indígenas, ella debía ser la visitante divina que convenía acoger. El rey mismo tuvo el honor de llevarla a hombros hasta la cueva donde los otros príncipes insulares vinieron a admirarla y venerarla; la leyenda la aureola de maravillas. Largo tiempo después, al comienzo de la Conquista, un isleño convertido, Antón Guanche, revela a sus compatriotas quien era la Mujer con el Niño. El se hizo su ermitaño y fue, por ella, el mediador que aportó a los europeos la colaboración del pueblo de Güimar. Un joven hidalgo, Sancho de Herrera, se empeñó en llevar a la Virgen a tierra cristiana y viendo rechazada altivamente su oferta por los pobres paganos que amaban su presencia, cometió la imprudencia de llevársela de noche y embarcar con ella poniendo rumbo hacia Fuerteventura. Más, ¡ay! en la iglesia donde fue colocada con pompa, el capellán la encontraba cada mañana con el rostro severo vuelto hacia la pared... Una epidemia tomó el cariz de un castigo hasta que Herrera, arrepentido, volvió a embarcarse

con la santa Imagen para devolverla a sus hijos de Chimisay.

Cuatro siglos más tarde, en 1826, la visitante se fue como había llegado, en una terrible tempestad, cuyos raudales de agua furiosa arrastraron al mar el monasterio en que era venerada. Otra imagen la reemplazó, y su santuario ha llegado a ser el Lourdes o el Fátima de Tenerife; en los días de romería, los fieles afluyen de toda la isla, siguiendo a través de la montaña los antiguos «caminos de peregrinos» trazados por millones de pasos.

En la explanada donde, en pie delante de la playa, diez estatuas de jefes guanches recuerdan los pastores de antaño, la nueva basílica, acabada en 1961, de estilo «neo canario», puede sorprender la mirada extranjera; la triple nave, sus dorados, los frescos, su tribuna que parece un pequeño teatro barroco, azul, blanco y oro, hacen pensar (irrespetuosamente) a un Casino... pero la Fe que aquí se exprime es profunda y conmovedora hacia la Virgen morena con un suntuoso manto de gala, coronada en el altar. Detrás de la basílica, se ve todavía el viejo convento dominico de largos balcones de madera, la capilla y el arco de lava de la gruta que cobijó, hace siete siglos, la «Virgen de Candelaria».

Más allá, la alta cornisa encuentra de nuevo la meseta costera y vuelve la belleza de los barrancos de órganos basálticos. En el último viraje de San Isidro, la vuelta de Tenerife se acaba cuando reaparece blanca y rosa como las alfombras de flores del Corpus Christi, el plántel de Santa Cruz deshojándose en la mar al pie de los cabos de Anaga.

CAMINOS DEL TEIDE

La escala en Santa Cruz es corta a veces. ¿Estarán seguros de volver? En pocas horas, hay que ver lo esencial; y lo esencial, aquí, es el Teide, —o al menos el cráter de Las Cañadas a 2.000 metros de altitud— desde donde el mismo Pico se eleva hasta los 3.707 de su última cima.

Los viejos senderos de mulas de la cordillera central, por donde hay que caminar largo rato, serían sin duda la mejor vía para penetrar, paso a paso, en la vida íntima de esta tierra. Pero dos horas de coche son suficientes, —y 70 kilómetros— para pasar de los bares llenos de música de Santa Cruz al silencio de estas soledades, a la visión planetaria de la isla.

También la carretera que sube hacia el Teide por el monte de la Esperanza es una de las más espectaculares del mundo y lanza a los ojos tantas imágenes opuestas que se sabe cuál se quedará en la memoria.

La Esperanza.

Por encima de La Laguna, unas colinas verdes salpicadas de eucaliptos encuadran la llanura lacustre y sus campos cercados de muritos de piedras, zarzas y flores. En el camino asfaltado, unos niños bajan riendo empujando unos trineos cargados, como los de Madera, con sacos de trigo o hierbas de forraje. También pasan a veces los jinetes en sus altas sillas de arzón puntiagudo, o muchachas montadas en borriquitos que van a recoger la *pinocha* que sirve de cama al ganado y de embalaje a las piñas.

Al monte de brezos, sucede la arboleda resinosa.

En el aire más vivo, los magníficos árboles, de troncos poderosos y ramaje denso, forman una bóveda atravesada por el sol. Templo silvestre, la palabra viene a la mente en el claro de Las Raices, delante de las columnas vegetales donde se cruzan los cantos de los pájaros, los largos rumores del viento y el responso lejano, apenas perceptible del mar. Se comprende que Franco, cuando decidió en 1936 partir para España, eligiera este lugar para reunir a los compañeros que iba a llevarse consigo, en el punto en que se eleva ahora el obelisco que lo recuerda.

Más arriba, los pinos se esparcen sobre los lechos de cenizas negras y rojas por donde la carretera sigue la cresta. Entre las ramas, agujeros de sol y de mar centellean. Hacia los 1.450 metros, pasada la larga meseta de Los Llanos, el monte deja paso a la repoblación forestal. Aquí, como en Las Palmas, el Cabildo Insular ha emprendido la tarea de resucitar los pinares de antaño sobre las cimas peladas. Delante de la Fuente del Joco que mana del risco pura y fría, se hace alto. El bosque se llama La Esperanza, la montaña picada de pequeños pinos la Victoria. ¿Quién lo dudaría en esta ruta orgullosa delante de la cual irradia presente *El Pico*?

De una y otra parte de la cresta se suceden las visiones gemelas y distintas, al norte la masa azulada jos, hasta el mar y, sobre el mar y el valle, sin cesar la sombra errante de las nubes; al sur, la escalera de terrazas de Güimar, de un verde soleado con resaltos de ocre vivo, y la extensión de las aguas luminosas y azules que sostienen la lejana Gran Canaria. Bajo una abertura de la cumbre, el volcán de Arafo está acurrucado y negro como un dragón enroscado por encima de los verjeles.

Poco a poco aparece un mundo nuevo, insólito, entre los taludes de cenizas descoloridas donde se arrastran las matas de escobón y de retamas blancas. Unos pedazos de escorias rojizas se acumulan y anuncian el cráter donde se levanta el Teide. Hay una frontera en este reino infernal, el Portilla de la Villa, donde termina la carretera que viene de La Orotava, y que fue largo tiempo el único acceso. Un pasado sin edad ha debido ver los raudales de fangos volcánicos abrir esta brecha en el labio del circo y derramarse, terribles y benéficas, para formar el valle prometido a la abundancia futura. Para el que sube de la Villa, las largas curvas pasan insensiblemente del plátano tropical a los techos de caña de las cabañas montañosas, hundidas en los árboles fruteros y codesos; después vienen los pinos bajo los altos órganos basálticos y al fin el desierto de las retamas en ese reborde rocoso donde el Portillo, a 2.000 metros del nivel del mar, se entreabre sobre Las Cañadas.

Las Cañadas.

Esto es verdaderamente un cráter lunar, de más de quince kilómetros de ancho, sombrío y deslumbrante, rodeado de acantilados como un recinto prohibido, y desde donde se eleva, próxima, aplastante, la mole aislada del Pico. A veces el viento silba en huracán con mil voces perdidas a través de las matas de retamas y las fisuras del océano de escorias. Parece inverosímil que la carretera pueda penetrar en este lugar inhumano, afrontar esta muralla de topacio o de turmalina, defendida por no se sabe qué genios. Inverosímil que unos hombres hayan podido osar vivir aquí. Sin embargo, en el caos rocoso que domina el este del cráter, el Observatorio de Izaña a 2.360 metros

es el que está situado más alto de todos los de España.

El aire, a estas alturas, es de una pureza tal que la luz y el calor alcanzan aquí una radicación desconocida fuera. Un francés, Mascart, pasó un año aquí en una cabaña atravesada por los vientos de estas inmensidades pedregosas, para acumular las observaciones atmosféricas, astronómicas y climáticas. Izaña se enorgullece de contar 300 días de sol al año. A menudo, cuando los nubarrones formados por el choque con los alisios contra la montaña se extienden como un mar algodonoso por debajo del reborde de Las Cañadas, todo aquí está bañado de claridad.

No obstante, también sucede que la capa acolchada envuelva toda la pendiente. Un día de primavera, dejando en la Orotava los jardines llenos de granados en flor, llegué a Izaña con nieve y neblina. La borrasca y el hielo envolvían el Observatorio y apenas distinguía entre las ráfagas la forma de los edificios y los resguardos de los instrumentos. Pero la puerta se abrió sobre una habitación tranquila y tibia donde un hombre, delante de los múltiples cuadrantes y péndulos, me explicó lo que hacía de este refugio aéreo, una prodigiosa máquina científica para interrogar al cielo y la tierra: sismología, meteorología, corrientes magnéticas, el envío de globos ondas hacia la estratosfera, la gran emisora de Televisión Española en Canarias, el ojo y la voz del volcán guiando los aviones, los barcos... ¡Qué imagen, y qué revancha!

Todo lo que la materia ígnea puede mostrar como formas alucinantes y colores imaginables, está reunido en el mundo lunar de Las Cañadas; toda noción de región, distancia y altitud, queda anulada. El caos de lavas igual tiene el brillo de la hulla, el burbujeo

rojo de una masa que se diría todavía incandescente, como la palidez muerta de las cenizas que forman la *Montaña Blanca*, o el verde venenoso de los minerales de cobre en las rocas de los *Azulejos*.

La carretera contornea en parte la base del Pico por el sur. Turgescencias púrpuras hinchan sus costados, corrientes parecidas a sangre negra. Alejándose para atravesar el anfiteatro, se ve mejor la cima, cubierta de nieve hasta en verano, ese «pan de azúcar» donde, sin cesar, y empujadas por el viento, las nubes se forman, se desgarran y se disuelven sobre el azul puro del cielo. Diez veces por hora, todo cambia de luz y de contorno.

De las terrazas del *Parador* construido en el corazón de Las Cañadas, esta contemplación del Teide fascina; una piscina insólita le ofrece su espejo, a menos que el salto de un joven nadador rompa el reflejo. Cura de luz, de aire puro, de silencio cuando los últimos autocares han partido y que envuelve el parador y la capilla de la Virgen de las Nieves. En este mundo mineral, sin embargo, la vida brota con la presencia en todas partes de las matas olorosas de retamas y pequeñas alhelíes malvas, las extrañas flores como manguitos floridos de tajinastes, el brote poderoso, en las escorias, de los pinos jóvenes que van a transformar ese cráter muerto en bosque encantado.

Hacia el sur, en la parte que se llama Cañada Blanca, los monolitos monstruosos, *Los Roques*, parecen un cortejo de fantasmas por encima de un lago maldito, desecado, el Llano de Ucanca donde la nieve, en invierno, se amontona al pie de las murallas del circo. El camino tantea largo tiempo a la manera del

héroe de los viejos cuentos para descubrir la brecha de la Boca de Tauce, el desfiladero que le abre las puertas hacia los pinos de Vilaflor, los verjeles de Granadilla y la libertad del mar.

El Teide.

No se escapa a la obsesión del Pico, a su presencia al fondo de todos los paisajes canarios, a su atracción. Llega un día en que se desea alcanzarlo. La ascensión es sencilla: ni glaciales, ni hendiduras. Una pista sube en la piedra pómez verdosa de la Montaña Blanca, hasta el sendero que ataca la cara noreste.

Al atardecer, una luz de una transparencia inaudita baña el paisaje que se despliega en cada vuelta; la extensión de las arenas volcánicas deslizándose hacia el borde del cráter y el reborde rocoso de la Fortaleza; después, hacia el norte, las tierras altas revestidas con un vellón verde, se deslizan hasta el negro de los acantilados sumergidos en la bruma marina; el recodo siguiente muestra a la mirada el borbotón de lavas en el fondo de Las Cañadas. Y el sendero se desvía, trepa por la palidez descolorida de la piedra pómez donde enormes bombas volcánicas de un negro azabache, han rodado como bolas sobre un tapete blanco. Las últimas matas secas desaparecen de este mundo herido de muerte donde el viento silba entre los bloques que forman un refugio precario que conserva el nombre de *Estancia de los Ingleses*.

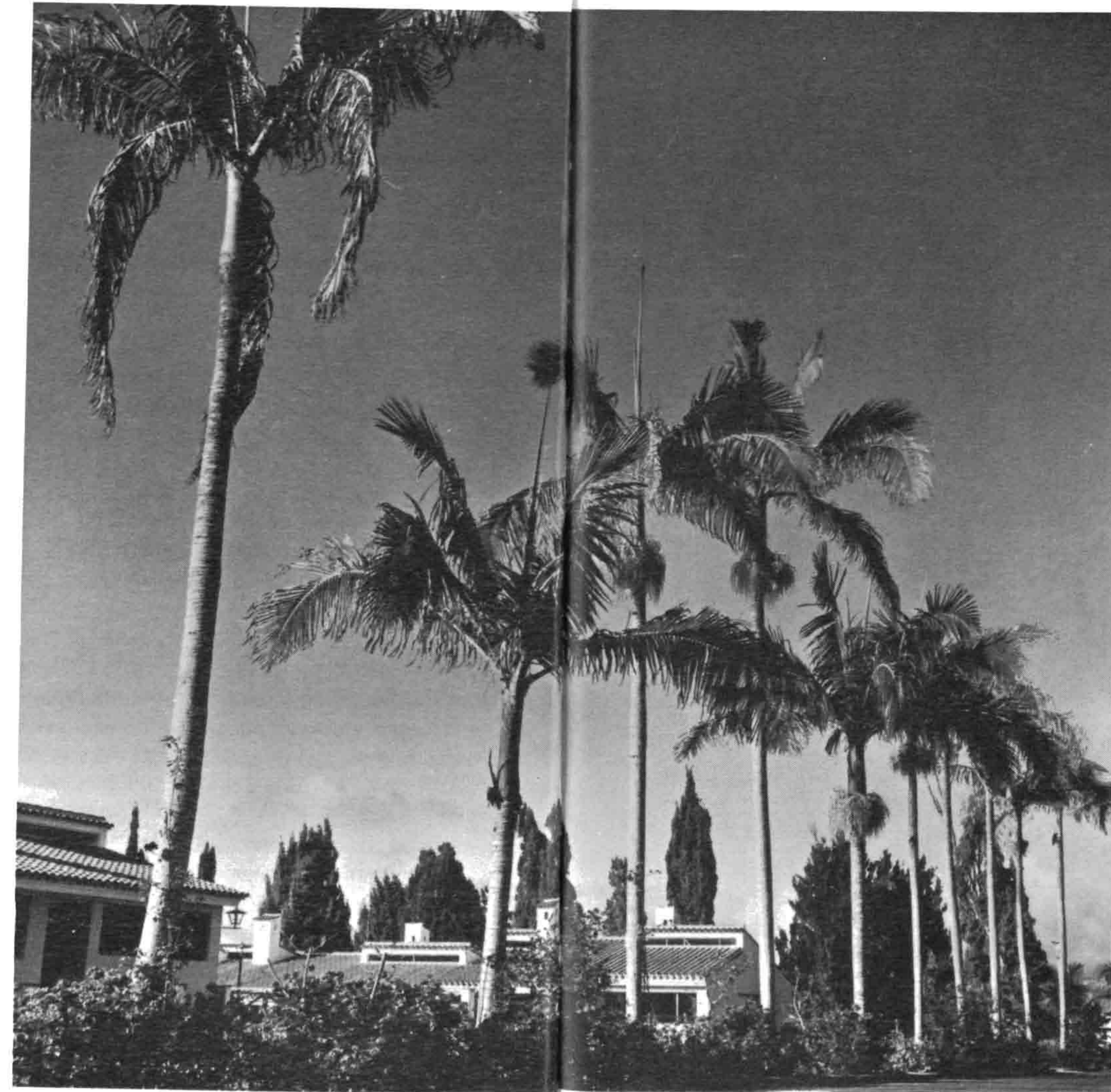
Cuando se sube así al atardecer hacia el refugio de Altavista para pasar allí la noche, el sol desaparecido detrás de la cresta deja un gran lienzo de sombra

*La Orotava
Casas señoriales*

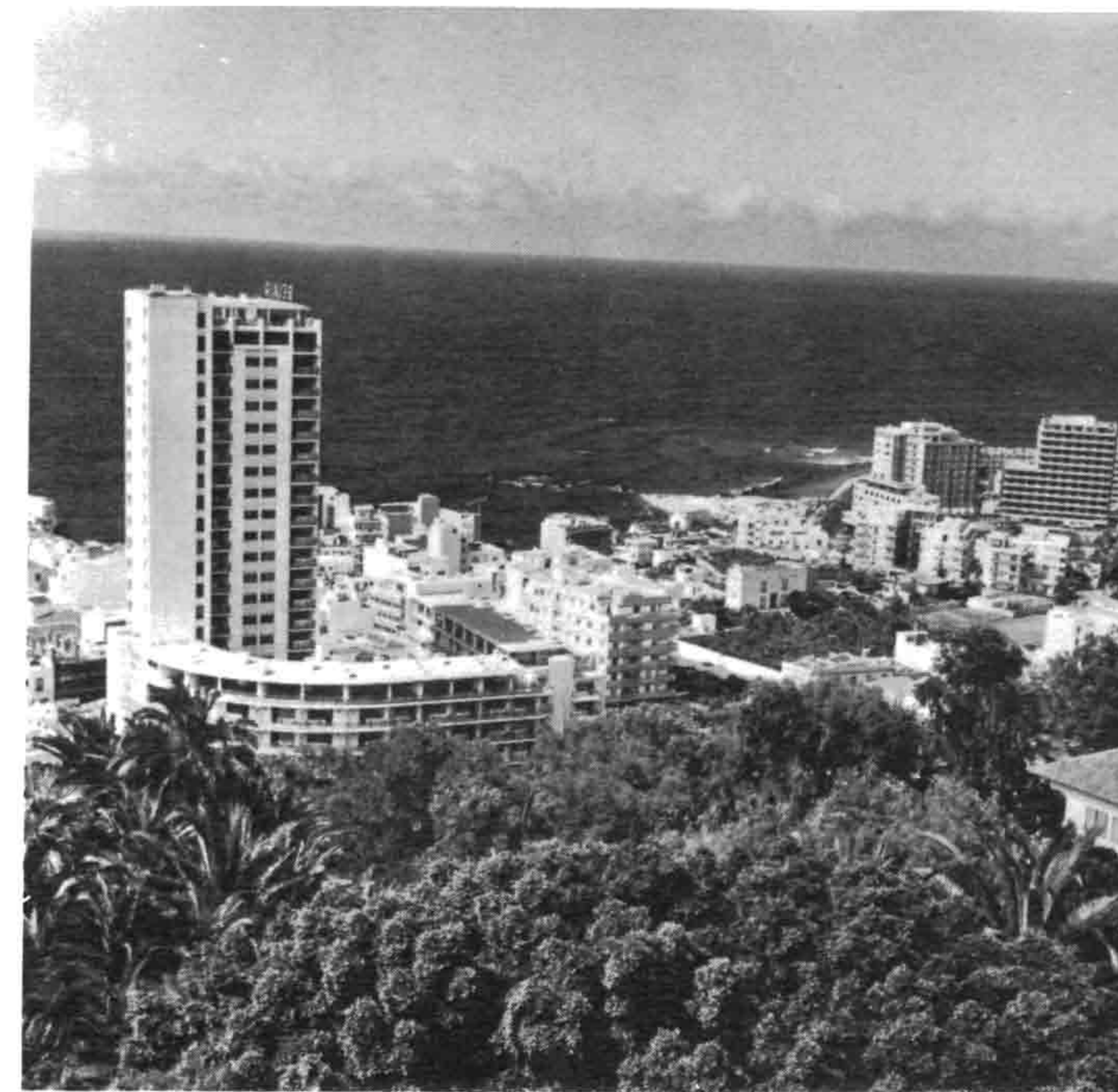




*La Orotava
Iglesia de La Concepción*

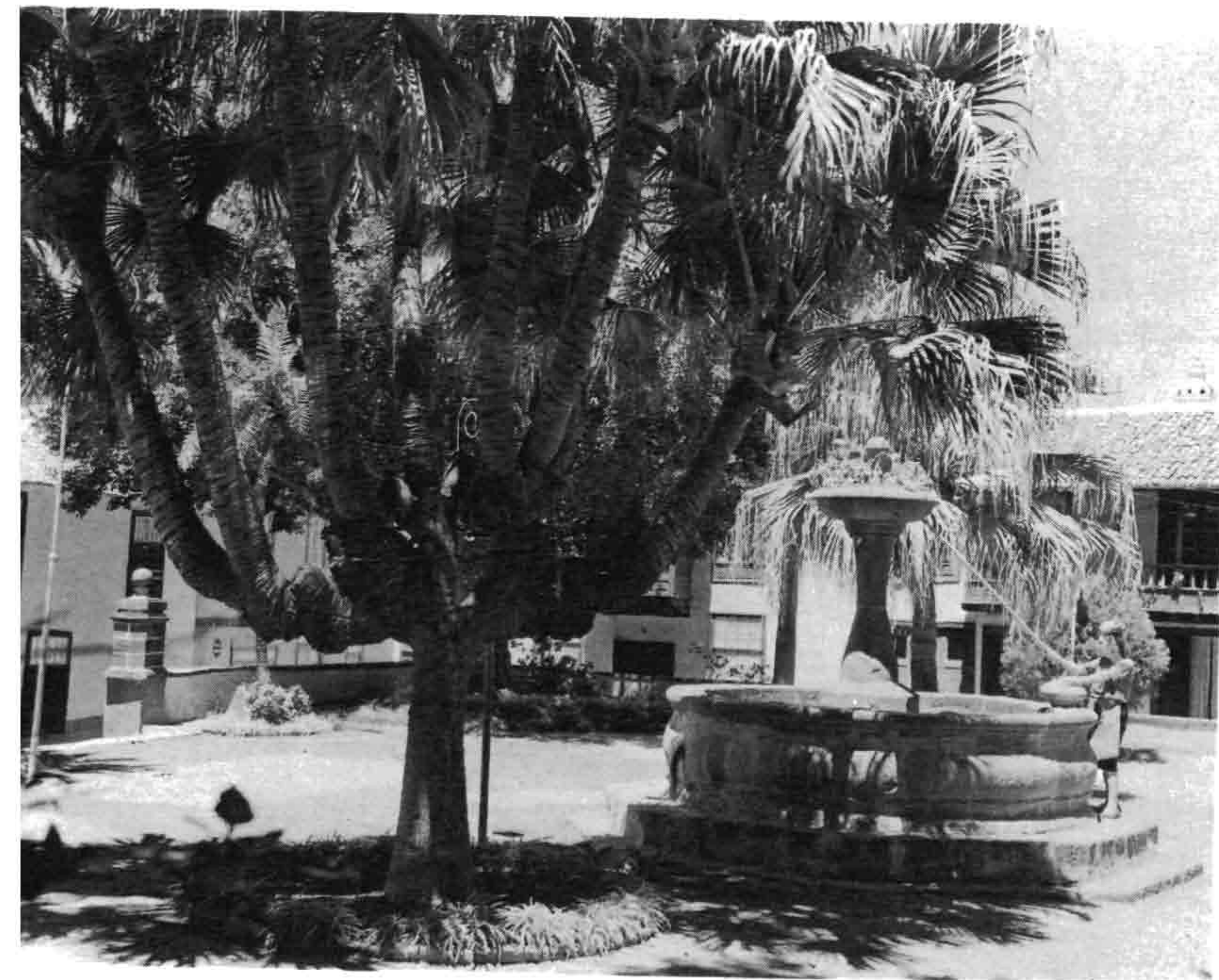


*Puerto de la Cruz,
La Paz*



Puerto de la Cruz

Icod



*Icod
El Drago*

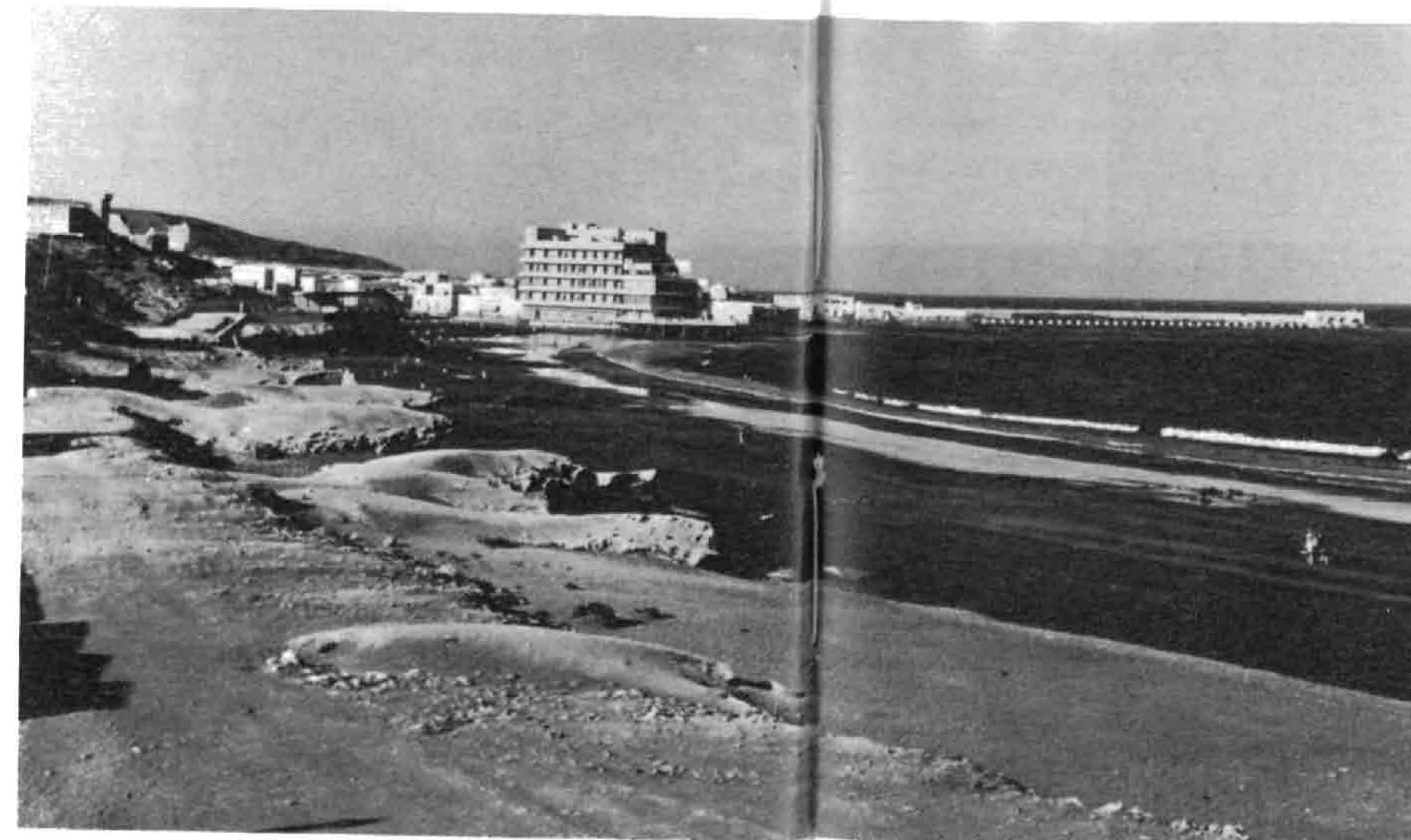


*Paisaje de la costa Sur
visto desde Vilaflor*





Arafo. Molino de viento



Playa del Médano



Güümar. Cultivos en terrazas



*Güümar
Vista desde el Parador de Don Martín*

caer sobre la escarpadura del Lomo Tieso, al que hay que subir en zigzags agudos. En verano, bandas de jóvenes alegres lo escalan sin penetrar, quizás, la grandeza opresiva del lugar. El anochecer del fin de noviembre en que yo subí, todo era silencio y soledad. Delante de mí, las espaldas cuadradas del mulero se identificaban con las fuerzas de la montaña, con los peñascos donde la nieve ponía capas cada vez más densas. El hombre subía, taciturno, cubierto con su larga manta blanca, en el crepúsculo, y yo pensaba en los sacerdotes guanches trepando esta misma pendiente hacia lo que ellos nombraban la Puerta del Infierno, el *Echeyde*, donde el Dios-de-Todas-las-Cosas daba sus audiencias, invisible entre los vapores del cráter, como en un Sinaí.

Una especie de vómito negro cubre el talud terminar que oculta todavía el cono del «Pilón de Azúcar». La última curva llega a la altiplanicie exigua arreglada delante del refugio a 3.300 metros. Después de la tibieza de Santa Cruz, el frío de la nieve me envolvía como en un sudario de hielo. Volví a acurrucarme cerca del fuego, antes de envolverme en las mantas de una litera. A grandes bocanadas el viento se abatía sobre el refugio, le oía saltar entre el muro y el peñón, precipitarse hacia lo más lejano del espacio marino.

Alguien me había dicho: «¿El Teide? Eso es fácil, pero...»

—Pero, ¿qué?

—Pero algunos que han «hecho» el Jungfrau con cuerdas y bastones no han podido soportar aquí el pasar subitamente del nivel del mar hasta cerca de 4.000 metros.

Yo me había encogido de hombros, olvidando que el Teide es un dios celoso.

Al alba, largos vapores rojizos se extendían hacia el levante donde el mar sin horizonte se confundía con el cielo velado. Más allá de las profundidades adivinadas, no se veía más que un vacío coposo. El mulero meneó la cabeza: —Neblina... Detrás de él, comencé a escalar la Rambleta, desde donde faltaba por subir los escombros de cenizas del pitón. El viento glacial echaba sobre nosotros sus mantos de bruma; una ráfaga violenta estuvo a punto de derribarme y tropezaba con la nieve que se hacía a cada paso más profunda. El hombre olfateaba el viento, hizo un gesto hacia la cima: —Mucha nieve... camino peligroso...

Yo recordaba los relatos excitantes de los que habían alcanzado la boca rojiza del cráter de donde exhalan los vapores azufrados; esperaba el deslumbramiento del instante en que, desde el punto más alto de la cumbre, vería el sol naciente proyectar sobre las islas del oeste un gran triángulo oscuro, la *sombra del pico*, —eso que una vieja tradición insular llama el beso paternal del Teide a sus hijas; yo quería conocer la ilusión del «muro marino» levantado por el horizonte alrededor de la cumbre aislada y enumerar, alrededor de esta base, los seis satélites escalonados a distancias desiguales en el gran vacío circular y azul. El hombre sacudió la cabeza.

Bruscamente cedí al «terrible deseo de abandonar» del que hablan los familiarizados con las altitudes. Pero sabía que el pesar no me dejaría más cuando volviera a ver, desde abajo, el Teide puro sobre el

cielo; yo sabía también que había sentido esa noche lo que los hombres primitivos debieron resentir más de una vez en tal lugar: el terror sagrado del dios que rehusa su audiencia.

El dios-turismo se va a ganar la partida. El

proyecto de establecer un teleférico hasta la cima del Pico, combatido como un sacrilegio por los fanáticos del Teide, ha sido reanudado. Las grandes torres que sostendrán los cables y cabinas ya están aquí. Quiera el cielo que la grandeza casi religiosa del sitio no sea profanada.



Tajinastes en flor, al pie del Teide



VI. LA PALMA

De todas las Islas Afortunadas, ninguna otra está más cerca de la imagen evocada por los Campos Elíseos griegos. Ninguna que en la primavera esté más cubierta de flores, de céspedes cuyo verde fresco es un descanso para la vista, ninguna donde los caminos exhalen ese perfume de heliotropo y praderas, mezclado a la resina de los pinos. La Palma, isla verde y con forma de corazón, hoja de lilas echada por los dioses al mar. Pero también, —por un contraste que se une al sentido trágico de los antiguos— ninguna donde el drama del fuego subterráneo sea más apremiante. El último despertar de los volcanes canarios tuvo lugar en 1949, y fue aquí.

De hecho esta isla que no llega a los 50 kilómetros de largo y donde geógrafos y volcanólogos observan curiosamente insensibles subidas de nivel, está constituida por el mayor cráter del mundo, un cráter cuyos bordes despedazados se elevan a 2.300 metros y cuyas laderas exteriores caen al mar, abiertas por volcanes menores. Una copla que debió nacer de tradiciones perdidas asegura que, de esta caldera central, la fuerza del fuego proyectó el Teide hasta Tenerife; esto se canta con ritmo de folía, al son de las guitarras:

*Caldera de Taburiente,
Crisol del Teide gigante,
Eres cuna de valientes,
Mecida por el Atlante...*

Santa Cruz de La Palma.

El correo de las islas arriba al amanecer frente a Santa Cruz de La Palma. Al comienzo emerge de su

estuche de nubes; enfrente del muelle, el acantilado bermejo por donde la carretera pasa en túnel, se sumerge en el azul de agua, en que la marea balancea los cascos blancos delante de la piscina del Club Náutico. Por encima del puerto, el escalonamiento claro de las casas hacia las alturas reverdecientes y las crestas arboladas recuerda Funchal de la Madera.

Comparado con el otro Santa Cruz, éste no es más que una pequeña ciudad (1); pero con el orgullo de una Infanta que deja ver a sus huéspedes los blasones de su linaje y las alhajas de familia, aún si desea vestirse a la moda actual. Se ha ofrecido en collar una Avenida Marítima que parte del puerto para seguir la curva soleada de la arena delante de los miradores del Parador de Turismo. La Navidad aquí es tan tibia, que es necesario hacer un esfuerzo para creerse en invierno.

Este puerto acogido bajo la brecha del antiguo cráter, tuvo el honor de ser con Amberes y Sevilla, bajo el imperio de Carlos V, uno de los tres únicos que tenían derecho de comerciar con las Nuevas Indias. Con irritación, ha visto después crecer sus rivales en las grandes islas, —pero también, con alguna indolencia, y varios proyectos para el mañana. Mañana es la palabra clave de los países felices, donde se vive bien tal como se está. El *mañana* se ha hecho hoy, el puerto largo tiempo decaído resucita, en él se embarcan frutos, vino, bordados, ganado, quesos y largos cigarros que huelen a la Habana. Se reciben turistas, se construyen edificios que se apoyan en el antiguo peñón y los barrios nuevos y blancos que escalan la montaña por encima de la ciudad antigua.

(1) 18.000 habitantes.

En sus calles donde el sol cae a plomo al mediodía, las viejas casas de armadores tienen sus escudos blasonados entre sus balcones con celosías; balcones astutos, un poco jesuitas, pintados de azul, de verde o marrón, sobresaliendo del borde de la calle para mejor vigilar a los que pasan. Las fachadas también, a lo largo del mar y en los barrios de pescadores, tienen alegres colores, verdes menta, azules celestes, que alegran el corazón. En las puertas cuelga la jaula en que se desgañita un canario, y más de una ventana de guillotina encuadra, por la noche, el cuchicheo de un novio con su novia.

Villa para enamorados, decorado para artistas. Si un telón de teatro se levantara sobre la Plaza de España, el público aplaudiría al director, que no es más que el genio anónimo de la ciudad. Déjenme en voz baja, describirla: aquí, el palacio dorado del Ayuntamiento, sus columnas platerescas que sostienen unos bellos arcos que datan de 1513, —tienen la justa medida para que a su sombra se contemple la plaza. Y aquí está el acierto del decorador desconocido: la escalinata sesgada de San Salvador, clavada como un escenario, su bella portada de piedra ocre, sus fustes acanalados, sus máscaras de salvajes sosteniendo el entablamento, sus gárgolas demoníacas y el arabesco del frontis sobre el azul del cielo donde el viento balancea las palmas. ¡Esperad! está todavía a derecha la torre de las campanas, negra y cuadrada, a la izquierda, la mansión noble de balaustradas con balcones de celosías cerradas y en el fondo al final de la escena, la fuente bajo el follaje.

El primer acto de la tarde es el del paseo, con sus jovencitas vestidas de colores vivos, pero es la noche y el silencio que dan el suspense al espectáculo: seguramente la Infanta va a salir de la iglesia, furtiva, con una rosa en la mano; el Conde la espera en los escalones, embozado en su capa de Salamanca; el traidor está emboscado al pie de la mansión noble y los alguaciles vigilan bajo las arcadas del palacio... ¿Es esto un juego? Sin duda. Bajo el rectángulo del cielo acribillado de estrellas, no hay más que el estremecimiento de las palmas, el susurro del agua, el eco de mi paso y el lejano rumor de las olas en la playa.

Pequeña ciudad, pero que fue rica. Como siempre, iglesias y conventos lo atestiguan. San Salvador, San Francisco, Santo Domingo, La Encarnación, El Hospital. Los mismos preciosos techos mudéjares, en que los maderos tallados se entrecruzan entre rosetas de oro, los tabernáculos y las Sagradas Mesas donde brilla la plata de las Indias; los retablos cargados de oro profusos, las Vírgenes de piedad, los Cristos trágicos. San Francisco es ahora escuela. En el umbral, se evoca el recuerdo de ese Martín que se hizo aplastar a través de la puerta por resistir al corsario francés Sombreuil-Pata de Palo, el cual atacó la ciudad en 1553 y quemó sus archivos. ¡Dios le perdone! Un caballero flamenco duerme bajo una losa del siglo XVI.

Delante de la larga y triste grada de Santo Domingo y su puerta de lava roja, otra terraza duerme entre

los laureles; unas callejuelas populosas conducen a la ermita de la luz, encaramada en los peñascos que dominan el puerto; un mirador en que soñar, a la claridad del atardecer, en los tiempos de las carabelas.

El más venerado de los santuarios que velan sobre la ciudad es el de las Nieves. Hay que subir hasta él por curvas agudas; en un pequeño resalto de la pendiente, las casas de la aldea rodean la plaza umbrosa, la fuente y la iglesia. La Virgen de las Nieves sonríe en el fondo de la nave, entre la Virgen de los Remedios y la de los Angeles. Ella es la más rica de la isla, alhajas por valor de millones están depositadas a su nombre en una caja fuerte de Banco. La plata de Méjico cubre el altar y la Santa Mesa. El Padre me abrió una mañana su jardincillo; bajo las palmeras de donde caen los dátiles casi maduros, él suele sentarse para leer su breviario delante del lejano triángulo de Tenerife que podría encuadrar el ojo de Jehová. La villa rosa está a sus pies, junto al mar. Cada cino años, una procesión escolta la tradicional *Bajada de la Virgen* hasta la orilla del barranco, donde está anclada una carabela de cemento. En el fondo, un canal saltando desciende de los viejos molinos de gofio que escalonan sus torres cuadradas entre los escarpamientos de piedras. Estampa romántica, atravesada por mil cantos de pájaros.

Arriba, la meseta verde en que están acostados unos pueblos se eleva hacia el bosque suspendido a los festones rosas de la montaña. El aire es aquí tan puro, ya venga del mar o descienda del pinar, que no se recuerda haber visto un tuberculoso en Belhoco. Por encima de los viñedos y los verjeles, la antigua

Breña salvaje es ahora una zona fértil para trigo, cebada, tabaco. Las cabezas redondas de las palmeras reales se desgriñan entre los tejados. Campiña risueña, tranquila, olor de hierba fresca, violetas en marzo, campanillas de cabras. Algunos pasos más hasta el mirador de Buena Vista, —y la mirada aterrada se sumerge hasta el fondo del pequeño cráter mellado que se abre sobre el puerto, como una llamada, el «¡Hermano, morir tenemos!» de los monjes.

Entre los campos, se extiende la pista donde se posa el correo aéreo que pone La Palma a media hora de Tenerife. Desde aquí, una carretera penetra por un túnel que atraviesa de parte a parte la cordillera cuyo eje va de las crestas de la Caldera hasta el extremo sur de la isla. Pocos kilómetros, algunas decenas de minutos, para unir las dos vertientes, evitando el rodeo del sur. Este será el camino de los camiones y de las gentes con prisa. Nosotros no tenemos ni prisa, ni camiones y la carretera del sur es tan bonita que sería una lástima no seguirla.

Fuencaliente.

La costa oriental de La Palma, no tiene como la de las otras islas, el aspecto de vertiente sahariana, quemada por el soplo seco del levante. En la primavera, los lirios y gamones bordean sus caminos; aún en el otoño, todo continúa verde sobre la tierra fértil donde pace el ganado de largos cuernos; tierra de queso, mantequilla, carne para exportar, igual que vino. Después, súbitamente, un raudal de lava aparece, negra y gris, cuajada hasta el final de la pendiente bañada por la espuma, —a menos que unas manos pacientes no la hayan disciplinado en interminable escalera de muritos. Es el Malpaís. ¿Malo? Veréis. En cada hoyo de lava unos sarmientos se arrastran miserablemente por la arena negra. El vino que se bebe en la primera venta de Fuencaliente, es un malvasía dorado, suave, cuyas primeras cepas vinieron de Grecia en el siglo XVI.

Unos pinos enormes encuadran la carretera que domina la mar de más de 800 metros. Entre sus troncos, se ven casi a pico las rocas negras desgarrar un encaje de espuma, y el horizonte elevar su muro de cristal en que se deshacen unas nubes errantes. Las lavas ahuecadas sobre la pendiente tienen sus cuevas secretas que sirvieron de refugio a los vivos y de sepulcro a los muertos. En la de Belmaco, donde vivió el último rey de Tegalate, los grabados rupestres cuya espiral primitiva se tuerce sobre sí misma, marcan las peñas. Otras cuevas han abrigado lentas agonías voluntarias. Ese pueblo Benahoarita de La Palma, que las crónicas describen —«orgulloso,

ágil, violento, enamorado y de entendimiento agudo», tuvo para la muerte un gusto más arrogante aún que los guanches de otras tierras. El hombre cansado de la vida, viejo o joven, llamaba a sus parientes y amigos, pronunciando con voz firme la palabra ritual: *Vaca guaré...* «Yo quiero morir». Aquéllos que le amaban, respetando su petición lo transportaban a la cueva que había escogido. Por última vez contemplaba los rebaños brincando bajo el cielo, respiraba el olor de las plantas y del viento. Los suyos le acostaban sobre una capa de pieles de cabras, ponían a su cabecera un vaso lleno de leche para calmar su última sed y lentamente, con invocaciones al «dios de todas las cosas», amontonaban piedras a la entrada de la gruta, a fin de que nada viniera a turbar «el triste letargo de su alma».

En el ángulo agudo que traza la carretera para pasar a la vertiente del oeste, Fuencaliente esparce sus casas, sus fincas, su cooperativa vinícola, entre los pinos y las cepas del más rico viñedo insular. A sus pies, en la arista que forma la espina dorsal de la cadena, el volcán de San Antonio abre un corte exactamente redondo donde uno se hunde al andar en la ceniza carbonosa. Aquí desapareció hace dos siglos, la célebre fuente santa a la que acudían los marineros españoles, franceses e ingleses, según parece, a curarse la lepra. Más allá, la vertiente occidental, rayada hasta la orilla por minuciosas terrazas, tiene el sembrado blanco de casitas y el viejo nombre del sueño imperial, Las Indias, como si el espíritu debiera aquí quedar vuelto hacia el horizonte de los nuevos mundos.



La Palma
Vista de La Caldera



*Santa Cruz de La Palma
Plaza de San Salvador*



*Santa Cruz de la Palma
Plaza de España*



*Santa Cruz de La Palma
Iglesia parroquial de San Salvador*



Viejos balcones

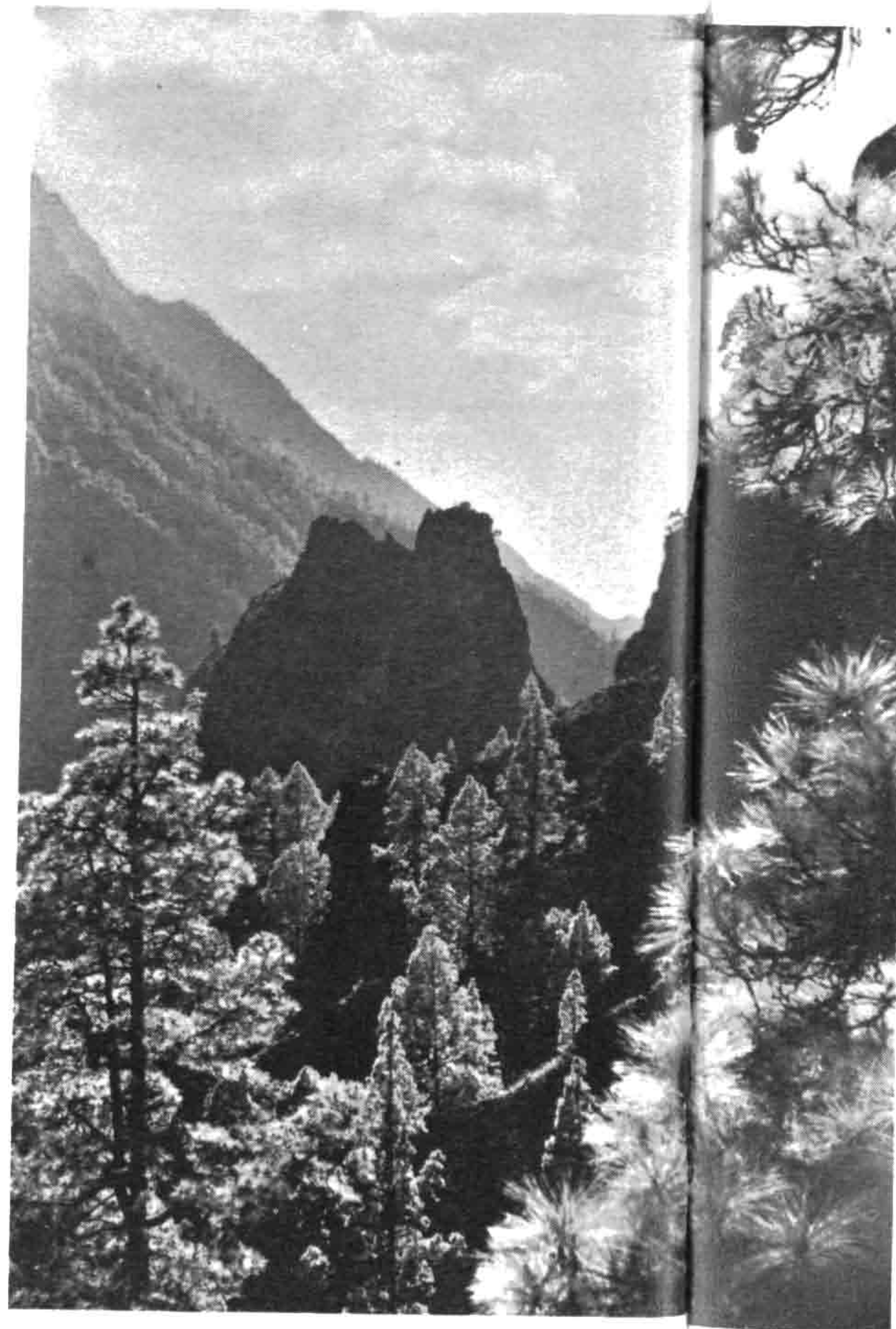
*La portada de
la iglesia*





Traje típico de La Palma

Los pinos dorados



Muchacha de La Palma





Atardecer en La Caldera

Muy pronto se tropieza con otro nuevo río de lavas que tienen el aspecto de una pez betuminosa, a punto de correr. Es la última erupción que en 1949, recubrió la mitad del pueblo de Las Manchas. Durante un mes, esta corriente en fusión bajó de las cumbres al mar, lenta, espesa, irresistible, iluminando la noche, incendiando los pinos de lo más alto de la cresta, derribando con su fuerza pesada las casas campesinas y cortando la única carretera posible entre las gentes de la misma parroquia. La única víctima fue un pobre perro que buscaba su morada. Sobre cada hogar destruido unas cruces de madera fueron plantadas, como unas tumbas. La vida después, ha resucitado un nuevo pueblo.

Ya aparecen, altas contra el cielo, las grandes cimas azuladas de la Caldera y, en su base, las tierras pródigas del Llano de Aridane, inclinando hacia el mar un tapiz de vergeles y plataneras, acribillado de estanques que le han valido el nombre de *El vallè de los espejos*. Todo brota aquí por la virtud del agua descendida del seno de la Caldera. El árbol-delviajero abre sus hojas en abanico a la sombra de los laureles de Indias, en la vieja plaza de Los Llanos donde una fuente murmura delante de la iglesia. Los Llanos, segunda villa de la isla, respira la prosperidad platanera, —un poco nueva rica, a causa del raudal de dinero que le aportan sus plantaciones: no solamente plátanos, sino tomates, tabaco, trigo, uva, frutos, caña de azúcar, todo abunda, todo va a acumularse en los cobertizos y factorías delante de las montañas de cajas de embalaje y la paja, que se irán hacia Londres o Estocolmo. No hay puerto verdadero, sólo la playa de gruesos guijarros negros de Tzacorte

donde Fernández de Lugo desembarcó en 1493, a la desembocadura del barranco de las Angustias.

Antes, equipos de marineros, en camisas de lana roja con rostros cubiertos de barba, miradas de fuego y duchados por las enormes olas, cargaban las balleneras que transbordaban al vapor los «huacales» de plátanos. En la carretera nueva, hoy los camiones reemplazan los carros arrastrados por bueyes cuyo hocco era cruelmente atravesado por una cadena; el túnel de Breña Alta los conduce en dos horas bajo los aparejos de Santa Cruz.

La Caldera de Taburiente.

Por encima de las casas esparcidas de El Paso, la pista invadida de arena y piedras donde, cada cien metros, había que descender del coche para apartar las piedras delante de las ruedas, ha dejado su sitio también a la carretera. El pueblo desaparece en los almendros con el gran desfiladero basáltico del Time, que cierra el valle de los espejos. Delante de una casucha, una vieja Parca hila su última rueca; un zagal lleva con la arrogancia de un rey-pastor su manta de lana blanca. Aquí se adentra uno en el corazón de la montaña, hacia el punto donde se abre la cresta que rodea el cráter. El bosque de pinos, denso, poderoso, oprime por todas partes la carretera y sube al asalto de las peñas; el silencio, hecho de innumerables susurros del pinar, es atravesado por el grito de los pequeños cuervos de pico y patas de coral, ¡*Gra'ha!* ¡*Gra'ha!* revoloteando por encima de los árboles. Ellos no viven más que en La Palma, mueren en otra parte, pero se domestican a punto de venir a posarse sobre las rodillas del maestro que

les ha alimentado y siguen a la escuela al niño de la casa; —pero continúan siendo ladrones, robando como las urracas el dedal brillante olvidado sobre la mesa.

Bajo las ramas, el barranco se estrecha entre paredes abruptas, la brecha está aquí y la carretera la escala entre trozos de peñascos, cenizas y troncos fulminados. Todavía faltan veinte metros, aún diez; y aquí está el umbral de la Cumbrecita, apenas ancha de algunos pies, el borde del cráter, el vacío.

Esto no es ya el circo lunar de las Cañadas de Tenerife, es un abismo de peñascos y árboles que se hunden mil metros más abajo, verde y púrpura, de cerca 10 kilómetros de ancho y que envuelve ese círculo de murallas basálticas, erizadas de pináculos todavía coronados de nieve en la primavera. La cresta culmina a 2.423 metros en el Roque de Los Muchachos. En el costado opuesto al cráter, dos pequeñas granjas se obstinan en vivir, agarradas a estrechas mesetas; la fractura del barranco de Las Angustias arrastra los torrentes hacia el mar. A la izquierda de la garganta, un sendero para acróbatas serpentea y desciende a través de los pinos gigantes, hasta el promontorio a pico sobre el abismo. Uno se siente embriagado de todos los aromas resinosos que impregnan el aire bajo el calor del medio día... Sería suficiente que el pie resbalara sobre las agujas brillantes y sería la caída vertical, mortal.

En este mundo cerrado, reino prohibido, vio la última derrota de los Benaoharitas, mujeres, niños y ancianos, refugiados en las cuevas de las alturas, mientras su príncipe Tanausú y sus hombres se habían atrincherado en el centro del cráter alrededor del monolito sagrado, el peñón de Idate, desde donde

afrontaron los cristianos. Una profecía afirmaba que la isla sería conquistada cuando Idate cayera. Idate sigue en pie, colosal dique de basalto, solitario en un pedestal de lava y pinos; pero Tanausú hecho prisionero por Lugo, embarcado a despecho de la libertad prometida, en una nave rumbo a España, se dejó morir de hambre con su esposa antes de alcanzar las costas de Europa.

Dos supervivientes del combate, dos hermanos, habían permanecido en La Caldera. Un día recogieron a una muchacha cristiana perdida allí. Los dos la amaron, pero el más joven, o el más fuerte, sintiéndose elegido, resolvió huir con ella hasta la nueva ciudad para recibir el bautismo y esposarla.

—¿Cuál es tu nombre, hija mía? le preguntó el Padre.

—Dolores...

—¡Nombre de dolor! tú llorarás.

En el sendero de las cumbres, el hermano rival surgió, comprendió la traición y provocó al vencedor a la lucha. Ellos se enlazaron, el vacío los atrajo y rodaron traspasados por sus venablos, —en el mismo lugar donde se ven todavía dos laureles negros anudar sus ramas.

Un atardecer, franqueó la Cumbrecita, siguiendo la cornisa exigua que corre a lo largo del acantilado interior. El agua de una vieja galería chorreaba entre las piedras. Chales de nubes, deshechos o reformados sin cesar, se suspendían en los pináculos del circo, cabalgaban en sus torreones, después dejaban adivinar de golpe las profundidades oscuras y glaucas como un fondo marino, atravesadas con fulgores por encima del barranco de las Angustias. Un cre-

púsculo verde bañaba ya el bosque. Había que descender, bajar por entre los árboles siguiendo un sendero indistinto donde las piedras rodaban a cada paso. Súbitamente, el sol poniente invisible iluminó los más altos pináculos apoyados en el cielo ya oscuro y entonces esto llegó a ser por un largo minuto, un fantástico palacio, una fortaleza de ensueño donde volaban los pájaros, por encima de los pinos traspasados por rayos de luz. Después todo fue sombra, tan rápida que el camino, bajo la cubierta de los árboles, no era ya discernible más que por las huellas dejadas en la arena negra que había que descubrir. El silencio, la oscuridad, todo daba a estos instantes, una inviolable profundidad. Al salir de los bosques, la noche en la que nacían las estrellas había tragado los matorrales y el lecho seco del torrente; sólo una vaga luz indicaba una granja lejana donde un perro inquieto ladraba; tuvimos que llamar largo rato en la soledad antes de que una voz nos respondiera y nos guiara.

Al norte de la isla.

Hay entre el norte de La Palma y La Madera, —su vecina a muchas millas a lo largo— un parentesco sutil, en la curva de los tejados que levantan sus ángulos a lo chino, en la disposición de los cultivos, los detalles en sus trajes antiguos... El verde tropical de las plataneras brilla en los profundo de los barrancos que desgarrón la pendiente, pero la meseta inclinada que la carretera atraviesa de pueblo en pueblo, está cubierta de cereales, patatas, árboles frutales, bajo el bosque agarrado a las grandes paredes de la montaña cuyas cimas coronan la Caldera.

En el albergue de La Galga, he probado el elixir de larga vida. Vino y azúcar de caña vertidos en un vaso sobre una harina de gofio hecha de trigo, maíz y cebada a partes iguales; esto forma una papilla morena y de fuerte sabor, un concentrado energético que debe valer todos los «complejos vitamínicos» de los dietéticos; sí, yo creo en mis huéspedes: un viejo campesino de su pueblo llegó a los 105 años sin tomar otro alimento diario que sus dos copas de gofio y vino.

Del pueblo, el camino tallado en una tierra fértil y roja sube a lo largo de un canal estrecho donde el agua corre entre paredes cercanas, en una profusión vegetal que le hace ser uno de los más asombrosos paisajes de esta isla sorprendente. En abril, las matas de gladiolos salvajes, lirios, miosotis y flores blancas de aroma delicado, bordean la atarjea donde el agua corre. Laureles, castaños y nogales ponen una claridad de acuario en este barranco de El Cubo, donde las aguas corrientes que deberían alimentar un molino se juntan desde hace siglos. El pequeño valle ensanchado donde el sol se hunde en las praderas alpestrés, conduce al puertecito de madera tendido sobre el torrente. Allí se está al pie de las murallas de La Caldera. El rumor del agua fluyendo, las matas de retamas olorosas, los helechos entre los cuales un pastor con ojos azules está inmóvil con sus cabras, ¿puede uno imaginarse que esta minúscula Suiza está en la misma latitud que las arenas negras de Fuerteventura y los desiertos del Río de Oro? El agua que yo bebo en el hueco de mi mano está helada y el cielo entre árboles es de un azul africano. El chico que nos acompaña toma su guitarra, se sienta en la hierba florida y se pone a cantar una folía amorosa y triste.

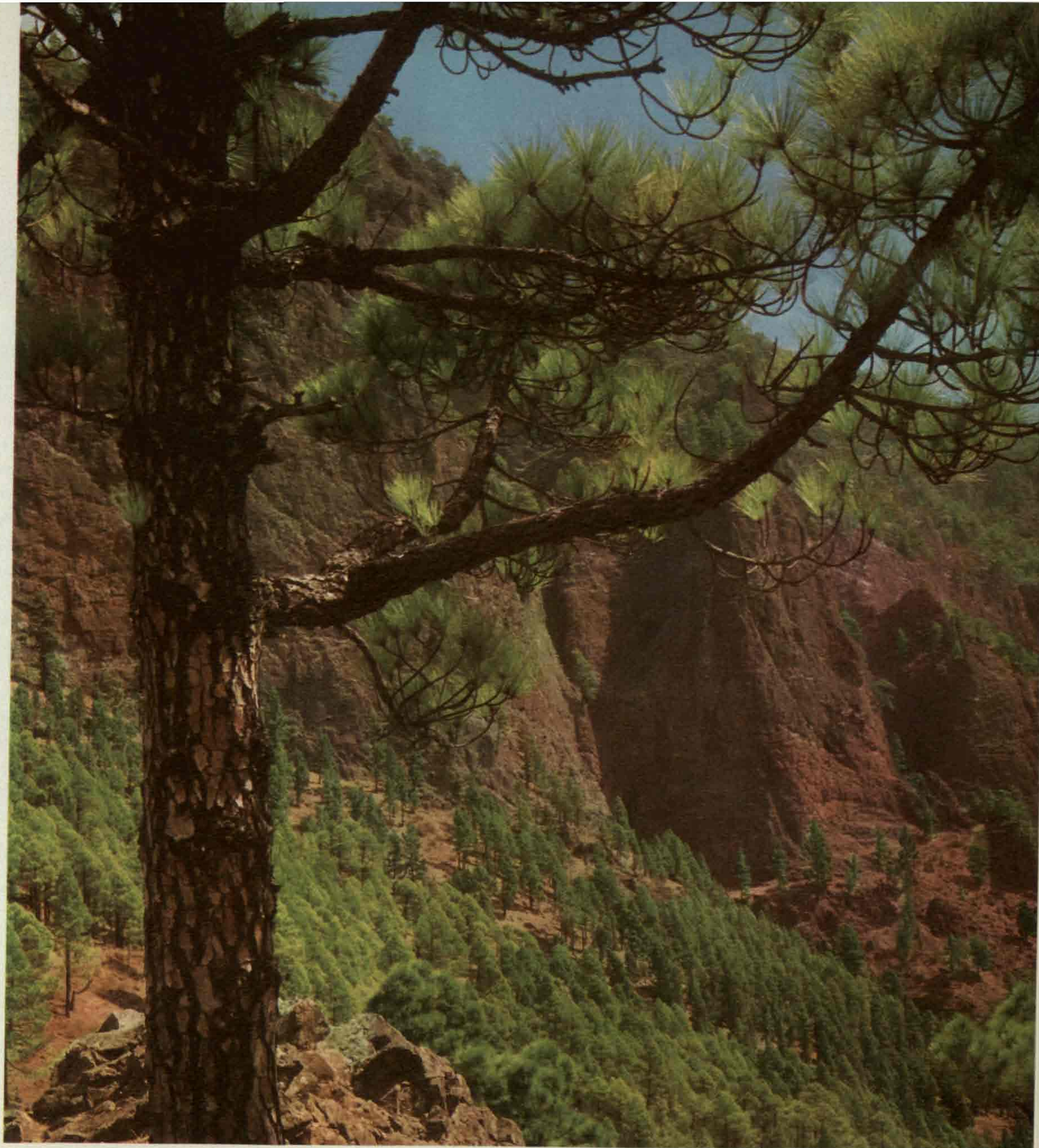
Más lejos en la carretera alta, se entreabre otro barranco de encantamiento, Los Tilos; la pista se desliza entre unos campos estrechos bordeados de rosas, geranios morados y matas de heliotropos cuyo perfume marea, las aguas corren bajo las cascadas; en una vuelta, a la sombra de los castaños vi surgir montada a pelo sobre un caballo negro, una jovencita, —que sin duda era la hija del guarda o del hombre taciturno que trabajaba en el campo— entre un enorme caos de lavas, el barranco se profundiza bajo los tilos gigantescos hasta una especie de albergue abandonado, abierto, que parece esperar un baile de fantasmas.

En Los Sauces se vuelve a la realidad: gran aglomeración en los barrios nuevos y coloreados donde, como en Los Llanos, estalla la riqueza platanera: muchos emigrantes de vuelta de Venezuela cargados de buena plata han comprado, edificado, plantado; el agua abundante captada en el revés de La Caldera ha hecho nacer las plantaciones en escalera de esmeralda hasta los arrecifes negros donde están arreglancando unas piscinas naturales. En vano busqué la vieja iglesia de lava; el Padre me mostró con orgullo la nueva de la cual sus 7.000 feligreses han pagado las fastuosas columnas monolíticas de mármol rojo de Italia coro-

nadas de capiteles «dorados en hojas»... ¡Gracias a Dios, los bellos techos de tea cincelada de la antigua nave han sido conservados!

Todo este ángulo noroeste de la isla, antaño desguarecida, solitaria, está cubierta de las mismas plantaciones. Por encima de la ribera negra cercada eternamente de espuma donde sobresale el faro de Punta Cumplida, la meseta se eleva, cada vez más descubierta bajo los largos rectángulos labrados; delante del vacío del horizonte del norte se perfilan algunas casas, el Ayuntamiento de Barlovento, la escuela, el cementerio y la iglesia; en su nave abovedada en armazón, cerca de un Cristo arcaico, la pila bautismal en cerámica verde de Sevilla, vitrificada con el agua de minas de plata, sirvió al bautismo de los cristianos de la Conquista.

Hacia los 600 o 700 metros de altitud se extiende el Monte Bajo, cubierto de helechos, brezos, fajas, donde la bruma se arrastra sobre el suelo húmedo. Más allá, hay que penetrar por una mala pista hacia el noroeste y los barrancos profundos del cantón de Garafía para encontrar el pueblo que tiene el nombre de Los Franceses, y extraños signos prehistóricos grabados cerca de la Fuente de Zarza.



Caldera de Taburiente (La Palma)

El antiguo Camino Real contornea así el recinto de la Caldera a través de brezos arborescentes; la arboleda de laureles y pinos milenarios, antes de descender hacia Tijarafe y el Valle de los espejos por el desfiladero del Time que un inglés llamó «la más notable excentricidad volcánica». Un día la carretera que cerrará la vuelta de la gran caldera será ella también, una de las «most-remarkable-way-of-beauty» del archipiélago.

Un pequeño Club de Santa Cruz mantiene el folklore de los palmeros. Músicas y bailarines son, durante el día, empleados, mecanógrafos, comerciantes, artesanos. Sin embargo, ataviados con los trajes, —no más estilizados, como los de Gran Canaria lo fueron por Néstor, sino tales como sus padres los llevaban en las más humildes aldeas de la isla—, estos muchachos y chicas no dan la impresión, frecuente en otra parte, de estar «disfrazados». Su cabeza parece hecha para el sombrero semi-medieval, cuyo cubre-nuca de tela negra o azul forrada de rojo se ve en las Azores y recuerda el capote de las bretonas de Guémen. El de las mujeres se parece a la boina plana de los florentinos del siglo XVI, y ¿qué diríamos de los sombreros de copa a la moda galesa o inglesa que adoptaron en el siglo último, en signo de riqueza, hombres y mujeres en Los Llanos y Los Sauces? Sea cual sea su tocado, sombrero,

caperuza o tricornio del siglo XVIII, todas las chicas encuadran su rostro con el pañuelo de seda blanca arreglado como una toca monacal, púdica y encantadora. Cada pueblo tiene su moda que rige la forma del corpiño atado, el vuelo de las faldas de tela, el color de los chalecos, el volante puesto al borde de las calzas como los canons de Luis XIV. Sería apasionante para un historiador de modas y costumbres, buscar las influencias extranjeras que han influido en esta moda compleja y en las danzas donde ella se exhibe.

El ritmo seco de la bandurria se une al canto profundo de las guitarras para sostener la voz del cantor. Más que las farandolas, las cuadrillas y los valeses, en que ha puesto su parte el Madrid de Isabel II, las más antiguas danzas de las fiestas agrícolas son emocionantes; la del Trigo en la que todo el ciclo se canta y representa cara a cara por parejas, sin tocarse nunca; y todavía más el extraño sirinoque, sin música, sin canción y sin guitarra, donde dos filas de danzantes ritman sus movimientos simbólicamente al sólo redoble de un tambor, del choque de un bastón contra el suelo y del sordo zapateado de sus pies.

Esto parece venir de lo más profundo de los tiempos, y reunirse más allá de los años con el pueblo de raíces misteriosas, que amaba la danza tanto como el amor y la muerte.



VII. LA GOMERA

Cuando se llega de La Palma en barco, se ve La Gomera levantarse en el mar como una ciudadela acorazada de órganos basálticos y acantilados rojos y negros. Redonda como Gran Canaria, es la mitad de ancha, alcanzando cerca de los 1.500 metros de altura y cuyos pináculos retienen los nubarrones errantes. Muy próxima de Tenerife, —veinte minutos de lancha motora de una costa a otra, doce millas marinas— pero profundamente diferente, sin cráteres visibles, ni conos cenicientos. En el fondo azulado, un pueblo rosa y blanco se apoya contra la montaña, un tapiz de plataneras verde se extiende en dirección a una playa estrecha. Después la muralla se cierra sobre sí misma.

En la costa este, San Sebastián, puerto y capital, coloca sus casas en la abertura de un valle romántico, cuyos tonos de ocre viran al violeta y los verdes al ultramar bajo el juego movedizo de sombras y luces. Restos de un palmar envuelve la torre maciza construída hacia 1440 cerca del puerto por Hernán Pérez «El Viejo», cuyo nieto del mismo nombre, señor de La Gomera a su vez, recibió como esposa a la bella, sensual y cruel Beatriz de Bobadilla que había sido la favorita de Fernando el Católico.

Los muros gruesos, siniestros de la vieja Torre del Conde deben guardar en sus piedras rojizas el eco de este destino fuera de serie. Cuando el pueblo insular se sublevó contra las exacciones de la pareja codiciosa y hubieron matado a Hernán el Joven, Beatriz se encerró aquí con sus hijos y resistió, esperando la hora de su venganza y de las represalias que fueron atroces. También aquí, dicen, «ella tuvo con Cristóbal Colón largas entrevistas que hicieron

creer en sus amores...»(1). Aquí también, después del descubrimiento del Nuevo Mundo debieron ser «depositados el oro y la plata traídas por los galeones de la Flota de las Indias»

Colón retenido en la Madera por los negocios de su suegro, conocía la escala de San Sebastián, familiar a todos los navíos portugueses que bajaban hacia Africa; según la tradición local, fue aquí donde un viejo piloto, empujado antaño por la tempestad a la vista del Caribe, le habría transmitido el secreto de la ruta occidental. Ocho años más tarde, en septiembre de 1492, él hacía aquí su última escala para tomar víveres y agua antes de afrontar el Atlántico desconocido.

En el segundo de sus viajes, escogió en La Gomera los hombres, animales y vegetales destinados a las tierras de su descubrimiento, caballos, ganado, cerdos, pollos, corderos, los granos y semillas de melones, naranjos y limones. Así Gomera, la pequeña isla está orgullosa de todo lo que ha hecho por América. En la calle mayor se muestra la vieja casa amarilla donde habría dormido el Almirante y la iglesia de lava roja, cuyo portal ojival habría franqueado para oír misa antes de la gran partida.

Durante siglos, hasta la guerra civil, sólo los viejos senderos guanches han atravesado las soledades interiores de la isla para unir los pueblos de los valles a su pequeña capital, cuando el mar no permitía el cabotaje de un puerto a otro. El Cabildo Insular ha emprendido aquí una obra considerable, —carreteras, kilómetro por kilómetro, un puerto nuevo, un hospital que anima el paisaje con sus alegres colores,

(1) Yann Even: *Les Iles Canaries*.

casas blancas para los trabajadores, y todavía los proyectos de piscinas y un Club Náutico detrás del espolón de basalto que protege el muelle, un aeropuerto sobre los acantilados del sur... Prudentemente la vida se moderniza. Una palabra que es una esperanza comienza a resonar: Turismo. Sí. Pero ¿piensan en lo sorprendente que es encontrar aquí todavía intacto el carácter de un pueblo y la milagrosa belleza de los paisajes?

El extraño lenguaje.

«¿Y los silbadores?» había yo preguntado al doctor. Este había sonreído: —«Usted los verá...»

Habíamos tomado el camino que se desliza en el fondo del barranco de San Sebastián, como aplastado por las paredes de basalto y nos habíamos sentado delante de una humilde venta, a la entrada del cañón por donde proseguía el sendero. Una mujer de ojos claros nos había servido miel grumosa, queso de cabra y unos nísperos amarillos que, en la primavera, se deshacen en jugo fresco en la boca. A una palabra del doctor, un hombre se aproximó con los ojos azules chispeantes de malicia, la barba hirsuta bajo su fieltro sin color. El levantó la cabeza, miró.

Muy alto entre los peñascos derrumbados y las matas de euforbios, se movían unas formas morenas, ¿cabras, pastores? El hombre puso dos dedos en su boca y silbó. Largas modulaciones agudas, rítmicas, una especie de taquigrafía sonora. Un muchacho se levantó, respondió con un lejano silbido y después, saltando de roca en roca, con esa agilidad saltarina que asombró a los Conquistadores, descendió la pared, corrió entre las plataneras y surgió anhelante,

interrogador: —«¿Qué te ha dicho?» le preguntó el doctor. El me dijo: —«Domingo, el doctor está aquí, quiere hablarte, ven corriendo—».

Cuando Bethencourt desembarcó aquí en 1402 su capellán anotó: «... y es un país habitado por gentes que hablan un lenguaje más extraño que ningún otro, y hablan como si no tuvieran lengua». Desde sus orígenes, el secreto de este lenguaje de pájaro no se ha perdido nunca. El diablo sabrá por qué. Este «gentil pueblo» fue largo tiempo turbulento, independiente. Propietario, recaudador o guardia civil, ¿eran señalados? La noticia se transmitía de barranco en barranco, advirtiendo a aquél que debía estar alerta. La costumbre está todavía tan arraigada que, en las fondas de Tenerife, se escucha de una mesa a otro dos gómeros prosiguiendo su diálogo de mirlos burlones. Pero mucho me temo que los pequeños chicos del barranco lo olviden hoy.

La gran cornisa.

Nueva, audaz, la carretera que será un día la «gran cornisa» de La Gomera, sube por el costado del valle de San Sebastián, entre el contraste de la montaña verde desgarrada contra el cielo, y los grupos de palmeras en el pliegue de cada barranco. Después de las lluvias, cortas y violentas, la isla resplandece de cascadas y también de luz sobre las palmas mojas y los frutos de los verjeles. ¿Idilio? No, esto no es la Arcadia, la belleza queda salvaje, insólita. Las barras de basalto se yerguen en agujas que traspasan el terciopelo de las cimas. En los estratos parecidos a las cornisas de un templo, se cree ver a izquierda un friso de elefantes gigantescos como un Angkor

desmesurado. En el fondo del barranco, la charca azul de una minúscula presa cierne los tejados rojizos de un pueblo aislado.

Hacia los 700 metros de altitud, el túnel que traspasa la pared rocosa se abre al norte sobre el valle de Hermigua y la mirada no sabe primero dónde posarse: las peñas abruptas contra el cielo, las aguas saltando, los laureles, hayas y pinos, el monte, la escalera de campos y de viñedos en los menores repliegues de la pendiente, hasta el río verde de las plataneras, hasta el mar, —5 kilómetros de plataneras al pie de las casas de Hermigua, cuidadas, expresando el bienestar. Eso que nosotros llamamos miseria es aquí casi desconocido. Campesinos y montañeses, casi todos dueños de sus techos, de sus campos, venden sus plátanos y sus tomates a las cooperativas que los embalan y los exportan. Milagro del agua, impresionante cuando se compara esta abundancia a la sequedad de las tierras abandonadas en las vertientes sur de la isla. Un cierto nivel cultural refleja este bienestar: Hermigua tiene su colegio donde se estudia Bachillerato, —un colegio blanco, escondido entre las bouganvillas rojas, salmón y malva, las jacarandas azules. ¡Dichosos los estudiantes de Hermigua!

Al final del barranco, la proximidad del mar hace los acantilados más desnudos. En el de la izquierda, al borde de un terraplén donde se descubre en el horizonte el triángulo de Tenerife, un triple pueblo está colocado, conciso como en una lámina iluminada: Agulo. Unas cúpulas blancas, tejados rosas, jardines, un laurel negro, — y el trazo plateado de la cascada sobre la pared de la roca... No lo olvidaré.

Podré yo olvidar todas las visiones que la pequeña Gomera, una vez más, me ha ofrecido en cada vuelta de los rebordes aéreos de la costa Norte? Ese gran circo verde de Tamargada, tan vertical que los senderos descienden en zigzags desde las casitas esparcidas hasta la iglesia y la escuela. ¡Qué piernas se necesitan! —las que tenían los gomeros antiguos.

Al salir del túnel de la Culata, el enorme dique de basalto gris del Roque Cano, alto como una catedral, domina el admirable Valle Hermoso, rico y fértil. En la calle del pueblo bordeada de tiendas, se cruzan con uno, hombres de ancho sombrero americano, *Venezolanos* que afirman sus riquezas optimistas construyéndose casas en las que cada pared es de un color diferente, azul, rosa, amarillo. Optimismo también, el whisky que llena, feliz, los estantes del pequeño bar-tienda en el desfiladero donde hacen alto los camiones polvorientos y las carrocerías americanas...

Desde que la carretera se aleja de los acantilados y vira hacia el oeste y el sur en las altas cumbres interiores, el decorado cambia: un monte cerrado, un extraño bosque de brezos arborescentes de doce y quince metros de alto, vestigio de la selva terciaria, como los troncos de laureles y viñátigos; su zona cubre cerca de 8.000 hectáreas en el corazón de la isla. Las lavas cambian también, estratificadas como ruinas aplastadas cortadas en cañones que encierra cada uno un reino distinto. El más bello y más grandioso es el *Valle Gran Rey*. Cuando por primera vez se le descubre desde las alturas quemadas de la meseta y desde las revueltas de la carretera que desciende, el corazón late más fuerte. Desde arriba se cree ver todo, las paredes mil veces matizadas, las palmeras,

los campos, las plataneras hasta el azul de la orilla, los tejados rosados de las aldeas, el oratorio blanco y azul, las cuevas abiertas... Abajo está la profusión de los vergeles bajo las palmas, mangos cargados de frutos en racimos, nísperos, naranjos, papayos y franjas de geranios rosas, hasta el puertecillo bajo los acantilados verticales donde persisten durante largo rato el calor del día y el reflejo del poniente.

Gomera tiene otros secretos, sus pueblos altos, El Cercado, Chipude sobre todo donde todavía se conserva el oficio de los alfareros guanches; sus tierras ardientes de sol por donde se abre al sur, bajo los palmares de Alajeró, el gran barranco de Santiago. Har a falta que el agua captada llegara a los campos sedientos para devolverles la vida. Pero el puerto de Santiago está dedicado a la pesca, a las conservas de pescado (donde fabrican un sabroso caviar) — a la esperanza de un aeropuerto.

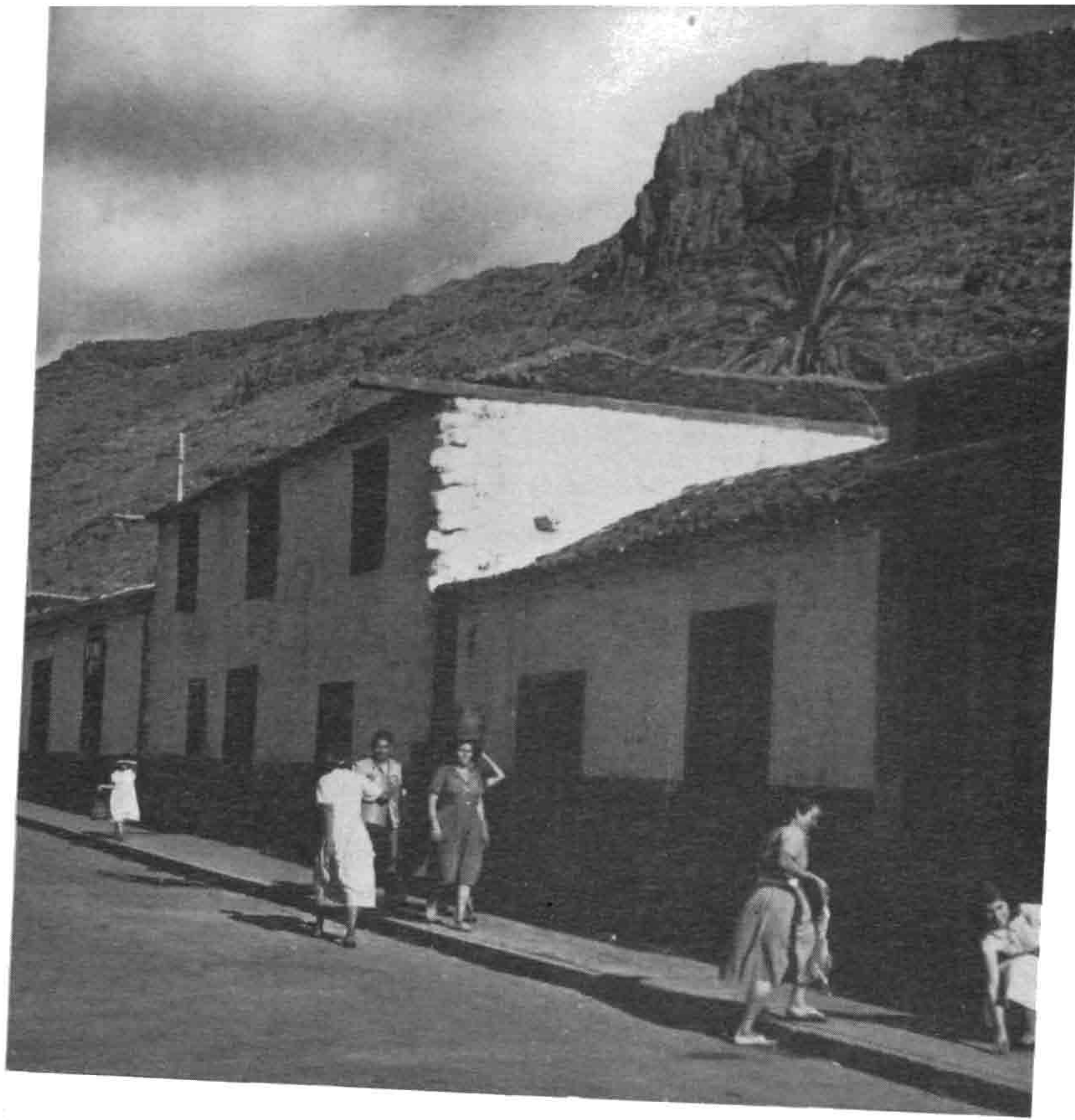
La última sorpresa está en el corazón de la isla, cuando se sube hacia la cima culminante de Garajo-

nay 487 m.) De un lado del sendero todavía es la sequedad sahariana de Santiago y por la otra la espesura de brezos gigantes, musgos empapados de agua, estrellados de flores donde el pie se hunde, un mundo «otro», el sembrero penetra en este abismo verde de El Cedro bajo los laureles enormes y los troncos cubiertos de líquenes, hasta el fondo onscuro del circo donde las aguas se juntan en un lecho de miosotis. Después irán a saltar en cascada desde lo más alto del valle de Hermigua.

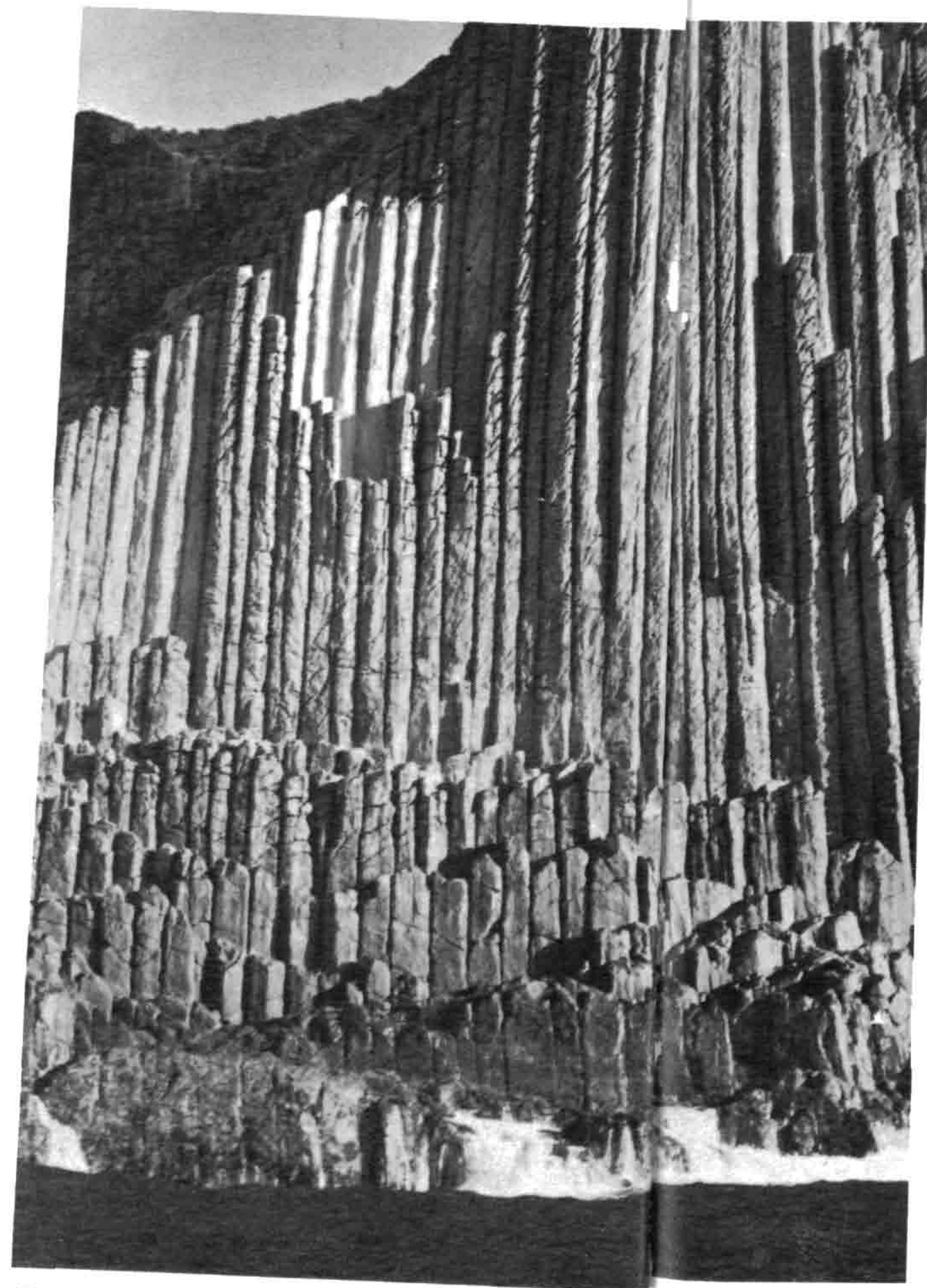
Sólo le falta a la carretera, para ser la más sorprendente del archipiélago, reunir Santiago a San Sebastián, por las altas mesetas del sureste; por aquí vagan aún los pastores y sus cabras, por encima de los barrancos que encuadran la silueta basáltica del *Sombrero*, perfilado en el mar. Y volver a bajar hasta el último espolón de Ayamosna donde una estatua gigante de Cristo bendice el puerto, el valle y la isla. Gomera, pequeña isla tan bella que tengo miedo de no reconocer un día, este Paraíso intacto.



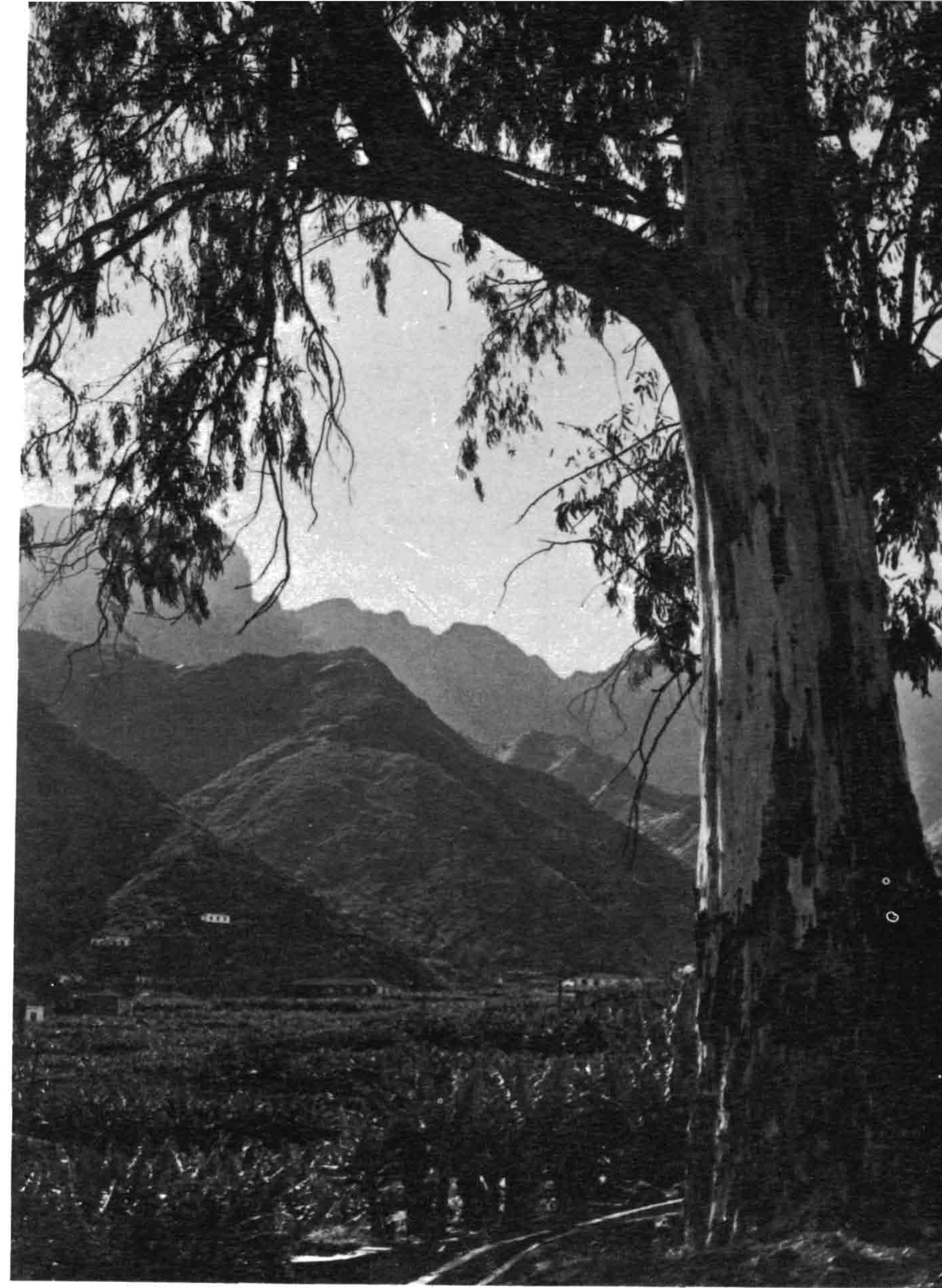
*La Gomera
Valle Gran-Rey*



*San Sebastián de La Gomera
Casa de Colón*



Organo volcánico



Hermigua



*San Sebastián de la Gomera
La torre de Hernán Peraza*

VIII. EL HIERRO

La isla última de Canarias, es la isla del Hierro. Tal como se la descubre viniendo del noroeste, no hay ninguna que muestre su rostro tan duro, tan compacto, negro y verde, lava y cactus, donde se arrastran casi siempre los nubarrones. En la costa abrupta un cono de cenizas rojas arde como un fuego, los muros negros recortan la desnudez de las mesetas que tienen el sembrado blanco de las casas de Valverde. Su minúsculo puerto, la Estaca, está alojado bajo una boca de escorias batidas por las olas. La impresión de «fin del mundo» es total.

Fin del mundo, en efecto, esta isla es la más occidental, la más meridional, la más atlántica de Canarias, y la más pequeña. (1) Para los navegantes antiguos, aquí comenzaba el mar desconocido, el mar «que ya no era navegable». Isla ahogada en la brumazón del océano y que fue la razón de que, un día de abril de 1634, se reunieran en París, en la gran sala del Arsenal, los más célebres matemáticos del siglo. Cuando se separaron, estos graves personajes habían fijado en la isla de Hierro el primer meridiano universal. Como tal había ya figurado 150 años antes de J.C. en las Tablas de Ptolomeo. Una orden del Rey Cristianísimo, Luis XIII, ratificó esta elección.

Así el primer meridiano fue esta tierra perdida donde, hasta la llegada de los Conquistadores, vivía en la inocencia el pueblo pastor de los bimbaches, amando la lucha, los cantos, la danza, ignorando todo de la guerra y siendo saqueado regularmente por piratas de todo color. En la isla casi des poblada,

(1) Alrededor de 29 kms. de largo por 20 de ancho.

Bethencourt instaló 120 franceses y españoles, hombres y mujeres, «buenos agricultores», hábiles artesanos. Unidos a los insulares, fueron el origen de los herreños actuales, que están orgullosos de hablar el más puro castellano del archipiélago.

Por encima de la Estaca, entre los nopales y euforbios, las higueras rastrean sobre el suelo negro en sus cercados de piedras que las defienden de la voracidad de las cabras. En este país donde los frutos son una fortuna, puede suceder que un solo árbol, por derechos de sucesión, pertenezca rama por rama, a tres o cuatro herederos. Desde la Conquista otro árbol ha intrigado vanamente a historiadores y sabios. En esta pobre tierra sin arroyos, el pueblo bebía únicamente el agua que cada mañana chorreaba de las hojas del Arbol Sagrado, el *Garoé*, en el tanque colocado a su sombra. Condensación natural, milagro diario que los insulares habían ocultado a los invasores. Una muchacha enamorada lo reveló a un soldado español, los ancianos de la tribu la condenaron a muerte; el árbol la sobrevivió dos siglos. Los estanques de ahora se llenan únicamente del agua de las tormentas, y la bruma marina es suficiente para conservar la humedad que mantiene en las tierras de la meseta su hierba fina.

La pequeña Valverde, capital insular, acogedora, limpia, blanca, esparce sus casas a lo largo de las calles donde por el lado de la sombra un musgo verde engarza el pavimento de guijarros. En una terraza que mira al sol naciente, está la iglesia ancha y rechoncha como un baluarte, bajo sus viejos techos. En el albergue, un vino seco y claro acompaña el queso de

cabra, los higos exquisitos y la quesadilla, el dulce tradicional de miel, queso y harina.

La cumbre del Hierro no es más que una larga meseta dominada por conos volcánicos, pirámides de cenizas y escorias. La tierra roja parece sangrar cerca de las viejas granjas negras de Tinor y de San Andrés. A menudo a 1.000 metros de altura, las nubes se arrastran entre los muritos que cercan los campos donde las vacas rumian la hierba mojada. Unos hombres empujan su arado, tirado por bueyes de largos cuernos; pasan, sombras indistintas, labrando a la vez la tierra y las nubes empujadas por el viento. Entre los brezos blancos, un pastor con su manta morena yergue su silueta fantasmal seguida por el balido de las cabras. Imagen de un mundo por donde solamente errarían las almas.

El camino de la cresta va entre unos muros desmoronados hasta el oratorio de la Virgen de la Peña. Se avanza...¡Sorpresa!, es el vacío. El formidable acantilado cae a pico mil metros más abajo en un inmenso valle rozagante, cubierto de verjeles, de viñas, bañado por el sol, muriendo en la franja de lava en un mar de cobalto: El Golfo. La curva revela que aquí hubo un cráter enorme cuya mitad se hundió en las aguas. Queda este semicírculo de rocas rojizas, mordidas por un bosque de brezos ar-

borescentes y pinos, donde las revueltas de la carretera descienden hacia algunas aldeas dispersas y un pequeño cementerio. Se piensa en el Monte Nebo de donde Moisés miraba la Tierra Prometida. En lo alto, la meseta austera bajo sus nubes, abajo el tesoro de los melocotones, almendras, higos, el vino seco y ardiente.

No hay otra salida que el mar y el camino que conduce a la izquierda al manantial medicinal de Sabinosa donde los enfermos vienen a acampar. En el extremo derecho, en el islote rocoso de Salmor viven todavía unos lagartos gigantes, únicos descendientes de una fauna prehistórica.

Por encima del Golfo, el Pico de Mal Paso, marca la cima de la isla (1501 m.). Por tiempo claro la visión es incomparable. La vertiente sur que se desliza hacia el mar, está cubierta en parte por un pinar milenario de troncos monstruosos; el Servicio Forestal ha emprendido aquí una vasta repoblación y un plantel de ensayos fructuosos. La pista desciende por la tierra arenosa y amarilla hacia el Puerto de Naos que vio desembarcar a Béthencourt, y la punta de Restinga que abriga el puerto de pescadores y un pequeño hotel. En las soledades del oeste, por encima de la «mar calma», la cueva de Julian guarda grabado en su piedra un indescifrable mensaje.

«SAN BORONDON»

Desde lo alto de esta cresta de El Golfo, he escrutado en vano el gran vacío del horizonte occidental para encontrar aquí el espectro de una isla. Pues el Atlántico tiene también sus leyendas, más tenaces y turbadoras que las del Mediterráneo de los antiguos, porque se vuelve siempre hacia ese tema de una tierra misteriosa, aparecida, desaparecida y de la cual los hombres guardan una incurable nostalgia. Cerca de la Atlántida perdida, cerca de las ciudades sumergidas, Ys, Occismor, Tolente, hay la isla que España llama *San Borondón*.

*

Según un viejo relato irlandés, Brendán, fundador de la abadía de Clonfert, se embarcó con sus monjes para buscar, con el fin de fundar un nuevo monasterio, la isla maravillosa que el ermitaño Barintus le había descrito: una isla de eterna primavera, con frutos siempre maduros, flores, perfumes, pájaros cantores, una isla sin serpientes ni animales dañinos, un paraíso del mar donde los días corrían como sueños. Cuando Brendán regresó a Irlanda, creía haber partido la víspera, a pesar de haber pasado

siete años recorriendo los mares en que había visto la isla.

En vano los navegantes intentaron volver a encontrarla. Ninguno llegó a abordarla jamás. Tal vez un seísmo sumergió una tierra que había existido, la *Isla no encontrada* que figura en los antiguos portulanos y que un viejo tratado portugués cedió, por adelantado, a España.

De cuando en cuando, con el correr de los años, su espejismo reaparece, inexplicable, sobre el horizonte desierto. Las gentes de las Azores la han visto a lo largo de Santa María y la han llamado la *Isla encantada*. Los del Hierro y La Palma, muchas veces han partido hacia ese reflejo sin encontrar otra cosa que la extensión de las aguas. Refracción o fantasma, la isla de San Borondón desafía a los sabios y volcanólogos. Puede que sea ella para los poetas el alma sumergida de la Atlántida que resurge del Océano.

Abandonemos su búsqueda: mientras que las Canarias no se sumerjan en el mar, ellas recordarán a los hombres los jardines legendarios de las Hijas de la Noche.

FIN



*El Hierro
Los roques de Salmor*



*El Hierro
Encima de El Golfo*



La iglesia de Valverde



La flora arcaica

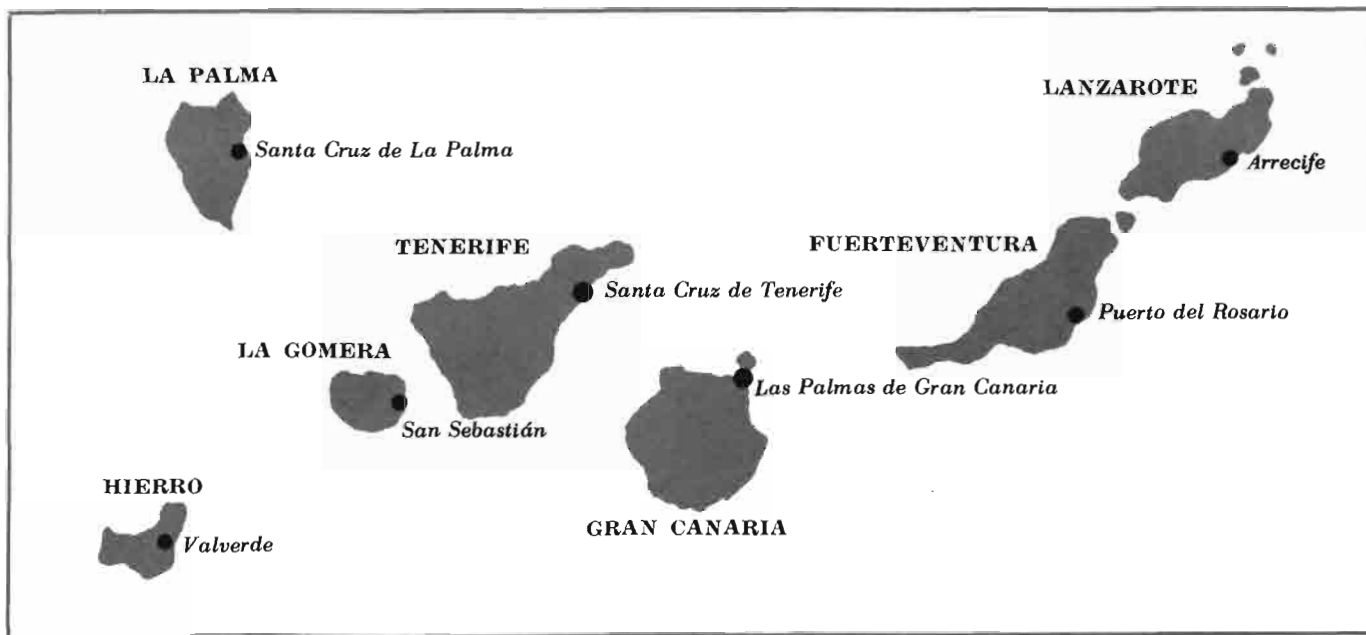


*El Hierro
El volcán, la iglesia y el cementerio.*

INDICE

I.	<i>LAS ISLAS AFORTUNADAS</i>	5
II.	<i>GRAN CANARIA</i> Encantos de Las Palmas En el corazón de la isla La ruta de los plátanos Prestigios del Sur	
III.	<i>FUERTEVENTURA</i>	75
IV.	<i>LANZAROTE</i>	83
V.	<i>TENERIFE</i> Santa Cruz La Laguna Jardin de las Hespérides La vuelta a la isla Caminos del Teide	99
VI.	<i>LA PALMA</i>	161
VII.	<i>LA GOMERA</i>	179
VIII.	<i>HIERRO</i>	187
IX.	« <i>SAN BORONDON</i> »	181

Fotos: Alvarez (p. 80, 82, 89, 91.1, 94, 103.2, 111.1, 192.2, 193, 199); Caballero Díaz p. 113.2, 115.2, 128, 134, 160.2, 161, 162.2, 163, 164.1, 164.2, 166); Cárdenes (p. 55); Dervenn (p. 37, 39, 40.1, 40.2, 41, 43, 54.1, 56, 89, 114.1, 191, 192.1); Guerra (p. 133, 141); Hernández Rubio (p. 9, 12, 26, 42, 87, 98.1, 98.2, 100.2, 101, 103.1, 104, 112, 113.1, 114.2, 116, 117, 118, 127, 129, 132.1, 132.2, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 165, 173, 176, 178.1, 178.2, 179, 180, 200.1); Jorge (p. 200.1); Julián (p. 23); Junta de Turismo de Gran Canaria (p. 100.1); Kindel (p. 177); Laboratorio de Arte de la Universidad de La Laguna (p. 10.1, 130.1, 159); Laygorri (p. 142); Museo Canario (p. 11.1); Nowak (p. 194); Santana (p. 160.1); Valmitjana (p. 10, 24.2, 28).



Mapa de las Islas Canarias

